

EDICIÓN DE
J. A. MOLINA FOIX

CRÍMENES DE AUTOR
UNA ANTOLOGÍA



se

Los mejores relatos policiacos de los grandes narradores de la literatura universal.

Desde que a mediados del siglo XIX Edgar Allan Poe fijara las reglas del género detectivesco, este obtuvo rápidamente carta de naturaleza. Un tipo sofisticado de literatura, cuyo punto de referencia estético se basa en la variación de incidentes y hallazgos, tramas narrativas diversas y personajes distintos que comparten un espacio, y en el que se combina la naturalidad en el uso de palabras cotidianas; la «suavidad engañosa» de la que hablaba Raymond Chandler; con la retórica del morbo.

El crimen atrae no solo porque es el único acto que podemos «resolver» en relación con la muerte, sino porque además falsea nuestra realidad cotidiana otorgándole una coherencia de la que normalmente suele carecer. La novela clásica se convierte así en novela de investigación, presentando el hecho criminal como un enigma para la razón, como un desafío que será el soporte del pacto entre el texto y sus lectores.

La popularidad del relato policiaco fue afianzándose en todo el mundo a lo largo de las décadas posteriores y, aparte de los narradores adscritos únicamente al género, otra clase de escritores no lograron resistirse, como no podía ser menos, a su indudable atractivo y probaron ocasionalmente a hacerlo suyo. De entre estos francotiradores, esta antología presenta a una veintena de autores de primerísima fila que no dudaron en intentarlo, aunque sus notables resultados hayan quedado a menudo sepultados injustamente por sus reconocidas obras mayores. Se trata pues aquí de recuperarlos y comprobar que no solo salieron airoso del reto, sino que destacaron además por su original enfoque y la depurada calidad de su prosa.



AA. VV.

Crímenes de autor

Una antología

ePub r1.0

Titivillus 08-03-2022

Título original: *Crímenes de autor*
AA. VV., 2021
Traducción: AA. VV.
Edición y prólogo: Juan Antonio Molina Foix
Ilustración de cubierta: Barbara J. Marks

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



ÍNDICE

Prólogo

CRÍMENES DE AUTOR

WALT WHITMAN

¡Un tremendo impulso!

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

THOMAS HARDY

Los ladrones que no podían dejar de estornudar

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

GUY DE MAUPASSANT

La mano

Traducción: Mauro Armiño

ANTÓN CHÉJOV

La cerilla sueca

Traducción: Víctor Gallego Ballesteros

BENITO PÉREZ GALDÓS

El crimen de la calle Fuencarral

R. L. STEVENSON

¿Fue un asesinato?

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

RUDYARD KIPLING

El retorno de Imray

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

STEPHEN CRANE

Una ilusión en rojo y blanco

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

JACK LONDON

Los secuaces de Midas

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

MARK TWAIN

Cuento detectivesco por partida doble

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

O. HENRY

Al cabo de veinte años

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

GUILLAUME APOLLINAIRE

El marinero de Ámsterdam

Traducción: Mauro Armiño

EMILIA PARDO BAZÁN

La cana

JOSEPH CONRAD

La posada de las dos brujas. Un hallazgo

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

SAKI

El punto flaco

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

FRANZ KAFKA

Un fratricidio

Traducción: Aurora Nolla Fernández

KATHERINE MANSFIELD

Veneno

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

EDITH WHARTON

Una botella de Perrier

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

ARTHUR MACHEN

El misterio de Islington

Traducción: Juan Antonio Molina Foix

PRÓLOGO

Para Silvia Palacios,

Queen of Blues

As flies to wanton boys are we to the gods;
they kill us for their sport^[1]

SHAKESPEARE, *King Lear*

En el prólogo a mi antología *El cuerpo del delito*^[2] di cuenta y razón de la prehistoria, prolegómenos, fundación, primeros pasos y posterior evolución del naciente relato policial, iniciado brillantemente por Poe en «The Murders in the Rue Morgue» (1841), en cuyas primeras páginas desarrolló una especie de poética del nuevo género, su *incipit*. En ese auténtico punto de partida, en el que aparece el primer detective de la historia de la literatura: el caballero Auguste Dupin, Poe fijó las verdaderas reglas del género, que descubrió, según confesión propia, al reflexionar sobre el método analítico que había seguido para esclarecer el crimen misterioso que Dickens había relatado en su novela *Barnaby Rudge* (1841).

Lo cierto es que a partir de la trilogía de Dupin —completada con «The Mystery of Marie Rogêt» (1842-1843) y «The Purloined Letter» (1844)— la narrativa policiaca cobró carta de naturaleza y se convertiría, como afirma Borges, en «una de las pocas invenciones literarias de nuestra época»^[3]. Un género sofisticado de literatura, cuyo punto de referencia estético se basa en la variación de incidentes y hallazgos (por no decir peripecias y ocurrencias), tramas narrativas diversas y personajes distintos que comparten un espacio, y en el que se combina la naturalidad en el uso de palabras cotidianas —la «suavidad engañosa» de la que hablaba Raymond Chandler— con la retórica del morbo. El crimen atrae no solo porque es el único acto que podemos «resolver» en relación con la muerte, sino porque además falsea nuestra realidad cotidiana otorgándole una coherencia de la que normalmente suele carecer.

La novela clásica se convierte así en novela enigma, novela de investigación racional: presenta el hecho criminal como un enigma para la razón cuyas vicisitudes hay que indagar. Un desafío que será el soporte del pacto entre el texto y sus lectores. El misterio debe resolverse utilizando la capacidad analítica del lector, que se identifica con el personaje central que desempeña el papel de investigador, para ordenar lógicamente los datos fragmentarios obtenidos y darles forma hasta llegar a una solución. En definitiva, un juego intelectual que requiere una capacidad de observación rigurosa y metódica y un razonamiento minucioso y profundo que dé paso a la utilización sistemática de una de estas dos vías básicas de investigación: la empírica (pistas y testificaciones) y la racional (deducciones).

La popularidad del relato policial se afianzó en todo el mundo a lo largo del siglo XIX gracias a autores como Dickens, Sheridan Le Fanu, Wilkie Collins, Émile Gaboriau, Arthur Conan Doyle, creador del inmortal Sherlock Holmes, o Chesterton, progenitor del no menos célebre Padre Brown, el infalible «apóstol del sentido común», conocido también como el «príncipe de la paradoja». Tras la primera guerra mundial se produciría la gran transformación del género, con la aparición de las prolíficas escritoras inglesas Agatha Christie y Dorothy Sayers, que captaron de inmediato el máximo reconocimiento internacional y tuvieron muchos seguidores, o el belga Georges Simenon, que inició en Francia una literatura policiaca diferente, más costumbrista y de una rara fecundidad. Mientras, en Estados Unidos en torno a

los años veinte del siglo pasado surgirían los ya clásicos Dashiell Hammett, Raymond Chandler o James M. Cain, que dieron forma a lo que se ha llamado novela negra, en la que, como ha comentado recientemente Joyce Carol Oates, hay «un idealismo paradójico que oscurece e ilumina al mismo tiempo. El crimen, en cualquier caso, siempre es un elemento nuclear; la chispa que hace que todo arda».

De cualquier modo, aparte de la extensa nómina de narradores adscritos al género policial que suele ser su referente, otra serie de escritores de todo tipo no han logrado resistirse, como no podía ser menos, a su indudable atractivo y han probado ocasionalmente a hacerlo suyo con mayor o menor acierto. De entre todos estos francotiradores he seleccionado para esta antología a una veintena de autores de primerísima fila que no dudaron en intentarlo, aunque sus notables resultados hayan quedado sepultados, a mi juicio injustamente, por sus reconocidas obras mayores. Se trata de recuperarlos y comprobar que no solo no desentonan, sino que destacan por su originalidad de enfoque y la depurada calidad de su prosa, que en nada desmerece en relación con el resto de su obra.

El primero, y quizás el más inesperado, de estos francotiradores es el egregio poeta estadounidense Walt Whitman (1819-1892), autor de la imperecedera *Leaves of Grass* (1855), deslumbrante colección de doce poemas (ampliada y revisada a lo largo de su vida hasta en nueve ediciones) que acabaría convirtiéndole en el bardo más característico de su país.

Aparte de su brillante faceta lírica, Whitman fue un prolífico autor de textos en prosa: un par de novelas, una serie de colaboraciones periodísticas (llegó a ser director de varios periódicos, además de cajista) en las que denunció sin ambages los problemas de su tiempo: pobreza, alcoholismo, desigualdad social, etc., y sobre todo un imprevisto ramillete de relatos breves, la mayor parte de los cuales firmó como «W. W.», que constituyen un fiel reflejo de la realidad del siglo XIX en Estados Unidos. En estos textos el prosista Walt Whitman desplegó una incontenible militancia social y un audaz talante subversivo, que le permitió crear una especie de didacticismo poético, moralizante, capaz de fustigar implacablemente las flagrantes injusticias de su época. En palabras de Guillermo de Torre^[4], «con él surge el espíritu cósmico, el afán de comunión, de abrazar el mundo, tanto el próximo como el lejano».

Whitman abrazó desde su juventud varias causas reformistas, pero ninguna con la firmeza y continuidad con que se opuso sin paliativos a la pena de muerte. Ese inmarcesible deseo de erradicarla se vio reflejado en un constante activismo en favor de su abolición (sobre todo cuando asumió la dirección del periódico *Brooklyn Daily Eagle*) y, como era de esperar, le dio opción a desarrollarla en varios relatos, como «Arrow-Tip», «Richard Parker's Widow» y el aquí seleccionado «Revenge and Requital: A Tale of a Murderer Escaped» (todos ellos publicados en 1845), que un año después revisó y cambió el título hasta el definitivo «One Wicked Impulse!». Un valiente alegato contra el deleznable castigo de la pena máxima que muestra la firme

creencia whitmaniana en la fidelidad a los propios principios morales, y de manera inesperada culmina con lo que sin duda podríamos llamar una deliciosa justicia poética.

Famoso sobre todo por sus cinco grandes novelas: *Far from the Madding Crowd* (1874), *The Return of the Native* (1878), *The Mayor of Casterbridge* (1886), *Tess of the d'Urbervilles* (1891) y *Jude the Obscure* (1896), el preeminente escritor inglés Thomas Hardy (1840-1928) dedicó los últimos años de su vida a la poesía (entre 1898 y 1928 publicó siete colecciones de poemas, elogiadas por Ezra Pound, quien diría que «son la cosecha del que antes ha escrito veinte novelas», e incluso sendos otros tantos dramas épicos), pero en ningún momento desdeñó el relato corto. Por el contrario, lo cultivó con profusión y abundancia, y ahí están para demostrarlo sus recopilaciones *Wessex Tales* (1888) y *Life's Little Ironies* (1894), que dan fe de su habitual preocupación por las ironías del tiempo y de la existencia humana.

A pesar de su diversidad de contenido y su gran variedad de forma y estilo, se aprecia en todos ellos tanto su sutileza psicológica como su complejidad narrativa y, como el resto de su obra, se centran en el mundo rural del sur de Inglaterra que tan bien conocía. De hecho, la crítica moderna reconoce unánimemente que antes que él ningún otro novelista inglés había llegado tan lejos en ese difícil género, y el propio Hardy afirmó que «mis cuentos son novelas menores».

«The Thieves Who Couldn't Stop Sneezing» es un relato primerizo y sigue una pauta que los lectores de cuentos de hadas reconocerán enseguida, aunque con una divertida variante: el elemento mágico se reduce a un mero fingimiento de poderes sobrenaturales. El formato de *fairy tale*, el invariable escenario hardyano de Wessex y los inevitables ingredientes policiales acaban por mezclarse bien, y el resultado, sin ningún género de dudas, es bastante halagüeño.

¿Naturalista? ¿Impresionista? El atormentado pero lúcido Guy de Maupassant (1850-1893), que detestaba las etiquetas y las escuelas y pretendía que solo escribía para ganarse la vida, ocupa un lugar aparte en la literatura francesa. Aunque se le ha acusado de truculento por cargar las tintas en demasía, ninguno de sus numerosos colegas logró nunca su perfección en la descripción de la tragedia de la vida cotidiana. Afamado maestro del cuento y la *nouvelle*, su sobriedad expositiva, «la consumada simplicidad de su técnica», que diría Conrad^[5], transmite al lector una inquietante desazón que no es frecuente en el relato policiaco: las fronteras entre el mundo exterior que vivimos y nuestro mundo interior se difuminan. Maupassant se muestra persuasivo al interpretar su propia enfermedad hereditaria como si se tratara de una dolencia universal y pone al lector en contacto inmediato con el horror. Las obsesiones y probable locura del autor, así como la alucinante experiencia del lector, su creciente malestar, son las dos caras, externa e interna, de un mismo fenómeno. Ambos se rebelan contra lo inexplicable: todo se puede aclarar, pero a veces de forma decepcionante, como concluye el narrador de «La main».

Este breve cuento con matices policiales es una modificación de otro anterior, «La main d'écorché», publicado en 1875 en *L'Almanach de Pont-à-Mousson*, que firmó como Joseph Prunier y nunca recogió en sus colecciones de relatos. Powell, el inglés de Étretat, en cuya casa vivía Swinburne, a quien Maupassant había salvado de morir ahogado en 1866, se convierte aquí en Rowell, y el narrador es ahora un juez de instrucción, que no cree en las explicaciones sobrenaturales y al final del relato propone una solución completamente fortuita.

En esta anómala antología no podía faltar el considerado maestro de la narración breve Antón Pávlovich Chéjov (1860-1904), en cierta manera el «Maupassant ruso», como le llamaba su mujer, que siempre admitió su decisiva deuda con Lev Tolstói. Sus numerosos relatos (más de mil) están poblados por un elenco muy amplio de personajes de todo tipo, a menudo anodinos y trágicos, descontentos con su banal, aburrida y tediosa vida, o resignados con la trivialidad de la existencia, pero siempre tratados con inteligencia, gracia y compasión. El venerado maestro ruso muestra una gran destreza para ponernos en su lugar. Su acendrado sentido del humor permite que su amarga sátira moral, que arremete no solo contra la sociedad rusa y su época, sino contra la misma condición humana, llegue al lector con más eficacia.

Entre las numerosas piezas humorísticas, parodias y relatos, burlescos o dramáticos, que publicó en revistas y publicaciones periódicas de San Petersburgo en su primera época (1880-1885), firmados con seudónimo (solo a partir de 1883 utilizó su nombre), he elegido este extraño cuento policiaco, «La cerilla sueca», una especie de refutación del Dostoievski de *Crimen y castigo* (1866). Como en el resto de su obra, destaca su ascetismo literario, la concisión narrativa como lema, el gusto por el detalle, su minuciosidad y escrupulosa observación, que, en opinión de Richard Ford, «demuestra que los sucesos corrientes presentan trascendentes alternativas morales—acciones humanas voluntarias susceptibles de ser juzgadas buenas o malas—, y por tanto tienen consecuencias en la vida que nos conviene tomar en consideración»^[6].

Por las mismas fechas en que Jack el Destripador mantenía en vilo a la población de Londres (1888), en Madrid aparecía, en los primeros días de un caluroso mes de julio, el cadáver de una acaudalada dama de sociedad que residía en la céntrica calle Fuencarral. El suceso ocupó las portadas de los principales periódicos del momento y dejaría en el habla madrileña la frase «es más conocido que el crimen de la calle Fuencarral». Las extrañas circunstancias que rodearon al crimen y las contradictorias suposiciones sobre su autoría lo convirtieron en la noticia del momento, y la enorme popularidad de la causa explicaría el interés por este caso criminal^[7] de nuestro insigne escritor Benito Pérez Galdós (1843-1920). Desde 1885 el autor enviaba una serie de crónicas al periódico argentino *La Prensa* y el suceso le brindó la oportunidad de encargarse de que este crimen de leyenda llegase igualmente a sus lectores argentinos.

En las seis crónicas que envió entre el 19 de julio de 1888 y el 30 de mayo del año siguiente, Galdós, en lugar de describir los pormenores y las particularidades

sórdidas del atroz crimen, se ocupa más bien del proceso judicial^[8], indaga por su cuenta, busca respuestas fiables, incluye sus propias intuiciones y deducciones, y llega a entrevistarse con la presunta asesina. Sus crónicas mezclan los recursos propios del folletín con los del relato policial para analizar cuestiones penales de gran trascendencia, como la autoría y la participación en el delito^[9]. Y en ellas el autor reflexiona sobre el papel que ejerce la prensa en el sumario y en la vista oral, y manifiesta su confianza personal en la justicia, en la profesionalidad del juez que instruye la causa. Y sobre todo lleva a cabo un minucioso análisis de la singular personalidad de la acusada, en cuya concisa descripción se ve la influencia del psiquiatra y antropólogo italiano, que suele considerarse el padre de la criminología moderna, Cesare Lombroso, que desarrolló la controvertida teoría de que el criminal es fruto de una degeneración biológica, lo mismo que todos los gremios y oficios, como las diversas capas sociales, tienen sus modos peculiares de expresión.

El relato no está concebido como una narración autónoma, sino que se compone de una serie de crónicas enviadas en distintos momentos. Se trata de una narración subjetiva del cúmulo de circunstancias y entresijos que rodearon a aquel misterioso crimen; en conclusión, un interesante e innovador experimento de lo que hoy llamaríamos «nuevo periodismo», que podría considerarse la primera muestra netamente española de relato policial y el antecedente de nuestra novela policiaca^[10], aunque el mérito habría que otorgárselo a la novela breve de Pedro Antonio de Alarcón *El clavo*, publicada en 1853 y basada igualmente en una *causa célebre* de las muchas que circulaban por periódicos y revistas de la España decimonónica.

James Sandoe comentó en cierta ocasión que la novela de Stevenson, en colaboración con su hijastro Samuel Lloyd Osbourne, *The Wrecker* (1892), fue clasificada como *roman policier* por sus autores, aunque los críticos generalmente la consideran una novela de aventuras y le niegan la admisión en el género^[11]. Y es cierto que hasta Borges, uno de sus apóstoles más devotos, la calificó de «una de las más admirables novelas policiales que se conocen»^[12]. Pero de lo que no cabe la menor duda, aunque pueda extrañar a algunos, es de que Robert Louis Stevenson (1850-1894), el cuentista por antonomasia de la literatura anglosajona, solo superado en cantidad por Henry James, no se privó de escribir un breve relato policiaco como es debido, «Was that a murder?», que incluyó dentro de su novela *The Master of Ballantrae* (1889).

Se trata de un cuento bastante infrecuente, que además de prescindir por completo del personaje que se encargue de indagarlo, se abstiene de dar alguna información sobre la motivación del crimen o de sus posibles consecuencias, es decir, la investigación que normalmente tiene prioridad en el cuento policiaco clásico brilla por su ausencia. Además de destacar las inconfundibles particularidades estilísticas de Stevenson: fina capacidad de observación y colorista sentido del ambiente descrito, celebrada economía de medios y concisión verbal, elegante sentido del ritmo, depurada opacidad gramatical, la eficacia del cuento se basa en la reticencia

con que está narrado, ocultando aspectos esenciales del asesinato o dándolos a entender solo en parte. Una forma de narrar que prefigura los experimentos de vanguardia. A fin de cuentas, una joyita imprescindible que sería imperdonable haber obviado.

Henry James alababa el «talento versátil» de Rudyard Kipling, la «admirable claridad con que percibe las innumerables posibilidades que hay en el cuento», la «envidiable frescura extrema de su inspiración», su «prodigiosa facilidad solo superada por su severa exigencia», y sobre todo su «capacidad de conmovernos»^[13]. Poeta y novelista británico nacido en Bombay (1865-1936), su fuerte fue en realidad el relato breve, en el que mostró, como Stevenson, una portentosa habilidad para narrar la aventura, con un acusado énfasis en la acción, y una rara facilidad para dar vida a sus personajes con solo unos cuantos trazos. Lo que caracteriza a sus relatos es su frescura y desparpajo, su estilo ágil y sobrio, basado en un agudo sentido de la observación, y un lenguaje directo y riguroso que recuerda la jerga militar, y con el que parece hacerse eco de su incisivo acento imperialista, su exaltación de cierto pretérito y fulgurante apogeo británico, que tanto se le ha reprochado^[14].

En 1888 Kipling se reunía con unos amigos en un típico *bungalow* de los de antes del motín de los cipayos^[15], que tenía un cielo raso de tela por debajo de la brea del tejado de paja para crear una bolsa de aire, cuando empezaron a notar un olor desagradable, que resultó proceder de una pequeña ardilla muerta^[16]. La anécdota le inspiró al escritor el relato «The Return of Imray», una «verdadera obra maestra en el arte de exponer lo esencial con gran sobriedad textual»^[17]. Recordándonos que la India colonial, verdadero cosmos en el que conviven multitud de religiones, lenguas y razas, es ante todo la tierra del misterio, Kipling ambienta el cuento en verano y en un exótico escenario marcado por un calor abrasador, y utiliza el simbolismo para expresar la incómoda atmósfera que atosiga al narrador, mencionando las serpientes que rondan la casa y la creencia popular en el mal de ojo para representar la solapada e insidiosa espera de los nativos para rebelarse contra sus amos^[18].

En las últimas décadas del siglo XIX el crecimiento de las grandes ciudades estadounidenses fue cambiando gradualmente el carácter rural de sus gentes. Son los años en que Nueva York se convierte en la mayor urbe del mundo. Como otros muchos contemporáneos suyos, Stephen Crane (1871-1900) se siente atraído por la vorágine de la gran ciudad y llega a ella en 1891 para dedicarse al periodismo. En los círculos literarios se debatía entonces la batalla entre el realismo y el romanticismo. Tras explorar a fondo los barrios bajos neoyorquinos, viviendo en pensiones siniestras y frecuentando los antros más peligrosos, dos años después publica su primera novela *Maggie: A Girl of the Streets* (1893).

La postura de Crane, como la Frank Norris, es bien determinante. «Decidí que cuanto más se aproxima un escritor a la vida tanto más grande llega a ser como artista, y la mayor parte de mis escritos en prosa se han dirigido hacia la meta descrita parcialmente por ese término tan mal comprendido y del que tanto se abusa: el

realismo. Tolstói es el escritor que más admiro. [...] Parece una lástima que el arte sea hijo del dolor, y sin embargo creo que es así»^[19]. De vida casi tan epigramática como sus propias frases singularizadas con un epíteto alarmante o un símil extraño, fue una figura clave en la moderna narrativa estadounidense, y en su época asombró no poco su marcado distanciamiento de las tradiciones del inglés escrito, construido a base de impresiones verbales, una técnica en la que no teme hacer experimentos con el impresionismo, el simbolismo o la ironía, manejándolos de forma atrevida.

Sus numerosos relatos, tras publicarse de forma dispersa en revistas, fueron agrupándose en colecciones como *The Open Boat and Other Tales of Adventure* (1898), *The Monster, and Other Stories* (1899) o *Whilomville Stories* (1900). De entre todos ellos he escogido el titulado «An Illusion in Red and White», que además de ser el último que escribió, responde perfectamente a la propuesta de esta antología. Se le ha criticado que describa emociones en términos de colores, así como que su gramática estuviera modelada salvajemente según las necesidades de un punto^[20]. Pero lo cierto es que se trata de un claro precursor de los modernos relatos policiales y, como apunta Don Honig^[21], tan escalofriante como cualquier otro de Edgar Allan Poe o de Ambrose Bierce.

Jack Griffith London (1876-1916) escribió tanto como vivió en los apretados cuarenta años de su breve existencia. Viajero impenitente, recorrió a pie Estados Unidos desde California hasta Boston, visitó Japón en una goleta y navegó durante siete años en su queche *The Snark* por Hawái, Molokai, Typee, Tahití, Bora Bora, islas Fidji y Salomón, a bordo del cual empezó a escribir su novela *Adventure* (Nueva York, Macmillan, 1911). Antes de empezar a brillar en los círculos literarios de San Francisco hacia 1900, desempeñó mil oficios diferentes: vendedor callejero de periódicos, pescador de salmón, vigilante de playa, fogonero, estibador, planchador de camisas, cazador de focas, pirata de ostras, boxeador, buscador de oro (en los recientemente descubiertos yacimientos de Klondike). Diego Lara lo ha definido perfectamente: «Fue un perdedor disfrazado con el “maillot” amarillo, al que a pesar de sus galas de gran aventurero, yo siempre imaginé como un Buster Keaton en los mares del Sur»^[22].

The Son of the Wolf (1900), *The Call of the Wild* y *The People of the Abyss* (1903), *The Sea Wolf* (1904), *White Fang* (1906), *Before Adam* (1907), *The Iron Heel* (1908) o *Martin Eden* (1909): su extensa obra deja constancia de sus diversas inquietudes, luchando siempre por «desenmascarar las trampas de la civilización y revalorizar al hombre en su lucha desnuda con la naturaleza». Pero además de estas celebradas novelas, en su corta vida literaria publicó 197 cuentos, con una temática variadísima, que quedaron dispersos en archivos, revistas y una veintena de libros. La fiebre del oro, los mares del Sur y Hawái, la navegación, el vagabundeo, el lejano Oriente, el boxeo, la fantasía, la ciencia ficción, los relatos de guerra, Irlanda, la ficción histórica... son algunos de los muchos géneros que frecuentó. Como es lógico, también el relato policial: «Moon-Face: A Story of Mortal Antipathy» (1902),

«The Leopard Man's Story» (1903), «Just Meat» (1907), «Winged Blackmail» y «To Kill a Man» (1910), además de «A Thousand Deaths» (1899), que se suele considerar de ciencia ficción, y «The Minions of Midas» (1901), que aunque catalogado como ficción política (y posiblemente esa era la intención del autor), es un peculiar cuento policíaco bastante sugestivo, y por eso lo incluyo aquí.

Escritor de tránsito entre dos formas de hacer de la literatura estadounidense, Samuel Langhorne Clemens (1835-1910), más conocido como Mark Twain^[23], fue el primero que se detuvo a contemplar el fascinante espectáculo humano de las nuevas fronteras y en afrontar los asuntos específicos de su país. Como supo ver Ignacio Álvarez Vara, «jugó en el mundo literario un papel semejante al que Lincoln brindara en su vida política: entendió que [...] había que contemplar Estados Unidos desde una perspectiva diferente»^[24]. Su grandeza se debe en buena parte a su buen oído: podía distinguir todos los dialectos de la cuenca del Misisipi, y su capacidad de imitar estilos de habla, con todo un despliegue de detalles precisos, era en verdad notable. Fue sin duda el pionero del lenguaje vernáculo. Su estilo era su misma forma de contar, con naturalidad y muy directamente; escribía igual que hablaba: el lógico desorden del hablador se ha quedado para siempre en su obra, pero a cambio también su vitalidad^[25].

Adoraba los recursos efectistas tal como en la frontera se veneraban las bromas, y se jactaba de haber sido el primer usuario del teléfono privado, el primer escritor en utilizar una máquina de escribir, el primer autor en dictar su obra a una grabadora. Autor de novelas tan relevantes como *The Innocents Abroad, or The New Pilgrims' Progress* (1869), *Life on the Mississippi* (1874), *The Adventures of Tom Sawyer* (1876), o *The Adventures of Huckleberry Finn* (1884), sus numerosos textos de no ficción, serios y humorísticos, que contienen anécdotas, chistes, cartas, reflexiones, etcétera, aparecieron en volúmenes misceláneos, aparte del considerable material que dejó sin publicar, cosa que se ha hecho póstumamente.

En cinco ocasiones se propuso intentar el género detectivesco. El resultado fueron las novelas *Simon Wheeler, Detective* (1877, aunque no se publicó hasta 1963), *Pudd'nhead Wilson* (1894) y *Tom Sawyer, detective* (1896), el relato «The Stolen White Elephant»^[26] (1882) y la *nouvelle* «A Double-Barrelled Detective Story» (1902). Si en las novelas y el relato el objeto de su hiriente burla fue el manierismo de los héroes de la literatura victoriana y en concreto las populares novelas de detectives que imitaban a los de la agencia Pinkerton^[27], la *nouvelle* es sin ambages una feroz parodia de los métodos de Conan Doyle. Inspirada aparentemente por el reciente estreno en Nueva York de la función de William Gillette *Sherlock Holmes* (1899) y la publicación de *The Hound of the Baskervilles* (1901-1902), Twain la escribió en seis días. Obra favorita de Frank Lloyd Wright, la furibunda sátira, ambientada en un brumoso paisaje de mineros como el que Twain conoció de joven cuando fue secretario de su hermano en la Administración del estado de Nevada, recrea un Sherlock Holmes deliciosamente inútil y discretamente estúpido al que

ridiculiza sin piedad, y el autor hasta se permite «romper la cuarta pared» y aparecer como tal en mitad de la historia, respondiendo a supuestas cartas de lectores al director del periódico en que se publicó^[28].

Cuando Henry James regresó de Inglaterra en 1905 encontró una Nueva York bien distinta de la que conocía: la «ciudad eléctrica» que adoraba el poeta Wallace Stevens se había convertido para él en una «ciudad terrible», en la que empezaban a ocupar las calles los primeros automóviles (los Pope-Hartford, los Pope-Robinson, los Pope-Toledo, los Pope-Waverley, los Thomas Flyer...). Un torbellino de color, movimiento, oropel, risas y lágrimas, la «Bagdad con metro», llena de personajes duros pero compasivos y resueltos, policías, ambiciosos artistas y coristas, indigentes y «gente bien», que le dieron la vistosa, animosa y disipada imagen que tiene hasta nuestros días.

William Sydney Porter (1862-1910), un fornido sureño rubio que se describió a sí mismo como un «saludable carnicero» y firmó sus primeras obras como Olivier Henry^[29], vivió en ella solo ocho años, pero creó con sus relatos, más breves de lo normal, idóneos para llenar una o dos columnas de un periódico, la perdurable leyenda de un mundo de *scotch* con agua caliente, expendedurías de tabaco con una luz siempre encendida encima del mostrador, pensiones para «gente del teatro» en la Eighth Avenue, vendedores de hielo, organilleros, escupidoras de latón, hojaldres espolvoreados de arroz con leche, «*mashers*»^[30], mecanógrafos, «dependientes de confianza» y policías (siempre irlandeses) con bigotes de morsa, hablando en dialecto. No fue un cronista serio de la ciudad, como Stephen Crane, Theodore Dreiser o Edith Wharton, pero su estilo picaresco y su talante personal se identificaban más con los columnistas de Broadway y los letristas de Tin Pan Alley^[31], que fueron sus verdaderos descendientes. Comparado a menudo con Maupassant (él lo llamaba Mopassong), Frank Norris o el británico Saki, fue un caricaturista sensible cuyo encanto reside principalmente en sus audaces hallazgos visuales: su pizca de distanciamiento sardónico produce el efecto de estar viendo un interior holandés a través de una gasa de algodón.

«After Twenty Years» es una de las más de cien historias que O Henry escribió entre 1902 y 1905. Un relato muy breve, con un trasfondo de amistad y crimen, deber y responsabilidad, en el que el autor utiliza su ingenio paródico, tanto en los chispeantes diálogos como en la trama, en una confrontación de palabras, ideas, temas o sentimientos, aparentemente muy alejados e inconexos, y por eso mismo sorprendentes, que culmina con un inesperado final.

Wilhelm Albert Włodzimierz Apolinary de Wąż-Kostrowicki (1880-1918), verdadero nombre de Guillaume Apollinaire^[32], fue un escritor naturalizado francés que, junto con Max Jacob, André Salmon y Pierre Reverdy, influyó en la formación de la estética del cubismo. Temperamento exuberante y jovial, en su breve y agitada vida participó en todas las polémicas artísticas que desataron las vanguardias. Los verdaderos pilares de su fama son la crítica de arte^[33], su inagotable fluidez como

rimador y su originalidad poética. Junto con Blaise Cendrars, Max Jacob, Reverdy y Jean Cocteau, creó la poesía de vanguardia, eliminando lo anecdótico y lo descriptivo.

Muestra de su polimorfismo son sus fundamentales libros de poemas *Alcools*, (1913) y *Calligrammes* (1918), sus interesantes obras de teatro *Les mamelles de Tirésias* (1917) y *Couleur du temps* (1920), sus guiones de cine nunca rodados *La Bréatine, cinéma-drame en quatre parties* (1917) y *C'est un oiseau qui vient de France* (1918)^[34], la novela póstuma *La femme assise* (publicada en 1920) y la colección de relatos *L'hérésiarque & Cie* (1910), que prefiguran su obra posterior por su repudio del realismo y el naturalismo, que consideraba, como los simbolistas antes que él, que limitaban arbitrariamente la visión del escritor, y por su extravagante utilización de la imaginación. El aquí seleccionado, «Le matelot d'Amsterdam», es un ingenioso relato sobre un doble crimen, cuyo esquema se aparta bastante de los demás, aunque guarda cierto parecido con «La rencontre au cercle mixte», publicado en junio de 1912 en *Les soirées de Paris* con el título «L'ingénieur hollandais», e incluido en *Le poète assassiné*, (París, Bibliothèque des Curieux, 1916).

Célebre por su serie de atrevidos artículos sobre la novela, *La cuestión palpitante* (1882)^[35], en los que analiza y critica el naturalismo y defiende el realismo («una teoría más ancha, completa y perfecta»^[36]), y sobre todo por sus novelas *Los pazos de Ulloa* (1886), su obra maestra, y su continuación *La madre Naturaleza* (1887), Emilia Pardo Bazán (1851-1921), además de ocupar diversos cargos: presidente de la sección de literatura del Ateneo de Madrid (desde 1906), consejero de Instrucción Pública (desde 1910) y primera catedrático de Literaturas Contemporáneas en la Universidad Central (desde 1916), y editar por su cuenta una revista mensual de 120 páginas, *Nuevo Teatro Crítico*, entre 1880 y 1921 publicó más de medio millar de cuentos y narraciones cortas en periódicos y revistas ilustradas de gran difusión en España e Hispanoamérica como *El Imparcial*, *La Esfera*, *La Ilustración Artística*, *La España Moderna*, *La Ilustración Española y Americana*, *Blanco y Negro*, etc.

Convertida en la escritora de cuentos más prolífica y probablemente más importante de su tiempo, la gran variedad de estilos que abarcó es sorprendente. Con gran intuición y nitidez precisó las características esenciales del cuento, que definió como un proceso de concentración, que presupone una ceñida limitación; una forma más trabada y artística que la novela. Sus cuentos son muy breves (dos o tres páginas como término medio), contruidos con un exquisito cuidado del *tempo* final y un lenguaje inconfundible, mezcla de clasicismo y casticismo, y con desenlaces sorprendivos. Su marcada predilección por el misterio, los crímenes y el terror, llevó a la autora al cuento policíaco.

«El misterio de un crimen es su psicología, los abismos del corazón que descubre, la luz que arroja sobre el alma humana, sobre el estado social de una nación, sobre una clase, sobre algo que rebase los límites de la caja de caudales, la cómoda o el armario forzado, el baúl destripado, la cartera sustraída», escribió en 1901^[37].

Contemplando el crimen desde una óptica más amplia, teniendo en cuenta factores de orden educativo, policial y penal, sin obviar la responsabilidad de la sociedad ante el hecho criminal, puede decirse que, con una serie de cuentos y la novela corta *La gota de sangre* (1911), creó las primeras explosiones efectivas del género policial en España^[38].

Sin rehuir los detalles cruentos, estos cuentos, que ella nunca consideró policiacos (prefirió calificarlos de trágicos), los focaliza en el alma del criminal y, evitando la sucesión de hechos lógicos que permiten resolver el enigma, se apartan del canon genérico. «La cana», que tiene como escenario la ciudad de Estela (trasunto de Santiago de Compostela), transcurre en Navidad y «su interés no se centra en la identidad del criminal, insinuada desde bastante pronto, sino en los móviles del crimen y en el modo de ejecución. El problema de quien cometió el crimen se transforma en cómo lo cometió»^[39].

Una carrera literaria meritoria y sorprendente donde las haya es sin duda alguna la del polaco Teodor Jósef Konrad Nalecz Korzeniowski (1857-1924), quien, tras una vida aventurera como hombre de mar durante veinte años (primero se enroló en la marina mercante francesa^[40] y más tarde surcó los mares durante cinco años bajo bandera inglesa hasta obtener el título de patrón de la Marina Británica y nacionalizarse inglés en 1886), a los treinta y seis años empezó a escribir en la lengua de Shakespeare^[41], convirtiéndose en el clásico Joseph Conrad^[42], uno de los narradores más ilustres del siglo xx, poseedor de «un estilo de enorme poder, una altura de dicción y de pensamiento frente a la que, en el panorama de la novela inglesa de su tiempo, solo la de Henry James resistiría la comparación, y una capacidad de creación que le permitiría llevar su arte allí donde él se lo propusiera»^[43].

A pesar de cierta extrañeza en la elección tanto de vocabulario (abusa de galicismos), como de sintaxis y ritmo, «su inglés se movía entre dos extremos: una versión estilizada, netamente literaria de la lengua común, y un fino oído para el toma y daca del diálogo»^[44], con una «meticulosa elección de lo términos (arcaísmos, palabras o expresiones en desuso, variaciones dialectales y a veces acuñaciones propias; lengua extraña, densa y transparente a la vez, impostada y fantasmal»^[45]. «Una prosa exacta, acabada, perfectamente trabajada, ensamblada y estanca como los cascos de los buques que describía [...]. Un estilo que los ingleses llaman de manera bastante gráfica *convoluted*»^[46].

Junto a sus grandes novelas *Almayer's Folly* (1895), por la que le llamaron el «Kipling del archipiélago malayo», *The Nigger of the "Narcissus"* (1898), *Lord Jim* (1900), *Typhoon* (1902), *Nostromo* (1904), *The Secret Agent* (1907) o *Under Western Eyes* (1911), Conrad también se desenvolvió muy bien en el género corto en *nouvelles* como «Heart of Darkness» (1889) o «The Secret Sharer» (1910). «The Inn of the Two Witches» quizás no esté a la misma altura, pero como en el resto de la obra conradiana presenta el típico personaje que trata incesantemente de encontrarle

sentido a la vida, expuesto a esos actos impulsivos que hacen saltar en pedazos lo establecido, y que ha de sortear ineludiblemente una insospechada situación extrema que determina y revela su carácter. La historia, inspirada por el recuerdo de un asunto de contrabando de armas para la causa carlista en España en el que el autor se vio complicado en 1876, se desarrolla en algún lugar del norte de nuestro país durante la guerra de la Independencia y utiliza una particular estrategia narrativa: la cuenta un lector que encontró un manuscrito incompleto de mediados del siglo XIX en una librería de viejo de Londres. En cualquier caso constituye un anómalo relato policiaco^[47], con algunos ingredientes fantásticos, cuya curiosa intriga no voy a desvelar.

En una vena similar a la de O Henry, Hector Hugh Munro (1870-1916), que también es conocido por su seudónimo Saki^[48], fue un maestro de los finales inesperados y sorprendentes, aunque el sobresalto que dispensa a sus personajes suele ser más irónico pero asimismo más tremendo. Nacido en Birmania, entonces colonia del Imperio británico, perdió a su madre cuando era todavía niño y fue educado en Inglaterra por dos tías victorianas, que cobijaban un odio irracional contra los animales.

A los veintitrés años, siguiendo la tradición militar de su familia, se alistó en la policía militar británica en aquel país^[49], pero recurrentes ataques de malaria le hicieron dimitir un año después y, tras recuperarse en Inglaterra, en 1896 inició su carrera de escritor en revistas como *The Bystander* o *The Westminster Gazette*, en la que colaboró regularmente como comentarista político. Tras publicar un libro de historia, *The Rise of the Russian Empire*, en 1902 actuó de corresponsal del *Morning Post* en los Balcanes, Rusia y París (hasta 1908). En 1914 se alistó para luchar contra Alemania en la primera guerra mundial, aunque estaba en la edad límite, y llegó a ser sargento interino de la 22 Compañía de Fusileros Reales. Lo mató en Francia un francotirador la mañana del 14 de noviembre de 1916. Sus últimas palabras fueron: «Apaguen ese maldito cigarrillo».

Su obra, ingeniosa y llena de matices extraordinarios que reflejan el lado más oscuro de la naturaleza humana, suele considerarse característica del llamado humor británico, la componen una serie de relatos breves que apuntan críticamente al entorno social que frecuentó: la alta burguesía eduardiana^[50], recogidos en varias colecciones como *Reginald* (1904), *Reginald in Russia* (1910) o *The Chronicles of Clovis* (1911). Sus *short stories* sobre la maldad urbana, por las que desfilan aborrecibles personajes autoritarios y llenos de prejuicios, son como un vino selecto a los postres: hay que beberlo a sorbos y saborearlo poco a poco. Entre ellas destacan «Sredni Vashtar», «Gabriel-Ernest», «Laura», «Tobermory» o «The Open Window», y su único relato policiaco «The Blind Spot», en el que el suspense se basa en que para uno de sus personajes son más importantes sus preferencias culinarias que entregar a la justicia al culpable del crimen.

Posiblemente el más grande y enigmático mito de la cultura del siglo xx, Franz Kafka (1883-1924), constituye un fenómeno único en la historia de la literatura. Nacido en Praga, en el punto de confluencia de tres culturas: checa (eslava), alemana y hebrea, creció en el viejo Imperio austrohúngaro, donde ya se vislumbraban los signos que anunciaban su futura hecatombe. Toda su corta vida fue un desarraigado, llevó una existencia profundamente hermética, y los que lo conocieron tuvieron siempre la impresión de que le rodeaba una «pared de cristal». «Una imagen de mi existencia sería una pértiga inútil, cubierta de escarcha y nieve, clavada oblicuamente en el suelo, en un campo profundamente revuelto, al margen de una gran llanura, en una lóbrega noche invernal»^[51].

El único aliciente que encontró fue la literatura, gozaba escribiendo, aunque su obra solo tuvo éxito en un círculo muy limitado de lectores. «Cuando se hizo evidente en mi organismo que la literatura era la manifestación más productiva de mi personalidad, todo tendió a ella y dejó vacías todas las facultades que se orientaban hacia los placeres del sexo, de la comida, de la bebida, de la meditación filosófica, y principalmente de la música»^[52]. Obsesionado por confundir su ser con la literatura, escribía con una tenacidad admirable, en un alemán muy sencillo y delicado. Escritor incomprensible y al mismo tiempo sorprendentemente diáfano, «le gustaba extraer sus términos del lenguaje del derecho y de la ciencia, dándoles una especie de precisión irónica, sin ninguna intrusión de los sentimientos personales del autor»^[53]. Una prosa lírico-dramática austera y rigurosa, melodiosa e impetuosa al mismo tiempo, pero a la vez transparente y misteriosa, con una sintaxis bastante peculiar, probablemente por la gran importancia que daba a la oralidad.

Gracias a su mejor amigo, Max Brod, su «ventana a la calle», y después albacea, la obra de Kafka ha subsistido, aunque no se libró de padecer diversas vicisitudes. Se ha definido como «una fenomenología de la muerte, una “tanatología”. [...] En la mayoría de relatos aparece la muerte», como si el autor intentara «instaurar el mundo del más allá en el de más acá o viceversa»^[54]. Entre todos, muchos de ellos incompletos o con diferentes versiones, aunque recientemente sistematizados, no sorprende demasiado encontrar un breve relato que podríamos catalogar de policiaco, «Ein Brudermord». Este cuentecillo, en el que la furibunda imaginación de Kafka y la nitidez de su estilo subrayan la riqueza tenebrosa de su fantasía, encandiló a Borges, que lo publicó en el segundo número de su efímera revista porteña *Destiempo*^[55], una rareza que constituyó su primera creación conjunta con Adolfo Bioy Casares.

De vida también breve, la neozelandesa Katherine Mansfield Beauchamp (1888-1923) fue una destacada escritora modernista, especialmente interesada en la obra de los simbolistas franceses y en Oscar Wilde, y responsable en gran parte de la recuperación del género del cuento corto. Partidaria de la inestabilidad, lo esquivo, la fragmentación, lo inacabado, la abstracción, fue una experta en el arte de la condensación que nunca se permitió una palabra superflua. La presentación de sus personajes es la principal característica de su obra: de manera casi imperceptible,

combina el monólogo interior con acciones mínimamente consecuentes para conseguir el efecto deseado, y no vacila en terminar un relato de forma tan súbita como lo empezó.

Mansfield fue bastante prolífica y, pese a vivir en Inglaterra y trabar amistad con D. H. Lawrence^[56], Virginia Woolf y otros escritores en la órbita del grupo de Bloomsbury, cuando murió gran parte de su obra permanecía sin publicar y todavía se echa en falta una edición completa de sus relatos. Con el antecedente de «The Woman in the Store» (publicado en la revista de vanguardia *Rhythm* en 1912), el brutal cuento de asesinato y enfermedad mental con el que respondió al rechazo de su director John Middleton Murry a un cuento que le pareció blando, «Poison» es una especie de relato de intriga, que a diferencia de otros muchos de ella que se sitúan en hoteles o pensiones, transcurre en una villa en el sur de Francia^[57], lugar perfecto para las fantasías románticas. Mansfield juega hábilmente con las variadas permutaciones del término «veneno». Aunque los comentaristas han encontrado veladas referencias al poema de Robert Browning *My Last Duchess* o a la «Ode on a Grecian Urn» de John Keats, lo realmente interesante de la historia es que mezcla con rara habilidad la inmediatez de una representación teatral con el punto de vista de uno de los actores, es como un soliloquio sin el resto de los intérpretes.

Ganadora en 1921 del Premio Pulitzer por su celebrada novela *The Age of Innocence*, que Martin Scorsese trasladó brillantemente al cine en 1993, Edith Newbold Jones (1862-1937) era una joven neoyorquina de elevada posición social que, al casarse a los veintitrés años con Edward («Teddy») Robbins Wharton, pasó a llamarse Edith Wharton. Poetisa precoz^[58] y autora (con el arquitecto Ogden Codman) del libro *The Decoration of Houses* (1897), en su autobiografía reconoce que la publicación de su colección de relatos *The Greater Inclination*^[59] confirmó su vocación de escritora. «Me sentí como una niña abandonada sin hogar que, tras tratar durante años de obtener carta de ciudadanía y ser rechazada en todos los países, por fin consiguió una nacionalidad»^[60].

Nominada al Nobel en 1927, 1928 y 1930, fue amiga de grandes escritores como Henry James (que la llamaba «la mujer-péndulo» porque todos los años cruzaba el Atlántico), Joseph Conrad, H. G. Wells, André Gide o Jean Cocteau, y a partir de 1907 pasó muchas temporadas en París, primero en el histórico Faubourg Saint-Germain, luego en otros lugares de Francia: los veranos en Saint Brice-sous-Forêt, pequeña población al norte de París, y los inviernos en Hyères, en la costa mediterránea, cuyas respectivas villas, Pavillon Colombe y Château Sainte-Claire, son hoy en día objeto de culto.

La justa celebridad de sus novelas *The House of Mirth* (1905) y *The Age of Innocence* (1920) y de su *nouvelle* *Ethan Frome* (1911) no puede empañar el mérito de sus relatos cortos, género en el que demostró una portentosa maestría. Entre sus ocho colecciones, en las que se tocan todos los temas imaginables (amor, matrimonio, divorcio, mundo de la edición, experiencia artística, alta sociedad...), sobresale

Certain People (1930), una de las últimas, de la que he entresacado este elidido cuento policial pleno de suspense ambientado en el desierto africano, «A Bottle of Perrier», que Graham Greene calificó de «soberbia historia de terror» y la célebre revista estadounidense dedicada exclusivamente al género policiaco *Ellery Queen Magazine* reprodujo en dos ocasiones.

Como adecuado broche final a esta inusual antología he incluido el sorprendente cuento policial «The Islington Mystery», con el que el prestigioso Arthur Machen mostró una vez más su innegable versatilidad. El elevado nivel artístico en el tratamiento del miedo cósmico fue la gran revelación a finales del siglo XIX y comienzos del XX de la magna obra fantástica del galés Arthur Llewellyn Jones (1863-1947), según Lovecraft uno de los cuatro «maestros modernos» del terror.

Trasladado a Londres desde muy joven, Machen^[61] probó diversas ocupaciones (tutor, traductor^[62], corrector de pruebas de imprenta, catalogador de libros raros, actor de teatro shakesperiano, y sobre todo periodista^[63], oficio que siempre odió, pese a practicarlo durante casi treinta años por razones estrictamente alimenticias). Trasplantado al asfalto de la metrópoli, este libre espíritu celta de los bosques se convirtió a la fuerza en un desplazado «escribiente de la City».

Tras comenzar con poemas juveniles y textos misceláneos como *The Anatomy of Tobacco* (1884), disparatada broma a la manera de Lewis Carroll, aunque con evidentes ecos de Burton, Rabelais o Carlyle, o *Hieroglyphics* (1902), análisis de la naturaleza de la literatura, al principio su escritura se inclinaba por la prosa arcaica y «fantastickal» del siglo XVII, pero pronto prefirió el lenguaje urbano y pausado de la vanguardia de la primera mitad de los años 1890, representado por R. L. Stevenson y Arthur Conan Doyle. Con un lenguaje riguroso y trabajado, a veces verdaderamente arrebatador a pesar de su extrema sencillez, la sensual prosa rítmica de Machen entonó una original nota disonante: la belleza y el horror suenan al unísono, unidos inextricablemente a un acceso de pasión.

Escrito en 1927 para la antología de Lady Cynthia Asquith *The Black Cap*, «The Islington Mystery» es un brutal cuento macabro que, para darle mayor verosimilitud, tiene la particularidad de que le precede una sucinta exposición de varios casos reales de asesinatos sobrevalorados como obras maestras mientras que otros pasaron inadvertidos y cayeron en el olvido. Con ello equipara descaradamente el asesinato a una forma de arte para complacer la afición, «a menudo errática, y a veces bastante falible», del público al chismorreando confundiendo a menudo la calidad con la fanfarria. El escritor español exiliado en México Luis Alcoriza escribió un guion que trasplanta la acción a aquel país y dio lugar a la curiosa película de Rogelio A. González *El esqueleto de la señora Morales* (1959), protagonizada por el mexicano Arturo de Córdova y la española Amparo Rivelles.

JUAN ANTONIO MOLINA FOIX

CRÍMENES DE AUTOR

¡UN TREMENDO IMPULSO!^[64]

WALT WHITMAN

I

Ese sector de Nassau Street que desemboca en el gran emporio de los corredores de bolsa y agiotistas de Nueva York ha estado ocupado durante mucho tiempo por los que ejercen la abogacía. Medianamente conocido entre esa clase desde hace algunos años, Adam Covert era un hombre de mediana edad y medios bastante limitados, que a decir verdad ganó más con engaños que con el honrado y legítimo ejercicio de su profesión. Alto y de rostro malhumorado, era viudo, padre de dos hijos, y últimamente había estado tratando de mejorar su suerte mediante un opulento matrimonio. Pero de un modo u otro sus galanteos no parecían prosperar y, con tal vez una excepción, las perspectivas matrimoniales del abogado eran irremediablemente poco halagüeñas.

Uno de los clientes más antiguos de *Mr. Covert* había sido un pariente lejano, apellidado Marsh, que, al morir un tanto repentinamente, dejó un hijo y una hija, además de una pequeña propiedad al cuidado de Covert, conforme a un testamento redactado por este mismo caballero. En todo momento con los ojos bien abiertos, el taimado abogado, amparado por la lamentable confusión que había provocado la situación crítica que requirió sus servicios, y disimulando su propósito bajo una nube de tecnicismos, introdujo en el testamento disposiciones que le otorgaban a sí mismo un control casi arbitrario de la propiedad y de aquellos a quienes estaba destinada. Ese control incluso se prolongaba más allá del momento en que los niños alcanzaran la mayoría de edad. El hijo, Philip, un chico animado y de muy mal genio, hacía ya tiempo que había superado esa edad. Esther, la chica, una joven sin atractivo y en cierto modo piadosa, tenía diecinueve años.

Como tenía tanto poder sobre sus pupilos, Covert no vaciló en utilizar abiertamente su ventaja para imponer su derecho a pretender la mano de Esther. Desde la muerte de Marsh, la propiedad que dejó, que era un inmueble, y tenía que dividirse equitativamente entre el hermano y la hermana, había aumentado su valor de manera considerable; y la parte que le correspondía a Esther era, para un hombre en la situación de Covert, una ganancia que bien merecía solicitar. Durante todo ese tiempo, aunque lo cierto es que tenían una respetable renta, los jóvenes huérfanos carecieron muchas veces de las más pequeñas cantidades de dinero, y Esther, por culpa de Philip, tuvo que recurrir más de una vez a varias estratagemas —la casa de empeños, la venta de sus pocos artículos de lujo y cosas por el estilo— para proporcionarse medios.

Aunque con frecuencia había demostrado de manera inequívoca la aversión que sentía por su tutor, Esther seguía sufriendo sus vejaciones, hasta que un día él fue más lejos y la acosó más de lo habitual. La joven tenía parte del temperamento fogoso de su hermano, y lo rechazó de manera brusca y más indudable. Con dignidad le expuso la vileza de su conducta y le prohibió que le volviese a mencionar su pretensión de casarse con ella. Él la replicó duramente, jactándose del dominio que tenía sobre ella y sobre Philip, y juró que a no ser que se convirtiera en su esposa, en adelante ninguno de los dos recibiría ni un céntimo. En su exasperación perdió su habitual autocontrol e incluso añadió insultos que ninguna mujer admitiría de nadie que merezca llamarse hombre, y cuando le vino en gana se fue de la casa. Aquel día Philip regresó a Nueva York, tras una ausencia de varias semanas por razones profesionales como empleado de una empresa mercantil que lo había contratado recientemente.

Hacia finales de esa misma tarde, *Mr. Covert* estaba sentado en su oficina, en Nassau Street, trabajando con ahínco, cuando una llamada en la puerta anunció una visita, e inmediatamente después entró en la habitación el joven Marsh. Su rostro mostraba un peculiar aspecto pálido que no le pareció a Covert nada agradable, y llamó a su pasante, que ocupaba la habitación contigua, y le encargó que hiciera algo en un escritorio cercano.

—Deseo verlo a solas, *Mr. Covert*, si le va bien —dijo el recién llegado.

—Podemos hablar perfectamente bien donde estamos —contestó el abogado—: la verdad es que no sé si tengo tiempo para hablar en modo alguno, porque ahora mismo me agobian los quehaceres.

—Pero *tengo* que hablar con usted —respondió Philip muy serio—, al menos debo decirle una cosa: ¡*Mr. Covert*, es usted un canalla!

—¡Insolente! —exclamó el abogado, levantándose de la mesa y señalando la puerta—: ¡Mire usted, caballero! Si dentro de un minuto no se ha marchado, le pondré de patitas en la calle por la vía rápida. ¡Fuera de aquí, señor mío!

Tal amenaza fue para Philip palabras mayores, pues tenía un sentido del honor demasiado sensible. Se puso casi lívido tratando de contener su nerviosismo.

—Nos volveremos a ver muy pronto —le dijo, en voz baja pero resuelta, temblándole los labios al hablar; e inmediatamente le dio la espalda y abandonó el despacho.

Los incidentes del resto de aquel espléndido día de verano dejaron escasa huella en la memoria del joven. Vagó de un lado a otro sin propósito ni meta alguna. A lo largo de South Street, y por Whitehall, observó con curiosidad los movimientos de embarque, y la carga y descarga de los cargueros; y escuchó el alegre ¡ahora! de los marineros y estibadores. Hay mentes en las que una intensa emoción produce la singular conjunción de dos facultades completamente contradictorias: una especie de indiferente apatía, y a la vez una aguda susceptibilidad a todo lo que pasa. La de Philip era de esa clase; advirtió las diversas diferencias en la indumentaria de una

cuadrilla de trabajadores del muelle; le daba vueltas en la cabeza a si recibirían salarios suficientes para llevar una vida holgada, y también sus familias; y si tendrían o no familias, lo que trataba de deducir por su aspecto. En medio de tales reflexiones insignificantes la luz del día fue menguando. Y entre tanto el deseo dominante en los pensamientos de Philip no era otro que entrevistarse con el abogado Covert. Con qué propósito, ni él mismo lo tenía claro en modo alguno.

II

Por fin se hizo de noche. Sin embargo, el joven todavía no dirigió sus pasos hacia su casa. Se sentía más sosegado, en todo caso, y entró en un restaurante y pidió algo para cenar que, cuando se lo trajeron, apenas probó y reanudó de nuevo su paseo. Sentía por dentro, empero, una especie de corrosiva sed y, al pasar junto a un hotel, pensó que un vasito de alcohol sería, quizás, justo lo que necesitaba. Bebió, pero no un vaso sino tres o cuatro, que fueron demasiado para él, pues habitualmente era abstemio.

El día y la tarde habían sido calurosos, y cuando Philip, en un periodo avanzado de la noche, salió del bar a la calle, comprobó que acababa de estallar una tormenta. Siguió andando resueltamente, sin embargo, a pesar de que a cada paso que daba el viento soplaba con más fuerza.

Llovía ya torrencialmente; todas las tiendas estaban cerradas; pocas farolas estaban encendidas; y a excepción de los frecuentes relámpagos, había apenas señales que le indicaran el camino. Hacia la mitad de Chatham Street, que quedaba en la dirección que tenía que tomar, la furia momentánea de la tempestad le obligó a desviarse y meterse en una especie de refugio formado por las esquinas de la oscura entrada a la casa de empeños de un judío. Apenas había entrado hasta donde le fue posible cuando un relámpago le reveló que la esquina de enfrente de su escondrijo estaba también ocupada.

—Qué lluvia más desapacible —dijo el otro ocupante, que a la vez vio a Philip.

La voz sonó en los oídos del joven como un aviso que casi le devolvió la sensatez. Era sin duda alguna la voz de Adam Covert. Dio una respuesta tópica, y esperó que un relámpago le mostrara el rostro del desconocido. Cuando se produjo vio que su acompañante era, en efecto, su tutor.

Philip Marsh había bebido muchísimo (permítanos en lo posible que nos defendamos, severo moralista). Su mente era un hervidero de ideas, que no podía ahuyentar, de todas las injurias que su hermana le había contado, y de las desagradables palabras con las que Covert la había reprendido; reprobaba también las ofensas que Esther lo mismo que él habían recibido, y que probablemente iban a seguir recibiendo, a manos de aquel hombre osado y perverso —tan ruin, egoísta y

sin escrúpulos era su carácter—, cómo se había aprovechado de manera vil y cruel de mucha gente pobre que se había visto envuelta en su poder, y de cuántos perjuicios y sufrimientos había sido responsable y podría seguir siéndolo en años venideros. El mismo caos de los elementos, el fragor estridente del trueno, el azote vindicativo de la lluvia y el intenso fulgor del incontrolado fluido que parecía desenfrenarse en la ferocidad de la tormenta que le rodeaba, provocaron un extraño furor compasivo en la mente del joven. El mismo cielo (tan perturbadas eran sus figuraciones) parecía haber proporcionado un escenario y un tiempo apropiados para efectuar un merecido castigo, que a su trastornado arrebató casi le daba la apariencia de una justicia divina. No tuvo presente la fácil explicación de que Covert se hubiera demorado más tarde de lo habitual apremiado por sus negocios; sino que imaginó que estaba allí con algún misterioso propósito de ordenamiento, y que los dos se encontrarían a aquella hora tan intempestiva. Todo ese torbellino de influjos le invadió a Philip con sorprendente rapidez en aquel horrible momento. Dio un paso para ponerse al lado de su tutor.

—¡Oiga! —le dijo—, ¡qué pronto nos volvemos a encontrar, *Mr. Covert*! ¡Usted traicionó a mi difunto padre y robó a sus hijos! ¡Canalla! ¡Miserable! ¡Me da miedo pensar en *lo que* pienso!

El descaro innato del abogado no le abandonó.

—Sigue tu camino, a no ser que quieras pasar una noche en el cuerpo de guardia de la policía, caballerete —dijo, después de una breve pausa—. Tu padre era un pusilánime, creo recordar; en cuanto a su hijo, su malvado corazón es su peor enemigo. Nunca hice daño a ninguno de los dos... Eso puedo decirlo, ¡y jurarlo!

—¡Insolente mentiroso! —exclamó Philip, y sus ojos echaban chispas en plena oscuridad.

La única respuesta que dio Covert fue una risa indiferente y desdeñosa, que incitó al excitado joven a redoblar su furia. Se abalanzó sobre el abogado y lo agarró por el corbatín.

—¡Tómame esa pues! —gritó con voz quebrada, ya que la diabólica rabia que dominaba al desdichado joven obstaculizaba su garganta—. ¡No eres digno de vivir!

Tiró a su tutor al suelo, y cayó sobre él estrujándolo hasta ahogar los chillidos que la pobre víctima acababa de empezar a proferir. Entonces, con monstruosas imprecaciones, ciñó un nudo muy apretado alrededor del cuello de la criatura que boqueaba, sacó del bolsillo una navaja automática y, al accionar el resorte, se abrió de golpe la larga y afilada hoja, ansiosa por llevar a cabo su sangrienta tarea.

Durante la tregua de la tormenta, el hombre postrado boca abajo agotó sus últimas fuerzas lanzando un breve y estrepitoso grito de agonía. ¡Al mismo tiempo el brazo del asesino hundió la cuchilla una, dos, tres veces, en el pecho de su enemigo! No había pasado ni un minuto desde la fatal y exasperante risa, pero el acto había acabado, y el instintivo pensamiento que enseguida se le ocurrió al culpable fue de miedo y de huida.

En la aterradora pausa que siguió, los ojos de Philip realizaron un prolongado y exhaustivo barrido en todas direcciones, arriba y a su alrededor. ¡Arriba! ¡Dios, cuyo ojo todo lo ve! ¿Qué o quién era aquella blanca figura que ahí estaba?

—¡Contente! ¡Contente en nombre de Jehová! —exclamó una voz aguda pero clara y melodiosa.

Fue como si un espíritu acusador hubiese descendido para dar testimonio de aquel hecho sangriento. Apoyada allá a lo lejos en una ventana alta, apareció una figura cubierta de blanco, cuyo rostro poseía una maravillosa belleza juvenil. Los prolongados e intensos resplandores del relámpago le dieron a Philip plena oportunidad para verla con tanta claridad como si brillase el sol de mediodía. La figura tenía una mano levantada hacia arriba en una actitud de desaprobación, y sus grandes y vivarachos ojos negros se inclinaban sobre la escena de más abajo con una expresión de horror y pena estremecedora. Su aspecto divino y las peculiares circunstancias del momento llenaron de temor el corazón de Philip.

—¡Oh, si no es demasiado tarde todavía —habló de nuevo la voz—, ten piedad de él! Por mandato de Dios, te ordeno: «¡No matarás!».

Las palabras resonaron como un toque de difuntos en los oídos de Philip, aterrorizado y lleno ya de remordimiento. Levantándose de un salto del cadáver, echó una segunda ojeada de arriba abajo al camino, que estaba solitario y desierto; acto seguido, cruzando en dirección a Reade Street, volvió a su casa con miedo por las avenidas más próximas, en un estado en parte de estupor, en parte de desconcierto.

III^[65]

Cuando encontraron por la mañana el cadáver del abogado asesinado y los funcionarios de la justicia comenzaron su investigación, las sospechas recayeron de inmediato en Philip, y fue arrestado. Sin embargo, la más rigurosa pesquisa no reveló nada que implicase al joven, excepto su visita al despacho de Covert la tarde anterior y el lenguaje amenazador que empleó en la misma. Eso no era suficiente en modo alguno para establecer una acusación tan grave contra él.

Dos días después, el asunto llegó al tribunal judicial ordinario, para que Philip pudiera ser citado o absuelto. El testimonio del pasante de *Mr. Covert* fue el único. Uno de los empresarios de Philip, que creía en su inocencia, no lo abandonó en este trance y le proporcionó el abogado criminalista más hábil de Nueva York. La prueba se proclamó rotundamente insuficiente y Philip fue absuelto.

La atestada sala del tribunal le abrió paso cuando salió; centenares de miradas curiosas escudriñaron su semblante, y le transmitieron más de un escarnio. Pero entre todo aquel escenario de rostros humanos, él solo vio *uno*: el de un hombre triste, pálido, ojeroso, acobardado en medio de los demás. Philip había visto aquel rostro

antes en dos ocasiones —la primera vez como espectro que le amonestaba, y la segunda en la cárcel, inmediatamente después del arresto—, y en aquel preciso instante lo veía por última vez. Aquel joven desconocido, descendiente de una raza despreciada y perseguida, había acudido a la sala del tribunal, cumpliendo un desagradable deber, con la intención de declarar lo que había visto, y ablandado al ver la faz exangüe de Philip y el llanto convulso de su hermana, se abstuvo de atestiguar en contra del homicida. ¿Debemos aplaudirlo o condenarlo? Que cada lector conteste esa pregunta por sí mismo.

Aquella tarde Philip se marchó de Nueva York. Su amable jefe poseía una pequeña granja a pocas millas, al norte del Hudson, y hasta que el revuelo del asunto se acabara, aconsejó al joven que fuese allí. Philip aceptó la propuesta agradecido, llevó a cabo unos cuantos preparativos, se despidió apresuradamente de Esther, con el triste presentimiento, que a decir verdad resultó cierto, de que no la vería nunca más^[66], y al anochecer estaba instalado en su nuevo domicilio.

¿Y cómo descansó aquella noche Philip Marsh?, pensaréis. ¡Ya lo creo que *descansó*! ¡Oh, si esos que tanto piden a voces la soga y el cadalso para castigar el crimen pudieran haber visto aquel espectáculo, es posible que en tal caso habrían aprendido una lección! Tuvieron que transcurrir cuatro días antes de que el que se revolvía en aquella cama se hubiese dormido. Ni la más ligera tregua había interrumpido su sensación de tensa vigilia y nerviosismo durante aquellos espantosos días. Y ahora, oh, compasivo cielo, ¡si al menos pudiera zafarse de su remordimiento durante una horita de sueño reparador^[67]!

Le venían a la mente perturbadores desvaríos mientras imaginaba lo que podría hacer para recobrar la paz perdida. ¡Lejos, se iría muy lejos! ¡Los ojos en blanco del hombre asesinado, cuando levantó la vista y le miró a la cara por última vez, su estridente exclamación de dolor, la aterradora viveza de la postura, los movimientos y el aspecto del muerto, la voz que le amonestó desde arriba, le perseguían como furias atormentadoras, que nunca desaparecían de su mente, dormido o despierto, en aquella larga y agotadora noche! ¡Cualquier cosa, cualquier lugar, para eludir tan horrible compañía! Viajaría hacia el interior, se contrataría para hacer arduos trabajos pesados en cualquier granja, trabajaría sin cesar durante los largos días de verano, y así obligaría a la naturaleza a otorgar el olvido a sus sentidos, al menos un poco de vez en cuando. Seguiría huyendo, hasta que las diferentes perspectivas de su nueva vida borrarán por completo los viejos recuerdos. Lucharía valientemente consigo mismo para recobrar la paz de espíritu. Por la paz se esforzaría y pelearía, ¡rezaría por la paz!

Por fin, después de un sopor febril de unos treinta o cuarenta minutos, el desdichado joven despertó sobresaltado, se incorporó en la cama y vio que el dichoso amanecer empezaba a despuntar. Notó que el sudor le chorreaba por el pecho desnudo; la sábana sobre la que había estado echado se hallaba completamente mojada. Arrastrándose fatigosamente, abrió la ventana.

¡Ah, cómo le refrescó aquel beneficioso aire matutino, cómo se asomó y se empapó de la fragancia de las flores de abajo, y por primera vez en su vida casi se dio cuenta de lo hermoso que Dios había hecho el mundo, y de la maravillosa dulzura que había en la mera existencia! E imaginó que los miles de bocas mudas y de ojos elocuentes que parecían mirarlo y hablarle en todos lados le invitaban a salir y a estar con ellos. No sin esfuerzo, pues estaba muy débil, se vistió y salió al aire libre.

Nubes de un dorado tenue y carmesí transparente cubrían el cielo oriental, pero el sol, cuya faz las alegraba en toda su magnificencia, todavía no estaba alto en el horizonte. ¡Era un tiempo y un lugar de una belleza tan rara, tan edénica! Philip se detuvo en la cima de una ladera ascendente y miró a su alrededor. A pocas millas de distancia podía vislumbrar el río Hudson, y encima de él, una estribación de esos acantilados escabrosos que se diseminan a lo largo de sus orillas occidentales. Cerca había campos cultivados. El trébol crecía en abundancia, el nuevo grano cedía a la temprana brisa, y en el aire rebotaba el perfume embriagador de los manzanales próximos, blancos como la nieve en su exuberante floración. A su lado se extendía el jardín grande y bien cuidado de su anfitrión, en el que había muchas flores vistosas, parcelas de césped y una amplia avenida de grandiosos árboles. Mientras Philip oteaba, el bendito poder tranquilizante de la naturaleza —el espíritu invisible de tanta belleza, y tanta inocencia— enterneció su alma. Las angustiosas pasiones y el desasosegante conflicto se apaciguaron. Incluso sintió algo como esa envidiable paz de espíritu, una especie de júbilo delante de toda aquella benignidad célibe. Era tan amable con él, aunque había sido culpable, como con el más puro de los puros. No veía ceños acusadores en los rostros de las flores, ni en los verdes matorrales, ni en las ramas de los árboles. Más indulgentes que la humanidad, y sin distinguir entre los hijos de la oscuridad y los hijos de la luz, ellos al menos lo trataban con delicadeza. ¿Era él, pues, un ser tan detestable? Sin querer se inclinó sobre una rama de rosas rojas, y las cogió suavemente con las manos, ¡esas manos asesinas manchadas de sangre! Pero las rosas rojas ni se marchitaron ni su fragancia disminuyó. Y cuando el joven las besó, y dejó caer una lágrima sobre ellas, le pareció que había encontrado la piedad y la compasión del mismo cielo^[68].

IV^[69]

Después de asolar las ciudades del mundo oriental, el temible cólera hizo su aparición en nuestras costas estadounidenses. Apenas aparecieron los primeros casos en Nueva York, millares de habitantes abandonaron precipitadamente la ciudad y buscaron refugio en los distritos rurales vecinos. Por diversas razones, sin embargo, una gran cantidad de ellos se quedaron pese a todo. Mientras el miedo ahuyentaba a tantos, la pobreza, un motivo igual de acuciante, obligó también a muchos a quedarse donde

estaban. El afán de lucro, además, contribuyó a que una gran cantidad continuase con sus negocios como de costumbre, pues la competencia se redujo, y las ganancias eran cuantiosas. Además de los que se quedaron, hubo todavía una tercera clase, cuyos nombres retienen brillantemente las actas escritas por los ángeles de Dios. Fueron los hombres y mujeres, despreocupados de su propio bienestar, que se compadecieron de los enfermos, los necesitados y los moribundos, cual espíritus misericordiosos, enjugaron el sudor de frentes ardientes, aliviaron la agonía de miembros entumecidos, dirigieron palabras de consuelo a más de una criatura desesperada, que de lo contrario habría sido vencida solo por la debilidad de su alma, y anduvieron de cama en cama con rapidez pero sin hacer ruido, dispensando a los enfermos esos pequeños favores que tanto agradecen, pero tan pocas veces pueden obtener de los desconocidos.

¡Oh, Caridad y Amor, latidos hermanados en el corazón de la gran Humanidad! ¡Dulcemente, pero siempre de modo indudable, surgís poco a poco de la misma tormenta de esos horrores, que afligen por completo a la virtud y la vitalidad del hombre! ¡Hasta en las matanzas y pestilencias, frutos lamentables del mal que nosotros mismos producimos, cuando el odio, el egoísmo y todos los vicios monstruosos amenazan con extirpar del todo el bien de los corazones mortales, el Genio de la Perfección que nuestro creador nos concedió brota con arrogancia y jovialmente de la desolación y ridiculiza los escarnios de esos demonios malvados que se complacen en mortificar nuestra mejor naturaleza! Sí: entonces, para anular el peso de la maldad aparecen grandes proezas de lealtad y amor; entonces, surgen héroes indulgentes y de benevolencia fraternal, cuyo dócil valor es mayor que el valor de la guerra; entonces, los mensajeros predilectos del cielo penetran en los corazones de las mujeres magnánimas, que salen a disipar la sombría penumbra de la escena, cual faroles en la noche. ¡Y aunque su número sea escaso, la suma de su santidad proporciona un estímulo bastante grande para la renovación y salubridad de un mundo por lo demás malsano! ¡Sois los auténticos hijos e hijas de Cristo! ¡Me inclino ante vosotros con una reverencia que nunca concedo a nadie ni por su rango mundanal ni por su autoridad intelectual!

Tal fue, durante la época del cólera en Nueva York, el papel de una pequeña y dedicada pandilla, a la que nada unía excepto el nexo del impulso más sublime, la buena voluntad hacia los hombres, que acudían a dondequiera que se sintieran necesarios o útiles. *Uno* de ellos parecía todavía más fervoroso y abnegado que los demás. Dondequiera que se descubrieran los peores casos de contagio, allí se le encontraba también. En fétidos callejones, en sucios patios traseros de edificios, en húmedos sótanos y calurosas buhardillas, allí iba él con comida, medicinas, palabras y sonrisas amables. En la cabecera de los moribundos, la visión de su cara pálida y tranquila, y sus ojos húmedos de lágrimas piadosas, a menudo despojaba a la muerte de su más espantosa apariencia. A medianoche daba vueltas alrededor de las camas de niños enfermos, acallando sus quejumbrosos gritos, solazándolos en voz baja para que descansaran, y refrescando sus ardientes mejillas con sus propias manos y labios,

desdeñando el riesgo de inhalar miasmas cada vez que respiraba. Por la noche, también, cuando no le ocupaban otras asistencias, iba a atisbar y escudriñar por aquí y por allá, atravesando esos barrios más sucios y miserables de la ciudad, entre Chatham Street y Centre Street, deteniéndose con frecuencia a mirar acá y acullá. Y cuando su bien entrenado oído captaba esos sonidos familiares, esos gemidos de angustia y miedo, infaliblemente dirigía sus pasos hacia el lugar de donde procedían. Una vez allí, como un auxilio sobrenatural, otorgado desde lo alto, tomaba enseguida las medidas que la experiencia había demostrado más eficaces, y en no pocas ocasiones hallaba su recompensa al día siguiente con la recuperación de la salud de su paciente.

Este mensajero de la salud para tantos, y de la paz para todos, este infatigable e intrépido ángel de la compasión y la caridad, era Philip Marsh. Su corazón se henchía de un deseo absorbente de anular, en la medida de lo posible, el gran atropello que había cometido privando a la sociedad de la vida de uno de sus miembros. Un gran delito a veces cambia radicalmente un carácter. Con ese propósito habría soportado de buena gana cualquier sufrimiento o privación, por duros que fuesen; y se alegraba de cada riesgo adicional que corría para proteger o restablecer la salud a esos desdichados enfermos. Parecía incluso como si así estuviera haciendo méritos para los Tribunales del Cielo. ¿Cuántos recién llegados a la tierra inmortal deben haber pasado bajo sus doradas bóvedas con el pensamiento todavía fresco en su fuero interno de la abnegada solidaridad de Philip Marsh? ¿Quién se atrevería a decir que no habían intercedido por él ante el trono de Dios?

Una tarde, a última hora, Philip volvía despacio a su casa, desfallecido por los quehaceres del día, para descansar y estar en condiciones de esforzarse todavía más. Su camino lo llevó por una de esas calles que cruzan la parte oriental de Grand Street y, en medio de aquel solemne silencio, atrajo su atención el llanto en voz baja de un niño cuyo rostro podía ver vagamente en la ventana abierta de un sótano. Philip se acercó más, se detuvo y al inclinarse vio que era un niño pequeño.

—¿Por qué lloras, hijito? —le dijo.

El niño dejó de llorar y miró para arriba, pero no contestó.

—¿Estás aquí solo? —prosiguió Philip—. ¿Están tu padre o tu madre enfermos?

—Mi hermano está enfermo —respondió el niño—. No tengo padre. Ha muerto.

—Lo mató el cólera, ¿no es así?

—No —contestó el niño—. Lo mató un hombre malo hace un año.

El corazón de Philip se estremeció como si le hubieran clavado un instrumento cortante. Tuvo un vago presentimiento, no desprovisto también de cierto júbilo, como si estuviera soñando.

—¿Cómo te llamas, pobrecito?

—Adam Covert —dijo el niño.

Y en aquel mismo momento Philip bajó las escaleras y franqueó la puerta.

Al morir Covert, sus dos hijos se quedaron sin nadie que los protegiera, y casi sin amparo. El abogado había llevado sus asuntos profesionales siguiendo un plan que carecía tan por completo de método —el conocimiento de sus detalles se limitaba casi exclusivamente a su persona— que habría sido difícil que alguno de sus clientes sacara la más pequeña cantidad de las demandas que interpuso. En este estado de cosas, varios acreedores codiciosos llegaron a apoderarse de cuanto quedaba.

El mayor de los dos Covert era un muchacho de unos dieciocho años, industrioso e inteligente, cuyos ingresos bastaban para mantenerse a sí mismo y a su hermano pequeño. Se las arreglaban medianamente bien hasta la llegada del cólera, que acabó con la pensión en la que se habían establecido, dispersó a los huéspedes y ahuyentó a la aterrorizada casera y a su familia, que se fueron a vivir al campo con unos parientes lejanos. Los huérfanos, demasiado pobres para irse con los demás, obtuvieron permiso para ocupar el sótano de la casa, y el mayor continuó con sus ocupaciones durante algún tiempo más, hasta que lamentablemente cesó en su empleo y por supuesto se quedó sin sueldo.

La tarde anterior al encuentro accidental de Philip con el niño en la ventana, la austeridad de vida y el abatimiento habían afectado al muchacho en paro, y empezó a sentir los síntomas de la enfermedad que asolaba la ciudad. No tenía nadie que le ayudara, ningún amigo, ningún médico cerca. Se echó a la calle, pero temió que podía morir en la vía pública, y regresó de nuevo a su morada, consolando a su hermano lo mejor que pudo.

Pues bien, Philip, agradeciendo la indulgencia de Dios, que le había concedido esta dicha, fue para el paciente el enfermero, el amigo y el médico. No se movió de la habitación ni un momento. Siempre llevaba consigo las medicinas necesarias en tales casos, y en todo esto puso a prueba toda su experiencia y destreza hasta más no poder.

El cielo bendijo esos afanes y el chico recobró la salud.

Pero esa fue la mayor recompensa de Philip. Desde el momento mismo en que su joven paciente quedó fuera de peligro, el exhausto hombre empezó a debilitarse. Su enfermedad, sin embargo, no se prolongó mucho. Escribió una breve nota a su hermana, que se hallaba a muchas millas en casa de un pariente lejano, en la que legaba sus bienes a los chicos a quienes había dejado sin padre (tras la muerte de Covert, los huérfanos recibieron por supuesto su herencia de inmediato), y pocas horas después, dejó atrás tranquilamente el recorrido de esa vida que, pese a lo joven que era, había sido para él poco más que un escenario de crimen, sufrimiento y arrepentimiento.

Algunos de mis lectores, tal vez, piensen que deberían haberlo ahorcado cuando cometió el crimen. Que me perdonen si yo pienso de manera muy diferente.

LOS LADRONES QUE NO PODÍAN DEJAR DE ESTORNUDAR^[70]

THOMAS HARDY

Hace muchos años, cuando los robles que ya han pasado lo mejor de su vida eran más o menos tan grandes como los bastones de los ancianos caballeros, vivía en Wessex el hijo de un pequeño terrateniente, que se llamaba Hubert. Tenía unos catorce años y era notable tanto por su franqueza y sencillez como por su valor, del que, a decir verdad, presumía un poco.

Una fría Nochebuena, su padre, que no disponía de otro criado, lo envió a una pequeña ciudad situada a varias millas de su casa para hacer un recado importante. El muchacho hizo el trayecto a caballo y el asunto lo retuvo hasta última hora de la tarde. Sin embargo, finalmente lo terminó; volvió a la posada, el caballo estaba ensillado, y se puso en camino. Para volver a casa tenía que atravesar el valle de Blackmore, una región fértil pero algo solitaria, de pesados caminos arcillosos y tortuosas sendas. En aquella época, además, una gran parte la cubrían espesos bosques.

Debían de ser cerca de las nueve de la noche cuando, mientras pasaba entre los amenazadores árboles montado en Jerry, su jaca de patas robustas, cantando un villancico para estar en armonía con la época del año, Hubert creyó oír un ruido entre las ramas. Eso le recordó que el lugar que estaba atravesando tenía un nombre ominoso. Más de un hombre había sido atacado allí. Miró a Jerry y pensó que ojalá no fuera de color gris claro, pues por ese motivo la silueta del dócil animal era visible incluso donde las sombras eran más densas.

—¿Qué más me da? —dijo en voz alta, después de pensárselo unos instantes—. Jerry tiene unas patas demasiado ágiles y no permitirá que ningún salteador de caminos pueda acercarse.

—¡Ja, ja!, ¿de veras? —dijo alguien con voz grave; y acto seguido un hombre salió como una flecha de un matorral a su derecha, otro a su izquierda y un tercero detrás del tronco de un árbol unas yardas por delante. Agarraron la brida del caballo, derribaron a Hubert y, aunque él arremetió con todas sus fuerzas, como haría por descontado un muchacho valeroso, lo subyugaron. Le ataron los brazos a la espalda, le aseguraron bien las piernas y lo tiraron a la cuneta. Los salteadores, cuyos rostros pudo percibir vagamente que llevaban pintados de negro, se marcharon enseguida llevándose el caballo.

En cuando Hubert se hubo recuperado un poco, comprobó que haciendo un gran esfuerzo podía soltarse las piernas; pero, a pesar de intentarlo por todos los medios, sus brazos seguían tan firmemente atados como antes. Así que lo único que podía

hacer era levantarse y seguir su camino con los brazos atados a la espalda, y confiar en la posibilidad de lograr desatarlos. Sabía que, en tales condiciones, esa noche le sería imposible llegar a su casa a pie; pero siguió caminando. Debido al desconcierto que le produjo ese ataque, se extravió, y habría estado dispuesto a tumbarse entre las hojas secas y descansar hasta que amaneciera si no fuera consciente del peligro de dormir al raso bajo una helada tan severa. De modo que siguió adelante con los brazos apretados y entumecidos por la cuerda que le inmovilizaba, y con mucho pesar por la pérdida de la pobre Jerry, de la que no se tienen noticias de que nunca haya dado una coz o un mordisco, ni mostrado ninguna conducta depravada. Se alegró no poco cuando columbró entre los árboles una luz distante. Hacia ella se encaminó, y al cabo de un rato se encontró delante de una gran mansión, con alas en cada flanco, gabletes, torres, y las siluetas de almenas y chimeneas recortadas contra las estrellas.

El silencio era absoluto; pero la puerta estaba abierta de par en par, y de ella procedía la luz que lo había atraído. Nada más entrar se encontró en una vasta habitación, dispuesta como refectorio y brillantemente iluminada. Las paredes estaban revestidas totalmente de paneles de madera, con molduras talladas, puertas secretas y el mobiliario de rigor en esa clase de casas. Pero lo que más le llamó la atención fue la gran mesa en medio de la sala, llena con una suntuosa cena, todavía intacta. Alrededor de ella estaban colocadas las sillas, y parecía como si hubiera ocurrido algo que interrumpió la comida justo cuando estaba a punto de empezar.

Aunque hubiese querido, Hubert no habría podido comer, paralizado como estaba, a no ser que metiera la boca en los platos, como un cerdo o una vaca. Antes quería que alguien le ayudara; y estaba a punto de adentrarse en la casa con ese propósito cuando oyó pasos apresurados en el porche y las palabras «¡date prisa!», pronunciadas por la voz grave que escuchó cuando lo derribaron del caballo. Solo tuvo tiempo para meterse precipitadamente debajo la mesa antes de que tres hombres entraran en el refectorio. Atisbando desde debajo de los bordes colgantes del mantel, se dio cuenta de que también tenían el rostro pintado de negro, lo que inmediatamente disipó cualquier duda que pudiera quedarle de que eran los mismos ladrones.

—¡Vamos, pues! —dijo el primero, el de la voz grave—, escondámonos. Volverán todos de un momento a otro. Fue un buen truco para que salieran de la casa, ¿eh?

—Sí. Has imitado bien los gritos de un hombre en apuros —dijo el segundo.

—¡Muy bien! —dijo el tercero.

—Pero pronto averiguarán que fue una falsa alarma. Ea, ¿dónde nos esconderemos? Debe de haber algún sitio en donde podamos quedarnos dos o tres horas, hasta que estén acostados y dormidos. ¡Ah!, ya lo tengo. ¡Venid por aquí! Sé que el armario del fondo no se abre más que una vez al año; nos servirá para el caso a ciencia cierta.

El que hablaba se adelantó y tomó un pasillo que salía del vestíbulo. Arrastrándose un poco hacia delante, Hubert pudo columbrar que el armario estaba al

fondo, mirando al refectorio. Los salteadores entraron en él y cerraron la puerta. Respirando a duras penas, Hubert se deslizó hacia delante para enterarse un poco más si cabe de sus intenciones; y, acercándose, pudo oírles cuchichear acerca de las diferentes habitaciones en donde se guardaban las joyas, la plata y otros objetos de valor que sin duda se proponían robar.

Poco después de que se ocultaran, se oyó en la terraza un alegre parloteo de damas y caballeros. Hubert pensó que de nada serviría que le cogieran merodeando por la casa, a no ser que quisiera que le tomaran por ladrón; y volvió sigilosamente al vestíbulo, salió por la puerta y se quedó en un rincón oscuro del porche, desde donde podía ver todo sin ser visto. Momentos después todo un grupo de personajes pasaron cautelosamente ante él y entraron en la casa. Lo formaban un caballero y una dama entrados en años, ocho o nueve mujeres jóvenes, así como otros tantos hombres, además de media docena de criados y doncellas. Al parecer habían abandonado la mansión todos sus ocupantes.

—Ahora, niños y jóvenes, seguiremos cenando —dijo el anciano caballero—. No entiendo qué puede haber sido ese estruendo. Nunca he estado tan seguro de que estaban asesinando a alguien a las puertas de mi casa.

Acto seguido las damas empezaron a comentar lo asustadas que estaban, y que después de todo la aventura que esperaban se había quedado en nada.

«Esperen un poco, señoritas —se dijo Hubert—, luego tendrán suficiente aventura».

Al parecer, los jóvenes, tanto mujeres como hombres, eran hijas e hijos casados de la pareja mayor que habían venido a pasar la Navidad con sus padres.

Acto seguido cerraron la puerta. Hubert se quedó fuera en el porche.

—¡Pero, bueno! ¿A qué viene el alboroto que estás armando? —dijo un lacayo que abrió la puerta; y agarrando a Hubert por el hombro, lo metió a rastras en el refectorio—. He encontrado a este chico desconocido armando un alboroto en el porche, *sir* Simon.

Volvieron la cabeza todos.

—Tráigalo —dijo *sir* Simon, el anciano caballero antes mencionado—. ¿Qué hacías aquí, hijo mío?

—¡Caramba, tiene los brazos atados! —dijo una de las mujeres.

—¡Pobrecito! —dijo otra.

Hubert empezó enseguida a explicar que le habían asaltado cuando volvía a su casa, le robaron el caballo y los despiadados ladrones lo dejaron en ese estado.

—¡Con solo pensarlo! —exclamó *sir* Simon.

—Es una historia probable —dijo uno de los visitantes con incredulidad.

—Es dudosa, ¿eh? —preguntó *sir* Simon.

—Puede que sea un ladrón —sugirió una joven.

—Parece singularmente alocado y travieso, desde luego, ahora que lo examino de cerca —dijo la anciana madre.

Hubert se sonrojó avergonzado; y en vez de terminar su relato, y contar que los salteadores se habían escondido en la casa, se calló porfiadamente, y decidió a medias dejar que se enteraran del peligro por sí mismos.

—Bueno, desatadlo —dijo *sir* Simon—. Ea, como estamos en Nochebuena, lo trataremos bien. Venga, buen hombre; siéntate en aquel asiento vacío al fondo de la mesa, y disfruta de la comida lo mejor que puedas. Cuando te hayas hartado de comer escucharemos más detalles de tu relato.

Acto seguido empezó el banquete; y Hubert, con los brazos ya libres, no sintió en modo alguno participar en él. Cuanto más comían y bebían, más alegres se ponían los invitados; el vino corría copiosamente, los leños llameaban en la chimenea, las jóvenes reían los chistes de sus maridos; en suma, la reunión transcurrió tan ruidosa y alegre como antaño era posible en Navidad.

A pesar de que hirieron sus sentimientos al dudar de su sinceridad, Hubert no pudo evitar entusiasmarse mental y corporalmente por la buena comida, el panorama y la ejemplar hilaridad de sus vecinos. Acabó por reír sus chistes y agudas réplicas tan de buena gana como el anciano *baronet*^[71] *sir* Simon. Cuando la cena estaba a punto de terminar, uno de los hijos, que había bebido vino más de la cuenta, de acuerdo con la costumbre en aquel siglo, dijo a Hubert:

—Bueno, hijo mío, ¿cómo te va? ¿Quieres una pizca de rapé?

Le ofreció una de esas cajas de rapé que entonces empezaban a ser corrientes por todo el país entre jóvenes y viejos.

—Gracias —dijo Hubert, aceptando una pizca.

—Dile a las señoras quién eres, de qué pasta estás hecho y qué sabes hacer —continuó el joven, dándole una palmada a Hubert en el hombro.

—Con mucho gusto —dijo nuestro héroe, incorporándose y pensando que era mejor ponerle buena cara a la propuesta—. Soy un mago ambulante.

—¡No me digas!

—¿Con qué nos saldrá ahora?

—¿Puedes invocar a los espíritus de los vastos abismos, joven mago?

—Soy capaz de suscitar una tempestad en un armario —respondió Hubert.

—¡Ja, ja! —dijo el anciano *baronet*, frotándose las manos con simpatía—. Eso hay que verlo. No os vayáis, hijas: aquí hay algo por ver.

—Espero que no sea peligroso —dijo la anciana dama.

Hubert se levantó de la mesa.

—Deme su caja de rapé, por favor —dijo al joven que se había tomado libertades con él—. Y ahora —continuó—, síganme sin hacer el menor ruido. Si alguno de ustedes habla se romperá el hechizo.

Prometieron obediencia. Hubert salió al pasillo y, quitándose los zapatos, continuó de puntillas hacia la puerta del armario, seguido a poca distancia por el grupo de invitados en completo silencio. Luego puso un taburete delante de la puerta y, valiéndose de él, pudo llegar a la parte de arriba. A continuación, sin hacer

tampoco el menor ruido, vertió todo el rapé por el resquicio superior de la puerta y, con unos cuantos soplos de aire, insufló el rapé en el interior del armario. Alzó un dedo para indicar a los allí reunidos que debían permanecer callados.

—¡Madre mía!, ¿qué es eso? —dijo la anciana dama, después de que hubieran transcurrido unos instantes.

Un estornudo contenido había salido del interior del armario.

Hubert volvió a alzar el dedo.

—Qué cosa más extraña —susurró *sir* Simon—. Es de lo más interesante.

Hubert aprovechó el momento para echar con cuidado el pestillo de la puerta del armario.

—Más rapé —dijo, sin perder la calma.

—Más rapé —repitió *sir* Simon.

Dos o tres caballeros le pasaron sus cajas, y los contenidos se insuflaron en la parte de arriba del armario. Se oyó otro estornudo, no tan bien contenido como el primero; luego otro más, que parecía indicar que no se contendría bajo ningún concepto; por fin se originó una verdadera tormenta de estornudos.

—Magnífico, estupendo para alguien tan joven —dijo *sir* Simon—. Me interesa mucho este truco de forzar la voz, llamado, creo, ventriloquia.

—Más rapé —dijo Hubert.

—Más rapé —repitió *sir* Simon.

El criado de *sir* Simon trajo un tarro grande del mejor rapé perfumado de Escocia.

Hubert cargó una vez más el resquicio superior del armario e insufló el rapé al interior, como antes. Volvió a cargarlo y repitió la operación hasta vaciar todo el contenido del tarro. El estrépito de estornudos llegó a ser realmente sorprendente, no cesaba. Era como el forcejeo del viento, la lluvia y el oleaje en un huracán.

—Creo que hay gente dentro, ¡que eso no es un truco! —exclamó *sir* Simon, que de golpe adivinó la verdad.

—Es cierto —dijo Hubert—. Han venido a asaltar la casa; y son los mismos que me robaron el caballo.

Los estornudos se convirtieron en gemidos espasmódicos. Al oír la voz de Hubert, uno de los ladrones exclamó:

—¡Piedad! ¡Piedad! ¡Déjanos salir de aquí!

—¿Dónde está mi caballo? —dijo Hubert.

—Atado a un árbol en la hondonada de detrás de Short's Gibbet. ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Déjanos salir, o moriremos asfixiados!

Los invitados navideños comprendieron entonces que aquello no era un juego, sino que iba en serio. Se procuraron armas y garrotes; llamaron a todos los criados, y tomaron posiciones delante del armario. A una señal, Hubert descorrió el pestillo y permaneció a la defensiva. Pero comprobaron que los tres salteadores, en lugar de atacarles, estaban agachados en un rincón, respirando con dificultad. No opusieron

resistencia; y, una vez maniatados, los encerraron en un cobertizo hasta la mañana siguiente.

Entonces Hubert explicó el resto de su relato al grupo allí reunido, y recibió un efusivo agradecimiento por los servicios prestados. *Sir* Simon insistió en que se quedara a pasar la noche y aceptase el mejor dormitorio de que disponía la casa, que había sido ocupado sucesivamente por la reina Elizabeth y el rey Charles cuando visitaron esa parte del país. Pero Hubert declinó, pues tenía muchas ganas de encontrar a su caballo Jerry, y comprobar que los informes de los salteadores referentes a él eran ciertos.

Varios invitados acompañaron a Hubert al lugar detrás de Short's Gibbet, en el que los ladrones mencionaron haber escondido a Jerry. Cuando llegaron a la loma y echaron un vistazo, ¡mira por dónde!, ahí estaba el caballo, ileso y tan campante. Al ver a Hubert relinchó con júbilo, y nada pudo superar la alegría de su amo al encontrarlo. Lo montó, dio las buenas noches a sus amigos, se alejó a medio galope en la dirección que le indicaron como el camino más corto, y llegó a su casa sin ningún percance alrededor de las cuatro de la mañana.

LA MANO^[72]

GUY DE MAUPASSANT

Todos hacían corro alrededor del señor Bermutier, juez de instrucción, que daba su parecer sobre el misterioso suceso de Saint-Cloud. Hacía un mes que ese inexplicable crimen enloquecía de terror a París. Nadie lo entendía^[73].

El señor Bermutier, de pie, con la espalda apoyada en la chimenea, hablaba, reunía las pruebas, discutía las diferentes opiniones, pero no llegaba a conclusiones.

Varias mujeres se habían levantado para acercarse y permanecían de pie, con la mirada fija en la boca afeitada del magistrado de la que salían las graves palabras. Se estremecían, vibraban, crispadas por su miedo curioso, por la ávida e insaciable necesidad de espanto que acosa su alma, que las tortura como un hambre.

Una de ellas, más pálida que las otras, dijo durante un silencio:

—Es horroroso. Roza lo «sobrenatural». Nunca se sabrá nada.

El magistrado se volvió hacia ella:

—Sí, señora, es probable que nunca se sepa nada. En cuanto a la palabra *sobrenatural* que usted acaba de emplear, nada tiene que hacer aquí. Estamos en presencia de un crimen maquinado hábilmente y hábilmente ejecutado, tan bien rodeado de misterio que no podemos desgajarlo de las circunstancias impenetrables que lo rodean. Pero tiempo atrás yo mismo tuve que seguir un caso con el que sí parecía mezclarse algo fantástico. Aunque, por falta de medios para aclararlo, hubimos de abandonarlo.

Varias mujeres dijeron al mismo tiempo, tan deprisa que sus voces fueron solo una:

—¡Oh!, cuéntenoslo.

El señor Bermutier sonrió gravemente, como debe sonreír un juez de instrucción. Prosiguió:

—Al menos, no vayan a creer, ni siquiera por un instante, que pude suponer algo sobrehumano en esta aventura. Solo creo en las causas normales. Pero si, en lugar de emplear la palabra *sobrenatural* para expresar lo que no comprendemos, nos sirviéramos simplemente del término *inexplicable*, sería mucho mejor. En cualquier caso, en el suceso que voy a contarles fueron las circunstancias que lo rodearon, sobre todo las circunstancias preparatorias, las que me conmovieron. En fin, estos fueron los hechos:

*
* *

Yo era entonces juez de instrucción en Ajaccio^[74], una pequeña ciudad blanca, tendida al borde de un admirable golfo que rodean por todas partes altas montañas.

Lo que allí me tenía más ocupado eran, sobre todo, los casos de *vendetta*. Los hay magníficos, dramáticos a más no poder, feroces, heroicos. Allí encontramos los más hermosos temas de venganza que se puedan soñar, odios seculares aplacados durante un momento pero nunca apagados, astucias abominables, asesinatos que se convierten en matanzas y casi en acciones gloriosas. Desde hacía dos años no oía hablar más que del precio de la sangre, de ese terrible prejuicio corso que obliga a vengar toda injuria sobre la persona que la ha cometido, sobre sus descendientes y sus allegados. Había visto degollar a viejos, a niños, a primos, tenía la cabeza llena de estas historias.

Y un día supe que un inglés acababa de alquilar por varios años una pequeña villa al fondo del golfo. Se había traído consigo un criado francés, que tomó a su servicio de paso por Marsella.

No tardó mucho todo el mundo en ocuparse de aquel singular personaje, que vivía solo en su casa, de la que solo salía para cazar y pescar. No hablaba con nadie, nunca iba a la ciudad y todas las mañanas se ejercitaba durante una o dos horas en el tiro a pistola o con carabina.

Sobre él se forjaron leyendas. Pretendían que era un alto personaje que huía de su patria por razones políticas; luego se afirmó que se ocultaba tras haber cometido un crimen espantoso. Se citaban incluso circunstancias particularmente horribles.

En mi calidad de juez de instrucción quise informarme sobre aquel hombre; pero me resultó imposible saber algo. Se hacía llamar *sir John Rowell*.

Me contenté, pues, con vigilarlo de cerca; pero en realidad nadie me indicaba nada sospechoso sobre él.

Sin embargo, como los rumores continuaban, crecían y se generalizaban, decidí tratar de ver por mí mismo a aquel extranjero, y empecé a cazar con regularidad por los alrededores de su finca.

Esperé durante mucho tiempo una ocasión. Por fin se presentó en forma de una perdiz a la que disparé y maté en las mismas narices del inglés. Mi perro me la trajo; pero, nada más coger la pieza, fui a disculparme por mi inconveniencia y a rogar a *sir John Rowell* que aceptara el ave muerta.

Era un hombre enorme de pelo y barba rojizos, muy alto, muy corpulento, una especie de hércules plácido y educado. No tenía nada de la rigidez llamada británica y me agradeció vivamente mi delicadeza en un francés con acento del otro lado del canal de la Mancha. Al cabo de un mes habíamos charlado cinco o seis veces.

Por fin, una noche, cuando pasaba por delante de su puerta, lo vi fumando en pipa, a horcajadas sobre una silla, en el jardín. Lo saludé y él me invitó a pasar para beber un vaso de cerveza. No me lo hice repetir.

Me recibió con toda la meticulosa cortesía inglesa, habló elogiosamente de Francia, de Córcega, declaró que amaba mucho *esta* país y *estos* riberas.

Entonces, con grandes precauciones y bajo la fórmula de un vivísimo interés, le hice algunas preguntas sobre su vida, sobre sus proyectos. Respondió sin problemas,

me contó que había viajado mucho, por África, por las Indias, por América. Y añadió, riendo:

—He tenido muchas aventuras, ¡oh!, yes.

Luego volví a hablar de caza, y él me dio los detalles más curiosos sobre la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante, e incluso de la caza del gorila.

Dije:

—Todos esos animales son temibles.

Sonrió.

—¡Oh!, no, el más peor ser el hombre.

Se echó a reír a carcajadas, con una bondadosa risa de gordo inglés contento:

—¡Yo haber cazado mucho también al hombre!

Luego habló de armas, y me ofreció entrar en la casa para enseñarme fusiles de distintos sistemas.

Su salón estaba tapizado de negro, de seda negra bordada en oro. Grandes flores amarillas corrían por la oscura tela, brillaban como fuego.

Anunció:

—Ello era paño japonés.

Pero en el centro del panel más ancho una cosa extraña atrajo mi mirada. Sobre un cuadrado de terciopelo rojo destacaba un objeto negro. Me acerqué: era una mano, una mano de hombre. No una mano de esqueleto, blanca y limpia, sino una mano negra reseca, con las uñas amarillas, los músculos al desnudo y rastros de sangre antigua, de sangre que parecía mugre, sobre los huesos cortados de un tajo, como de hacha, hacia la mitad del antebrazo.

Alrededor de la muñeca, una enorme cadena de hierro, remachada, soldada a aquel miembro sucio, lo sujetaba a la pared mediante una argolla lo bastante fuerte para tener sujeto a un elefante.

Pregunté:

—¿Qué es eso?

El inglés respondió tranquilamente:

—Ser mi mejor enemigo. Traer de América. Atravesar con sangre y arrancar la piel con una piedra cortante, y secar al sol en ocho días. Aoh, muy buena para mí, esta.

Toqué aquel despojo humano que había debido de pertenecer a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, estaban sujetos por tendones enormes que retenían tiras de piel en algunos puntos. Aquella mano era espantosa de ver, así desollada, y hacía pensar naturalmente en alguna venganza de salvaje.

Dije:

—El hombre debía de ser muy fuerte.

El inglés pronunció con dulzura:

—Aoh, yes; pero yo ser más fuerte que él. Yo haber puesto esta cadena para sujetarlo.

Creí que bromeaba. Dije:

—La cadena resulta ahora muy inútil, la mano no se escapará.

Sir John Rowell replicó con toda seriedad:

—Ella siempre querer irse. La cadena ser necesaria.

Con una rápida ojeada escudriñé su rostro, preguntándome:

«¿Está loco o es una broma de mal gusto?».

Pero su cara permanecía impenetrable, tranquila y bonachona. Hablé de otra cosa y admiré sus escopetas.

Me fijé, sin embargo, en que sobre los muebles había tres revólveres cargados, como si aquel hombre viviera con el temor constante a un ataque.

Volví varias veces a su casa. Luego dejé de ir. Se habían acostumbrado a su presencia; había llegado a ser indiferente a todos.

Pasó todo un año. Y una mañana, a finales de noviembre, mi criado me despertó anunciándome que *sir John Rowell* había sido asesinado durante la noche.

Media hora más tarde entraba yo en la casa del inglés en compañía del comisario central y del capitán de la gendarmería. El criado, enloquecido y desesperado, lloraba delante de la puerta. Sospeché al principio de este hombre, pero era inocente.

Nunca se pudo encontrar al culpable.

Al entrar en el salón de *sir John*, vi a la primera ojeada el cadáver tendido de espaldas, en medio de la estancia.

El chaleco estaba desgarrado, colgaba una manga arrancada, todo indicaba que había tenido lugar una lucha terrible.

¡El inglés había muerto estrangulado! Su rostro, negro e hinchado, espantoso, parecía expresar un pavor abominable; sujetaba algo entre los dientes apretados; y el cuello, perforado por cinco agujeros que se diría hechos con puntas de hierro, estaba cubierto de sangre.

Se nos unió un médico. Examinó largo rato las huellas de los dedos en la carne y pronunció estas extrañas palabras:

—Se diría que ha sido estrangulado por un esqueleto.

Un escalofrío recorrió mi espalda, y fijé los ojos en la pared, en el muro donde tiempo atrás había visto la horrible mano de degollado. Ya no estaba allí. La cadena, rota, colgaba.

Entonces me agaché hacia el muerto, y en su boca crispada encontré uno de los dedos de aquella mano desaparecida, cortado o más bien serrado por los dientes justo en la segunda falange.

Luego se procedió a las constataciones. No se descubrió nada. Ninguna puerta había sido forzada, ninguna ventana, ningún mueble. Los dos perros guardianes no se habían despertado.

Esta fue, en pocas palabras, la declaración del criado:

—Desde hacía un mes, su amo parecía agitado. Había recibido muchas cartas, que quemaba en el acto.

»A menudo, cogiendo un látigo, con una cólera que parecía demencial, había azotado con furia aquella mano seca, sellada a la pared y desaparecida, no se sabe cómo, a la misma hora del crimen.

»Se acostaba muy tarde y se encerraba con cuidado. Siempre tenía armas al alcance del brazo. De noche, hablaba en voz alta con frecuencia, como si estuviera discutiendo con alguien.

Aquella noche, casualmente, no había hecho ningún ruido, y solo al ir a abrir las ventanas había encontrado el sirviente a *sir* John asesinado. No sospechaba de nadie.

Comuniqué lo que sabía del muerto a los magistrados y a los funcionarios de la fuerza pública, y se hizo una minuciosa investigación por toda la isla. No se descubrió nada.

Pero una noche, tres meses después del crimen, tuve una pesadilla espantosa. Me pareció que veía la mano, la horrible mano, correr como un escorpión o como una araña a lo largo de mis cortinas y mis paredes. Tres veces me desperté, tres veces volví a dormirme, tres veces vi de nuevo el repugnante despojo galopar alrededor de mi cuarto moviendo los dedos como si fueran patas.

Al día siguiente me la trajeron, la habían encontrado en el cementerio, sobre la tumba de *sir* John Rowell, enterrado allí, pues no se había podido averiguar nada sobre su familia. Le faltaba el índice.

Y esta es, señoras, mi historia. No sé nada más.

*
* *

Las mujeres, enloquecidas, estaban pálidas y temblaban. Una de ellas exclamó:

—¡Pero eso no es un desenlace, ni una explicación! No vamos a dormir si no nos dice qué fue lo que, en su opinión, había ocurrido.

El magistrado sonrió con severidad.

—¡Oh!, no quisiera yo, señoras mías, echarles a perder, con toda seguridad, sus terribles sueños. Pienso sencillamente que el legítimo propietario de la mano no estaba muerto, que fue a buscarla con la que le quedaba. Pero no pude saber cómo lo hizo, ya ven. Fue una especie de *vendetta*.

Una de las mujeres murmuró:

—No, no debe de ser eso.

Y el juez de instrucción, sin dejar de sonreír, concluyó:

—Ya les había dicho que mi explicación no las convencería.

LA CERILLA SUECA^[75]

ANTÓN CHÉJOV

I

En la mañana del 6 de octubre de 1885, un joven correctamente vestido se presentó en la oficina del comisario de policía del segundo sector del distrito de S. y declaró que su señor, el corneta de la guardia retirado Mark Ivánovich Kliauzov, había sido asesinado. El hombre que informaba de esa novedad estaba pálido y extremadamente agitado. Sus manos temblaban y sus ojos estaban llenos de terror.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —le preguntó el comisario.

—Soy Psekov, el administrador de Kliauzov, agrónomo y mecánico.

El comisario y los agentes, conducidos por Psekov al lugar de los hechos, se encontraron con el siguiente cuadro: junto al pabellón en el que vivía Kliauzov se apiñaba una gran cantidad de personas. La nueva se había propagado por los alrededores a la velocidad del rayo y, como era día festivo, la gente afluía al pabellón desde todas las aldeas vecinas. En el lugar todo era ruido y discusiones. Aquí y allá se veían rostros pálidos y llorosos. La puerta que daba al dormitorio de Kliauzov estaba cerrada. La llave estaba puesta por dentro.

—Es evidente que los criminales entraron por la ventana —señaló Psekov tras examinar la puerta.

Se dirigieron al jardín, adonde daba la ventana del dormitorio. La ventana tenía un aire sombrío y siniestro, con su cortina de un verde desteñido, uno de cuyos bordes estaba ligeramente doblado, permitiendo ver el interior de la estancia.

—¿Ha mirado alguno de ustedes por la ventana? —preguntó el comisario.

—Nadie, excelencia —dijo el jardinero Yefrem, un viejecito achaparrado y canoso con cara de suboficial retirado—. ¡Quién va a atreverse a mirar cuando a todos nos tiemblan las piernas!

—¡Ah, Mark Ivánich! ¡Mark Ivánich! —suspiró el comisario, mirando por la ventana—. ¡Ya te decía yo que acabarías mal! ¡Te lo decía, mi pobre amigo, pero no me hacías caso! ¡El desenfreno no conduce a nada bueno!

—Hay que dar las gracias a Yefrem —dijo Psekov—, sin él no nos habríamos dado cuenta de nada. Fue el primero que pensó que aquí pasaba algo raro. Esta mañana vino a verme y me dijo: «¿Cómo es que nuestro señor tarda tanto en despertarse? ¡No ha salido del dormitorio en toda la semana!». Al oír esas palabras, sentí como si alguien me hubiera dado un martillazo... La idea me vino de pronto a la cabeza... ¡No se había dejado ver desde el sábado pasado y hoy estamos a domingo! Siete días. ¡No es poca cosa!

—Sí, el pobre... —suspiró una vez más el comisario—. Era un muchacho inteligente, instruido, de buen corazón. En las reuniones siempre era el primero de todos. ¡Pero era un libertino, que Dios lo tenga en su gloria! ¡Lo que ha pasado no me coge de sorpresa! Stepán —dijo, dirigiéndose a uno de los agentes—, vete enseguida a mi oficina y dile a Andriuska que informe sin falta al jefe de policía. Dile que han asesinado a Mark Ivánovich. Y corre también a buscar al cabo. ¿Por qué se entretiene tanto? ¡Que venga! ¡Y tú, dirígete cuanto antes a casa del juez de instrucción Nikolái Yermoláievich y dile que se presente aquí! Espera, voy a escribirle una nota.

El comisario dispuso un cordón policial alrededor del pabellón, escribió la nota y se dirigió a casa del administrador a tomar el té. Al cabo de unos diez minutos estaba sentado en un taburete, sorbiendo un té ardiente como la brasa, al tiempo que mordisqueaba con delicadeza un terrón de azúcar.

—Así es... —comentaba con Psekov—. Así es... Un hombre noble y rico..., amado por los dioses, como decía Pushkin. Y ¿a qué ha llegado? ¡A nada! Se emborrachaba, llevaba una vida licenciosa y..., ¡ya ve!, lo han asesinado.

Al cabo de dos horas llegó el juez de instrucción. Nikolái Yermoláievich Chúbikov (así se llamaba) era un anciano alto y corpulento de unos sesenta años, que ejercía sus funciones desde hacía ya un cuarto de siglo. Tenía fama en toda la región de ser un individuo honrado, inteligente, enérgico y amante de su profesión. Su secretario y ayudante Diukovski, joven de elevada estatura y unos veinte años de edad, su compañero inseparable, se desplazó con él al lugar de los hechos.

—¿Es posible, señores? —dijo Chúbikov, entrando en la habitación de Psekov y estrechando con prontitud la mano de todos los presentes—. ¿Es posible? ¿Mark Ivánich? ¿Asesinado? ¡No, es imposible! ¡Im-po-si-ble!

—Véalo usted mismo... —suspiró el comisario.

—¡Dios nuestro Señor! ¡Si lo vi el viernes pasado en la feria de Tarabankovo! ¡Hasta estuvimos bebiendo juntos, perdonen ustedes, una copa de vodka!

—Vaya y véalo... —exclamó de nuevo el comisario.

Después de suspirar un rato, expresar su espanto y beber un vaso de té, se dirigieron todos al pabellón.

—¡Abran paso! —gritó el cabo a la gente.

Al entrar en el pabellón, el juez de instrucción examinó ante todo la puerta del dormitorio. Era de madera de pino, estaba pintada de amarillo y aparecía intacta. No se encontró ninguna señal que pudiera servir de indicio. Se procedió a forzar la puerta.

—¡Señores, ruego a las personas que no tengan nada que ver con el asunto que se alejen! —dijo el juez de instrucción una vez que, tras muchos golpes y crujidos, la puerta cedió al hacha y al cincel—. Se lo pido en interés de la investigación... ¡Cabo, que no entre nadie!

Chúbikov, su ayudante y el comisario abrieron la puerta y, con paso vacilante, entraron uno tras otro en el dormitorio. A sus ojos se ofreció el siguiente espectáculo:

junto a la única ventana había una gran cama de madera con un enorme edredón. Sobre el edredón, muy arrugado, se extendía una manta desordenada y revuelta. La almohada, con una funda de algodón también muy arrugada, estaba en el suelo. Sobre una mesilla situada delante de la cama descansaban un reloj de plata y una moneda de veinte kopeks de idéntico metal. Al lado había una caja de cerillas de azufre. La cama, la mesilla y una única silla constituían todo el mobiliario de la habitación. Tras echar un vistazo debajo de la cama, el comisario descubrió unas veinte botellas vacías, un viejo sombrero de paja y un cuarto de litro de vodka. Bajo la mesilla apareció una bota cubierta de polvo. Cuando su mirada recorrió la habitación, el juez de instrucción frunció el ceño y se ruborizó.

—¡Canallas! —farfulló, apretando los puños.

—Y ¿dónde está Mark Ivánich? —preguntó en voz queda Diukovski.

—¡Le ruego que no se entrometa! —le respondió con rudeza Chúbikov—. ¡Haga el favor de examinar el suelo! ¡Es el segundo caso de este género al que me enfrento en mi carrera, Yevgraf Kuzmich! —le comentó al comisario, bajando la voz—. En 1870 me encargué de un caso semejante. Sin duda lo recuerda usted... Me refiero al asesinato del comerciante Portrétoy. Las circunstancias eran las mismas. Los criminales lo mataron y arrastraron el cadáver por la ventana...

Chúbikov se acercó a la ventana, apartó la cortina y empujó el batiente con cuidado. La ventana se abrió.

—Si se abre es que no estaba cerrada... ¡Hum...! Hay huellas en el alféizar. ¿Las ve usted? Aquí tenemos la huella de una rodilla... Alguien ha trepado por aquí... Hay que examinar a fondo la ventana.

—En el suelo no hay nada digno de atención —dijo Diukovski—. Ni manchas ni arañazos. Solo he encontrado una cerilla sueca consumida. ¡Aquí la tiene! Si no recuerdo mal, Mark Ivánich no fumaba y en la casa utilizaba cerillas de azufre, en ningún caso suecas. Esta cerilla podría ser una prueba.

—Ah... ¡Cállese, por favor! —exclamó el juez de instrucción, haciendo un gesto de disgusto con la mano—. ¡La que ha organizado con su cerilla! ¡No puedo soportar las mentes calenturientas! ¡En lugar de buscar cerillas, mejor haría en inspeccionar la cama!

Tras el examen, Diukovski ofreció su informe:

—No hay manchas de sangre ni de ningún otro tipo... Tampoco se advierten desgarrones recientes. En la almohada hay marcas de dientes. Sobre la manta se ha vertido un líquido que tiene el olor y el sabor de la cerveza... El aspecto general de la cama da pie a pensar que en ella se ha desarrollado algún forcejeo.

—¡Que ha habido algún forcejeo lo sé sin necesidad de que usted me lo diga! No es eso lo que le he preguntado. En lugar de buscar rastros de lucha, haría mejor en...

—Solo hay una bota. La otra no aparece.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que lo estrangularon mientras se las quitaba. No había tenido tiempo de quitarse la otra bota cuando...

—¡Ya está fantaseando!... Y ¿cómo sabe usted que lo han estrangulado?

—En la almohada hay marcas de dientes. La propia almohada estaba muy arrugada y ha aparecido a más de dos metros de la cama.

—¡Eso es hablar por hablar! Mejor será que vayamos al jardín. Más valdría que reconociera usted el jardín, en lugar de andar rebuscando por aquí... Para eso no lo necesito.

Una vez en el jardín, la investigación se centró ante todo en el examen de la hierba, que estaba aplastada debajo de la ventana, como también de un arbusto de bardana muy próximo a la pared. Diukovski tuvo la fortuna de descubrir algunas ramas quebradas y un trozo de guata. En las flores más altas aparecieron unas hebras de lana de color azul oscuro.

—¿De qué color era el traje que llevaba la última vez que se lo vio? —preguntó Diukovski a Psekov.

—Amarillo. Era un traje de lienzo.

—Estupendo. En consecuencia, los asesinos vestían de azul.

Cortó algunas flores de bardana y las envolvió con cuidado en un papel. En ese momento llegaron el jefe de policía Artsibashev-Svistakovski y el doctor Tiutiúiev. El jefe de policía saludó a los presentes y, sin más preámbulos, trató de satisfacer su curiosidad; el doctor, hombre alto y de una delgadez extrema, con ojos hundidos, larga nariz y prominente barbilla, se sentó en un tocón y, sin saludar a nadie ni hacer ninguna pregunta, suspiró y dijo:

—¡Ya están de nuevo en danza los serbios! ¡No entiendo qué es lo que quieren! ¡Ah, Austria, Austria! ¡Tú tienes la culpa!

El examen de la cara externa de la ventana no aportó absolutamente nada, mientras que el reconocimiento de la hierba y los arbustos cercanos proporcionó a la investigación muchas indicaciones útiles. Por ejemplo, Diukovski consiguió seguir sobre la hierba un largo rastro oscuro compuesto de manchas, que partía de la ventana y se internaba varios metros en el jardín. El rastro terminaba bajo un arbusto de lila con una gran mancha de color marrón oscuro. Bajo ese mismo arbusto se encontró una bota que resultó ser la pareja de la hallada en el dormitorio.

—¡Es sangre seca! —dijo Diukovski, examinado las manchas.

Al oír la palabra «sangre», el doctor se levantó y, con cierta indolencia, echó un vistazo a las manchas.

—Sí, es sangre —murmuró.

—¡La presencia de la sangre demuestra que no fue estrangulado! —dijo Chúbikov, mirando a Diukovski con aire sarcástico.

—En el dormitorio lo estrangularon; luego llegaron aquí y, temiendo que recobrara el sentido, le golpearon con un objeto punzante. La mancha que hay debajo

del arbusto demuestra que pasó allí un tiempo relativamente largo, mientras los asesinos buscaban el modo de sacarlo del jardín.

—Bueno, ¿y la bota?

—Esa bota refuerza aún más mi convencimiento de que lo asesinaron mientras se descalzaba para meterse en la cama. Ya se había desembarazado de una bota; la otra, es decir, esta, solo tuvo tiempo de quitársela a medias. De modo que con las sacudidas y la caída del cuerpo se desprendió por sí misma...

—¡Qué imaginación! —exclamó Chúbikov, con una sonrisa irónica en los labios—. ¡Se le ocurre una tras otra! ¿Cuándo perderá usted la costumbre de molestar a todo el mundo con sus razonamientos? ¡En lugar de eso, mejor sería que cogiera una muestra de hierba ensangrentada para analizarla!

Una vez concluido el examen y trazado un plano del lugar, el equipo investigador se dirigió a casa del administrador para redactar el atestado y almorzar. Durante la comida las lenguas se soltaron.

—El reloj, el dinero y lo demás... todo está intacto —dijo Chúbikov, iniciando la conversación—. El móvil del crimen no ha sido el dinero: tan cierto como que dos y dos son cuatro.

—Debe de haberlo cometido un hombre cultivado —terció Diukovski.

—¿Qué le ha llevado a esa conclusión?

—La cerilla sueca, cuyo uso aún desconocen los campesinos del lugar. Solo los hacendados, y no todos, emplean cerillas de ese tipo. Por otro lado, el asesino no estaba solo: al menos tres personas participaron en el crimen: dos lo sujetaron y el tercero lo estranguló. Kliauzov era fuerte y los asesinos probablemente lo sabían.

—¿De qué podía valerle su fuerza si, por ejemplo, estaba durmiendo?

—Los asesinos lo sorprendieron cuando se quitaba las botas. Se estaba descalzando, de modo que no dormía.

—¡Lo que no inventará! ¡Más valdría que comiera!

—En mi opinión, excelencia —dijo el jardinero Yefrem, mientras ponía el samovar en la mesa—, la única persona que ha podido cometer esta vileza es Nikolashka.

—Es muy posible —dijo Psekov.

—Y ¿quién es ese Nikolashka?

—El ayuda de cámara del señor, excelencia —respondió Yefrem—. ¿Quién pudo haber sido sino él? ¡Es un bandido, excelencia! Un borracho, un depravado. ¡Que la Reina de los Cielos nos proteja de la gente como él! Era quien le llevaba el vodka al señor y quien le ayudaba a acostarse... No puede haber sido otro. Además, me atrevo a informar a su excelencia de que un día, en la taberna, el muy granuja se jactó de que mataría al señor. Y todo por culpa de Akulka, una mujer... La esposa de un soldado... Al señor le gustaba y consiguió ganársela, entonces el otro... como es normal, se enfadó... Ahora está en la cocina, borracho como una cuba, y llora... Finge que le da pena del señor...

—Realmente, por una mujer como Akulka cualquiera se enfadaría —dijo Psekov—. Es la esposa de un soldado, una campesina, pero... No en vano Mark Ivánich la llamaba Naná. Hay en ella algo que recuerda a Naná^[76]... Algo que atrae...

—La he visto... Lo sé —comentó el juez de instrucción, sonándose con un pañuelo rojo.

Diukovski se ruborizó y bajó los ojos. El comisario tamborileaba con el dedo sobre su platillo. El jefe de policía tuvo un ataque de tos y se puso a buscar algo en su cartera. Por lo visto, el médico era el único a quien dejaba indiferente el recuerdo de Akulka y de Naná. El juez ordenó que trajeran a Nikolashka. Era un muchacho desgarrado, con larga nariz picada de viruelas y el pecho hundido, vestido con una chaqueta que había sido del señor; al entrar en la habitación de Psekov, hizo una profunda reverencia. Tenía una expresión soñolienta y llorosa. Estaba borracho y apenas se tenía en pie.

—¿Dónde está el señor? —le preguntó Chúbikov.

—Lo han matado, excelencia.

Al decir esas palabras, Nikolashka parpadeó y se echó a llorar.

—Ya lo sabemos. ¿Dónde está ahora? ¿Dónde se encuentra su cadáver?

—Dicen que lo sacaron por la ventana y lo enterraron en el jardín.

—¡Hum...! Los resultados de la investigación ya son conocidos en la cocina... Lamentable. Dime, amigo, ¿dónde estabas la noche que mataron a tu señor? Fue el sábado, ¿no es así?

Nikolashka levantó la cabeza, extendió el cuello y se quedó pensativo.

—No puedo saberlo, excelencia —dijo—. Estaba borracho y no me acuerdo.

—¡Un *alibi*! —susurró Diukovski, sonriendo con aire burlón y frotándose las manos.

—Bueno. Y ¿por qué hay sangre debajo de la ventana?

Nikolashka levantó de nuevo la cabeza y se quedó pensativo.

—¡Piensa más deprisa! —exclamó el jefe de policía.

—Enseguida. Esa sangre no tiene importancia, excelencia. Es de una gallina que maté. Le había cortado el cuello como de costumbre, pero se me escapó de las manos y echó a correr... Por eso hay sangre.

Yefrem declaró que, en realidad, Nikolashka mataba todas las tardes una gallina en lugares diferentes, pero nadie había visto que una gallina medio degollada corriera por el jardín; no obstante, no se podía negar ese hecho de manera tajante.

—Un *alibi* —dijo Diukovski con una sonrisa—. ¡Y qué *alibi* tan estúpido!

—¿Te veías con Akulka?

—Sí, pecador de mí.

—¿Y el señor te la quitó?

—¡Nada de eso! Fue el señor Psekov quien me la birló y a él se la arrebató el señor. Así es como sucedieron las cosas.

Psekov se turbó y empezó a rascarse el párpado izquierdo. Diukovski, que tenía los ojos fijos en él, advirtió su embarazo y se estremeció. Acababa de reparar en que el administrador llevaba unos pantalones azules, detalle que antes había escapado a su atención. Esos pantalones le recordaron las hebras azules encontradas en la mata de bardana. Chúbikov, a su vez, miró a Psekov con aire de sospecha.

—¡Vete! —le dijo a Nikolashka—. Y ahora, señor Psekov, permítame que le haga una pregunta. Seguramente, pasó usted aquí la noche del sábado al domingo, ¿no es cierto?

—Sí, a las diez cené con Mark Ivánich. —Psekov, confundido, se levantó de la mesa—. Luego... Luego... La verdad es que no me acuerdo —farfulló—. Esa noche bebí mucho... No recuerdo dónde y cuándo me quedé dormido... ¿Por qué me miran todos así? ¡Ni que lo hubiera matado yo!

—¿Dónde se despertó usted?

—En la cocina de los criados, sobre la estufa... Todos pueden confirmarlo. Cómo fui a parar allí, no lo sé...

—No se ponga nervioso... ¿Conocía a Akulka?

—Eso no tiene nada de particular...

—¿Pasó de usted a Kliauzov?

—Sí... Yefrem, ¡sirve más setas! ¿Quiere té, Yevgraf Kuzmich?

Se produjo un silencio embarazoso, agobiante, que se prolongó durante cinco minutos. Diukovski seguía callando y no apartaba su penetrante mirada del pálido rostro de Psekov. El juez de instrucción fue el primero en hablar.

—Será necesario que vayamos al edificio principal —dijo— para hablar con María Ivánovna, la hermana del difunto. Tal vez ella pueda proporcionarnos alguna pista.

Chúbikov y su ayudante dieron las gracias por el almuerzo y se pusieron en marcha. Encontraron a María Ivánovna, la hermana de Kliauzov, una solterona de cuarenta y cinco años, rezando ante la alta urna con los iconos de la familia. Al ver en las manos de los recién llegados carteras y gorras con escarapelas, palideció.

—Ante todo le pido disculpas por haber interrumpido, por decirlo así, sus piadosas actividades —dijo con galantería Chúbikov, haciendo chocar los talones—. Venimos a hacerle una petición. Como sin duda ha oído usted... existen indicios de que su hermano ha sido asesinado. La voluntad de Dios, ya sabe... La muerte no respeta a nadie, ni a reyes ni a campesinos. ¿No podría proporcionarnos algún indicio o aclaración?

—¡Ah, no me pregunte nada! —dijo María Ivánovna, palideciendo aún más y ocultando el rostro en las manos—. ¡No puedo decirle nada! ¡Nada! ¡Se lo suplico! No sé nada... ¿Qué puedo decirle? Ah, no, no... ¡No diré una palabra sobre mi hermano! ¡Antes de hablar, prefiero morir!

María Ivánovna se echó a llorar y se retiró a otra habitación. Los investigadores intercambiaron miradas, se encogieron de hombros y se marcharon.

—¡Qué diablo de mujer! —exclamó Diukovski en tono insultante al salir de la espaciosa casa—. Por lo visto, sabe algo y lo oculta. Y la doncella también tiene aspecto de guardar algún secreto... ¡Esperad un poco, diablesas! ¡Ya lo aclararemos todo!

Era ya de noche cuando Chúbikov y su ayudante, alumbrados por la pálida luz de la luna, regresaban a sus casas; sentados en la calesa, hacían balance de los acontecimientos del día. Ambos estaban agotados y guardaban silencio. A Chúbikov, en general, no le gustaba hablar cuando estaba de camino, mientras Diukovski, charlatán por naturaleza, callaba por consideración al anciano. Sin embargo, al final del viaje el ayudante no pudo contenerse y comentó:

—Que Nikolashka ha tomado parte en este asunto *non dubitandum est*. Basta verle la jeta para darse cuenta de la clase de pájaro que es... Su *alibi* nos lo entrega atado de pies y manos. También está fuera de toda duda que él no es el instigador. Solo ha sido un instrumento ciego del que alguien se ha servido. ¿Está usted de acuerdo? También el modesto Psekov desempeña un papel de cierta importancia en este caso. Los pantalones azules, su turbación, el miedo que le llevó a buscar la estufa después del asesinato, su *alibi* y Akulka.

—¡Siga dándole a la lengua! En su opinión, basta con conocer a Akulka para ser sospechoso de asesinato. ¡Ah, tiene usted una mente calenturienta! ¡Debería usted volver al biberón en lugar de instruir procesos! También usted ha cortejado a Akulka. ¿Significa eso que ha tomado parte en el asunto?

—También usted la empleó durante un mes como cocinera... pero no digo nada. La noche del sábado al domingo estuvimos usted y yo jugando a las cartas y por tanto le vi, de otro modo me habría ocupado de usted. No se trata de esa mujer, señor, sino de un sentimiento vil, repugnante y vergonzoso... A ese joven modesto le ha disgustado no haber quedado por encima, ¿ve usted? Es una cuestión de amor propio. Quería vengarse... Luego... Sus gruesos labios delatan una naturaleza sensual. ¿Recuerda cómo chasqueaba la lengua cuando se comparó a Akulka con Naná? ¡Es indudable que a ese canalla le devora la pasión! En definitiva: amor propio herido y pasión insatisfecha. Suficiente para cometer un asesinato. Tenemos a dos en nuestras manos; pero ¿quién es el tercero? Nikolashka y Psekov sujetaron a Kliuzov. ¿Quién lo ahogó? Psekov es tímido, miedoso y, en general, cobarde. Los tipos como Nikolashka no saben ahogar con una almohada; prefieren servirse de un hacha o una maza... Lo hizo una tercera persona, pero ¿quién?

Diukovski se caló el sombrero hasta las cejas y se quedó pensativo. Guardó silencio hasta que el carricoche se detuvo delante de la casa del juez de instrucción.

—¡Eureka! —dijo, mientras entraba y se quitaba el abrigo—. ¡Eureka, Nikolái Yermolaich! ¡No sé cómo no se me ha ocurrido antes! ¿Sabe quién es el tercero?

—¡Basta, por favor! ¡La cena está lista! ¡Siéntese a cenar!

El juez y su ayudante se sentaron a la mesa. Este último se sirvió una copa de vodka, se puso en pie, se estiró cuan largo era y, con los ojos centelleantes, exclamó:

—Sepa que esa tercera persona, la que actuó en consonancia con ese canalla de Psekov y ahogó a Kliauzov, es una mujer. ¡Sí, señor! ¡Me refiero a la hermana del difunto, María Ivánovna!

Chúbikov se atragantó con el vodka y clavó los ojos en Diukovski.

—¿Esta usted... en sus cabales? ¿No le dolerá la cabeza?

—Me encuentro perfectamente. Pero piense que estoy loco, si lo desea. En cualquier caso, ¿cómo explica usted su turbación cuando fuimos a verla? ¿Cómo explica su negativa a prestar declaración? Supongamos que nada de eso tiene importancia. ¡Está bien! ¡De acuerdo! ¡Pero recuerde usted las relaciones que existían entre ambos! ¡Ella odiaba a su hermano! Es una antigua creyente¹⁷⁷ y él un libertino, un descreído... ¡Esa es la razón de su odio! Dicen que había logrado convencerla de que era un ángel de Satán. ¡En su presencia se entregaba a prácticas de espiritismo!

—Bueno, ¿y qué?

—¿No lo comprende usted? ¡Ella, antigua creyente, lo mató por fanatismo! No solo ha arrancado la cizaña y ha acabado con un libertino, sino que también ha librado al mundo del Anticristo. En eso, piensa, reside su mérito, su hazaña religiosa. ¡Ah, no conoce usted a esas solteronas partidarias de la antigua fe! ¡Lea usted a Dostoievski! ¡Y qué cosas escriben Leskov y Pecherski...! ¡Es ella, ella, por mucho que le disguste a usted! ¡Ella lo ahogó! ¡Ah, pérfida mujer! ¿Acaso no se situó delante de los iconos, cuando entramos, con la única intención de engañarnos? Voy a ponerme a rezar para que piensen que estoy tranquila y no los esperaba, se habrá dicho. Es el método de los delincuentes novatos. ¡Querido Nikolái Yermolaich! ¡Amigo mío! ¡Asígneme este caso! ¡Déjeme que lo lleve hasta el final! ¡Hágame el favor! ¡Yo lo he empezado y yo lo terminaré!

Chúbikov sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—También nosotros sabemos desentrañar casos difíciles —dijo—. Su función no consiste en meterse donde no le llaman. Escribir cuando le dictan: esa es su función.

Diukovski se ruborizó y salió dando un portazo.

—¡Es inteligente el granuja! —murmuró Chúbikov, siguiéndolo con la mirada—. ¡Muy inteligente! Pero se acalora sin motivo. Tendré que comprarle una pitillera en la feria y regalársela...

Al día siguiente por la mañana fue conducido ante el juez un joven de la aldea de Kliauzova, de enorme cabeza y labio leporino; era un pastor llamado Danilo, que hizo una deposición muy interesante.

—Estaba un poco bebido —dijo—. Hasta medianoche no me moví de casa de mi compadre. Al volver a casa, borracho como una cuba, se me ocurrió bañarme en el río. Me metí en el agua... y ¿qué cree que vi? Dos hombres pasaban por la presa llevando un bulto negro. «¡Eh!», les grité. Ellos se asustaron y se dirigieron a todo correr a los huertos de Makáriev. ¡Que Dios me castigue si no llevaban al señor!

Ese mismo día, al caer la tarde, Psekov y Nikolashka fueron detenidos y enviados bajo escolta a la capital del distrito. Una vez allí, los metieron en la cárcel.

II

Pasaron doce días.

Una mañana el juez de instrucción Nikolái Yermolaich, sentado tras su mesa de tapete verde, hojeaba el expediente de Kliauzov. Diukovski, inquieto como un lobo en la jaula, iba y venía de un lado a otro de la habitación.

—Está usted convencido de la culpabilidad de Nikolashka y Psekov —dijo, mesándose con nervioso ademán su incipiente barbita—. ¿Por qué no quiere convencerse de la de María Ivánovna? ¿Es que no tiene suficientes pruebas?

—No digo que no esté convencido. Lo estoy, pero no acabo de creer... Carecemos de pruebas concretas, todo se reduce a cierta filosofía... Que si el fanatismo, que si esto, que si lo otro...

—¡Necesita usted a toda costa el hacha y las sábanas ensangrentadas! ¡Ah, los juristas! ¡Pues se lo voy a demostrar! ¡Dejará de descuidar el lado psicológico del caso! ¡Su María Ivánovna acabará en Siberia! ¡Yo aportaré las pruebas! Si la filosofía no le satisface, le aportaré algo más tangible... ¡Eso le demostrará lo acertado de mi filosofía! Solo le pido que me deje hacer un recorrido por el distrito.

—¿De qué se trata?

—De la cerilla sueca... ¿La había olvidado usted? ¡Pues yo no! ¡Me enteraré de quién la encendió en la habitación del difunto! No fue Nikolashka, ni Psekov, a quienes no se les encontraron cerillas durante el registro, sino una tercera persona, es decir, María Ivánovna. ¡Se lo demostraré!... Lo único que le pido es que me permita recorrer el distrito e indagar...

—Bueno, de acuerdo, siéntese... Procedamos al interrogatorio.

Diukovski se sentó ante su mesita y hundió su larga nariz en los papeles.

—¡Que traigan a Nikolái Tétejov! —gritó el juez de instrucción. Nikolashka, pálido y delgado como un clavo, entró en la habitación. Estaba temblando.

—¡Tétejov! —empezó Chúbikov—. En 1879 fue usted procesado por robo y condenado a prisión por el juez de primera instancia. En 1882 fue juzgado otra vez por idéntico delito y enviado de nuevo a la cárcel... Lo sabemos todo.

El rostro de Nikolashka expresaba sorpresa. La omnisciencia del juez de instrucción le llenaba de espanto. Pero pronto la sorpresa se trocó en una aflicción extrema. Estalló en sollozos y pidió permiso para ir a refrescarse la cara y serenarse un poco. Se lo llevaron.

—¡Que traigan a Psekov! —ordenó el juez.

Entró Psekov. Sus facciones habían cambiado mucho en los últimos días. Había adelgazado, estaba pálido y tenía las mejillas hundidas. Sus ojos solo expresaban apatía.

—Siéntese, Psekov —dijo Chúbikov—. Espero que hoy se muestre usted razonable y no trate de mentirnos como las otras veces. Durante todos estos días ha negado su participación en el asesinato de Kliauzov, a pesar de las numerosas pruebas

que lo incriminan. Esa actitud no es razonable. La confesión atenúa la culpa. Hoy es la última vez que le hablo. Si no confiesa usted, mañana será demasiado tarde. Bueno, cuéntenos...

—Yo no sé nada... Y no conozco sus pruebas —susurró Psekov.

—¡Hace usted mal! Bueno, en tal caso, permítame que le cuente yo cómo sucedió todo. El sábado por la noche se encontraba usted en el dormitorio de Kliauzov, bebiendo con él vodka y cerveza. —Diukovski clavó su mirada en el rostro de Psekov y no la apartó de él en el transcurso de todo el monólogo—. Les servía Nikolái. Algo después de medianoche Mark Ivánich le anunció su deseo de acostarse. Siempre se iba a la cama a esa hora. Mientras se quitaba las botas y le daba algunas disposiciones relativas a la hacienda, Nikolái y usted, a una señal convenida, agarraron a su señor, que estaba borracho, y lo arrojaron sobre la cama. Uno de ustedes se sentó sobre sus piernas; el otro le sujetó la cabeza. En ese momento, procedente del vestíbulo, una mujer vestida de negro a la que ambos conocen muy bien entró en la habitación; su participación en el crimen había sido pactada de antemano con ustedes. Cogió la almohada y se sirvió de ella para ahogar a Mark Ivánich. Durante el forcejeo la vela se apagó. La mujer sacó del bolsillo una caja de cerillas suecas y volvió a encenderla. ¿No es así? Por la expresión de su rostro veo que digo la verdad. Sigamos... Tras ahogar a Kliauzov, convencidos de que ya no respiraba, Nikolái y usted lo sacaron por la ventana y lo depositaron junto a la mata de bardana. Temiendo que recobrara el conocimiento, le golpearon con un objeto punzante. A continuación lo arrastraron hasta el arbusto de lilas, donde lo dejaron durante un tiempo. Tras una breve pausa para recobrar el aliento y reflexionar, se lo llevaron... Atravesaron la cerca... Luego salieron al camino... Más allá se encuentra la presa. Cerca de allí un campesino les asustó. Pero ¿qué le pasa?

Psekov, pálido como una sábana, se puso en pie y se tambaleó.

—¡Me ahogo! —exclamó—. Bueno... Sea... Pero déjeme salir... Por favor...

Se lo llevaron.

—¡Por fin ha confesado! —dijo Chúbikov, estirándose con aire satisfecho—. ¡Se ha delatado! No obstante, ¡con qué habilidad lo he cazado! Le he abrumado con mi exposición...

—¡Ni siquiera ha negado lo de la mujer vestida de negro! —comentó Diukovski, echándose a reír—. En cualquier caso, sigue obsesionándome la cerilla sueca. ¡No puedo aguantar más! ¡Adiós! Me marchó.

Diukovski se puso la gorra y salió. Chúbikov empezó el interrogatorio de Akulka, quien declaró que no sabía nada de nada...

—¡He vivido solo con usted, con nadie más! —dijo.

Pasadas las cinco, regresó Diukovski. Estaba más alterado que nunca. Las manos le temblaban de tal manera que no era capaz de desabotonarse el abrigo. Sus mejillas ardían. Era evidente que traía noticias frescas.

—*¡Veni, vidi, vici!* —exclamó, irrumpiendo en el despacho de Chúbikov y desplomándose en un sillón—. Le doy mi palabra de honor de que empiezo a creer en mi genio. ¡Escuche, por todos los diablos! ¡Escúcheme y sorpréndase, venerable señor! ¡Es triste y cómico a la vez! Ya tiene en sus manos a tres, ¿no es así? Pues yo he encontrado al cuarto, o, mejor dicho, a la cuarta, ya que se trata de una mujer. ¡Y qué mujer! ¡Solo por rozar sus hombros, daría diez años de mi vida! Pero... escuche... Me dirigí a Kliauzova y me puse a husmear por los alrededores. De camino entré en todas las tiendas, tabernas y ventas, pidiendo en cada una de ellas cerillas suecas. Pero siempre me enfrentaba con la misma respuesta: «No tenemos». No he parado hasta ahora. Veinte veces perdí la esperanza y otras tantas la recobré. Me he pasado el día entero deambulando de un lado para otro y hasta hace una hora no he encontrado lo que andaba buscando. A unas tres verstas de aquí pedí cerillas y me sacaron un paquete de diez cajas. Faltaba una... Sin pérdida de tiempo pregunté: «¿Quién la ha comprado?». «Fulana... Le gustó cómo crepitan». ¡Amigo mío! ¡Nikolái Yermolaich! ¡Hasta dónde puede llegar a veces un hombre expulsado del seminario que ha leído en profundidad a Gaboriau^[78]! Es inconcebible! ¡Hoy me he ganado mi propia estima!... ¡Uf...! Bueno, ¡vámonos!

—¿Adónde?

—A casa de la otra, de la cuarta... Hay que darse prisa, de otro modo... ¡De otro modo voy a consumirme de impaciencia! ¿Sabe quién es? ¡Jamás lo adivinaría! Es la joven mujer de nuestro viejo comisario Yevgraf Kuzmich: Olga Petrovna. ¡Esa es! ¡Fue ella quien compró la caja de cerillas!

—Usted... Tú... Usted... ¿Ha perdido la razón?

—¡Está todo muy claro! En primer lugar, ella fuma; en segundo, está locamente enamorada de Kliauzov. Él rechazó su amor por una Akulka cualquiera. Se trata de una venganza. Ahora recuerdo que en una ocasión los sorprendí en la cocina, detrás de un biombo. Ella le juraba amor eterno, mientras él fumaba un cigarrillo y le echaba el humo en la cara. Pero vamos... Hay que darse prisa, pues ya está oscureciendo... ¡En marcha!

—¡Aún no estoy lo bastante loco para ir a molestar en plena noche a una mujer noble y honrada por culpa de un chiquillo como usted!

—Noble y honrada... ¡Más que un juez de instrucción, parece usted un guiñapo! ¡Nunca me he atrevido a insultarle, pero ahora me veo obligado a ello! ¡Guiñapo! ¡Inútil! ¡Vamos, mi querido Nikolái Yermolaich! ¡Se lo pido por favor!

El juez de instrucción hizo un gesto destemplado con la mano y escupió.

—¡Se lo ruego! ¡No por mí, sino en interés de la justicia! ¡Se lo suplico! Por una vez, atienda a mi petición. —Diukovski se puso de rodillas—. ¡Nikolái Yermolaich! ¡Sea bondadoso! ¡Si me equivoco con esa mujer le permito que me tilde de canalla y miserable! ¡Qué caso! ¡Menudo caso! ¡Más que un proceso es una novela! ¡Su fama se extenderá por toda Rusia! ¡Le pedirán que instruya las causas más importantes! ¡Trate de comprender, viejo insensato!

El juez de instrucción frunció el ceño y con indecisión extendió la mano hacia su sombrero.

—¡Bueno, que el diablo te lleve! —exclamó—. ¡Vamos!

Ya era de noche cuando el carricoche del juez se detuvo ante la casa del comisario.

—¡Somos unos cerdos! —dijo Chúbikov, tirando de la campanilla—. ¡Qué manera de molestar a la gente!

—No importa, no importa... No sea pusilánime... Le diremos que la ballesta del coche se ha roto.

Chubnikov y Diukovski fueron recibidos en el umbral por una mujer alta y regordeta, de unos veintitrés años, con cejas negras como el azabache y labios rojos y carnosos. Era Olga Petrovna.

—¡Ah... encantada! —exclamó con una amplia sonrisa—. Llegan a tiempo para cenar. Yevgraf Kuzmich no está... Ha debido de entretenerse en casa del pope... Pero nos las arreglaremos sin él... ¡Siéntense! ¿Vienen de instruir alguna causa?

—Sí... Figúrese, se nos ha roto una ballesta —dijo Chúbikov, entrando en el salón y tomando asiento en un sillón.

—¡A qué espera...! ¡Desconciértela! —le susurró Diukovski—. ¡Desconciértela!

—Una ballesta... Mmm... Sí... Así que decidimos entrar.

—¡Le estoy diciendo que la desconcierte! Si empieza a dar rodeos, acabará adivinándolo todo.

—¡Haz lo que te parezca, pero libérame de esa obligación! —murmuró Chúbikov, poniéndose en pie y acercándose a la ventana—. ¡No puedo! ¡Tú te lo has guisado, así que cómetelo tú!

—Sí, la ballesta... —empezó Diukovski, acercándose a la mujer del comisario y frunciendo su larga nariz—. No hemos venido para... eh... cenar ni para ver a Yevgraf Kuzmich. Hemos venido para preguntarle dónde se encuentra Mark Ivánich, a quien asesinó usted.

—¿Cómo? ¿Qué Mark Ivánich? —balbució la mujer del comisario y al punto su grueso rostro se puso como la grana—. No... no comprendo.

—¡Se lo pregunto en nombre de la ley! ¿Dónde está Kliauzov? ¡Lo sabemos todo!

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó la mujer con voz queda, incapaz de soportar la mirada de Diukovski.

—¿Le importaría indicarnos dónde está?

—Pero ¿cómo lo han sabido? ¿Quién se lo ha contado?

—¡Lo sabemos todo! ¡Le exijo una respuesta en nombre de la ley!

El juez de instrucción, animado por la turbación de la mujer, se acercó a ella y dijo:

—Díganoslo y nos marcharemos. De otra manera...

—Y ¿para qué lo quieren?

—¿A qué vienen todas esas preguntas, señora? ¡Le pedimos que nos diga dónde está! Tiembla usted, está confundida... Sí, ha sido asesinado; y eso no es todo: ha sido asesinado por usted. ¡Sus cómplices la han delatado!

La mujer del comisario palideció.

—Vengan —dijo en voz baja, retorciéndose las manos—. Lo tengo escondido en el baño. ¡Pero, por Dios, no se lo digan a mi marido! ¡Se lo suplico! ¡No lo soportaría!

La mujer descolgó de la pared una gran llave y condujo a sus huéspedes a través de la cocina y el zaguán hasta el patio. Allí reinaba la oscuridad. Caía una lluvia menuda. Olga Petrovna abría la marcha. Chúbikov y Diukovski caminaban tras ella por la alta hierba, aspirando un olor a cañas salvajes y aguas sucias, en las que sus pies chapoteaban. El patio era grande. Pronto dejaron atrás ese terreno encharcado y pisaron tierra labrada. En la oscuridad surgieron las siluetas de los árboles y entre ellas apareció una casita con la chimenea torcida.

—Ahí está el baño —dijo la mujer—. ¡Pero les ruego que no se lo digan a nadie!

Al acercarse, los dos hombres vieron un grueso candado sobre la puerta.

—¡Prepare un cabo de vela y una cerilla! —le susurró el juez de instrucción a su ayudante.

La mujer del comisario abrió el candado y les dejó entrar. Diukovski encendió una cerilla e iluminó el antebañ. En medio de la pieza había una mesita. Sobre ella, junto a un samovar pequeño y panzudo, se veía una sopera con *schil*^[79] fría y un plato con restos de salsa.

—¡Sigamos!

Entraron en la habitación siguiente, el baño propiamente dicho. Allí también había una mesa, en la que descansaban una gran fuente con jamón, una garrafa de vodka, platos, cuchillos y tenedores.

—Pero ¿dónde está... el muerto? —preguntó el juez de instrucción.

—¡En la tabla superior! —susurró ella, toda pálida y temblorosa.

Diukovski cogió la vela y subió. Vio un largo cuerpo humano, que yacía inmóvil sobre un gran colchón de plumas. El cuerpo emitía un ligero ronquido...

—¡Nos está tomando el pelo, demonios! —gritó Diukovski—. ¡No es él! ¡El imbécil que está aquí tumbado está bien vivo! ¡Eh! ¿Quién eres? ¡Que el diablo te lleve!

El cuerpo aspiró el aire con un silbido y se movió. Diukovski lo empujó con el codo. El cuerpo levantó los brazos, se estiró e incorporó la cabeza.

—¿Quién está ahí? —preguntó con profunda y ronca voz de bajo—: ¿Qué quieres?

Diukovski acercó la vela al rostro del desconocido y pegó un grito. Había reconocido la nariz purpúrea, los cabellos erizados y despeinados, el bigote negro como la pez, una de cuyas guías estaba gallardamente retorcida y parecía mirar el techo con arrogancia, del alférez Kliauzov.

—¿Es... usted... Mark... Ivánich? ¡No puede ser!

El juez de instrucción levantó la vista y se quedó petrificado...

—Sí, soy yo... ¡Y usted es Diukovski! ¿Qué diablos hace aquí? ¿Y de quién es esa jeta que asoma por ahí debajo? ¡Dios santo, pero si es el juez de instrucción! ¿Qué viento los ha traído a este lugar?

Kliauzov bajó y abrazó a Chúbikov. Olga Petrovna se escabulló por la puerta.

—¿Cómo han venido a parar aquí? ¡Bebamos una copa, diablos! Tra-ta-ti-to-tom... ¡Bebamos! Pero ¿quién les ha traído? ¿Cómo sabían que estaba aquí? ¡En cualquier caso, da lo mismo! ¡Bebamos!

Kliauzov encendió una lámpara y llenó tres vasos de vodka.

—No entiendo nada —dijo el juez de instrucción, separando los brazos—. ¿Eres tú o no?

—Basta... ¿Vas a venirme ahora con lecciones de moral? ¡No te esfuerces! ¡Vacía tu copa, joven Diukovski! Celebremos, amigos míos, esta... Pero ¿por qué me miráis así? ¡Bebed!

—De todos modos, no entiendo nada —comentó el juez, vaciando maquinalmente su copa—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y por qué no voy a estar aquí si me encuentro a gusto?

Kliauzov bebió y tomó un trozo de jamón.

—Vivo con la mujer del comisario, como ves. En un lugar recóndito y apartado, como un duende. ¡Bebe de una vez! ¡Me daba pena de ella, amigo! Así que me compadecí y me instalé en este baño abandonado como un eremita... Como, bebo... Pienso marcharme la semana que viene... Ya estoy cansado...

—¡Es inconcebible! —exclamó Diukovski.

—¿Por qué?

—¡Es inconcebible! Por el amor de Dios, dígame cómo fue a parar su bota al jardín.

—¿Qué bota?

—Encontramos una bota en el dormitorio y otra en el jardín.

—Y ¿para que queréis saberlo? No es asunto vuestro... ¡Pero bebed, por todos los diablos! ¡Me habéis despertado, así que bebed! Lo de la bota es una historia curiosa, amigo. Yo no quería venir aquí. Estaba de mal humor y un poco achispado... Ella se llegó hasta mi ventana y me montó una escena... Ya sabes cómo son las mujeres... en general... Como estaba borracho, cogí una bota y se la tiré... Ja, ja... Para que se callara. Ella entró por la ventana, encendió la lámpara y me dio una tunda. Me zurró, me trajo aquí y me encerró... Ahora vivo a cuerpo de rey... ¡Amor, vodka y aperitivos! Pero ¿adónde vais? ¿Adónde vas, Chúbikov?

El juez de instrucción escupió y salió del baño. Tras él, con la cabeza gacha, iba Diukovski. Ambos se montaron en silencio en el carricoche y se pusieron en camino. Nunca el viaje se les antojó tan largo y tedioso. Los dos callaban. Durante todo el trayecto Chúbikov temblaba de ira, mientras Diukovski ocultaba la cara en el cuello

del abrigo, como si temiera que la oscuridad y la llovizna pudieran leer en ella su vergüenza.

Al llegar a su casa, el juez de instrucción se encontró con el doctor Tiutiúiev. Sentado a la mesa, lanzaba profundos suspiros y hojeaba un número de la revista *Niva*.

—¡Qué cosas pasan en este mundo! —exclamó, recibiendo al juez con una triste sonrisa—. ¡Otra vez está Austria haciendo de las suyas! Y también Gladstone^[80], en cierta manera...

Chúbikov arrojó el sombrero debajo de la mesa y empezó a temblar.

—¡Esqueleto de los demonios! ¡Déjame en paz! ¡Te he dicho mil veces que no me des la lata con tu política! ¡No tengo la cabeza para esas cosas! Y en cuanto a ti —añadió, dirigiéndose a Diukovski, al tiempo que blandía el puño—, en cuanto a ti, ¡no te lo perdonaré jamás!

—¡Pero... la cerilla sueca! ¡Cómo podía yo saber!

—¡Vete al diablo con tu cerilla! ¡Márchate y no me irrites! ¡De lo contrario, no sé lo que podría hacer contigo! ¡Que no vuelva a verte por aquí!

Diukovski suspiró, cogió su sombrero y salió.

—¡Voy a emborracharme! —decidió, al atravesar la cancela, y se encaminó con aire abatido a la taberna.

La mujer del comisario, al regresar del baño, se encontró con su marido en el salón.

—¿A qué ha venido el juez de instrucción? —preguntó.

—A decirte que ya ha aparecido Kliauzov. ¡Imagínate, lo han encontrado en casa de una mujer casada!

—¡Ah, Mark Ivánich, Mark Ivánich! —suspiró el comisario, levantando los ojos al cielo—. ¡Ya te decía yo que el vicio no conduce a nada bueno! ¡Te lo decía, pero no querías escucharme!

EL CRIMEN DE LA CALLE FUENCARRAL^[81]

BENITO PÉREZ GALDÓS

Madrid, julio 19 de 1888

I

Estamos ahora los españoles bajo la influencia de un signo trágico. Los grandes crímenes menudean. En vano se buscarían en la prensa acontecimientos políticos o literarios. Los periódicos llenan las columnas con relatos del *crimen de la calle de Fuencarral*, del *crimen de Valencia*, del *crimen de Málaga*, los *reporters* y noticieros, en vez de pasarse la vida en el salón de conferencias, visitan los juzgados a todas horas, acometen a los curiales atosigándoles a preguntas, y con los datos que adquieren, construyen luego la historia más o menos fantaseada y novelesca del espantoso drama. Últimamente la prensa ha hecho algo más que informar al público de los hechos conocidos, y ha tomado parte importantísima en la investigación de la verdad. De tal modo ha conmovido a la opinión pública en Madrid, y aún de toda España, el misterioso crimen de la calle de Fuencarral, que la prensa no ha podido concretarse a sus funciones de simple informadora de los sucesos; ha tomado una parte activa en la instrucción del proceso, ayudando a los jueces, arrojando toda la luz posible sobre el hecho nebuloso, recibiendo del público datos, antecedentes, noticias; procurando indagar la pista de los criminales; recibiendo todo lo que puede contribuir al esclarecimiento de la verdad oscura. Ciertamente que gran parte de los datos y advertencias suministrados por la prensa no son utilizables; pero en medio de la confusión de sus referencias hay algo que parece indicar una dirección determinada. Esta dirección, a manera de un rastro de sangre, persiste al través de las contradictorias indicaciones; este rastro señalado por la conciencia pública es la única orientación que persiste tras tantas vacilaciones, y en el caso concreto del crimen de la calle de Fuencarral, no es aventurado afirmar que los adelantos del proceso son debidos a la insistencia con que la opinión pública por conducto de la prensa ha señalado el camino de la verdad.

Imposible que mis lectores dejen de conocer el horrible crimen de que se trata, perpetrado el 1.º de julio, y que en los días que van transcurridos del presente mes ha adquirido tan triste celebridad. Seguramente la revelación del asesinato de la viuda de Varela, mejor dicho, del descubrimiento del cadáver en la madrugada del día 2, ha recorrido todos los periódicos del mundo. Dicha señora era rica, un poco extravagante, medrosa y avara, y vivía sola en compañía de una criada. Lo tremendo

del caso es que desde los primeros momentos recayeron sospechas vehementes sobre el hijo de la víctima, José Vázquez Varela, a la sazón preso en la Cárcel Modelo por *robo de una capa*.

¿Qué motivaba estas sospechas, que casi han sido y son unánime juicio? Los antecedentes del hijo, quien hace dos años acometió a su madre infiriéndole graves heridas de arma blanca; la malísima reputación de que el mancebo goza; sus costumbres perversas, conocidas de todo Madrid; su holgazanería; sus relaciones con gente de muy mala conducta. El joven Varela tiene veintitrés años. Los vecinos de la casa que la víctima habitaba declaran que un día sí y otro también ocurrían grandes escándalos entre la madre y el hijo: este pidiéndola dinero brutalmente y aquella negándosele con objeto de poner coto a sus vicios.

La viuda de Varela era suspicaz y desconfiaba de todo el mundo. Tenía, sin duda, presentimiento de su fin desastroso; escondía el dinero en lugares secretos, y a veces llevaba en el seno grandes sumas de billetes de banco. Temerosa de que la envenenaran, se confeccionaba su alimento. Al propio tiempo que deploraba las consecuencias de la malísima educación dada a su hijo, le quería entrañablemente, y hace dos años, cuando aquel desnaturalizado monstruo atropelló a la que le había dado el ser, la infeliz madre declaró ante el juez que se había ocasionado las heridas por un accidente fortuito, librando de este modo al criminal de la pena que merecía.

Las primeras actuaciones no produjeron más que confusión. La voz pública se inclinaba a declarar inocente al hijo de la víctima por hallarse cumpliendo condena en la Cárcel Modelo. La persona en quien se fija la atención es la criada, Higinia Balaguer, encontrada en la casa al descubrir el crimen.

Higinia Balaguer fue en los primeros días la figura saliente de este trágico cuadro, mujer impasible, afectando o sintiendo quizás una impavidez inconcebible. Luego se ha sabido que esta mujer había vivido en comunicación casi constante con criminales, que había tenido puesto de bebidas en las inmediaciones de la cárcel, y en el curso de sus declaraciones ha revelado ese conocimiento del Código Penal que es común entre personas íntimamente relacionadas con los que viven infringiéndolo.

Higinia Balaguer fue considerada desde el principio como la clave de la instrucción, y en ella se fijaron todas las miradas. Primeramente se declaró ignorante del suceso. Hubo de comprender que esta versión era insostenible, y luego se declaró autora única del crimen, describiéndolo como resultado de un arrebato de ira. Poco crédito se dio a esta declaración. Imposible que Higinia cometiese sola un crimen que revelaba, además de minuciosas precauciones, un esfuerzo varonil.

La tercera declaración de la criada puso la cuestión en nuevo terreno, dando al proceso dramático interés. Señaló como autor material del crimen al hijo de la víctima, presentándose a sí misma como simple auxiliar, movida del terror y algo también de la codicia, pues el asesino, al paso que la amenazaba con la muerte, le ofrecía asegurar su porvenir si le ayudaba a ocultar el crimen. La descripción que hace Higinia de los pormenores del asesinato es de tal naturaleza y revela un tan alto

grado de perversión que la conciencia humana repugnaba el admitirlo. Parece que tanta maldad no cabe en lo posible. La serenidad y aplomo con que el asesino, después de quitar la vida a la infortunada doña Luciana, dispuso lo necesario para pegar fuego al cadáver con petróleo, a fin de borrar las huellas de su atroz delito, revelan el corazón más duro y empedernido, un monstruo sin ejemplo ni precedente, si conforme a la declaración de Higinia, el asesino es el hijo de la víctima, un joven de veintitrés años. Desde que esta manifestación se hizo pública, las opiniones se dividieron: muchos la aceptaban, fundándose en los antecedentes de José Varela: otros la ponían en duda, repugnando admitir la barbarie tan grande e inaudita, que parece rebasar los límites de la crueldad humana.

Y aquí entra la parte más dramática del misterioso crimen de la calle Fuencarral. Si el asesino es José Varela, ¿cómo salió de la cárcel, donde estaba cumpliendo condena? El director y empleados de la cárcel niegan en absoluto que Varela haya abandonado su prisión ni el día 1.º de julio ni en ninguno otro. ¿Cómo se concuerda esto con la declaración de la Balaguer? La confusión que de esto resulta es extraordinaria, y la opinión pública, vivamente excitada, continúa señalando a Varela como autor del crimen. Toda la prensa afirma que existen numerosas personas que han visto al joven en la calle en los últimos ocho días de junio. Hay quien dice haberle visto en algún café, en los toros y hasta en la butaca de un teatro. El Juzgado llama a declarar a gran número de personas. Declaran también los empleados de la cárcel y su director, el cual parecía ayudar al juez desde el primer día en el esclarecimiento del maldito crimen.

La gran sorpresa y sensación se produjo el día en que el juez detuvo e incomunicó al director de la cárcel señor Millán Astray. Fue esto consecuencia de una nueva declaración y ratificación de Higinia, quien aseguró haber sido sugerida por Millán Astray para dar a sus primeras declaraciones un determinado sentido. Al afirmar la criada que el director de la cárcel le había dicho que *necesitaba salvar a Varela*, al jurarlo delante del mismo señor Millán añadiendo varias particularidades de suma importancia, elevó a su mayor grado el interés del proceso: Millán Astray, al verse acusado, sufrió un ataque al corazón que puso en peligro su vida. Repuesto del accidente negó de la manera más rotunda las aseveraciones de Higinia. Y al propio tiempo continuaban en la prensa las manifestaciones anónimas de diversas personas que afirmaban haber visto a Varela en la calle en los días que precedieron al crimen.

Millán Astray, director interino de la cárcel, es joven: pertenece al cuerpo de empleados de establecimientos penales, en el cual ha demostrado inteligencia y buena voluntad. Recientemente prestó servicios de importancia en la averiguación de diferentes delitos. Es hombre simpático, instruido, ha sido periodista, y tiene en Madrid muchos amigos. Estos, aún admitiendo el quebrantamiento de clausura del joven Varela, no ven culpabilidad en Millán Astray. Pudo el asesino escaparse sin que de ello tuviera conocimiento el director del establecimiento. Siendo así, Millán no puede ser acusado más que de negligencia; pero las declaraciones de Higinia

Balaguer van más allá, y presentan al director como encubridor del delito y amparador del asesino. La opinión, en verdad sea dicho, rechaza hasta ahora semejante idea. Si Higinia ha mentido con objeto de embrollar a la justicia, lanzándola a un laberinto de oscuridades, fuerza es reconocer en esta mujer un monstruo de astucia y marrullería, capaz de volver locos a todos los jueces que en el mundo existen.

La comprobación de este término del proceso se presenta laboriosa y difícil. Todas aquellas personas que en la prensa manifestaron anónimamente que habían visto en la calle a José Varela, al ir ante el Juzgado o lo niegan o declaran simplemente que *creyeron haberlo visto*. Los mozos y mozas de café también niegan. Únicamente un joven militar parece haber afirmado que vio al hijo de doña Luciana, ratificándose en ello delante del interfecto. Pero esto no podemos afirmarlo, porque el Juzgado, que no ve con buenos ojos la excesiva publicidad del sumario, ha puesto coto a la curiosidad periodista, negándose a suministrar noticia alguna. Todos los empleados de la cárcel niegan asimismo que Varela saliese. Cuando parecía que iba a resplandecer la verdad, esta se oscurece más y aumentan en el público las conjeturas, las versiones fantásticas y las interpretaciones absurdas.

Debo apuntar ciertos antecedentes de algún valor. Higinia Balaguer sirvió en la casa del señor Millán Astray, aunque no mucho tiempo, y parece que fue despedida por su conducta un tanto irregular. Vivía maritalmente con un lisiado, que la dejó viuda hace poco. Ignórase quién la llevó a la casa de la señora de Varela, aunque parece averiguado que entró a servir en ella con cédula falsa. Ignórase también cómo doña Luciana, tan suspicaz y medrosa, admitió en su casa a una mujer desconocida sin averiguar sus antecedentes. Alguien asegura, no sé con qué fundamento, que la desgraciada víctima conoció a la Balaguer en casa de Millán Astray, con cuya familia tenía amistad.

No habiéndose comprobado aún que Varela quebrantase la clausura penitenciaria, las diligencias del Juzgado se encaminan ahora, según parece, a esclarecer las relaciones de Higinia con otros individuos que figuran en el proceso, Evaristo Medero y Avelino Gallego, ambos detenidos e incomunicados. Estos son los amigos íntimos de José Varela, sus compañeros de francachelas, los que le ayudaban a gastar el dinero que, con amenazas, arrancaba a su madre aquel hijo desnaturalizado. Ambos son personas de malísimos antecedentes, familiarizados con las celdas de la cárcel, entregados a una vida licenciosa y criminal, y con mucha destreza para burlar a la policía y afrontar las vicisitudes de un proceso. También están presas dos o tres mujeres de mala vida, con quienes Varela y sus amigos tenían trato frecuente.

*
* *

Al llegar aquí, verificase un cambio completo y brusco en la instrucción del sumario, a semejanza de una mutación escénica en los dramas de muchos lances escritos con el

único fin de mantener siempre despierta la atención y curiosidad del público. El Juzgado, después de emplear todos los medios para poner en claro la salida de Varela de la cárcel, después de tomar declaración a cuantas personas sostuvieron haberle visto, no halla bastante fundamento para evidenciar la evasión, y dirige sus medios de prueba a otro terreno. El señor Millán Astray es puesto en libertad, lo que significa para la generalidad del público la inocencia de Varela, al menos en cuanto al hecho material del crimen. «Si el director de la cárcel es declarado irresponsable, dicen, resulta que la clausura del preso no ha sido quebrantada, y en este caso el joven Varela no puede ser el asesino, puesto que en el día y noche del 1.º de julio estaba en su celda. Cae, pues, por su base la relación de Higinia Balaguer».

No puede ocultarse que la opinión se ha excitado extraordinariamente al saber que Millán ha sido puesto en libertad. Y es que ha echado tales raíces en la conciencia pública la presunción vehemente de la culpabilidad del hijo, que es difícil tome nueva dirección del sentimiento popular. Algunos periódicos van más allá de lo que en este punto exigen la discreción y el respeto a la justicia, y suponen que el hijo de la víctima tiene altas protecciones y cuenta con la impunidad. Anuncian que el proceso será interminable y que nunca se sabrá la verdad. Siguen acusando a Varela y dando por cierta su salida de la cárcel, lo que ha motivado que muchos de sus redactores hayan sido llamados a declarar y algunos reducidos a la prisión. Lo peor de esto es la viciosa tendencia a mezclar la política con la justicia, achaque frecuente en la prensa, exigiendo responsabilidades a quien no las tiene.

En tanto el Juzgado dirige sus investigaciones a esclarecer las relaciones de Higinia Balaguer con uno de los procesados, Evaristo Medero, amigo íntimo de Varela. Bien examinada la tercera declaración de Higinia, o sea aquella en que acusó a Varela, se ve que hay en ella mucho de fantástica. Además, parece comprobado que el crimen no se cometió por la tarde, según la manifestación de la cómplice, sino de noche. En cuanto a las relaciones de la Balaguer con Medero, parece que eran amorosas y que llevan diez años de duración. Dícese que el Juzgado posee datos interesantísimos sobre este particular. Todas las miradas dirígense ahora a este grave punto, en el cual quizás aparezca la anhelada verdad. También parece que hay indicios de haberse efectuado un robo de consideración, el cual, lo mismo que el asesinato, revela la destreza de los criminales.

Últimamente, el juez instructor ha tomado las medidas convenientes para que el secreto del sumario no sea comunicado a los periódicos, a fin de evitar que se den al público versiones alteradas e incompletas, extraviando la opinión y entorpeciendo la acción de la justicia. Es evidente que la excesiva publicidad que a este proceso se ha dado ha producido cierta confusión, causa tal vez de la ineficacia de las investigaciones. La prensa busca, en primer lugar, emociones con que saciar la voracidad de sus lectores; procura dar a estos cada día noticias estupendas. En cuanto al auxilio que los periódicos y el público pueden prestar a la justicia, no hay duda que puede ser eficacísimo, siempre que las noticias sean ciertas, siempre que las personas

que las suministran tengan el valor de sostenerlas ante el Juzgado. Esto de que la prensa dé cabida en sus columnas a insustanciales charlas de café, presentándolas con la autoridad de cosa juzgada, nos parece deplorable, mayormente cuando viene a resultar que los que en un círculo de amigos hicieron determinada afirmación, al ser llamados como testigos a ilustrar a la justicia, niegan cuanto dijeron.

Una de dos: o hablaron faltando a la verdad por fanfarronería y charlatanismo, o carecieron de valor cívico para sostener delante de un juez lo propalado privadamente.

Sea lo que quiera, aguardamos con impaciencia el desarrollo de este grave proceso en la nueva fase que ha tomado ahora. Hemos oído asegurar que el Juzgado tiene en su mano todos los hilos de la trama. Ojalá sea verdad, para que actos de tan espantosa depravación no queden impunes.

II

El sumario ha adelantado bastante desde que escribí la primera parte de esta crónica. Y por cierto que los juicios expresados en los últimos párrafos de ella exigen rectificaciones importantes. Dije que la justicia indagaba las relaciones de Higinia Balaguer con Evaristo Medero, creyendo encontrar en ellas la clave del delito. Públicamente se decía entonces que el autor del hecho material era uno de los amigos de Varela, en connivencia con la criada. Esta versión perdió terreno a los pocos días. Avelino Gallego es considerado inocente, y en cuanto a Medero, se cree que su participación en el crimen, si alguna tiene, es puramente moral. A punto de terminar las indagaciones sumariales, parece comprobado o casi comprobado que Higinia Balaguer es la única culpable en la perpetración material del asesinato, teniendo por cómplice, o más bien por encubridora, a Dolores Ávila, una de las mujeres presas. Lo que no ha podido encontrarse hasta hoy, al parecer, es el rastro del dinero robado, y la justicia no descansa hasta conseguirlo.

La declaración de Higinia acusando al hijo de la víctima se considera contraria a la verdad con el fin de despistar a la justicia, de embrollar el asunto y de ganar tiempo, aunque no es unánime la opinión en este particular, pues algunas personas continúan inculpando a Varela. Sobre la cuestión previa de si este salió o no salió de la cárcel, hay todavía algunas oscuridades, o al menos la opinión pública no está satisfecha ni menos convencida de que la reclusión fuera absoluta. Dícese que el Juzgado tiene prueba plena de que no salió el día del crimen; pero que no puede asegurar lo mismo respecto a los días que precedieron al 1.º de julio.

Algunos periódicos publicaron la cuarta declaración de Higinia, acusando a Medero; pero esta declaración era puramente fantástica.

Higinia se ratifica en lo que expuso contra Varela, si bien resulta una gran confusión en sus dichos y aún contradicciones manifiestas. Esta mujer, dotada de gran serenidad, contesta con la sonrisa en los labios a las preguntas del juez, y cuando se ve comprometida por la ambigüedad de sus respuestas, se encierra en discreto silencio. Su cómplice, Dolores Ávila, es mujer de malos antecedentes. Está probado que ambas se vieron y platicaron largamente el día 1.º de julio, no se sabe si antes o después del crimen. Pero se ignora en absoluto el paradero de las alhajas y dinero robado. La Ávila niega su participación en el crimen; pero no tiene la entereza de su compinche, y se espera que sus ulteriores declaraciones darán mucha luz.

El dictamen acusativo respecto al *bulldog* demuestra que a este se le administró un narcótico o anestésico. Ya está completamente restablecido el noble animal, y es objeto de la curiosidad de todo Madrid. Persona hay que ha querido comprarlo, ofreciendo por él enorme cantidad. El juez ha encargado de su custodia a una tal Lola *la Billetera*, amiga de Varela, y hasta lo pasea por Madrid en medio de la estupefacción general. Varela continúa preso, aunque no incomunicado; dicese que confía en ser absuelto libremente, y hasta ha amenazado, según parece, con desafiar a los periodistas que han puesto en duda su inocencia. Se ha hecho notar como un dato moral elocuente que nadie va a visitarle durante su clausura, que al permitírsele la comunicación personal, persona alguna, con excepción de Lola *la Billetera*, se ha acercado a los locutorios con el fin humanitario de interrogarle por su salud, demostrarle amistad o interés. Es un ser que, después del trágico fin de su infeliz madre, ha quedado absolutamente aislado en la sociedad. Sus amigos le abandonan, mejor dicho, nadie quiere ser su amigo. Esto ha de influir necesariamente en su ánimo, haciéndole ver la tristísima situación a que le han traído sus vicios, pues si se le ha señalado como parricida débelo a sus perversos antecedentes. La misma Higinia ha demostrado, al acusarle, un gran conocimiento de la sociedad y del corazón humano. De modo que si al fin el joven Varela logra probar su inocencia, es imposible que esta lección tremenda deje de influir en su conducta futura.

Los testimonios que diariamente se producen en pro y en contra de sus furtivas escapatorias de la cárcel son interesantísimos. Cierto que todas las personas que privadamente manifestaron haberle visto no lo han sostenido delante del juez o por miedo o por falta de convicción. Pero las afirmaciones de los empleados de la cárcel sosteniendo la imposibilidad de la salida tienen poca fuerza moral, y alguien sostiene que las declaraciones de los carceleros son recusables en rigor de derecho. Dicese que un sastre, llamado Nieto, ha sido la única persona que ha declarado haber visto al reo en los toros un día del mes de junio, añadiendo el detalle importante de haber reconocido la ropa, procedente de su establecimiento. Si esto es cierto, no hay duda que tal manifestación ha de pesar mucho en el proceso.

*
* *

Continúa la prensa consagrada casi exclusivamente a esclarecer las oscuridades de este espantoso crimen. Pero hay que reconocer que los periódicos que con más calor han tomado este asunto, lejos de dar luz con sus reiteradas denuncias, lo que hacen es prolongar el sumario más de la cuenta y aumentar las tinieblas que envuelven los móviles del hecho.

El auxilio de la prensa será eficacísimo si se contrae a allegar datos y elementos varios para el descubrimiento de la verdad. Pero me parece deplorable la campaña de algunos periódicos que han hecho una reconstitución arbitraria del crimen y a ella se atienen, no admitiendo nada desfavorable a su tesis, y acogiendo con demasiado calor cuantos rumores y denuncias anónimas pueden dar aparente fuerza al criterio que se han impuesto.

Para estos diarios, el asesino es Varela, y no hay quien les convenza de lo contrario. Persiguen con verdadera saña todos los indicios que perjudican al hijo de la infortunada viuda, y anotan prolijamente todos los vergonzosos antecedentes de su vida escandalosa. Otros periódicos, más sensatos, sin prejuzgar nada y fiando en que el juez ha de presentar los hechos completamente esclarecidos, no tratan de ennegrecer la poco simpática figura del hijo de doña Luciana Borcino. Entre unos y otros órganos de la prensa se cruzan frases bastante duras acusando estos a aquellos de que quieren disputar al verdugo su odioso papel.

¿Quién se equivoca? No lo sabemos.

El error en estas materias no es tan grave cuando se exculpa al criminal como cuando se condena al inocente. Repugnante y horrible sería la figura de José Varela criminal, impune y libre de toda pena: la sociedad que tal consintiera sería una sociedad desquiciada. Pero imagínense a Varela inocente y condenado a muerte por una de esas irresistibles sugerencias de la opinión caldeada por la prensa. Esto sería mucho peor que la impunidad.

Lo que resulta de todo esto es que conviene andar con mucho pulso en materias tan delicadas. La conciencia pública sufre lamentables extravíos, lo mismo que la conciencia privada. Sin confiar demasiado en la administración de justicia, que también suele padecer errores, debemos esperar que manifieste el resultado de sus trabajos; pero anticipar una sentencia cuando carecemos de datos para formularla, y solo tenemos presunciones vagas de los hechos comprobados por el sumario, es peligroso sistema que podría traer deplorables consecuencias. El juez que entiende en esta causa y que se consagra a ella con actividad febril es persona de cuya rectitud no podemos dudar. Dícese ha reconstituido el crimen y que sus conclusiones esclarecen este asunto tenebroso. Ya habría dado por concluido el sumario, si las diarias denuncias de algunos periódicos no exigieran el llamamiento de nuevos testigos y la adición de nuevas piezas al ya voluminoso proceso. De una manera o de otra, pronto hemos de ver terminada la instrucción, y cuando la causa pase al juicio oral, la verdad resplandecerá limpia de toda duda. Por cierto que este juicio oral será de tal modo

interesante y dramático, que por penetrar en la sala de audiencia darían algunos cantidades fabulosas si se pagasen los asientos.

A medida que escribo, van cundiendo noticias que modifican opiniones expresadas poco ha. En los primeros días se creyó que Varela salía de la cárcel; después perdió terreno esta idea, en virtud del resultado de las indagaciones. Pero últimamente, y mientras escribo la presente, prevalece de nuevo la idea de las evasiones del hijo de doña Luciana. Si no está probado plenamente, hay indicios vehementísimos de ello. Estos indicios se refieren a los días 20 o 22 de junio. Independientemente del crimen del 1.º de julio y de la participación que Varela pudiera tener en él, moral o materialmente, el hecho de sus escapadas de la cárcel es gravísimo, y aun cuando se considere que solo sufría prisión correccional, están muy comprometidos los funcionarios encargados de la custodia de aquel vasto edificio.

Ya vuelve a decirse que al señor Millán Astray se le formará expediente y que será suspendido en las funciones que desempeña en el cuerpo penitenciario.

Y para agravar su situación, aparecen en la prensa de Madrid y provincias comunicados denunciando abusos cometidos en el penal de Zaragoza cuando el señor Millán Astray lo dirigía. Ciertamente que hay que oír a ambas partes, antes de sentenciar en asuntos tan delicados. El aludido se defenderá y se defenderá bien. Pero de todo ello se desprende que nuestro régimen carcelario no es un modelo, que está lleno de vicios, y pidiendo a voz en grito una mano enérgica que lo reforme radicalmente.

En este punto se inicia la aparición de un nuevo personaje, que parece llamado a desempeñar papel importantísimo en este sangriento drama. Es un sujeto desconocido, un alguien, una X, que el juez y la opinión repetían sin tener noticias de él. Así como el astrónomo Le Verrier descubrió el planeta Neptuno sin verle, por el puro cálculo y estudiando las desviaciones de las órbitas de los demás planetas, así el juez que en esta causa entiende debió presentir la existencia de un factor importante, que no figuraba entre los primeramente detenidos. Lo que era simple presunción o sospecha, parece que va hoy en camino de la certeza. Existe una personalidad, un elemento nuevo. En el estudio del mecanismo, digámoslo así, del crimen, se advirtió que faltaba una fuerza, sin la cual el equilibrio lógico no podía sustentarse. Era preciso descubrir esa fuerza, y a esto se han dirigido con actividad los trabajos de la justicia.

Parece que al fin se ha comprobado la complicidad de este personaje hasta hoy anónimo, al menos para el público, pues si el juez conoce su nombre, lo recata cuidadosamente de la insaciable curiosidad de los periodistas. Dícese que pocos días antes del crimen, doña Luciana retiró del banco una fuerte suma con objeto de emplearla en un negocio; que arrepentida después o no creyendo el negocio seguro, guardó dicha suma en billetes. ¿Es esta la cantidad que llevaba en el seno? ¿Es este el grueso paquete de billetes de banco que, según Higinia, le fue arrebatado a la víctima por el asesino? ¿Qué negocio era ese en que doña Luciana pensó tener participación? ¿Quién lo dirigía? Háblase de la detención de alguna persona que tuvo conocimiento

del caudal extraído del banco por la víctima y guardado después imprudentemente durante muchos días. Cierto que no pueden recaer sospechas sobre individuos respetables que tuvieron noticia de la imprevisión de doña Luciana y le aconsejaron devolviera la cantidad a las cajas del banco. Las indagaciones se dirigen contra algún sujeto que parece la instó reiteradamente para que le hiciera depositario de aquella suma sin conseguir su asentimiento. Las últimas noticias son que el Juzgado ha descubierto el rastro de esta persona, no sé si en Madrid o en provincias. Hay quien asegura que está ya detenida. Pero su nombre se ignora. Difícil me parece que sabiéndolo el Juzgado lo desconozca la prensa, pues la diligencia de los periodistas para cazar noticias es febril. Algunos han dado a conocer cualidades tan relevantes de astucia policial, que si la justicia las utilizara en averiguación de los hechos oscuros, obtendría mejor resultado que con los actuales delegados.

En cuanto se indica que tal o cual persona va a ser interrogada por el juez, los periodistas buscan su domicilio, lo encuentran, se encaran con la persona, la acosan a preguntas y no vuelven a la redacción sin un caudal más o menos auténtico de noticias. Al propio tiempo, estos mismos *reporters* espían los pasos del juez, le siguen en coche al través de las calles, atisban las casas donde entra, con quién habla, el restaurant donde come, y examinan, en fin, la cara que tiene, deduciendo de su expresión regocijada o meditabunda el estado de su ánimo, y por este juzgando de la buena o mala marcha del sumario.

En resumen, la última apreciación con visos de exactitud que puede darse hoy por hoy es que son autores materiales del crimen Higinia Balaguer y Dolores Ávila, e instigador y encubridor el personaje anónimo de quien hablo más arriba. En el día presente la culpabilidad de Varela es admitida por muy pocas personas, aunque parte de la prensa continúa cultivando, digámoslo así, esta versión.

Pero si la idea de su culpabilidad ha perdido terreno, en cambio lo gana la del quebrantamiento de reclusión. Que Varela salía de la cárcel parece cosa averiguada; mas la circunstancia de haberse mostrado en cafés, tabernas y aun en la plaza de toros de una manera descarada, hace suponer que no tuvo participación en el crimen, al menos material. Pero el argumento principal con que exculpan a Varela los que no creen en el tremendo parricidio es el siguiente: toda la fortuna de doña Luciana era de su hijo, el cual, antes de dos años, cuando entrase en la mayor edad, había de entrar en posesión de ella. No se comprende que por adelantar algún tiempo la posesión del pingüe caudal, se cometa un crimen tan espantoso, con premeditación y otras circunstancias horribles, exponiéndose a perderlo todo, incluso la vida.

Pero es lo cierto que a medida que se allegan nuevos datos, parece que aumentan las oscuridades que envuelven esta famosa causa. Las investigaciones más recientes permiten asegurar que está casi plenamente probado el quebrantamiento de condena. Cada día aparecen nuevos testimonios de este delito que compromete, no solo al que era director interino de la cárcel, sino a una gran parte de sus empleados. Que Varela figuró en una *bronca* a mediados de mayo en la pradera de San Isidro es cosa que ya

no puede dudarse, en vista de las declaraciones que lo atestiguan. Han depuesto en este sentido diferentes personas. También se le vio en los toros en la segunda quincena de junio. De lo que no hay pruebas es de que saliera el 1.º de julio. Pero tenga o no responsabilidad en el asesinato de doña Luciana, el solo hecho de romper su clausura es tan grave como el crimen mismo, más grave quizás, porque implica una perturbación social de grandísima trascendencia, si no se pone mano en ella. Si el Estado que se encarga de custodiar a los criminales no alcanza a dar a la sociedad esta garantía, todo el organismo de la justicia penal cae por su base. Háblase ya otra vez de que el señor Millán Astray será preso nuevamente y que varios empleados de la cárcel serán sometidos a un proceso.

Al propio tiempo dícese que en la cárcel de mujeres, edificio destartado, sin condiciones de seguridad, la incomunicación de las presas no es absoluta. Sospéchase que Higinia Balaguer recibe desde fuera de la prisión noticias del estado del proceso, y que a ellas obedece la estudiada confusión de sus últimas declaraciones. Dícese también que la persona que se busca, ese factor aun anónimo, esa fuerza comprobada, pero cuya personalidad es aún desconocida, es el último amante de Higinia, y pierde terreno la idea de que fuera hombre de negocios, consejero de doña Luciana en el empleo que esta debía de dar a su dinero. El tal personaje es el depositario de la cantidad robada. ¿Pero en dónde está? Tan pronto se dice que ha sido preso en Vigo o en La Coruña, como se le da por residente en Madrid. Alguien, no obstante, duda de la existencia de tal personaje. El secreto que guardan los encargados de la sumaria es causa de que se forjen novelas dignas de la fantasía de Ponson du Terrail o de Montépin^[82].

III

Hace unos días tomó cuerpo la creencia de la culpabilidad de Varela, cuyas salidas de la cárcel parecían probadas, aun en el día mismo del crimen. No he visto nunca mayor excitación en Madrid por un asunto de esta naturaleza. Por las noches, un gentío inmenso aguarda la salida de los periódicos en las inmediaciones de las oficinas de estos. No se habla de otra cosa en círculos y cafés. La prensa consagra al proceso la mayor parte de sus columnas, y no puede negarse que ha prestado alguna ayuda a la justicia.

Lo más importante que debe consignarse es que no resulta nada contra el amante de Higinia, que es aquel personaje misterioso a quien se buscaba y que al fin pareció en Oviedo. Fernando Blanco, que así se llama el tal, ha probado que no se hallaba en Madrid el día del crimen. Sus declaraciones comprometen gravemente a Higinia, pues esta le manifestó en mayo o junio sus proyectos de un arriesgado negocio que le produciría bastante dinero.

Pero el suceso de más sensación es el testimonio de un empleado de la cárcel llamado Ramos, el cual manifiesta que Varela salió el 1.º de julio con consentimiento del director de la cárcel, señor Millán Astray, y añade haber oído de labios del mismo Varela el relato del crimen. Muchos consideran falso o exagerado este testimonio, y otros lo dan como artículo de fe. Examinada imparcialmente la manifestación de Ramos, no puede negarse su inverosimilitud. Según este individuo, Varela entró en la cárcel borracho en la madrugada del día 2 de julio. De buenas a primeras, refiere a otros presos el asesinato de su madre, perpetrado por él mismo, con ayuda de sus amigos, y con circunstancias tan atroces y repugnantes que no parecen caber dentro de los límites de lo posible. Además, la relación atribuida por Ramos al desnaturalizado hijo está en contradicción manifiesta con lo declarado por Higinia Balaguer al acusar al hijo de la víctima.

Se generaliza bastante la creencia de que Higinia y Dolores Ávila fueron únicas autoras del crimen. No se concibe, en efecto, que si consumó el atroz delito un hombre avezado a estos horrores, dejara viva a la criada. Ni es creíble que esta, si no estaba en connivencia con el asesino, presenciara con tanta tranquilidad la escena, saliese a la calle en busca del petróleo y volviese a la casa sin temor de que el autor de la muerte de doña Luciana matase también a la criada para hacer desaparecer el único testigo presencial del caso. La relación de la Balaguer, así como la que Ramos atribuye al propio Varela, tienen todas las apariencias de cosa fantástica y mal compuesta para salir del paso.

¿Pero qué motivos pueden haber inducido a Ramos para inventar semejante historia? Esto no se lo explica nadie; este es otro de los misterios que envuelven al horroroso crimen. La complicación personal del director de la cárcel en este asunto le da los más dramáticos caracteres. La manifestación de Ramos es considerada por algunos como un arma que dirigen contra Millán Astray sus enemigos. La rivalidad entre el último director de la cárcel y su predecesor parece que es una de las principales fuerzas que secretamente actúan en la doble instrucción del proceso, la instrucción judicial y la de la prensa. Convendría que se depurase este punto, averiguando si las declaraciones de los empleados de la cárcel son sugeridas o no por alguna entidad desconocida que desee salvar o se proponga perder a toda costa al señor Millán Astray, quien se halla en las prisiones militares y cuya situación es bastante comprometida. Levantada la incomunicación a todos los presos, los periodistas se han apresurado a departir con ellos, interrogándoles con febril ardor. Todos los periódicos traen extensos coloquios con Higinia, Varela y Millán Astray, en los cuales cada uno de los procesados se mantiene en la posición en que parece presentarle el sumario. La criada repite ante los periodistas su cuarta declaración, añadiéndole algunos pormenores, y Millán Astray protesta de su inocencia, dando a entender que es víctima de maquinación infame.

Por fin el juez da por terminado el sumario y lo eleva a la Audiencia. Aún no lo conocemos; pero por las referencias que del voluminoso escrito se hacen, parece que

no resulta nada contra Medero, Lossa y Gallego. Quedan presos, a disposición de la Audiencia, la Balaguer, Dolores Ávila, Varela y Millán Astray. En cuanto a las dos primeras, no cabe duda de su participación en el crimen; sobre el hijo de la víctima recaen vehementes sospechas de complicidad moral o material; pero con respecto a Millán, no sabemos si su culpabilidad se relaciona con el crimen o está simplemente circunscrita al caso de infidencia por el levantamiento de condena.

El interés que esta célebre causa despierta en el público de Madrid y de toda España, lejos de enfriarse, aumenta y se acalora de día en día. Nadie habla de otra cosa. Desearíamos todos que la luz se hiciese y que desaparecieran todas las sombras que envuelven el sangriento suceso. Pero las sombras no se disipan y hemos llegado al fin del sumario después de cuarenta días de indagaciones y aún no podemos fundar nuestro juicio en nada sólido. Todo se vuelve conjeturas más o menos razonables, cálculos y estudios psicológicos de los personajes del drama, sin llegar nunca a desentrañar el argumento.



Terminado el sumario, produce cierta excitación el hecho de ser puestos en libertad Medero, Lossa y Gallego, quedando presos y sujetos a las resultas del proceso Higinia, Dolores Ávila, José Vázquez, Varela y Millán Astray. Contra los primeros parece no resultar nada fundado. Respecto a los segundos, no se ha puesto en claro la culpabilidad de algunos, pero tampoco está demostrada su inocencia.

Apenas levantada la incomunicación de los cuatro procesados, apresúranse los periodistas a conferenciar con los presos, siendo Higinia la que con más afabilidad se presta a contestar a cuantas preguntas se le hacen y a referir pormenores del crimen en que tomó parte. Esta singular mujer no abandona un momento su sonrisa complaciente y bondadosa, su serena actitud y la expresión de conformidad que en otros caracteres son señales de una conciencia tranquila. En ella es quizás el arte del disimulo llevado a sus mayores refinamientos.

Lo más digno de notarse, después de la terminación del sumario, ha sido el propósito de ejercer la acción pública que el Código autoriza. Los periódicos que desde la perpetración del crimen vienen trabajando con más o menos éxito por su esclarecimiento son los que toman la iniciativa en este asunto. La asociación de todos los periódicos para este fin no ha sido completa, ni el propósito de ellos unánime, pues algunos diarios, entre ellos dos o tres de mucha circulación, dejaron de asistir a la reunión preparatoria con tal motivo celebrada en la redacción de *El Liberal*. Verdaderamente, las personas que juzgaron este asunto con imparcialidad no se explican el ejercicio de la acción pública. Antes del establecimiento del juicio oral, la eficacia de dicha acción habría sido quizás notoria en determinados asuntos. Pero la vista pública y oral excluye de una manera absoluta todo amaño que intentarse pudiera. Por mucha que sea la desconfianza tradicional de la imparcialidad de los

Tribunales, no es posible que esa desconfianza persista ante el procedimiento que hoy se emplea para el esclarecimiento de los hechos. Al juicio han de ir los cuatro procesados con sus respectivos letrados, los cuales, en defensa de los contrapuestos intereses que representan, han de buscar la verdad. El debate contradictorio que las cuatro partes, el fiscal y el acusador privado han de entablar sobre los hechos conocidos; los testimonios de innumerables testigos de cargo y descargo tienen que producir la luz al cabo, y es dudoso que el representante de la acción pública, por grande que sea su habilidad, consiga más de lo que el mecanismo del juicio oral ha de dar por sí.

Lo peor en este asunto es que se ha querido darle carácter político, por más que lo nieguen reiteradamente los iniciados de la acción popular. Se trata de hacer atmósfera en contra de la justicia que han dado en llamar *historia*, de motejarla y rebajar su prestigio, considerando que el descrédito de la justicia ha de traer el de todos los altos poderes del Estado. Los defectos que indudablemente tiene aún el procedimiento judicial no se corrigen inculcando en el pueblo la idea de que la propiedad, la vida y el honor de los ciudadanos están a merced de una curia viciada y perezosa, que no persigue a los criminales y a veces los ampara.

En la primera reunión de la prensa se ofreció la representación de la acción pública a uno de los más ilustres letrados de España, don Francisco Silvela. Como este es además importantísimo personaje del partido conservador, lugarteniente del señor Cánovas del Castillo, la simple designación de letrado implicaba ya una tendencia política. El señor Silvela aceptó con júbilo, pero como indicara que deseaba consultar con su jefe, bastó esta insinuación para que los periódicos le retirasen su representación. Los conservadores simpatizaban, pues, con el movimiento un tanto anárquico de la prensa criminalista y han dejado entrever que habrían coadyuvado a la campaña, si los hubieran dejado, error grande que purgarán en su día. El estado de la cuestión nos es por demás confuso. Eliminado el señor Silvela, y habiéndose clareado que en el fondo del asunto no hay más que una coalición más o menos bien encubierta contra el partido liberal, es dudoso que se encargue de sostener la acción popular un abogado de nota. Casi todos los que se pueden clasificar en primera línea son políticos, diputados o senadores y más o menos ligados con los partidos en pugna. Lo más probable es que el plan de la prensa fracase, primero, por la no cooperación de diarios muy importantes; segundo, por la facilidad con que el asunto se convierte en político, contra la voluntad quizás de sus iniciadores.

A medida que el tiempo pasa, se va conociendo que el papel de la prensa en este célebre proceso es muy discutible. Ciertamente que los periódicos prestaron ayuda eficaz en la indagatoria referente al quebrantamiento de condena, pero las versiones fantásticas que del sumario publicaban, las reseñas de casos y declaraciones puramente novelescas, lejos de aclarar el sumario judicial, lo han oscurecido y prolongado más de lo necesario. El descubrimiento de la verdad es asunto que afecta al honor y a la vida de las personas y, aún siendo estos presuntos criminales, no es

cosa que se puede conducir con la impaciencia y el ardor insano que la prensa pone comúnmente en los asuntos que excitan a la opinión. En vez de ser esta la inspiradora de la prensa, era por ella inspirada y guiada a determinadas conclusiones. La justicia histórica no puede proceder de esta manera, y hace muy bien. Tiene que despojarse de toda pasión y examinar fríamente los hechos. La prensa, por el contrario, obligada cada día a sostener y apacentar la curiosidad del público, no puede ejercer de fiscal ni menos de juez en asuntos criminales sin exponerse a cometer grandes e irreparables injusticias. Bueno que trabajen en aquilatar los hechos, en depurarlos y en la investigación de pormenores que arrojen luz sobre ellos; pero reservando la facultad de sentenciar a quien tiene de la sociedad el encargo de hacerlo.

*
* *

Pasado el verano, y cuando ya se habían enfriado los ánimos y esperábamos el completo esclarecimiento del enigma en el juicio oral, una nueva declaración de Higinia Balaguer devuelve a este olvidado drama todo su interés.

La célebre criada de la infeliz doña Luciana Borcino se ha declarado única autora del crimen, mostrándose arrepentida y exculpando sin género alguno de atenuación al hijo de la víctima y a los demás sobre quienes caían sospechas de complicidad. Ya antes de esta declaración, había ganado mucho terreno la idea de que Higinia era la única culpable.

Son ya muy pocas las personas que persisten en acusar a Varela.

Después de la manifestación de la criada, casi no hay nadie que crea en el horrible parricidio. Esto no quiere decir que se dé completo crédito a lo dicho últimamente por aquella diabólica mujer, y cuesta en efecto trabajo creer que ella sola consumara tan atroz tragedia. Queda, pues, en opinión de muchos, parte del enigma por aclarar, y el velo que lo encubre no se ha descorrido por entero todavía. Lo que robustece esta sospecha es que Higinia declara haber procedido por arrebató y en defensa propia, en cuyo caso no hubo premeditación, y como en el sumario constan una porción de hechos que corroboran la premeditación, algunos suponen que la criminal ha dado esta nueva declaración para embrollar y despistar más a la justicia.

El abogado defensor de esta mujer presentó un escrito en la Sala haciendo constar las últimas manifestaciones de la procesada.

Pero al propio tiempo publicó un periódico la *interview* celebrada por uno de sus redactores con Higinia, y de la cual parece que esta no hizo tal declaración y que obedeció a sugerencias de un abogado para tener un buen terreno en que apoyar la defensa. A consecuencia de esto el letrado señor Galiana ha demandado por injuria y calumnia al periódico, el cual, dejando a salvo la consecuencia del defensor de Higinia, sostuvo en el juicio de conciliación sus afirmaciones.

Tal es el estado de la cuestión. Gana terreno la idea de la no complicidad de Varela; se cree que Higinia es autora del asesinato; pero son pocos los que entienden

que pudo consumarlo sin ayuda de algún criminal de cuenta. El juicio oral, que según dicen, se celebrará en el mes próximo, lo aclarará todo, seguramente.

Marzo 31 de 1889

IV

El juicio oral del crimen tristemente célebre de la calle de Fuencarral sigue despertando enorme interés. He asistido a las cuatro vistas celebradas y pienso asistir a las restantes. El espectáculo del tribunal, el desarrollo de la causa son por todo extremo interesantes. Las enseñanzas que de ella se desprenden, grandes y provechosas. La aparición lenta de la verdad, en medio de tantas declaraciones contradictorias, y tras los embustes manifestados por los criminales, produce en el espíritu del oyente un placer saludable que le desquita del sufrimiento causado por el desfile de tantos horrores. Creo que la luz completa se hará en este misterioso crimen, y que sabremos pronto toda la verdad. A medida que el juicio avanza, gana terreno la convicción moral de que el crimen no tiene las proporciones extraordinariamente dramáticas que le dio en aquellos días la exaltada imaginación popular. Destácase en primer término en este hecho sangriento la figura de Higinia Balaguer, autora material del asesinato, según confesión propia, y de esta figura principalísima quiero trazar un breve retrato.

Si moralmente es Higinia un tipo extraño y monstruoso, en lo físico no lo es menos. Creen los que no la han visto que es una mujer corpulenta y forzada, de tipo ordinario y basto.

No hay nada de esto: es de complexión delicada, estatura airosa, tez finísima, manos bonitas, pies pequeños, color blanco pálido, pelo negro. Su semblante es digno del mayor estudio. De frente recuerda la expresión fríamente estupefacta de las máscaras griegas que representan la tragedia. El perfil resulta siniestro, pues siendo los ojos hermosos, la nariz perfecta con el corte ideal de la estatuaria clásica, el desarrollo excesivo de la mandíbula inferior destruye el buen efecto de las demás facciones. La frente es pequeña y abovedada, la cabeza de admirable configuración. Vista de perfil y aún de frente, resulta repulsiva. La boca pequeña y fruncida, que al cerrarse parece oprimida por la elevación de la quijada, no tiene ninguna de las gracias propias del bello sexo. Estas gracias hállanse en la cabeza de configuración perfecta, en las sienes y el entrecejo, en los parietales mal cubiertos por delicados rizos negros. El frontal corresponde por su desarrollo a la mandíbula inferior, y los ojos hundidos, negros, vivísimos cuando observa atenta, dormilones cuando está distraída, tienen algo del mirar del ave de rapiña.

En los días de la vista, Higinia, a causa de una afección catarral, está completamente afónica, de modo que no podemos apreciar el timbre de su voz. Lo que sí hemos podido conocer, y, ¿por qué no decirlo? admirar, es su serenidad ante el tribunal que ha de juzgarla.

Esta mujer, de ánimo fuerte, que en el curso del sumario prestó tres o cuatro declaraciones distintas, ha hecho en el juicio oral una enteramente contraria a las demás, confesándose única autora del crimen, sin premeditación, ofuscada por los insultos que su ama le dirigía. No vacila un momento en lo que dice: lleva muy estudiado su papel, contesta con extraordinaria seguridad a las preguntas, cuya intención penetra al instante; no se turba jamás; todo lo prevé y a todos los argumentos tiene un argumento que oponer; sabe manifestar aflicción cuando la aflicción le conviene, y la frialdad cuando esta es útil a su defensa. Se expresa con exactitud de frase, impropia de su condición social, pues debe advertirse, para que se juzgue de su educación, que no sabe leer ni escribir.

Dolores Ávila, que, según todos los indicios, resulta cómplice y encubridora del delito, aunque no tuvo en él intervención material, difiere mucho de la principal procesada. Su figura es de las más vulgares, y su condición moral y física la coloca en las capas más bajas y más degradadas de la sociedad.

Varela, hijo de la víctima, es un joven de rostro poco simpático, en el cual se destacan los labios enormes, indicando un desmedido desarrollo de los apetitos y ansiedades materiales.

Se expresa en las declaraciones con bastante soltura, demostrando más inteligencia y mejor educación de la que se le ha atribuido antes de conocerle.

La cuestión batallona, la que da a este proceso inmenso interés, diferenciándolo de los crímenes más horribles, es esta: «¿Tuvo alguna participación moral o material el hijo en el asesinato de la madre?». He asistido a cuatro sesiones del juicio oral, he oído las declaraciones de los procesados, los informes de los peritos y las disposiciones de innumerables testigos, y de todo lo escuchado allí saco la impresión de que el hijo es inocente, pruébese o no se pruebe su salida de la cárcel, donde estaba preso. No afirmaré de una manera absoluta su inocencia, ni es posible afirmarla, mientras el juicio no concluya, y aún hay centenares de testigos que no han declarado: pero la misma impresión que he expuesto la sienten cuantos asisten a la vista, con raras excepciones. Con los elementos que hasta ahora aparecen, con la luz que las declaraciones verdaderas o falsas arrojan sobre tanta oscuridad, reconstruimos la realidad del crimen, y este se nos aparece como uno de los más vulgares. La infeliz señora de Varela fue asesinada por su sirvienta. El móvil fue el robo. Higinia cometió el crimen sola, con la ayuda puramente moral de Dolores Ávila.

Las sospechas recaídas sobre el hijo se fundan en los malísimos antecedentes de este, en ciertas irregularidades de la sumaria, en la excitación de la opinión pública y en una coincidencia fatal de extrañas circunstancias. Pronto sabremos si se confirma o no se confirma la versión apuntada más arriba. Hasta ahora, por el curso de la

prueba, no existe más que una convicción moral, sin bastante fundamento para formular sentencia. Quizás la muchedumbre de testigos, la extraordinaria amplitud que se ha dado al sumario introduciendo en él elementos de prueba, que más bien oscurecen que aclaran el asunto, son causa de que no pueda demostrarse la premeditación y el robo. Pero aún ha de durar el juicio lo menos quince días, y es fácil que aparezcan testimonios menos oscuros y contradictorios.

En tanto es curiosísimo ver desfilar ante el Tribunal testigos pertenecientes a las distintas clases sociales, señores decentes y presidiarios, mujeres de mala vida, vagos de profesión, mozos de café, empleados de ambas cárceles. El aspecto de la sala es imponente, y desde muy temprano se agolpa a las puertas del Palacio de Justicia un público ansioso de presenciar la vista. Pero aunque la sala es grande, son relativamente pocos los que logran penetrar en ella.

Damas elegantes ocupan las primeras filas, y no vacilan en soportar los estrujones y el calor por ver de cerca la cara de la tremenda Higinia, oír su voz empañada y admirar la soltura de su mímica, digna de una consumada actriz. Las emociones del juicio interesan a las damas tanto como una buena ópera bien cantada.

Hay otro público, el propiamente popular, que presta febril atención al juicio. Gentes hay que se estacionan desde las primeras horas de la mañana a la puerta de la sala, formando cola, para conseguir un puesto, y se lo ganan con la larga espera, y lo defienden luego como si de cosa mayor se tratase. Cuando constituido el Tribunal, sentados en sus respectivos sitios el fiscal, los defensores de cada uno de los procesados, los de la acción privada y de la acción popular y manda el presidente abrir la puerta del público, este se precipita en la sala como una cascada, con ímpetu formidable, ansioso, brutal. Durante la vista expresa sus impresiones con tanta franqueza que el presidente se ve en el caso de llamarlo al orden, imponiéndole el silencio y la compostura que exige el lugar.

Toda la prensa asiste al acto, disponiendo de comodidades para hacer los extractos, que el público devora por la noche y a la mañana siguiente, pues el interés de este proceso no ha disminuido en los ocho meses transcurridos y se halla tan vivo como en los días que siguieron a la perpetración del crimen.

Abril 19 de 1889

V

No se presenta fácilmente en la historia criminal un caso tan complejo como este; quizás la oscuridad que reina en el proceso consiste en haberse dedicado tantas y tantas personas al descubrimiento de los criminales; quizás la multitud de pistas que se han seguido son causa de que no hayamos encontrado aún la verdad completa.

Pero algunos creen que estamos ya en la verdadera pista y que la verdad ha de lucir pronto.

En la sesión del juicio oral del día 4, Higinia Balaguer hizo una nueva declaración, que destruía todas las anteriores. El estupor que esto produjo en el Tribunal y en el público fue extraordinario. La célebre criminal se expresó con perfecto aplomo y todas las apariencias de la sinceridad. ¿Quién mató a doña Luciana Borcino? Pues según la nueva manifestación de Higinia, esta y Dolores Ávila fueron únicas autoras del crimen, con el fin de robar a la desgraciada señora de Vázquez Varela. Entre las dos concertaron el hecho y lo consumaron sin auxilio de varón, con cautela y saña, impropias del ánimo femenino, tomando, para la preparación, así como para despistar a la justicia, precauciones que denotan la experiencia y el instinto de la criminalidad.

Primera consecuencia de la declaración de Higinia fue un careo entre esta y Dolores, que resultó la escena más dramática que he presenciado en mi vida. Las que pocos días antes aparecían juntas en el banco de los acusados, las que anteriormente se apoyaban y sostenían recíprocamente, expresándose siempre de perfecto acuerdo, revelaron, puestas frente a frente, la inmensidad del odio que las separa. De seguro que si se les permite venir a las manos en aquel instante, no quedan ni los rabos, según la gráfica frase del cuento andaluz. Higinia es nerviosa, delgada y de buena estatura; viva de genio, fácil de palabra; Dolores es biliosa, pequeña de cuerpo, grosera y desfachatada. Higinia confirmó su acusación con frase entera y enfática; Dolores negó todo resueltamente; ambas estuvieron firmes y arrogantes. En el público quedó la convicción de que Higinia había dicho la verdad; pero no toda la verdad.

Porque el público no admite que un crimen tan atrevidamente perpetrado en pleno día y con circunstancias tan aterradoras sea obra exclusivamente de manos femeninas. La idea de que «hay pantalones» se aferra a la mente del público, y no hay manera de desecharla lógicamente.

Salvo las personas que todavía sostienen la culpabilidad de Varela, el público da crédito a la declaración de Higinia, aunque con bastante desconfianza, por haber mentido ya seis o siete veces la procesada en el curso del sumario. Hay ahora, no obstante, una razón que garantiza hasta cierto punto la verdad de lo últimamente declarado, y es que Higinia, diciendo lo que ha dicho e inculpándose como se ha inculpado, ha subido las gradas del cadalso. Pruébese o no se pruebe la culpabilidad de Dolores Ávila, Higinia no tiene ya salvación ante la ley. Se comprende que los criminales mientan para librarse del castigo; pero no es verosímil que mientan para echarse en brazos del verdugo.

Queda la gran duda. ¿Hubo hombres o no hubo hombres en el acto tremendo del 1.º de julio? La mayoría del público se inclina a creer que sí, y que Higinia no los quiere revelar. La mujer más criminal y empedernida es capaz de inmolarse sola antes que delatar al hombre que ama. La presencia de esos misteriosos hombres es

corroborada por la declaración de una criada de la casa de enfrente, que, según dijo en el juicio, vio a Higinia hacer señas desde el balcón a «dos hombres». Higinia lo niega. La seña fue hecha a Dolores Ávila, que estaba en la calle y en la acera de enfrente.

¿No podía alucinarse la criada? Aquí de las conjeturas, de las discusiones y de los quebraderos de cabeza para averiguar si los hombres aquellos fueron alucinación de Gregoria Parejo, que así se llama la criada en cuestión, o si tienen existencia real y la procesada quiere a todo trance salvar de la última pena a tan respetables personas.

Apretada luego Higinia por su abogado y por el juez, amplió su declaración, señalando la intervención de criminales del sexo masculino. Pero estos no tomaron parte en el crimen. La Dolores les propuso el «negocio» y no lo quisieron aceptar. Se suspende el juicio oral y comienza la sumaria indagatoria para comprobar la declaración de la Balaguer. Al principio surgen dudas y se entablan en la prensa vivísimas discusiones sobre si es verdadera o falsa la pista que ahora se trata de seguir. La comprobación se funda en las propuestas que parece hizo Dolores a varios ladrones de profesión y en la relación de Higinia respecto a lo que hicieron ambas criminales después de cometido el crimen en la tarde del 1.º de julio.

Según la declarante, fueron a cambiar un billete de mil pesetas (de los robados a doña Luciana) a una casa de cambio muy conocida; después comieron en un restaurante popular que se llama el «Sótano H»; luego compraron bollos, y por fin, tomaron un coche simón y se fueron a dar un paseíto por la Castellana y el Hipódromo.

Antes, y esto es muy esencial, depositaron el dinero robado en una casa que alquilaron para el caso, y cuyas llaves les entregó el portero después de cobrar el importe de dos mensualidades.

Pues la comprobación abrazó, como he dicho, estos extremos. Gentío inmenso seguía a Higinia y al Juzgado cuando la llevaron a reconocer la casa de cambio, el «Sótano H» y la bollería. Sin la custodia de la Guardia Civil, la famosa criminal habría recibido más de un arañazo de la irritada muchedumbre. Hay mucha gente que no ve en esta desdichada Higinia sino una gran embustera, una consumada histrionisa, que antes acusó a Varela y Millán Astray y ahora los exculpa, para arrojar toda la infamia del crimen sobre Dolores Ávila. Hay quien cree a esta inocente, y por esto los trámites de la comprobación han sido seguidos con tan vivo interés por el público. No falta quien califique de farsa la declaración afirmativa de los porteros de la casa alquilada para ocultar el robo, y la de los ladrones que confirman la proposición hecha por Dolores, y aún la del cochero que condujo a las dos mujeres al Hipódromo. Pero, al fin, en el ánimo de la mayoría del público ha ido ganando terreno la formalidad de la indagatoria, y la opinión hoy da por cierta la revelación de Higinia, si bien se inclina a creer que hay algo todavía que la astuta criminal se guarda para mejor ocasión.

A pesar de lo que se ha adelantado estos últimos días en la prueba, parte de la opinión continúa preguntando: «Pero, esos hombres, ¿dónde están?» Higinia jura y perjura que «ellas dos solas» mataron a la señora. Resulta ella, de su propia declaración, menos culpable que la otra, pues cedió a sus amenazas y no hizo más que sujetar a la víctima por el cuello mientras la otra le metía en la boca un pañuelo con nudos. Cuenta que Dolores la hirió con una navaja, rematándola brevemente. Cuenta además que, sintiendo horror y repugnancia ante tamaña atrocidad, se retiró a la cocina, y que al volver a la sala vio a Dolores sentada con un gran bolso en la falda, del cual sacaba billetes y monedas de oro. Dice ignorar de dónde sacó Dolores el dinero; no sabe si la víctima lo llevaba en el seno. Una de las cosas que el público no comprende fácilmente es cómo Higinia, una vez en la calle y después de dar el paseo en coche por el Hipódromo, tuvo alma y valor para volver a la casa del crimen, para soportar la vista del cadáver de su señora, para pegarle fuego después de haberlo rociado con petróleo, para echar el cerrojo y acostarse después.

Pero ella explica esta serie de actos por la sugestión de Dolores, quien durante el paseo en coche la convenció, no sin trabajo, de que la mejor manera de borrar las huellas del crimen era incendiar el cadáver, y de que volviendo a la casa, y destruidas por el fuego las señales de las heridas en el cuerpo de doña Luciana, y acostándose luego, y haciendo el papel de que se quemaba la casa, no recaerían en ella sospechas. Verosímil es, sin duda, esta obcecación de los criminales y la facilidad con que se forjan ilusiones respecto a los medios de engañar a la justicia; pero aún así, no es extraño que subsistan dudas acerca de extremos tan importantes. ¿Pero hubo o no hubo hombres en la tragedia aquella? ¿Son capaces dos mujeres solas de consumir actos tan terribles, y el acto del incendio cabe en los medios de acción de una mujer sola? Este es el enigma que no se ha aclarado aún y que esperamos ver aclarado cuando se reanude el juicio oral, el día 24 del presente mes.

*
* *

Difícilmente podré dar idea del interés que en Madrid despierta este asunto y del calor que han llegado a tomar las diferentes opiniones sobre el resultado probable del juicio. La prensa está dividida; parte de ella se adhiere a las diligencias practicadas por la justicia y reseña los trámites de la indagatoria sin comentarios; otra parte se revuelve airada contra la justicia histórica, censura todos sus actos, recusa todos los testimonios y no admite más prueba que la que le conviene. De la discusión entre los órganos de estas dos tendencias han salido las denominaciones de *sensatos* e *insensatos*, con que los periódicos de uno y otro bando se designan.

El público está también dividido. Hay mucha gente que se encariñó con la idea de la culpabilidad de Varela, y no se da a partido. Para estos, Varela salió de la cárcel, mató tranquilamente a su madre, ayudado por Higinia, y se volvió tan campante a su celda, protegido por Millán Astray. Los que tal sostienen se fundan en los

antecedentes deplorables del desdichado joven, en el testimonio de los que aseguran haberlo visto en las calles de Madrid por aquellos días, y sobre todo en esa inexplicable adivinación del sentimiento popular, que si algunas veces acierta, otras se equivoca. Entre los *varelistas* los hay tan fanáticos que no vacilan en invocar testimonios y aducir pruebas de aparente fuerza. Hay que convenir en que algunos obran de buena fe, y en que la fascinación popular, ese fenómeno histórico que tanta parte tiene en las creencias y en los movimientos de la plebe, se presenta aquí con los caracteres de siempre. Para estos, Higinia miente al acusarse a sí propia con circunstancias agravantes, condenándose a muerte. Se les pregunta: «¿Qué interés puede tener esa mujer en asumir la responsabilidad del crimen, exculpando al delincuente, cuando le habría sido tan fácil aprovechar en beneficio suyo la hostilidad del público contra Varela y seguir acusándole como le acusó en los primeros días?».

A esto responden que Higinia obedece a una voluntad misteriosa que dirige todo este lío, a una entidad desconocida y poderosísima que se propone salvar a Varela, y que salvará también a Higinia. Puesta la cuestión en el terreno de lo novelesco y maravilloso, pierde, al menos para mí, todo su interés, pues no creo en tales paparruchas, ni nada contrario a la lógica ni al sentido común entra fácilmente en mi cabeza. Reconozco, y lo reconozco como un mal, que esas estupendas y maravillosas máquinas gozan, por su propia falta de lógica, de todo el favor de las imaginaciones de esta raza. Creo que es deber de todos corregir ese amor a lo inverosímil en vez de fomentarlo. Y las imperfecciones evidentes de nuestros tribunales, y nuestra defectuosísima manera de enjuiciar no se corregirán desprestigiando a los tribunales y enseñando al pueblo a ver siempre en ellos lo contrario de la verdad y la sinceridad.

Entre los llamados *sensatos*, también se advierten obsesiones que son el tema obligado de ardientes disputas. La idea de que necesariamente hubo *mano de hombre* en el crimen está tan arraigada, que no obtienen fácil crédito las pruebas en contrario. Se hacen mil cálculos respecto a quién o quiénes serían los tales individuos del sexo fuerte, y como los hombres no parecen, por más que se les busca, es cosa ya de preguntar a todo el mundo. No es de extrañar, pues, que yendo uno muy tranquilo por la calle se tropiece con un amigo de estos que están trastornados con el crimen y nos diga:

—¿Es usted por casualidad el hombre?

—¿Qué hombre?

—Hombre, bien me entiende usted: el hombre ese que necesariamente ayudó a la Dolores y a la Higinia. Porque, ¿en qué juicio cabe que dos mujeres solas, la una delgada y de poca fuerza, la otra de menguada estatura, pudieran...? Ha llegado el momento de la sinceridad, y de despejar la incógnita, y de pronunciar la clave del enigma. Toda persona honrada que en conciencia crea ver al tal hombre que la justicia busca, debe declararlo. Ayudar a los tribunales es deber de todo buen ciudadano. Y si por casualidad es usted el asesino, ¿por qué no decirlo y sacarnos de dudas?

—Le prometo a usted que si llego a descubrir que soy yo el infame cómplice de esas malvadas mujeres y tengo plena conciencia de que *mojé*, he de tener también valor para delatarme a la justicia.

Hay, además, personas en quienes la sugestión obra prodigios. De tanto hablar del crimen y de tanto leer declaraciones de testigos llegan a creerse también testigos, sueñan que han visto algo y concluyen por creérselo. De aquí proceden esas afirmaciones vagas y nebulosas que corren de boca en boca por los cafés y por todos los lugares donde la única ocupación de las gentes es hablar y hablar mucho.

A lo mejor sale un individuo diciendo que en la tarde del primero de julio vio a un hombre en la calle de Fuencarral esquina a la del Divino Pastor, y que le pidió fuego para encender el cigarro y se lo dio. ¿Quién era aquel hombre?... A esta pregunta siguen los puntos suspensivos, que encienden la curiosidad y llevan la imaginación de los oyentes al campo inmenso de las más extrañas conjeturas.

Otros cuentan que vieron un grupo de hombres en cierto café, grupo sospechoso se entiende, con la particularidad de que las caras de aquellos hombres revelaban la más viva ansiedad. Al grupo se acerca una mujer que dice algo como «ya está hecho todo», y les entrega un bulto, que debe de ser el dinero de doña Luciana.

Sobre esto de la fortuna de la infeliz víctima, la imaginación popular emula con la del fecundo creador de las *Mil y una noches*. De la sumaria se desprende que la fortuna heredada por Vázquez Varela asciendo a 150 000 duros próximamente, y que puede disfrutar de una renta de cuarenta y cinco a cincuenta mil reales. Pues hay quien asegura y ofrece probarlo que doña Luciana tenía en su casa el día del crimen 70 000 duros en metálico. Claro es que tal cosa no se prueba, pero la especie corre, y muchos la creen, porque estas hipérboles de dinerales escondidos en casa del avaro tienen siempre gran aceptación.

¿Que mucho que la novela de los 70 000 duros guardados por doña Luciana en guantes viejos haya servido de fundamento a su otra novela folletinesca de la mano misteriosa que dirige en el misterio toda esta máquina de la poderosa influencia que hace declarar a Higinia hoy una cosa y mañana otra con el fin de embrollar la causa y obtener al fin la mayor de las oscuridades?

Pero en medio de estas confusiones de la opinión, hay un rastro, un orden de hechos probables: la declaración última de Higinia. Si se comprueba plenamente, todas las novelas se disiparán como el humo. En cuanto a Dolores Ávila, es mujer de carácter entero, muy práctica en el crimen, muy conocedora de las triquiñuelas del Código Penal, y no confesará nunca su culpabilidad. Higinia, su cómplice y amiga, que la conoce bien, decía hace pocas tardes en un coloquio que tuvo con varias personas: «Esa no dirá nunca la verdad; irá al palo diciendo que es inocente».

Mayo 30 de 1889

VI

Ya se ha dictado sentencia en el célebre crimen de la calle de Fuencarral. Varela y Millán Astray han sido absueltos libremente por no resultar nada contra ellos, sin perjuicio de abrirles nuevo proceso por quebrantamiento de condena. Higinia es condenada a muerte por estar convicta y confesa del asesinato de doña Luciana, y Dolores, a diez y ocho años de reclusión por cómplice y encubridora.

Sabido es que la versión de la culpabilidad de Varela ha sido popular, y aun lo es todavía, aunque no tanto como en los pasados meses. El juicio no ha hecho luz completa sobre todos los pormenores del crimen.

Para algunas personas la curiosidad sigue siendo completa. A mi juicio, se sabe lo esencial, aunque ciertas particularidades no se vean claras. La famosa declaración de Higinia culpándose a sí misma en unión de Dolores Ávila me parece, si no verdadera en todas sus partes, de una gran verosimilitud. Dolores se ha encerrado en tenaz negativa, y como no se le ha podido probar la participación en el hecho material del asesinato, la Sala ha creído que debía aminorar la pena pedida por el fiscal, que era la de muerte.

Pero la sentencia está fundada en la declaración de Higinia; la confesión de esta resulta severamente castigada, y el silencio de Dolores premiado, porque gracias a él ha podido salvar la pelleja. He aquí un veredicto que no satisface a nadie, pues los que negaban veracidad al relato de Higinia llevan a mal que esta sea condenada, y los que creían en él no hallan justo que la iniciadora del crimen quede sin castigo mientras lo tiene tan cruel la que fue a él sugestionada por su compañera. Veremos si el Supremo confirma la sentencia. Aún hay quien dice que este proceso dará mucho que hablar todavía; que ofrecerá nuevas peripecias; que ha de abrirse un nuevo periodo de prueba; que Higinia o Dolores o las dos juntas han de hacer, cuando menos se piense, nuevas e importantes revelaciones. Yo no lo creo. Pero si así fuere no faltará a mis lectores relación exacta de lo que ocurra.

¿FUE UN ASESINATO?^[83]

R. L. STEVENSON

Mi amigo el conde —así era como comenzó su historia— tenía por enemigo a cierto barón alemán, forastero en Roma. No importa el fundamento que tuviera la enemistad del conde; pero como tenía el firme propósito de vengarse, y sin poner en peligro su vida, lo ocultó incluso al barón. Desde luego, ese es el principio fundamental de la venganza; y el odio revelado es odio inútil. El conde era un hombre curioso y perspicaz; y tenía algo de artista; si le interesaba hacer algo, siempre lo hacía con una perfección exacta, no solo en cuanto al resultado, sino también a los medios e instrumentos utilizados, si no, pensaba que saldría mal.

Sucedió que un día cabalgaba por las afueras y llegó a un camino en desuso que se desviaba hacia el páramo que rodea Roma. A un lado había una antigua tumba romana; al otro, una casa abandonada en un jardín con árboles de hoja perenne. Ese camino lo llevó enseguida a una extensión de ruinas, en medio de la cual, en la ladera de una colina, vio una puerta abierta y, no muy lejos, un único pino achaparrado, no mayor que un arbusto corriente. Era un lugar desierto y muy escondido; el conde tuvo el presentimiento de que allí había algo de lo que se podía beneficiar. Ató el caballo al pino, cogió su pedernal y eslabón en la mano para encender una luz y entró en la colina. La puerta daba a un pasadizo de antigua mampostería romana, que poco después se bifurcaba. El conde tomó el recodo de la derecha y lo siguió, avanzando a tientas en la oscuridad, hasta que lo detuvo una especie de valla que se extendía de un lado a otro del pasadizo y casi le llegaba a la altura del codo. Tanteando con el pie, encontró una arista de piedra labrada, y luego el vacío. Eso le despertó entonces la curiosidad y, buscando algunas ramas secas que estaban tiradas en el suelo, encendió un fuego. Delante de él había un profundo pozo; sin duda algún campesino de los alrededores lo había utilizado alguna vez para sacar agua, y había sido él quien puso la valla. Durante un buen rato el conde siguió apoyándose en la valla y mirando hacia dentro del pozo. Era una obra romana y, como todo lo que emprendió esa nación, estaba construida para durar eternamente; las paredes seguían derechas y lisas; si alguien cayera dentro, no podría salvarse.

«Veamos —pensaba el conde—, un fuerte impulso me trajo a este lugar. ¿Para qué? ¿Qué he conseguido? ¿Por qué vendría hasta aquí a mirar este pozo?».

El travesaño de la valla cedió de pronto por su peso y estuvo en un tris que el conde se cayera de cabeza. Al saltar hacia atrás para salvarse, apagó con el pie la última llama vacilante del fuego, que a partir de entonces ya no dio luz, solo un molesto humo.

—¿Vine hasta aquí para morir? —dijo, y se estremeció de la cabeza a los pies.

Y entonces de repente se le ocurrió una idea. Fue arrastrándose a gatas hasta el borde del pozo y tanteó por encima de él levantando la mano. Dos postes sujetaban el travesaño; solo se había roto por uno de los extremos y todavía estaba sujeto al otro. El conde lo volvió a colocar como lo había encontrado, de modo que implicaría la muerte del primero que llegara, y salió a tientas de la catacumba, como un enfermo.

Al día siguiente, mientras cabalgaba en el Corso con el barón, dio muestras adrede de estar muy preocupado. El otro (como había planeado) le preguntó cual era el motivo; y él, después de contestar con evasivas, admitió que un insólito sueño le había deprimido. Había calculado que eso interesaría al barón, hombre supersticioso, aunque fingiese desdeñar la superstición. Siguieron algunas chanzas, y luego el conde, como si de pronto se enardeciera, solicitó a su amigo que tuviera cuidado, pues fue con él con quien había soñado. Usted conoce lo suficiente la naturaleza humana, mi primoroso Mackellar, para estar seguro de una cosa: me refiero a que el barón no descansó hasta enterarse del sueño. El conde, convencido de que nunca desistiría, lo mantuvo interesado hasta avivar en grado sumo su curiosidad, y después, con aparente reticencia, se permitió ser imperioso.

—Os lo advierto —le dijo—, nada bueno puede salir de esto; algo me lo dice. Pero, ya que no puede haber paz para ninguno de nosotros salvo con este requisito necesario, ¡asumid vos la responsabilidad! Este fue el sueño: os vi cabalgando, ignoro dónde, pero creo que debe haber sido cerca de Roma, pues a un lado había una tumba antigua, y al otro un jardín con árboles de hoja perenne. Me parece que grité varias veces para que volvierais, presa de angustiosos temores; no sé si me oísteis, pero seguisteis con pertinacia. El camino os llevó a un lugar desierto entre ruinas, donde había una puerta en una ladera, muy cerca de la puerta un extravagante pino. Vos desmontasteis (yo seguía gritando que tuvierais cuidado), atasteis el caballo al pino y entrasteis resueltamente. El interior estaba a oscuras; pero en mi sueño yo todavía podía veros, y os seguía suplicando que os refrenarais. Seguisteis a tientas por la pared de la derecha, tomasteis un pasadizo que se desviaba a la derecha y llegasteis a una pequeña cámara, en la que había un pozo y una valla. Ante lo cual, no sé por qué, mi alarma por vos aumentó considerablemente, hasta el punto de que me pareció que me desgañitaba con mis advertencias, gritando que todavía estabais a tiempo, y rogándoos que salierais enseguida de aquel vestíbulo. Esa fue la palabra que utilicé en mi sueño, y entonces parecía tener un significado; pero hoy, despierto, confieso no saber lo que quiere decir. No prestasteis la menor atención a mis protestas, y entre tanto os apoyasteis en el travesaño y mirasteis con atención el agua del pozo. Y entonces os comunicaron algo; no creo que llegase siquiera a deducir lo que era, pero el miedo que me produjo me sacó por completo del sueño, y me desperté temblando y llorando.

»Y ahora —continuó el conde— os agradezco de corazón vuestra insistencia. Ese sueño me oprime como una carga; y ahora que os lo he contado sin rodeos y a pleno día no parece nada importante.

—No sé —dijo el barón—. Tiene algunos detalles extraños. ¿Me comunicaron algo, decís? ¡Oh, es un sueño raro! Es una buena historia que divertirá a nuestros amigos.

—No estoy tan seguro —dijo el conde—. Me hago cargo de cierta renuencia. Es mejor que lo olvidemos.

—No faltaba más —dijo el barón.

De hecho no se volvió a mencionar el sueño. Algunos días después, el conde propuso un paseo a caballo por el campo, que el barón (dado que cada día aumentaba más su amistad) aceptó de inmediato.

En el camino de regreso a Roma, el conde los llevó sin darse cuenta por una ruta especial. Al cabo de un rato refrenó su caballo, se tapó los ojos con la mano y gritó. Acto seguido dejó ver su rostro de nuevo (que ahora estaba del todo blanco, pues era un actor consumado) y miró fijamente al barón.

—¿Qué os sucede? —gritó el barón—. ¿Qué os pasa?

—Nada —exclamó el conde—. No es nada. Un bloqueo, no sé. Volvamos de prisa a Roma.

Pero mientras tanto el barón había mirado a su alrededor; y allí, a la izquierda del camino por el que volvían a Roma, vio un camino apartado cubierto de polvo con una tumba a un lado y un jardín con árboles de hoja perenne al otro.

—Sí —le dijo, con la voz alterada—. Volvamos de prisa a Roma, por supuesto. Temo que no os encontréis bien.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó el conde, sobrecogido—. Volvamos a Roma y permitidme que me acueste.

Regresaron sin apenas hablar; y el conde, que debía haber acudido de derecho a una puesta de largo, se metió en la cama y anunció que tenía un amago de malaria.

Al día siguiente encontraron el caballo del barón atado al pino, pero a partir de entonces no se supo más de él. ¿Fue un asesinato?

EL RETORNO DE IMRAY^[84]

RUDYARD KIPLING

Las puertas abiertas estaban, dice la historia,
de noche llegó aquel espectro paciente,
hablar no podía, ni mover
un pelo del armiño del Barón...
Sin habla, sin fuerzas, una tenue sombra,
vagó por el castillo en busca de sus parientes.
Y ¡ay, daba lástima ver
al fantasma mudo seguir a su enemigo!

THE BARON

Imray consiguió lo imposible. Sin avisar, sin motivo concebible, en plena juventud, en el umbral de su carrera, decidió desaparecer del mundo... es decir, del pequeño lugar en la India en el que vivía.

Un día estaba vivo, con buena salud, feliz, bien visible en las mesas de billar de su club. Una mañana, ya no estaba, y ninguna de las búsquedas que se llevaron a cabo pudo cerciorar dónde pudiera estar. Había dejado su empleo; no había aparecido en su despacho en el momento indicado, y su *dogcart*^[85] ya no se veía en las vías públicas. Por esos motivos, y porque estaba obstaculizando, en un grado microscópico, el gobierno del Imperio de la India, ese Imperio se detuvo por un momento también microscópico para investigar el destino de Imray. Se dragaron estanques, se sondaron pozos, se despacharon telegramas a lo largo de las líneas ferroviarias y al puerto de mar más próximo, a doscientas millas de distancia; pero Imray no aparecía al final de los cables de arrastre ni en los telegramas. Había desaparecido, y en su empleo no se supo más de él.

Entonces la labor del gran Imperio de la India progresaba con celeridad, porque no podía retrasarse, e Imray dejó de ser un hombre para convertirse en un misterio: ese tipo de cosas de las que los hombres hablan durante un mes en las mesas de su club y luego olvidan por completo. Sus armas, caballos y carruajes se vendieron al mejor postor. Su superior escribió a su madre una carta completamente absurda, en la que decía que Imray había desaparecido de un modo inexplicable, y su *bungalow* seguía vacío.

Después de tres o cuatro meses de calor abrasador, mi amigo Strickland, de la policía, juzgó conveniente alquilar el *bungalow* a su propietario indígena. Eso fue antes de que se comprometiera con *miss Youghal* —un asunto que se ha descrito en otro lugar^[86]— y mientras proseguía con sus investigaciones acerca de la vida de los

indígenas. Su propia vida era bastante peculiar, y la gente se quejaba de sus modales y costumbres. Siempre había comida en su casa, pero no horarios normales para las comidas. Comía, de pie y paseándose, cualquier cosa que encontrara en el aparador, y eso no conviene a los seres humanos. Sus enseres se limitaban a seis rifles, tres escopetas, cinco sillas de montar y una colección de cañas rígidas y desmontables para pescar el *mahseer*^[87], más grandes y resistentes que las que se utilizan para la pesca del salmón. Todas esas cosas ocupaban la mitad del *bungalow*, y la otra mitad quedaba para Strickland y su perra Tietjens, una enorme hembra de galgo de Rampur que devoraba diariamente la ración de dos hombres. Hablaba a Strickland en un lenguaje propio; y siempre que salía a dar un paseo y veía cosas cuyo propósito era destruir la paz de Su Majestad la Reina-Emperatriz volvía con su amo y le daba la información. Strickland tomaba enseguida las medidas oportunas, y la consumación de sus afanes suponía molestias, multa y encarcelamiento para otras personas. Los indígenas creían que Tietjens era un espíritu familiar, y la trataban con el gran respeto que engendra el odio y el miedo. Una habitación del *bungalow* se reservaba para su uso particular. Tenía un armazón de cama, una manta y un abrevadero, y si alguien entraba de noche en la habitación de Strickland solía derribar al intruso y empezaba a ladrar hasta que llegase alguien con una luz. Strickland le debía la vida, de cuando estuvo en la Frontera, en busca de un asesino local, que llegó con las primeras luces del amanecer para enviarlo mucho más lejos que las islas Andamán. Tietjens sorprendió al hombre cuando se metía a gatas en la tienda de Strickland con una daga entre los dientes; y una vez establecido su historial delictivo ante los ojos de la ley fue ahorcado. Desde entonces Tietjens lleva un collar de plata dura, y dispone de un monograma en su manta de noche, que es de doble tejido de cachemira, pues es una perra delicada.

Bajo ningún concepto se separaba de Strickland; y una vez, cuando él estaba enfermo con fiebre, creó muchos problemas a los médicos, porque no sabía cómo ayudar a su amo y no permitía que nadie lo intentara. Macarnaght, del Servicio Médico de la India, tuvo que golpearla en la cabeza con la culata de una pistola para que comprendiera que tenía que dejar paso a los que podían dar quinina a su amo.

Poco después de que Strickland alquilase el *bungalow* de Imray, tuve que ir a aquel lugar por asuntos personales y, como el club estaba lleno, me alojé por supuesto en su casa. Era un atractivo *bungalow* de ocho habitaciones con un tejado cubierto de paja para evitar cualquier riesgo de goteras que la lluvia pudiera producir. Por debajo de la brea del tejado se extendía un cielo raso de tela que parecía tan limpio como un techo encalado. El casero lo había vuelto a pintar cuando Strickland alquiló el *bungalow*. A menos que ustedes sepan cómo están contruidos los *bungalows* en la India, jamás habrían sospechado que por encima de la tela estaba la oscura cavidad triangular del tejado, donde las vigas y la parte inferior de la paja cobijan toda clase de ratas, murciélagos, hormigas y otros seres inmundos.

Tietjens salió a mi encuentro en la veranda con un ladrido como el estruendo de la campana de St. Paul^[88], y me puso las patas en el hombro para demostrar que se alegraba de verme. Strickland había logrado agarrar una especie de comida que él llamaba almuerzo, e inmediatamente después de acabarla salió a atender sus obligaciones. Me quedé solo con Tietjens y mis propios asuntos. Se había acabado el calor del verano y había empezado la cálida humedad de las lluvias. No había movimiento alguno en el aire caliente, pero llovían chuzos de punta sobre la tierra que al rebotar levantaban una neblina azulada. Los bambúes, las chirimoyas, las flores de Pascua y los mangos del jardín permanecían inmóviles mientras el agua tibia los azotaba, y las ranas empezaban a croar entre los setos de áloe. Un poco antes de que anocheciese, y cuando la lluvia más arreciaba, me senté en la veranda de atrás y escuché el bramido del agua en los canalones, y me rasqué porque estaba cubierto de eso que llaman sarpullido por exceso de calor. Tietjens salió conmigo y apoyó la cabeza en mi regazo: estaba muy triste; así que le di sus galletas cuando el té estuvo listo, y lo tomé en la veranda de atrás porque allí me encontraba un poco más fresco. Las habitaciones de la casa, a mis espaldas, estaban oscuras. Podía oler los arreos de Strickland y el lubricante de sus armas, y no tenía ganas de sentarme entre esas cosas. Mi sirviente se me acercó en la penumbra, con la muselina de su ropa completamente ajustada a su cuerpo empapado, y me dijo que había llamado un caballero que quería ver a alguien. De muy mala gana, aunque solo fuera por la oscuridad de las habitaciones, entré en el desnudo salón y le dije a mi sirviente que trajera las lámparas. No sé a ciencia cierta si había un visitante esperando —me pareció ver una figura junto a una de las ventanas—, pero cuando trajeron las lámparas allí no había nada más que los chuzos de la lluvia afuera y el olor de la tierra mojada en mis narices. Le expliqué a mi sirviente que era menos sensato de lo que debería ser y regresé a la veranda para hablar con Tietjens. Había salido para meterse bajo la lluvia y no pude engatusarla para que volviera conmigo; ni siquiera con galletas azucaradas. Strickland llegó a casa, empapado, justo antes de la cena, y lo primero que dijo fue:

—¿Ha venido alguien?

Le expliqué, disculpándome, que mi sirviente me había pedido que fuera al salón por una falsa alarma; o que algún pelagatos había intentado visitar a Strickland y, cambiando de parecer, había desaparecido después de dar su nombre. Strickland ordenó que sirvieran la cena, sin más comentarios, y como se trataba de una verdadera cena, con mantel blanco incluido, nos sentamos.

A las nueve en punto Strickland quiso acostarse y yo también estaba cansado. Tietjens, que había estado tumbada debajo de la mesa, se levantó y decidió irse a la menos expuesta veranda en cuanto su amo se trasladó a su habitación, que estaba al lado del impresionante aposento reservado a Tietjens. Si una simple esposa hubiese querido dormir al aire libre con aquella recia lluvia no habría importado; pero Tietjens era una perra, y por consiguiente el mejor animal. Miré a Strickland, esperando ver cómo le arrancaba la piel a tiras con el látigo. Sonrió de un modo

extraño, como sonreiría alguien después de contar alguna desagradable tragedia doméstica.

—Lleva haciendo lo mismo desde que me instalé aquí —me dijo—. Déjela.

La perra era de Strickland, así que no dije nada, pero comprendí lo que él sintió al quitarle así importancia. Tietjens acampó bajo la ventana de mi dormitorio y, uno tras otro, se oyeron los truenos retumbar en el techo de paja, y se fueron apagando. Los relámpagos salpicaban el cielo como lo hace un huevo lanzado contra la puerta de un granero, pero su resplandor era azul pálido, no amarillo; y al mirar a través de las rendijas de mi persiana de bambú, vi que la perra estaba de pie, no dormida, en la veranda, con los pelos del lomo erizados y las patas ancladas tan tensas como los cables de un puente colgante. Intenté dormir en las muy breves pausas entre los truenos, pero al parecer alguien me necesitaba con mucha urgencia. Quienquiera que fuese trataba de llamarme por mi nombre, pero su voz no era más que un susurro ronco. Cesó la tronada y Tietjens entró en el jardín y se puso a aullar a la luna poco elevada. Alguien intentó abrir la puerta de mi dormitorio, se paseó de un lado a otro de la casa y se detuvo a respirar profundamente en las verandas; y justo cuando me estaba quedando dormido me pareció oír golpes y clamores desaforados por encima de mi cabeza o en la puerta.

Entré corriendo en la habitación de Strickland y le pregunté si se encontraba mal y había estado llamándome. Estaba tumbado en la cama a medio vestir con una pipa en la boca.

—Imaginé que vendrías —me dijo—. ¿He estado paseando por la casa hace poco?

Le expliqué que había estado caminando por el comedor, la sala para fumadores y dos o tres habitaciones más, y él se rio y me dijo que volviera a acostarme. Me acosté de nuevo y dormí hasta la mañana del día siguiente, pero gracias a mis diversos sueños tenía la seguridad de que estaba cometiendo una injusticia con alguien al no atender a sus deseos. No sabría decir cuáles eran esos deseos; pero Alguien que se movía sin objeto, que cuchicheaba, que manoseaba los cerrojos, que estaba al acecho y merodeaba por la casa me reprochaba mi negligencia; y, medio dormido, oí los aullidos de Tietjens en el jardín y el azote de la lluvia.

Viví dos días en aquella casa. Strickland iba a su oficina a diario, y me dejaba solo durante ocho o diez horas, con Tietjens como única compañía. Mientras duraba la luz plena me encontraba a gusto, lo mismo que Tietjens; pero al ponerse el sol, ella y yo nos trasladábamos a la veranda de atrás y nos abrazábamos para acompañarnos. Estábamos solos en la casa, pero de todos modos la ocupaba por lo menos más de la cuenta un inquilino con el que no quería cruzarme. No llegué a verlo, pero pude ver el temblor de las cortinas que separaban las habitaciones cuando había acabado de pasar; pude oír el crujido de las sillas cuando el bambú se liberaba del peso que ya no tenía que soportar; y cuando fui al comedor a buscar un libro pude darme cuenta de que alguien estaba esperando en la oscuridad de la veranda de delante hasta que me

hubiese ido. El anochecer se ponía más interesante cada vez que Tietjens fulminaba con la mirada el interior de las habitaciones oscuras con todo el pelo erizado, siguiendo los movimientos de algo que yo no podía ver. No entraba en ninguna habitación, pero sus ojos se movían con curiosidad: era más que suficiente. Solo cuando mi sirviente llegaba para espabilar las lámparas e iluminar todo y hacerlo habitable, la perra entraba conmigo y pasaba el tiempo sentada en cuclillas, observando a un invisible hombre adicional que iba y venía a mis espaldas. Los perros son compañeros alegres.

Explicué a Strickland, lo más amablemente posible, que me acercaría al club y allí conseguiría alojamiento para mí. Alababa su hospitalidad, me encantaban sus armas y cañas de pescar, pero no me gustaba demasiado su casa ni su ambiente. Me escuchó hasta el final y luego sonrió con desgana pero sin desdén, pues es una persona comprensiva.

—Quédate —me dijo— a ver qué significa esto. Todo lo que me has contado lo he sabido desde que alquilé el *bungalow*. Quédate y espera. Tietjens me ha abandonado. ¿Vas a irte tú también?

Yo le había ayudado a llevar a buen término un asuntillo, relacionado con un ídolo pagano, que me había llevado a las puertas de un manicomio, y no quería secundarlo en más experiencias. Era un hombre al que las desavenencias le llegaban como las cenas a la gente corriente.

Así pues, le expliqué más a las claras que nunca que me caía muy bien y tendría mucho gusto en verle durante el día; pero no querría dormir bajo su mismo techo. Eso fue después de cenar, cuando Tietjens había salido a tumbarse en la veranda.

—Vaya por Dios, no me sorprende —dijo Strickland, mirando el cielo raso de tela—. ¡Mira ahí!

Entre la tela y la cornisa de la pared colgaban las colas de dos serpientes de color marrón. Proyectaban largas sombras a la luz de la lámpara.

—Si te asustan las serpientes ni que decir tiene... —dijo Strickland.

Odio y temo a las serpientes, porque si examinas atentamente los ojos de cualquier serpiente comprenderás que lo sabe todo y más acerca del misterio de la caída del hombre, y que siente el mismo desprecio que sintió el Demonio cuando Adán fue expulsado del Edén. Además, su picadura la mayoría de las veces es mortal, y repta por las perneras de los pantalones.

—Deberías reparar el techo de paja —le dije—. Dame una de las cañas para pescar el *mahseer*, y las pincharemos para que caigan.

—Se esconderán entre las vigas del techo —dijo Strickland—. No puedo soportar que haya serpientes por encima de mi cabeza. Voy a subir al tejado. Si las hago caer, estate preparado con una vara de limpieza y deslómalas.

No tenía muchas ganas de asistir a Strickland en su trabajo, pero empuñé la vara de limpieza y esperé en el comedor, mientras él traía de la veranda una escalera de jardinero y la colocó contra el lateral de la habitación.

Las colas de las serpientes se enderezaron y desaparecieron. Pudimos oír la simple huida precipitada de los largos cuerpos reptando por el holgado cielo raso de tela. Strickland se llevó una lámpara mientras yo traté de mostrarle lo peligroso que era cazar serpientes de tejado entre un cielo raso de tela y un techo de paja, aparte del deterioro de la propiedad que se produciría si se desgarraba el cielo raso de tela.

—¡Bobadas! —dijo Strickland—. Seguramente se esconden cerca de las paredes por la tela. Los ladrillos están demasiado fríos para ellas y el calor de la habitación es lo que buscan.

Llevó la mano a la esquina del cielo raso y rasgó la tela a partir de la cornisa. Cedió causando un gran ruido de desgarramiento, y Strickland introdujo la cabeza en la oscura abertura donde se juntan las vigas del techo. Yo apreté los dientes y levanté la vara, pues no tenía la menor idea de lo que podía caer.

—¡Uf! —dijo Strickland, y su voz tronó y retumbó en el techo—. Aquí arriba hay espacio para unas cuantas habitaciones más y, ¡vive Dios!, alguien las está ocupando.

—¿Serpientes? —le dije desde abajo.

—No. Es un búfalo. Dame las dos últimas piezas de una caña para pescar el *mahseer* y le aguijonearé. Está tendido en la viga principal del tejado.

Le alargué la caña de pescar.

—¡Vaya madriguera para lechuzas y serpientes! No me sorprende que vivan aquí serpientes —dijo Strickland, trepando un poco más al interior del tejado.

Podía ver su codo introduciendo la caña de pescar.

—¡Sal de ahí, quienquiera que seas! ¡Mucho ojo a la cabeza ahí abajo! ¡Está cayendo!

Vi que la tela del cielo raso se hinchaba casi en el centro de la habitación formando un bulto que la presionaba cada vez más hacia abajo hasta casi rozar la lámpara encendida que había sobre la mesa. Arrebaté la lámpara para librarla del peligro y retrocedí. Acto seguido la tela se desprendió de las paredes, desgarrada, partida, bamboleante, y descargó sobre la mesa algo que no me atreví a mirar hasta que Strickland no hubo bajado de la escalera y se puso a mi lado.

No dijo mucho, pues era un hombre de pocas palabras; pero recogió el extremo no ocupado del mantel y cubrió con él los restos que quedaban encima de la mesa.

—Me parece —dijo, dejando la lámpara sobre la mesa— que nuestro amigo Imray ha regresado. ¡Oh!, lo hiciste, ¿verdad?

Se produjo un movimiento debajo de la tela, se movió y salió reptando una serpiente pequeña, que acabó deslomada por el extremo de la caña para pescar el *mahseer*. Yo me encontraba lo bastante mal para hacer alguna observación que merezca la pena consignar.

Strickland reflexionó y se sirvió algo de beber. Lo que fuera que hubiese bajo el mantel no daba más señales de vida.

—¿Es Imray? —le dije.

Strickland por de pronto dio la vuelta al mantel y miró.

—Es Imray —dijo—, y tiene cortada la garganta de oreja a oreja.

A continuación, pensamos ambos en voz baja: «Por eso susurraba por toda la casa».

Tietjens empezó a ladrar frenéticamente en el jardín. Poco después, su gran hocico abrió de un empujón la puerta del comedor.

Husmeó y guardó silencio. La tela del cielo raso hecha jirones colgaba casi al nivel de la mesa, y apenas quedaba espacio para alejarse del descubrimiento.

Tietjens entró y se sentó; enseñó los dientes y plantó las patas delanteras. Miró a Strickland.

—Es un mal asunto, querida —dijo—. Los hombres no trepan a los tejados de sus *bungalows* para morir, y no cierran después el techo raso. Meditémoslo a fondo.

—Meditémoslo en otro lugar —le dije.

—¡Excelente idea! Apaga las lámparas. Entraremos en mi dormitorio.

No apagué las lámparas. Entré en primer lugar en la habitación de Strickland y permití que él nos dejara a oscuras. Luego me siguió y encendimos nuestras pipas y pensamos. Strickland pensaba. Yo fumaba frenéticamente, porque estaba asustado.

—Imray ha vuelto —dijo Strickland—. La cuestión es... ¿quién mató a Imray? No digas nada, tengo una idea. Cuando alquilé este *bungalow* me hice cargo de la mayoría de sus sirvientes. Imray era cándido e inofensivo, ¿no te parece?

Estuve de acuerdo; aunque la mole que había debajo del mantel no parecía ni una cosa ni la otra.

—Si llamo a los sirvientes todos juntos se mantendrán firmes y mentirán como arios. ¿Qué sugieres tú?

—Llámales de uno en uno —le dije.

—Saldrán corriendo a dar la noticia a sus compañeros —dijo Strickland—. Debemos separarlos. ¿Crees que tu sirviente sabe algo de esto?

—Es posible, que yo sepa; pero no lo creo probable. Solo lleva aquí dos o tres días —contesté—. ¿Qué opinas tú?

—No sabría decirlo. ¿Cómo demonios consiguió pasar al otro lado del cielo raso?

Se escuchó una tos fuerte más allá de la puerta del dormitorio de Strickland. Eso indicaba que Bahadur Khan, su ayuda de cámara, se había despertado y quería que Strickland se acostase.

—Pasa —dijo Strickland—. Es una noche muy cálida, ¿verdad?

Bahadur Khan, un enorme mahometano de seis pies de alto, con un turbante verde, dijo que era una noche muy cálida; pero que volvería a llover más, lo cual, con permiso de su Señoría, aliviaría al campo.

—Así será, si Dios lo quiere —dijo Strickland, quitándose las botas de un tirón—. Pienso, Bahadur Khan, que te he hecho trabajar despiadadamente durante muchos días... desde que entraste a mi servicio. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—¿Es que lo ha olvidado el Hijo del Cielo? Fue cuando el *sahib* Imray fue a Europa a escondidas sin avisar a nadie; y yo... yo... entré al honorable servicio del

protector de los pobres.

—¿Se fue a Europa el *sahib* Imray?

—Eso es lo que se dice entre los que fueron sus sirvientes.

—¿Y tú te pondrás a su servicio cuando regrese?

—Sin duda, *sahib*. Era un buen amo, y apreciaba a los que dependían de él.

—Eso es cierto. Estoy muy cansado, pero mañana voy a ir a cazar antílopes. Dame el rifle pequeño Sharps que utilizo para los antílopes negros; está en aquel estuche.

El sirviente se inclinó ante el estuche; le dio a Strickland los cañones, la culata y la parte delantera, y él acopló las piezas, bostezando tristemente. Acto seguido alcanzó la funda, cogió un cartucho sólido y lo introdujo en la recámara del rifle Express calibre .360.

—¡Y el *sahib* Imray se ha ido a Europa a escondidas! Eso es muy extraño, Bahadur Khan, ¿no te parece?

—¿Qué sé yo de las costumbres del hombre blanco, Hijo del Cielo?

—Muy poco, realmente. Pero enseguida sabrás más. Me he enterado de que el *sahib* Imray ha regresado de sus larguísimos viajes, y que ahora mismo está en la habitación de al lado, esperando a su sirviente.

—¡*Sahib*!

La luz de la lámpara se deslizó a lo largo de los cañones del rifle mientras apuntaban al amplio pecho de Bahadur Khan.

—¡Ve a mirar! —dijo Strickland—. Toma una lámpara. Tu amo está cansado y te espera. ¡Ve!

El sirviente cogió una lámpara y entró en el comedor, seguido de Strickland, que casi le empujaba con la boca del rifle. De momento examinó las negras profundidades de detrás del cielo raso; luego, la retorcida serpiente a sus pies; y, por último, mientras su rostro adquiría un lustre grisáceo, al ser que yacía bajo el mantel.

—¿Lo has visto? —dijo Strickland, tras una pausa.

—Lo he visto. Soy arcilla en las manos del hombre blanco. ¿Qué va a hacer su Presencia?

—Colgarte antes de un mes. ¿Qué otra cosa?

—¿Por matarlo? No, *sahib*, dese cuenta. Un día que se paseaba entre nosotros, sus sirvientes, miró a mi hijo, que tenía cuatro años. Lo embrujó y a los diez días murió de fiebre... ¡mi hijo!

—¿Qué dijo el *sahib* Imray?

—Dijo que era un niño muy guapo y le acarició la cabeza; por lo que mi hijo murió. Por eso maté al *sahib* Imray al anochecer, cuando acababa de volver de la oficina y dormía. Por eso lo llevé a rastras y lo metí entre las vigas del techo y después lo sujeté todo. El Hijo del Cielo lo sabe todo. Yo soy el sirviente del Hijo del Cielo.

Strickland me miró por encima del rifle y dijo en inglés vulgar:

—¿Has oído lo que acaba de decir? Él lo mató.

A la luz de la lámpara el rostro de Bahadur Khan adquirió un color gris ceniciento. De repente le invadió la necesidad de justificarse.

—Estoy atrapado —dijo—, pero el delito lo cometió ese hombre. Le echó mal de ojo a mi hijo, y yo lo maté y lo escondí. Solo los que se sirven de los demonios —fulminó con la mirada a Tietjens, que estaba acostada imperturbablemente delante de él—, solo ellos podrían saber lo que hice.

—Fue ingenioso. Pero deberías haberle atado a la viga con una cuerda. Ahora serás tú el que colgará de una cuerda.

—¡Ordenanza!

Un policía soñoliento respondió a la llamada de Strickland. Le seguía otro, y Tietjens permanecía pasmosamente inmóvil.

—Llévalo a la comisaría de policía —dijo Strickland—. Hay para un caso.

—¿Me van a colgar, entonces? —dijo Bahadur Khan, sin hacer ningún intento de escapar y sin quitar los ojos del suelo.

—Si brilla el sol o el agua corre... ¡sí! —dijo Strickland.

Bahadur Khan dio un paso largo hacia atrás, se estremeció y permaneció inmóvil. Los dos policías esperaban nuevas órdenes.

—¡Marchaos!

—No; pero yo desaparezco muy rápidamente —dijo Bahadur Khan—. ¡Mira! Soy ya un hombre muerto.

Levantó el pie, y la cabeza de la serpiente medio muerta se aferraba con firmeza a su dedo meñique, en la agonía de la muerte.

—Provengo de un linaje de terratenientes —dijo Bahadur Khan, balanceándose un poco—. Sería una deshonra para mí subir al patíbulo en público: por eso prefiero hacerlo de este modo. Que se recuerde que las camisas del *sahib* están correctamente numeradas, y que hay una pastilla extra de jabón en su palangana. Mi hijo fue embrujado y yo maté al brujo. ¿Por qué habría de pedirme que me mate con una cuerda? Mi honor está a salvo, y... y muero.

Al cabo de una hora murió, como mueren aquellos a los que ha picado una pequeña *krait* de color marrón, y los policías se lo llevaron a él y a la cosa que había debajo del mantel a los lugares designados. Era todo lo que se necesitaba para aclarar la desaparición de Imray.

—Esto —dijo Strickland, con mucha calma, mientras se metía en la cama— es el siglo diecinueve. ¿Oíste lo que dijo aquel hombre?

—Lo oí —le respondí—. Imray se equivocó.

—Simple y exclusivamente por no conocer la naturaleza de los orientales, y la coincidencia de una pequeña fiebre estacional. Bahadur Khan llevaba con él cuatro años.

Sentí un escalofrío. Mi sirviente llevaba conmigo exactamente ese mismo tiempo. Cuando volví a mi habitación me lo encontré, esperándome, impasible como la cara

de una moneda de cobre de un penique, para quitarme las botas.

—¿Qué le ha sucedido a Bahadur Khan? —le dije.

—Le picó una serpiente y murió. El resto lo sabe el *sahib* —fue la respuesta.

—¿Y cuánto sabes tú de este asunto?

—Todo lo que se puede deducir de Alguien que vino al anochecer a pedir una satisfacción. Poco a poco, *sahib*. Déjeme que le quite las botas.

Acababa de dormirme, completamente agotado, cuando oí a Strickland gritando desde su lado de la casa:

—¡Tietjens ha vuelto a su sitio!

Así que había vuelto. La enorme hembra de galgo estaba majestuosamente tumbada en su propia armazón de cama, con su propia manta, mientras en la habitación de al lado el cielo raso se tambaleaba, inútil y vacío, arrastrándose sobre la mesa.

UNA ILUSIÓN EN ROJO Y BLANCO^[89]

STEPHEN CRANE

Las noches durante el bloqueo de Cuba eran largas, emocionantes a veces, a menudo aburridas. Los hombres que iban en aquel pequeño y basculante aviso intimaban tanto como si hubiesen sido enterrados en el mismo ataúd. Corresponsales que en Nueva York habían pasado por bastante buenas personas a veces resultaban ser verdaderos bribones vanidosos y egoístas, pero todavía más a menudo los engreídos majaderos de Park Row^[90] se transformaban en los amables y solícitos hombres del bloqueo de Cuba. Cada uno contaba todo lo que sabía, y a veces más. Este discreto relato se lo debo a uno de los astros más ilustres del periodismo neoyorquino.

Pues bien, así es como imagino que sucedió. No aseguro que sucediera de esa forma, pero así es como imagino que sucedió. Y siempre me pareció que era una historia muy interesante. Yo no llevaba mucho tiempo en el periódico, aunque más o menos el suficiente para conseguir una buena oportunidad, cuando el redactor de noticias locales me asignó de improviso este chispeante caso de asesinato.

Al parecer en uno de los condados del interior del estado de Nueva York un granjero le había cogido antipatía a su mujer; así que un día entró en la cocina con un hacha y, en presencia de sus cuatro hijos pequeños, como quien no quiere la cosa, golpeó a su esposa en la nuca con la cabeza del hacha. Era muy temprano, pero les dijo a los niños que más les valdría irse a la cama. Acto seguido llevó el cadáver de su mujer al bosque y lo enterró.

El granjero se llamaba Jones. El hijo mayor del viudo se llamaba Freddy. Una semana después del asesinato, uno de sus vecinos remotos pasó por delante de su casa a gran velocidad en su carretón y vio a Freddy jugando en el camino. Se detuvo y le preguntó al muchacho por el bienestar de la familia Jones.

—Oh, estamos todos bien —dijo Freddy—. La única que no, es mamá... ha muerto.

—¡Vaya!, ¿cuándo murió? —exclamó el asombrado granjero—. ¿De qué murió?

—Pues verá usted —respondió Freddy—, la semana pasada un hombre pelirrojo con grandes dientes blancos y manos realmente blancas entró en la cocina y mató a mamá con un hacha.

El granjero se indignó con el muchacho por contar aquel extraño disparate infantil y se marchó muy contrariado, pero aquella noche relató el incidente en una taberna, y cuando la gente empezó a echar de menos al conocido personaje de *Mrs. Jones* en la iglesia metodista los domingos por la mañana, acabaron por mandar hacer una investigación. El tranquilo Jones fue detenido por asesinato, y sacaron el cadáver de su mujer de su tumba en el bosque y lo enterró su propia familia.

El principal interés se centró entonces en los niños. Los cuatro declararon que estaban en la cocina en el momento del crimen, y que el asesino tenía el pelo rojo. El virtuoso Jones tenía el pelo gris. Dijeron que los dientes del asesino eran grandes y blancos. Jones solo tenía ocho dientes, y eran pequeños y manchados de tabaco. Dijeron que las manos del asesino eran blancas. Las manos de Jones tenían el color de las nueces negras. Los niños levantaron sus aturridos e inocentes rostros y, llorando porque la misteriosa excitación y sus nuevas dependencias les asustaban, repitieron su heroica narración sin importantes desviaciones y sin la monotonía del papagayo que podría despertar sospechas.

Fueron mujeres a la cárcel a llorarles, y a hacerles batas a las chicas y pantalones a los chicos, y estúpidos detectives les interrogaron con todo detalle. Siempre mantuvieron la teoría del asesino del pelo rojo, grandes dientes blancos y manos asimismo grandes. Jones seguía en su celda, con la barbilla tercamente hundida hasta el primer botón del chaleco. No sabía nada de ningún asesinato, decía. Creía que su mujer había ido a visitar a unos parientes. Había reñido con ella, y ella le había dicho que iba a dejarlo durante algún tiempo, para darle la oportunidad de calmarse. ¿Había visto la sangre en el suelo? Sí, había visto la sangre en el suelo. Pero el día en que desapareció su mujer había estado destripando y despellejando un conejo allí mismo. No le daba ninguna importancia. ¿Qué habían dicho sus hijos cuando volvió del campo? Le habían contado que un hombre de pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas la había matado con un hacha. A la pregunta de por qué no informó a la policía del condado respondió que no había creído que fuera un asunto de suficiente importancia. Odiaba cordialmente a su mujer, desde luego, y se alegraba de haberse librado de ella. Más tarde determinó que ella se había fugado; y nunca había dado crédito a la fantástica historia de los niños.

Ni que decir tiene, la mayor parte de la gente albergaba muy pocas dudas acerca de la culpabilidad de Jones, pero hubo partidarios bastante acérrimos que insistieron en que Jones era un hombre tosco y brutal, y quizás anduviese mal de la cabeza... sí... pero no era un asesino. Pusieron los puntos en los niños, y declararon que los niños no podían mentir, y cuando les preguntaron, esos chicos dijeron que el asesinato lo había cometido un hombre de pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas. Yo mismo entrevisté varias veces a los niños, y quedé asombrado de la convincente autoridad de su versión.

Pues bien, les diré lo que ocurrió... lo que imagino que pasó. Poco después de enterrar a su mujer en el bosque Jones volvió dando un paseo y entró en la casa como quien no quiere la cosa. Al no ver a nadie gritó como solía hacer: «¡Madre!». Acto seguido los chicos salieron lloriqueando.

—¿Dónde está vuestra madre? —dijo Jones.

Los niños le miraron sin comprender.

—Pues bien, papi —dijo Freddy—, entraste aquí y golpeaste a mamá con el hacha; y luego nos mandaste a la cama.

—¿Yo? —exclamó Jones—. No he estado cerca de casa desde la hora del desayuno.

Los niños no sabían qué contestar. Su exiguo juicio les informaba de que el hombre del hacha había sido su padre, pero al negarlo él, en sus mentes todo se convertía en un acertijo sin el menor sentido, salvo que era misteriosamente triste, y les hacía llorar.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre? —preguntó Jones.

Freddy vaciló.

—Bueno... se parecía mucho a ti, papi.

—¿A mí? —dijo Jones—. ¡Cómo!, ¿no dijiste que tenía el pelo rojo?

—No, no dije eso —contestó Freddy—. Creí que tenía el pelo gris, como tú.

—Está bien —dijo Jones—, vi pasar a un hombre de pelo rojo por el camino a lo lejos, y pensé que podría haber sido él.

La pequeña Lucy, su segunda hija, empezó a hablar con enorme convicción.

—Su pelo era un poquitín rojo. Yo lo vi.

—No —dijo Jones—. El hombre que yo vi tenía el pelo muy rojo. ¿Y qué aspecto tenían sus dientes? ¿Eran grandes y blancos?

—Sí —respondió Lucy—, eran así.

Incluso Freddy parecía dispuesto a creérselo.

—Es posible que sus dientes fueran grandes y blancos.

Jones dijo poco más en aquel momento. Más tarde dio a entender a los niños que su madre se había marchado a hacer una visita, y aunque les extrañó, y a veces lloraron por la opresión que empezaban a notar por aquella incomprensible sensación, no dijeron nada. Jones hacía su trabajo rutinario. La tensión se relajó.

La mañana del día siguiente al asesinato Jones y sus hijos desayunaron maíz molido y leche.

—Bueno, Lucy —dijo Jones—, ¿notasteis algo más en aquel hombre de pelo rojo y grandes dientes blancos?

Lucy se irguió en su silla y manifestó el deseo infantil de revelar alguna información genial que mereciese la aprobación de su padre.

—Tenía las manos blancas... completamente blancas.

—¿Qué te pareció a ti, Freddy?

—No me fijé mucho en ellas, pero creo que eran blancas —respondió el muchacho.

—¿Y en qué se fijó la pequeña Martha? —exclamó el cariñoso padre—. ¿Viste al gran hombre malo?

Martha, que tenía cuatro años, respondió con gesto adusto:

—Su pelo era completamente rojo, y sus manos blancas... completamente blancas.

—Es el hombre que vi acercarse por el camino —dijo Jones a Freddy.

—Sí señor, parece que tuvo que ser él —contestó el muchacho, con el cerebro completamente confundido ya.

Jones dejó otra vez de lado el asunto del asesinato de su mujer. Por supuesto, los niños no sabían que fue un asesinato. Los adultos actúan siempre de un modo que hace que los niños se mareen. Por ejemplo, ¿puede haber algo más incomprensible que un hombre ande todo el día con dos caballos, arrastrando una cosa rara, para que la hierba baje y la tierra suba? ¿Y por qué cortan la hierba crecida y la meten en un granero? ¿Y para qué sirve una vaca? ¿Al agua de un pozo le gusta estar allí? Todos esos actos y esas cosas son importantes porque ellos los asocian a la elevada posición de la gente adulta, pero son sumamente misteriosos. Así que si un hombre de pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas golpease a su madre en la nuca con un hacha, no sería más que un simple fenómeno de la vida adulta. El pequeño Henry, el benjamín, cuando quería algo gritaba y aporreaba la mesa con su cuchara. Para él la vida no era más que eso. No le afectaba que su madre hubiese sido asesinada.

Un día Jones dijo de pronto a sus hijos:

—Escuchad: Me he estado preguntando si os habréis equivocado. ¿Estáis completamente seguros de que el hombre que decís tenía el pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas?

Los niños se indignaron con su padre.

—Por supuesto que sí, papi, no nos equivocamos. Lo vimos tan claro como te vemos a ti.

Más tarde la mente del joven Freddy empezó a darle vueltas al asunto. Por las noches le obsesionaban los terribles recuerdos del hombre del pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas, y la prolongada ausencia de su madre le hacía pensar cada vez más. Enseguida elaboró la teoría completamente gratuita de que su madre había muerto. Sabía lo que era la muerte. Una vez había visto un perro muerto; también gallinas, conejos y ratones muertos. Un día le preguntó a su padre:

—Papi, ¿va a volver mami algún día?

Jones dijo:

—Pues no; no creo que vuelva.

Esta respuesta confirmó al muchacho en su idea. Sabía que las personas muertas no vuelven.

La actitud de Jones con respecto a esta narración descriptiva del hombre del hacha fue muy peculiar. Llegó a estar en desacuerdo con ella. Puso reparos a las convicciones de los niños, pero no pudo hacerles cambiar de opinión. Era la única cosa en sus vidas de la que estaban impávida y absolutamente seguros.

Pues bien, en realidad así acaba la historia. Pero añadiré algo que les divertirá. El jurado condenó a la horca a Jones sin contemplaciones, y fueron completamente justos: porque Jones confesó antes de morir. Freddy es ahora un respetable repartidor de una tienda de comestibles de Ogdensburg. Cuando estuve allí muchos años después la gente me contó que si acaso hablaba de la tragedia estaba convencido de

que la supuesta confesión de su padre era una mentira. Consideraba que su padre fue una víctima de la estupidez de los jurados, y algún día espera encontrar al hombre de pelo rojo, grandes dientes blancos y manos blancas, cuya imagen permanece todavía grabada tan nítidamente en su memoria que podría reconocerlo entre una multitud de diez mil personas.

LOS SECUACES DE MIDAS^[91]

JACK LONDON

Wade Atsheler ha muerto... ha muerto por su mano. Decir que eso era completamente inesperado para la reducida peña que le conocía sería una falsedad; y sin embargo, ni una vez siquiera nosotros, sus íntimos, nos habíamos planteado la idea. Más bien nos habíamos preparado para ella de alguna incomprensible manera subconsciente. Antes de la perpetración del acto, su posibilidad era muy ajena a nuestros pensamientos, pero cuando supimos que había muerto, nos pareció, hasta cierto punto, que lo entendíamos y lo aguardábamos con expectación todo el tiempo. Esto, en un análisis retrospectivo, podía explicarse fácilmente por el hecho de su gran inquietud. Utilizo «gran inquietud» deliberadamente. Joven, apuesto, con la posición asegurada por ser el brazo derecho de Eben Hale, el gran magnate de los tranvías, no existía razón alguna para que pudiera quejarse de los favores de la fortuna. Sin embargo, habíamos observado las profundas arrugas que surcaban su frente como si le acosara una penosa preocupación o una acuciante desazón. Habíamos observado que su espeso cabello negro raleaba y encanecía como el trigo verde bajo cielos bronceados y agostadora sequía. ¿Quién puede olvidar, en medio de las hilarantes escenas que hacia el final buscaba cada vez con mayor avidez... quién puede olvidar, digo, las profundas abstracciones y malhumores en los que caía? En tales ocasiones, cuando la diversión se desbordaba y aumentaba cada vez más, de pronto, sin ton ni son, sus ojos se apagaban, fruncía el ceño, con las manos cerradas y la mandíbula superior saliente, con espasmos de dolor mental, luchaba al borde del abismo contra algún peligro desconocido.

Nunca habló de su inquietud, ni nosotros fuimos tan indiscretos para preguntárselo. Pero más nos valió; pues si lo hubiésemos hecho, y él lo hubiera revelado, nuestra ayuda y entereza no hubieran servido de nada. Cuando murió Eben Hale, de quien era secretario de confianza —es más, casi hijo adoptivo y socio de pleno derecho—, dejó de vernos. No fue, como ahora sé, que nuestra compañía le desagradara, sino porque su inquietud aumentó tanto que no podía corresponder a nuestra alegría ni encontrar alivio con nosotros. Por qué eso debió de ser así no pudimos entenderlo entonces, pues cuando se legalizó el testamento de Eben Hale, el mundo se enteró de que él era el único heredero de los muchos millones de su jefe, y que en el ejercicio del mismo se estipulaba expresamente que esa enorme herencia se la entregaran sin ninguna restricción, impedimento u obstaculización. Ni una acción, ni un penique en efectivo, fueron legados a los parientes del muerto. En cuanto a su familia más cercana, una asombrosa cláusula establecía expresamente que Wade Atsheler debía dispensar a la esposa e hijos de Eben Hale cualquier cantidad de dinero que su juicio le dictase, en cualquier momento que considerase conveniente. Si

hubiese habido algún escándalo en la familia del muerto, o sus hijos hubieran sido irreflexivos o desobedientes, es posible que hubiese algún motivo indiciario para esa insólita medida; pero la felicidad doméstica de Eben Hale había sido proverbial en el vecindario, y tendría uno que viajar mucho para encontrar una progenie de hijos más pura, más sensata y más saludable. Mientras que su esposa... bueno, los que mejor la conocían la calificaban de manera encantadora de «madre de los Graco»^[92]. Ni que decir tiene, este inexplicable testamento duró muy poco; pero al público expectante le decepcionó que no se impugnara.

Ayer mismo dieron sepultura a Eben Hale en su impresionante mausoleo. Y ahora ha muerto Wade Atsheler. La noticia la publicó el diario de esta mañana. Acabo de recibir por correo una carta suya, enviada por lo visto apenas una hora antes de precipitarse a la eternidad. Esta carta, que tengo delante, es una narración de su puño y letra, en la que intercala numerosos recortes de periódico y facsímiles de cartas. La correspondencia original, me dice, está en manos de la policía. Me ruega también que, a modo de advertencia a la sociedad contra un espantoso y diabólico peligro que amenaza su existencia, divulgue la terrible serie de tragedias en las que estuvo inocentemente implicado. Junto con esto adjunto el texto íntegro:

Fue en agosto de 1899, nada más regresar de mis vacaciones veraniegas, cuando ocurrió. No lo comprendimos en su momento; no habíamos adiestrado nuestras mentes para tan tremendas posibilidades. *Mister* Hale abrió la carta, la leyó y la tiró encima de mi escritorio, riéndose. Cuando le eché un vistazo también me reí, diciendo: «Alguna broma lúgubre, *mister* Hale, y de muy mal gusto». He aquí, querido John, un duplicado exacto de la carta en cuestión.

OFICINA DE LOS S. DE M.

17 de agosto de 1899

MISTER EBEN HALE, magnate del dinero

Muy señor nuestro:

Queremos que se dé cuenta de que necesitamos obtener, AL CONTADO, veinte millones de dólares al margen de sus inmensos valores en cartera. Le exigimos que nos pague esta suma a nosotros, o a nuestros representantes. Observará que no especificamos ningún momento determinado, pues no deseamos apurarlo en esta cuestión. Podría incluso, si le resulta más fácil, pagarnos en diez, quince o veinte plazos; pero no aceptaremos ningún plazo de menos de un millón.

Créanos, querido *mister* Hale, cuando decimos que emprendemos esta opción desprovistos por completo de animosidad. Somos miembros de ese

proletariado intelectual, cuyo creciente número señala con letras rojas los últimos días del siglo diecinueve. Después de un minucioso estudio de economía política, hemos decidido emprender este negocio. Ofrece muchas ventajas, sobre todo porque hay que darse cuenta de que no podemos permitirnos numerosas y lucrativas operaciones sin capital. Hasta ahora hemos tenido bastante éxito, y esperamos que nuestro trato con usted pueda ser grato y satisfactorio.

Le rogamos que nos preste atención mientras le explicamos nuestros puntos de vista con todo lujo de detalles. En la base del presente sistema social debe encontrarse el derecho de propiedad. Y este derecho individual a poseer propiedad se demuestra, en última instancia, que depende única y enteramente de la FUERZA. Los caballeros de Guillermo el Conquistador provistos de cota de malla dividieron y se repartieron Inglaterra con la espada desnuda. Eso, estamos seguros de que lo admitirá, es cierto para todos los bienes feudales. Con la invención del vapor y la revolución industrial nació la clase capitalista, en el sentido moderno de la palabra. Estos capitalistas rápidamente descollaron sobre la antigua nobleza. Los capitanes de la industria virtualmente desposeyeron a los descendientes de los capitanes de la guerra. La mente, y no el músculo, prevalece hoy en día en la lucha por la vida. Pero este estado de las cosas de todos modos está basado en la fuerza. El cambio ha sido cualitativo. Los magnates feudales de antaño asolaban el mundo a sangre y fuego; los modernos magnates del dinero explotan el mundo dominándolo y aplicando las fuerzas económicas. El cerebro, y no el músculo, es lo que perdura; y los más capacitados para sobrevivir son los poderosos intelectual y mercantilmente.

Nosotros, los S. de M., no nos conformamos con ser esclavos a sueldo. Los grandes *trusts* y asociaciones de negocios (con las cuales tiene usted su crédito) nos impiden ascender al lugar que nuestra inteligencia nos da derecho a ocupar. ¿Por qué? Porque no disponemos de capital. Formamos parte de la plebe, pero con esta diferencia: nuestras mentes son de las mejores, y no tenemos ningún ridículo escrúpulo ético ni social. Como esclavos a sueldo trabajando mañana y tarde, y viviendo con moderación, no podríamos ahorrar en sesenta años —ni en veinte veces sesenta años— una suma de dinero suficientemente satisfactoria para competir con los grandes aglomerados de capital concentrado que ahora existen. A pesar de todo nos hemos lanzado a la palestra. Ahora desafiamos al capital del mundo. Lo quiera o no, tendrá que disputar.

Mister Hale, nuestros intereses nos ordenan reclamarle veinte millones de dólares. Como somos bastante considerados para darle un plazo razonable para llevar a cabo su parte de la transacción, por favor, no se retrase demasiado. Cuando haya accedido a nuestras condiciones, inserte un anuncio

concorde en el consultorio sentimental del *Morning Blazer*. Entonces le pondremos al corriente de nuestro plan para transferir la suma mencionada. Sería preferible que lo hiciera un poco antes del primero de octubre. Si no lo hace, para demostrarle que hablamos en serio en esa fecha mataremos a un hombre en la calle Treinta y Nueve Este. Será un obrero, a quien ni usted ni nosotros conocemos. Usted representa una fuerza en la sociedad moderna; nosotros también representamos otra... una nueva fuerza. Sin ira ni rencor, nos vemos abocados a combatir. Como usted discernirá fácilmente, no somos más que una oferta de negocio. Usted es la muela superior del molino, nosotros la inferior; la vida de ese hombre la trituraremos entre los dos. Usted puede salvarla si acepta nuestras condiciones y actúa a tiempo.

Hubo una vez un rey maldito porque *convertía en oro todo lo que tocaba*. Hemos tomado su nombre para que nos sirva de sello oficial. Algún día, para protegernos de competidores, lo registraremos.

Quedamos a su entera disposición y le saludamos atentamente,

LOS SECUACES DE MIDAS

Ya me dirás, querido John, ¿por qué no reírnos de un comunicado tan absurdo? La idea, no podíamos por menos de admitir, estaba bien concebida, pero era demasiado grotesca para tomárnosla en serio. *Mister* Hale dijo que conservaría la carta como curiosidad literaria, y se la quitó de encima archivándola. Inmediatamente después nos olvidamos de su existencia. Y puntualmente, el primero de octubre, recibido en el correo matutino, leíamos lo siguiente:

OFICINA DE LOS S. DE M.

1 de octubre de 1899

MISTER EBEN HALE, magnate del dinero

Muy señor nuestro:

Su víctima encontró la muerte. Hace una hora, en la calle Treinta y Nueve Este, a un obrero le clavaron una navaja en el corazón. Cuando usted lea esto yacerá en el depósito de cadáveres. Vaya y contemple su obra.

El catorce de octubre, como prueba de nuestra seriedad en este asunto, y en caso de que usted no ceda, mataremos a un policía en la esquina de la calle Polk con la avenida Clermont.

Muy cordialmente,

LOS SECUACES DE MIDAS

Mister Hale volvió a reír. Su mente estaba absorta en un probable trato con un sindicato de Chicago para la venta de todos sus tranvías en esa ciudad, así que siguió dictando a la estenógrafa, sin volver a pensar en ello. Pero lo cierto es que yo, no sé por qué, caí en una profunda depresión. ¿Y si no fuera una broma?, me pregunté, y de manera involuntaria eché mano del diario. Allí había, como correspondía a una persona desconocida de la clase más baja, una mezquina media docena de líneas oculta en un recoveco, junto al anuncio de un específico:

Esta mañana, poco después de las cinco, en la calle Treinta y Nueve Este, un obrero llamado Pete Lascalle, cuando iba a su trabajo, fue apuñalado en el corazón por un agresor desconocido, que huyó a la carrera. La policía ha sido incapaz de descubrir algún móvil para el asesinato.

«¡Imposible!», fue la respuesta de *mister* Hale, cuando le leí el suelto en voz alta; pero era evidente que el incidente le pesó, pues a media tarde, con muchos epítetos inculpadores de su insensatez, me pidió que pusiera al corriente del asunto a la policía. Tuve el placer de que el comisario se riera de mí en su despacho privado, aunque al marcharme me prometió que harían averiguaciones y que en la noche mencionada vigilarían disimuladamente las inmediaciones de Polk y Clermont. Ahí quedó la cosa, hasta que pasaron volando las dos semanas y nos llegó por correo la siguiente nota:

OFICINA DE LOS S. DE M.

15 de octubre de 1899

MISTER EBEN HALE, magnate del dinero

Muy señor nuestro:

Su segunda víctima ha caído a la hora prevista. No tenemos prisa; pero para aumentar la presión en lo sucesivo mataremos cada semana. Para protegernos de las intromisiones de la policía de ahora en adelante no le informaremos del evento hasta un poco antes o a la vez de la ejecución.

Esperando que se encuentre bien,

Somos

LOS SECUACES DE MIDAS

Esta vez cogió el periódico *mister* Hale y, tras una breve búsqueda, me leyó esta información:

UN CRIMEN VIL

Joseph Donahue, designado anoche mismo para una patrulla especial en el distrito Once, murió en el acto a medianoche de un tiro en la cabeza. La tragedia se llevó a cabo con pleno alumbrado en la esquina de la calle Polk con la avenida Clermont. Lo cierto es que nuestra sociedad es poco estable cuando los guardianes de la paz son así abatidos abierta y gratuitamente. La policía ha sido incapaz hasta ahora de conseguir la menor pista.

Apenas había acabado de leer esto cuando llegó la policía: el propio inspector con dos de sus más sagaces detectives. La alarma se reflejaba en sus rostros y era evidente que estaban seriamente preocupados. Aunque los datos eran tan escasos e insignificantes, hablamos mucho, repasando el asunto una y otra vez. Cuando el inspector se fue nos aseguró categóricamente que pronto se resolvería todo y atraparíamos a los asesinos. Mientras tanto le pareció conveniente destacar guardias para proteger a *mister* Hale y a mí mismo, y varios más para vigilar asiduamente la casa y los jardines. Después de un lapso de una semana, a la una de la tarde, recibimos este telegrama:

OFICINA DE LOS S. DE M.

21 de octubre de 1899

MISTER EBEN HALE, magnate del dinero

Muy señor nuestro:

Sentimos darnos cuenta de lo mal que nos ha interpretado usted. Ha juzgado conveniente rodearse usted y su familia de guardias armados, como si, en verdad, fuéramos simples criminales, dispuestos a sorprenderlo y arrebatarse por la fuerza sus veinte millones. Créanos, nada más lejos de nuestra intención. Comprenderá enseguida, después de reflexionar con sensatez, que su vida significa mucho para nosotros. No tema. Por nada del mundo le haríamos daño. Nuestra norma es cuidarlo con delicadeza y protegerlo de todo mal. Su muerte no nos implica para nada. Si así fuera, tenga la seguridad de que no vacilaríamos ni un momento en aniquilarlo. Piénselo bien, *mister* Hale. Cuando haya pagado nuestro precio, hará falta que ahorre. Despida a sus guardias desde ahora, y reduzca sus gastos.

A los pocos minutos de recibir esto, una chica enfermera habrá sido estrangulada hasta morir en el Brentwood Park. El cadáver pueden encontrarlo en los matorrales que bordean la senda que empieza a la izquierda del quiosco de música.

Cordialmente suyos,

LOS SECUACES DE MIDAS

Inmediatamente *mister* Hale fue a telefonear, avisando al inspector del inminente asesinato. El inspector se disculpó con el propósito de llamar a la Subcomisaría F y enviar agentes al escenario. Quince minutos más tarde nos telefoneó para informarnos de que habían hallado el cadáver, todavía caliente, en el lugar indicado. Esa noche los periódicos rebosaban de llamativos titulares tipo Jack el Destripador, denunciando la brutalidad del acto y quejándose de la negligencia de la policía. Nos encerramos igualmente con el inspector, que por supuesto nos rogó mantener el asunto en secreto. El éxito, dijo, dependía del silencio.

Como tú sabes, John, *mister* Hale era un hombre tenaz. Se negaba a rendirse. Pero, ay, John, era terrible, digo más, horrible... esa tremenda especie de fuerza ciega que actuaba en la oscuridad. No podíamos combatirla, ni hacer planes, tan solo cruzarnos de brazos y esperar. Y semana tras semana, tan cierto como la salida del sol, llegaba la notificación y la muerte de alguna persona, hombre o mujer, ajena al mal, pero en gran medida muerta por nosotros como si la hubiéramos matado con nuestras propias manos. Una palabra de *mister* Hale y la matanza habría cesado. Pero su corazón se insensibilizó y esperó, sus arrugas se ahondaron, su boca y sus ojos se hicieron más severos y más firmes, y su rostro envejeció con el paso de las horas. Está de más que hable de mi sufrimiento durante aquel tremendo periodo. He aquí las cartas y telegramas de los S. de M., y las informaciones de los periódicos, etc., de los diversos asesinatos.

Te harás cargo también de las cartas en las que se previene a *mister* Hale de ciertas maquinaciones de enemigos comerciales y manipulaciones secretas de depósitos. Los S. de M. parecían tener algo que ver con el pulso interno del mundo financiero y de los negocios. Se apoderaban de información que nuestros representantes no podían obtener y nos la enviaban. Una oportuna nota de ellos, en un momento crucial de cierta transacción, ahorró cinco millones a *mister* Hale. En otra ocasión nos enviaron un telegrama que probablemente fue el medio de impedir que un anarquista chiflado quitara la vida a mi jefe. Lo capturamos en cuanto llegó y lo entregamos a la policía, que le encontró encima suficiente cantidad de un nuevo y potente explosivo para hundir un acorazado.

Persistimos. *Mister* Hale estaba del todo decidido. Desembolsaba a razón de cien mil por semana para el servicio secreto. Solicitó la ayuda de los Pinkerton^[93] y de innumerables agencias de detectives, y además de eso estaban en nuestra nómina otros miles. Nuestros representantes pululaban por todas partes, con distintas apariencias, penetrando en todas las clases sociales. Siguieron un sinnúmero de pistas; centenares de sospechosos fueron encarcelados, y en diversas ocasiones miles de personas dudosas fueron vigiladas, pero nada tangible sacaron a luz. Con sus comunicados los S. de M. cambiaban continuamente el método de entrega. Y cada mensajero que enviaban era arrestado enseguida. Pero indefectiblemente demostraban ser inocentes, mientras que las descripciones de las personas que los habían empleado

para el encargo nunca coincidían. El último día de diciembre recibimos esta notificación:

Oficina de Los S. de M.

31 de diciembre de 1899

MISTER EBEN HALE, magnate del dinero

Muy señor nuestro:

Siguiendo nuestra política, con la que nos congratulamos de que usted esté ya bien versado, tenemos el honor de manifestarle que daremos pasaporte, desde este valle de lágrimas, al inspector Bying, al que, debido a nuestras atenciones, usted ha llegado a conocer tan bien. Acostumbra a estar en su despacho a esta hora. En este mismo momento en que usted lee esto exhala el último suspiro.

Cordialmente suyos,

LOS SECUACES DE MIDAS

Dejé la carta y me abalancé al teléfono. Sentí un gran alivio cuando oí la cordial voz del inspector. Pero, en cuanto habló, su voz se fue apagando en el auricular hasta convertirse en un sollozo estertóreo, y oí apenas el estrépito de un cuerpo al caer. Acto seguido una voz desconocida me dijo hola, me mandó saludos de los S. de M. y cortó la comunicación. Como una exhalación llamé a las oficinas de la central de la policía, diciéndoles que acudieran de inmediato a su despacho en ayuda del inspector. Retuve la línea, y pocos minutos después recibí la información de que lo habían encontrado bañado en su propia sangre, exhalando el último suspiro. No hubo ningún testigo ocular, ni se halló ninguna huella del asesino.

Después de lo cual *mister* Hale aumentó inmediatamente su servicio secreto hasta que un cuarto de millón salió de sus arcas cada semana. Estaba decidido a triunfar. Sus recompensas escalonadas ascendieron a más de diez millones. Tienes una idea exacta de sus recursos y puedes darte cuenta de qué manera hacía uso de ellos. Ese era el principio, afirmaba, por el que luchaba, no el oro. Y debe admitirse que su modo de obrar demostraba la nobleza de su motivo. Los departamentos de policía de todas las grandes ciudades cooperaron, y hasta el gobierno de Estados Unidos tomó cartas en el asunto, que se convirtió en una de las más importantes cuestiones de estado. Ciertos fondos eventuales de la nación se dedicaron a descubrir a los S. de M., y todos los agentes del gobierno estaban alerta. Pero todo fue en vano. Los Secuaces de Midas continuaron con su detestable obra sin trabas. Se salían con la suya y golpeaban de un modo infalible.

Pero aunque luchó hasta el último momento, *mister* Hale no podía desentenderse de la sangre con la que ellos teñían sus manos. Aunque estrictamente hablando no era un asesino, aunque ningún jurado de sus semejantes le habría condenado, no obstante era el causante de la muerte de todos esos individuos. Como dije antes, una palabra suya y la matanza habría cesado. Pero se negaba a decir esa palabra. Insistía en que el ataque afectaba a la totalidad de la sociedad; que él no era tan cobarde para abandonar su puesto; y que era manifiestamente justo que unos cuantos fueran víctimas por el bienestar último de la mayoría. Sin embargo, esa sangre era responsabilidad suya, y se hundía cada vez más en la melancolía. A mí también me agobiaba la culpa de ser su cómplice. Mataban despiadadamente bebés, niños, ancianos; y estos asesinatos no solo era locales, sino que se distribuían por todo el país. A mediados de febrero, una noche, mientras estábamos en la biblioteca, oímos un golpe fuerte en la puerta. Al responder a él, encontré tirada en la alfombra del pasillo la siguiente misiva:

OFICINA DE LOS S. DE M.

15 de febrero de 1900

MISTER EBEN HALE, magnate del dinero

Muy señor nuestro:

¿No clama su alma por la cosecha roja que está recogiendo? Quizás hemos sido demasiado abstractos en el manejo de nuestro negocio. Seamos ahora concretos. *Miss* Adelaide Laidlaw es una joven talentosa, tan bondadosa, tenemos entendido, como guapa. Es hija de nuestro viejo amigo, el juez Laidlaw, y resulta que sabemos que usted la llevó en sus brazos cuando era niña. Es la amiga más íntima de su hija, y en estos momentos la está visitando. Cuando sus ojos hayan leído hasta aquí, su visita habrá terminado.

Muy cordialmente,

LOS SECUACES DE MIDAS

¡Dios mío! ¡No nos dimos cuenta enseguida de su terrible significado! Pasamos a toda velocidad a la sala de estar... no estaba allí... y a su propio cuarto. La puerta estaba cerrada, pero la echamos abajo con gran estrépito abalanzándonos contra ella. Allí estaba tendida, nada más terminar de vestirse para la ópera, todavía en la flor de la vida, asfixiada con almohadones del sofá, el cuerpo aún correoso y tibio. Déjame que pase por alto el resto de este horror. Seguramente recordará, John, las informaciones de los periódicos.

Ya de noche me citó *mister* Hale, y ante Dios me hizo prometer solemnemente que le respaldaría y no transigiría, aunque todos sus parientes y amigos fueran aniquilados.

Al día siguiente me sorprendió su jovialidad. Había supuesto que la tragedia le habría conmocionado muchísimo... pronto me iba a enterar de hasta qué punto. Estuvo todo el día desenfadado y animado, como si por fin hubiera encontrado una solución a aquel tremendo apuro. A la mañana siguiente lo encontramos muerto en su cama, con una tranquila sonrisa en su rostro agobiado por las preocupaciones... asfixia. Con la connivencia de la policía y las autoridades, se divulgó públicamente que fue víctima de un ataque al corazón. Creímos prudente ocultar la verdad; pero de poco nos ha servido, nada nos ha servido.

Apenas había dejado aquella cámara mortuoria cuando —pero demasiado tarde— recibimos la extraordinaria carta siguiente:

OFICINA DE LOS S. DE M.

17 de febrero de 1900

MISTER EBEN HALE, magnate del dinero

Muy señor nuestro:

Perdonará nuestra intromisión, esperamos, tan cerca del triste evento de anteayer; pero lo que queremos decirle puede ser de la mayor importancia para usted. Pensamos que es posible que intente librarse de nosotros. Pero no hay más que un camino, al parecer, como usted sin duda ya ha descubierto. Pero queremos informarle de que incluso ese camino le está vedado. Puede que usted muera, pero morirá fallando y reconociendo su fracaso. Tenga en cuenta esto: SOMOS PARTE INTEGRANTE DE SUS POSESIONES. CON SUS MILLONES PASAMOS A SER SUS HEREDEROS Y CESIONARIOS PARA SIEMPRE.

Somos lo inevitable. Somos la culminación de la injusticia industrial y social. Nos volvemos contra la sociedad que nos ha creado. Somos los fracasos atinados de esta época, los azotes de una civilización degradada.

Somos el producto de una perversa selección social. Nos enfrentamos a la fuerza con la fuerza. Solo los fuertes perdurarán. Creemos en la supervivencia de los más aptos. Habéis aplastado a vuestros esclavos a sueldo como si fueran basura y habéis sobrevivido. Los que capitanean esta guerra, a vuestras órdenes, mataron como perros a vuestros empleados en montones de huelgas sangrientas. Con tales medios habéis aguantado. No nos quejamos del resultado, porque reconocemos y tenemos nuestro ser en la misma ley natural. Y ahora ha surgido la pregunta: EN EL PRESENTE ENTORNO SOCIAL,

¿QUIÉN DE NOSOTROS SOBREVIVIRÁ? Creemos que somos los más aptos. Vosotros creéis que sois los más aptos. Dejemos la eventualidad al tiempo y a la ley.

Cordialmente suyos,

LOS SECUACES DE MIDAS

John, ¿te sorprendes ahora de que rechazara el placer y evitase amigos? Pero ¿por qué explicar? Sin duda esta narración lo pondrá todo en claro. Hace tres semanas murió Adelaide Laidlaw. Desde entonces aguardé con esperanza y miedo. Ayer se legalizó el testamento y se hizo público. Hoy me notificaron que una mujer de clase media sería asesinada en el Golden Gate Park, en el lejano San Francisco. Los despachos de los periódicos de la noche dan los detalles del brutal suceso... detalles que corresponden a los que me proporcionaron por adelantado.

Es inútil. No puedo luchar contra lo inevitable. He sido leal a *mister* Hale y he trabajado de firme. No acabo de comprender por qué mi lealtad ha sido así recompensada. Sin embargo, no puedo faltar a la confianza puesta en mí, ni quebrantar la palabra a la que me comprometí. Aun así, he decidido no ser responsable de más muertes. He legado los muchos millones que recientemente recibí a sus derechohabientes. Que los fornidos hijos de Eben Hale encuentren su propia salvación. Antes de que leas esto habré pasado a mejor vida. Los Secuaces de Midas son todopoderosos. La policía es impotente. Me he enterado por ellos de que otros millonarios han sido también multados o perseguidos... Cuántos, no se sabe, pues en cuanto uno cede a los S. de M. su boca queda en adelante sellada. Los que no han cedido están todavía recogiendo su cosecha escarlata. El macabro juego se está llevando a cabo. El gobierno federal no puedo hacer nada. También tengo entendido que similares organizaciones sucursales han aparecido en Europa. La sociedad se estremece hasta sus cimientos. Soberanías y poderes son como teas listas para el fuego. En lugar de las masas contra las clases, es una clase contra las demás clases. Nosotros, los guardianes del progreso humano, estamos siendo elegidos y fulminados. La ley y el orden han fracasado.

Las autoridades me han pedido que guarde este secreto. Lo he hecho, pero no puedo seguir haciéndolo. Se ha convertido en una cuestión de trascendencia pública, erizada de consecuencias directas, y antes de abandonar este mundo cumpliré con mi deber de informar de sus peligros. Hazlo tú público, John, es lo último que te pido. No temas. El destino de la humanidad queda en tus manos. Que la prensa tire millones de ejemplares; que las corrientes eléctricas lo difundan por todo el mundo; dondequiera que los hombres se reúnan y hablen, que hablen de ello temblando de miedo. Y entonces, cuando despierten del todo, que la sociedad se levante con todas sus fuerzas y deseche esta abominación.

Se despide definitivamente, tu amigo,

WADE ATSHELER

CUENTO DETECTIVESCO POR PARTIDA DOBLE^[94]

MARK TWAIN

PRIMERA PARTE

No debemos hacer nada malo cuando la gente nos mira

I

La primera escena tiene lugar en el campo, en Virginia, época: 1880. Se ha celebrado la boda de un joven apuesto de escasos recursos y una joven rica... un caso de amor a primera vista y un casamiento precipitado; un casamiento al que se oponía implacablemente el padre viudo de la chica.

Jacob Fuller, el novio, tiene veintiséis años, es de una familia antigua pero poco importante que se había visto obligada a emigrar de Sedgemoor, y en provecho de los fondos del rey Jacobo^[95], eso decían todos... algunos maliciosamente, el resto simplemente porque lo creía. La novia tiene diecinueve años y es guapa. Ardiente, sensible, romántica, enormemente orgullosa de la nobleza de su linaje y apasionadamente enamorada de su joven esposo. Por él arrostró el enojo de su padre, soportó sus reproches, escuchó con firmeza y lealtad sus advertencias premonitorias, y se marchó de su casa sin su bendición, orgullosa y feliz de las pruebas que así daba de la índole del afecto que se había alojado en su corazón.

La mañana siguiente al casamiento tuvo ella una triste sorpresa. Su marido dejó a un lado las caricias que solía ofrecerle y le dijo:

—Siéntate. Tengo algo que decirte. Yo te quería. Eso fue antes de pedirle a tu padre que me concediera tu mano. Su negativa no es el motivo de mi queja... podría haber soportado eso. Pero las cosas que te dijo de mí... eso es diferente. ¡Ya!... No hace falta que hables; sé muy bien lo que fue; lo bebí en buenas fuentes. Entre otras cosas dijo que mi carácter se reflejaba en el rostro; que era pérfido, hipócrita, cobarde, y un bruto que no conoce la piedad ni la compasión: la «marca de Sedgemoor»^[96], la llamó... y el «distintivo de la manga blanca»^[97]. Cualquiera otro en mi lugar habría ido a su casa y lo habría matado de un tiro como a un perro. Quise hacerlo, y estaba dispuesto a hacerlo, pero se me ocurrió algo mejor: avergonzarlo, darle un gran disgusto, matarlo poco a poco. ¿Cómo hacerlo? ¡Por medio del trato que te voy a dar a ti, su ídolo! Me casaría contigo; y después... Ten paciencia. Ya lo verás.

Desde aquel momento, durante tres meses, la joven esposa sufrió todas las humillaciones, todos los insultos, todas las desdichas que la diligente e ingeniosamente de su marido pudo ingeniar, con la única excepción de los daños físicos. Se atenía a su acusado orgullo, y guardó el secreto de sus penas. De vez en cuando el marido le decía:

—¿Por qué no vas a contárselo a tu padre?

Acto seguido inventaba nuevas torturas, las aplicaba y volvía a preguntar. Ella siempre contestaba:

—Nunca lo sabrá de mi boca.

Y le echaba en cara su origen; decía que era la legítima esclava de un descendiente de esclavos, y debía obedecer, y lo haría... hasta ahí, pero no más; podía matarla si quería, pero no conseguiría doblegarla; era impropio de los nacidos en Sedgemoor. Al cabo de tres meses le dijo, de un modo con amenazante significación:

—Lo he intentado todo excepto una cosa —y esperó su respuesta.

—Inténtala —dijo ella, haciendo una burlona mueca de desprecio.

Aquella noche él se levantó a medianoche y se puso la ropa, a continuación le dijo:

—¡Levántate y vístete!

Ella obedeció... como siempre, sin mediar palabra. La llevó a media milla de la casa y procedió a atarla a un árbol junto a la carretera general; y lo consiguió a pesar de sus gritos y forcejeos. A continuación la amordazó, le cruzó la cara con su látigo de cuero y azuzó sus sabuesos contra ella. Ellos le arrancaron la ropa y quedó desnuda. Llamó a los perros y dijo:

—Te encontrará... la gente que pase. Pasarán por aquí dentro de tres horas y divulgarán la noticia... ¿me oyes? Adiós. Es la última vez que me ves.

Entonces se marchó. Ella se dijo entre gemidos:

—Tendré un hijo... ¡suyo! ¡Quiera Dios que sea un niño!

Los granjeros la liberaron más tarde... y divulgaron la noticia, como era lógico. Sublevaron a la gente con intención de lincharlo, pero el pájaro había volado. La joven esposa se encerró en casa de su padre; él se encerró con ella, y a partir de entonces no quiso ver a nadie. Su orgullo estaba destrozado, y su corazón; de modo que se fue consumiendo día a día, y hasta su hija se alegró cuando la muerte lo liberó.

Entonces ella vendió la propiedad y desapareció.

II

En 1886 una joven vivía en una modesta casa cerca de una apartada aldea de Nueva Inglaterra, sin más compañía que un chiquillo de unos cinco años. Ella hacía su propio trabajo, rechazaba las relaciones y no tenía ninguna. El carnicero, el panadero

y los demás proveedores no podían decir nada de ella a los aldeanos más que se apellidaba Stillman y que llamaba a su hijo Archy. No pudieron averiguar de dónde vino, pero decían que hablaba como una sureña. El niño no tenía más compañeros de juegos ni camaradas ni maestro que su madre. Ella le enseñaba con dedicación e inteligencia, y estaba satisfecha de los resultados... incluso un poco orgullosa de ellos. Un día le dijo Archy:

—Mamá, ¿soy diferente de otros niños?

—Pues no sé, supongo que no. ¿Por qué?

—Una niña que pasaba por aquí me preguntó si había estado el cartero y le dije que sí, y ella me dijo que cuánto tiempo hacía que lo había visto y yo le dije que después de todo no lo había visto, y ella me dijo que cómo sabía entonces que había estado, y dije que porque olí su rastro en la acera, y ella dijo que yo era muy tonto y me hizo una mueca. ¿Por qué hizo eso?

La joven palideció y se dijo: «¡Es una marca de nacimiento! Tiene el don del sabueso». Agarró al niño y lo estrechó contra su pecho con vehemencia, diciendo:

—¡Dios ha señalado el camino!

Los ojos le ardían con un brillo intenso y la excitación le entrecortaba y le aceleraba la respiración. Se dijo: «El enigma está ya resuelto; muchas veces han sido un misterio para mí las cosas imposibles que el niño hacía en la oscuridad, pero ahora lo tengo todo claro».

Lo sentó en su sillita y le dijo:

—Espera un poco hasta que vuelva, cariño; luego hablaremos del asunto.

Subió a su habitación, cogió del tocador varios pequeños objetos y los ocultó: una lima de uñas en el suelo debajo de la cama; unas tijeras para las uñas debajo del escritorio; una pequeña plegadera de marfil debajo del armario. Luego volvió y dijo:

—¡Vaya!, me he dejado algunas cosas que tenía que haber bajado.

Las enumeró y dijo:

—Sube corriendo y tráelas, querido.

El niño se fue de prisa a hacer el recado y no tardó en volver de nuevo con las cosas.

—¿Tuviste alguna dificultad, querido?

—No, mamá; no tuve más que ir a donde tú fuiste.

Durante la ausencia del niño, ella se había acercado a la estantería, había cogido varios libros del estante del fondo, había abierto cada uno de ellos y pasado la mano por ciertas páginas, había tomado nota de sus números y luego los había devuelto a su sitio. Entonces le dijo:

—He estado haciendo algo mientras estabas fuera, Archy. ¿Crees que podrías averiguar qué fue?

El chico fue a la estantería y sacó los libros que ella había tocado y los abrió por las páginas por las que ella había pasado la mano.

La madre lo acogió en su regazo y dijo:

—Ahora contestaré a tu pregunta, querido. He descubierto que hasta cierto punto eres completamente diferente de los demás. Puedes ver en la oscuridad, eres capaz de oler lo que otros no pueden, tienes las aptitudes de un sabueso. Son valiosas cualidades que es bueno tener, pero debes guardar en secreto el asunto. Si la gente lo descubriera, diría que eres un niño raro, extraño, y los otros niños serían desagradables contigo y te pondrían apodos. En este mundo hay que ser como todos los demás si no quieres provocar desprecio, envidia o celos. Has nacido con una estupenda y excelente distinción, y me alegro; pero por el bien de mamá, guardarás el secreto, ¿verdad?

El niño lo prometió, sin comprenderlo.

Durante el resto del día el cerebro de la madre estuvo ocupado con pensamientos estimulantes, con planes, proyectos, ideas, todos y cada uno de ellos misteriosos, inexorables y tenebrosos. Sin embargo, le iluminaron el rostro; lo iluminaron con un maligno brillo característico; lo iluminaron con vagos tormentos del infierno. La inquietud la tenía muy alterada; no podía sentarse, ni estar de pie, ni leer, ni coser; no había más alivio para ella que moverse. Ponía a prueba el don de su hijo de mil maneras, y seguía diciéndose todo el tiempo, con la mente en el pasado: «Le partió el alma a mi padre, y noche y día todos estos años he intentado, y siempre en vano, idear un medio de partirle la suya. Ya lo he encontrado... ya lo he encontrado».

Al caer la noche el demonio de la inquietud todavía la dominaba. Siguió con sus pruebas; con una vela atravesó la casa del desván al sótano, escondiendo alfileres, agujas, dedales, carretes, debajo de almohadas, debajo de alfombras, en grietas de las paredes, debajo del carbón en la carbonera; luego envió al chico a buscarlas a oscuras; así lo hizo y se sintió feliz y orgulloso cuando ella lo elogió y le colmó de caricias.

A partir de entonces la vida tomó un nuevo cariz para ella. Decía: «El porvenir es seguro... puedo esperar y disfrutar de la espera». Renovó la mayoría de sus intereses perdidos. Volvió a dedicarse a la música, a los idiomas, al dibujo, a la pintura y los demás placeres de la soltería desechados desde hacía mucho tiempo. Era feliz una vez más y sentía de nuevo el entusiasmo de vivir. Mientras transcurrían los años observaba el desarrollo de su chico, y estaba satisfecha. No del todo, pero casi. Era todo corazón. Era su único defecto, a los ojos de ella. Pero consideraba que el amor y la adoración que sentía por su madre lo compensaban. Sabía odiar... eso estaba bien; pero cabía preguntarse si la sustancia de sus odios era tan tenaz y duradera como la de sus amistades... y eso no estaba tan bien.

Los años siguieron pasando. Archy se había convertido en un joven apuesto, bien proporcionado, atlético, atento, digno, sociable, de trato simpático, y parecía quizás un poquito mayor de los dieciséis años que tenía. Una tarde su madre le dijo que tenía que comunicarle algo de suma importancia, y añadió que era lo bastante mayor para saberlo, y con la edad, el carácter y la entereza suficientes para llevar a cabo un minucioso plan que ella había estado ideando y madurando durante años. Acto

seguido le contó su penosa historia, en toda su desnuda atrocidad. El chico se quedó un rato paralizado; luego dijo:

—Comprendo. Somos del sur; y dadas nuestras costumbres y nuestro temperamento no hay más que una reparación. Lo buscaré y lo mataré.

—¿Matarlo? ¡No! La muerte es liberación, emancipación; la muerte es un favor. ¿Acaso le debo favores? No debes tocarle ni un pelo.

El chico estuvo reflexionando durante un rato; luego dijo:

—Tú lo eres todo para mí, y tus deseos son mi ley y mi complacencia. Dime qué debo hacer y lo haré.

Los ojos de la madre rebosaron de satisfacción, y dijo:

—Irás en su busca. Conozco su escondite desde hace once años; me costó más de cinco años de pesquisas y mucho dinero localizarlo. Tiene una mina de cuarzo en Colorado, y es rico. Vive en Denver. Se llama Jacob Fuller. ¡Vaya!... es la primera vez que pronuncio su nombre desde aquella noche inolvidable. ¡Imagina! Ese apellido podrías llevarlo tú si yo no te hubiera ahorrado esa vergüenza y proporcionado uno más decente. Lo echarás de ese lugar; darás con él y volverás a echarlo; y una vez más, muchas veces, persistentemente, sin descanso, envenenándole la vida, llenándosela de impenetrables horrores, colmándola de hastío y angustia, haciéndole desear la muerte, y que tenga el valor de suicidarse; harás de él otro Judío errante; ya no conocerá más el descanso, ni la paz de espíritu, ni el sueño plácido; le seguirás, no te separarás de él, lo perseguirás hasta partirle el alma, como él nos la partió a mi padre y a mí.

—Te obedeceré, madre.

—Lo creo, hijo mío. Se han hecho todos los preparativos; todo está dispuesto. Aquí tienes una carta de crédito; no repares en gastos; no nos falta dinero. A veces puede que precises disfraces. Te los he proporcionado; también algunas otras cosas útiles.

Sacó del cajón de la mesa de la máquina de escribir varias hojas de papel. Todas llevaban mecanografiadas estas palabras:

DIEZ MIL DÓLARES DE RECOMPENSA

Se cree que un hombre buscado en un estado del Este reside aquí. En 1880, de noche, ató a su joven esposa a un árbol junto a la carretera general, le cruzó la cara con un látigo de cuero e hizo que sus perros le arrancaran la ropa, dejándola desnuda. La abandonó allí y huyó de la región. Un pariente consanguíneo de ella le ha buscado durante diecisiete años. Dirección: Oficina de correos. La susodicha recompensa se pagará en efectivo a la persona que proporcione al que lo busca, en entrevista personal, la dirección del criminal.

—Cuando lo hayas encontrado y estés al tanto de su rastro, irás de noche y pegarás uno de estos anuncios en el edificio que ocupa, y otro en la oficina de correos o en algún otro lugar destacado. Será la comidilla de la región. Primero debes dejarle varios días para forzarle a vender sus pertenencias por algo que se aproxime a su valor. Luego lo arruinaremos, pero poco a poco, no debemos empobrecerlo enseguida, pues eso podría sacarlo de quicio y dañar su salud, quizás matarlo.

Sacó del cajón tres o cuatro hojas mecanografiadas —duplicados— y leyó una:

....., 18...

A Jacob Fuller:

Tiene ... días para arreglar sus asuntos. No se le molestará mientras dure este margen, que expirará a las ... del día ... de ... Entonces tendrá que MARCHARSE. Si sigue en el lugar después de la hora indicada pegaré en todas las paredes no ocupadas el letrero que detalla una vez más su delito y añade la fecha, también el escenario con todos los nombres implicados, incluido el suyo. No tema daño físico alguno... no se le causará bajo ningún concepto. Amargó la vida a un anciano, y destrozó su vida y le partió el alma. Lo que él sufrió, lo va a sufrir usted.

—No pondrás ninguna firma. Tiene que recibir esto antes de enterarse del cartel con la recompensa... antes de que se levante por la mañana... no sea que pierda la cabeza y se vaya de prisa del lugar sin dinero.

—No lo olvidaré.

—Solo tendrás que emplear estas formalidades al principio... una vez podría ser suficiente. Después, cuando estés preparado para hacerlo desaparecer de un lugar, asegúrate de que reciba una copia de esta nota, que nada más dice:

MÁRCHESE. Tiene ... días.

—Obedecerá. De eso no cabe la menor duda.

III

Extractos de cartas a la madre

Denver, 3 de abril de 1897

Desde hace varios días vivo en el mismo hotel que Jacob Fuller. Tengo su rastro. Podría seguirle la pista entre diez divisiones de infantería y localizarlo. He estado cerca de él a menudo y le he oído hablar. Posee una buena mina, y obtiene de ella una

renta razonable; pero no es rico. Aprendió la minería en debida forma: trabajando a sueldo. Es un individuo alegre, y apenas le pesan los cuarenta y tres años que tiene; podría pasar por un joven de... digamos treinta y seis o treinta y siete. No ha vuelto a casarse... se hace pasar por viudo. Se lleva bien con la gente, es querido, popular, y tiene muchos amigos. Incluso yo me siento atraído por él... la sangre paterna me reclama. ¡Qué ciegas e irracionales y arbitrarias son algunas de las leyes de la naturaleza!... ¡la mayoría de ellas, en realidad! La tarea se me hace ahora difícil... ¿te das cuenta? ¿Lo comprendes y me disculpas?... Y el ardor se ha calmado, más de lo que querría confesarme. Pero la llevaré a cabo. Aunque el placer haya disminuido, el deber permanece, y no tendré piedad.

Y para ayudarme, un intenso rencor crece en mí cuando pienso que el que cometió aquel odioso crimen es el único que no ha pagado las consecuencias. La lección ha reformado evidentemente su carácter, y está contento con el cambio. Él, el culpable, se ha librado de todo sufrimiento; tú, la inocente, has cargado con él. Pero consuélate... recibirá lo suyo.

Silver Gulch, 19 de mayo

Pegué el modelo número 1 el tres de abril a medianoche; una hora más tarde deslicé el modelo número 2 por debajo de la puerta de su habitación, notificándole que debía abandonar Denver a las 23:50 del día catorce o antes.

Algún periodista trasnochador robó uno de mis carteles, luego buscó por toda la ciudad y encontró el otro, y también lo robó. De esa manera logró lo que en la profesión llaman una «exclusiva»... es decir, consiguió un artículo valioso, y procuró que no lo obtuviera ningún otro periódico. De modo que su periódico —el principal de la ciudad— lo ofreció por la mañana en tipos mayúsculos en la página editorial, seguido de una volcánica opinión sobre nuestro granuja, de una columna de extensión, ¡que concluía añadiendo mil dólares a nuestra recompensa por cuenta del periódico! Los periódicos de aquí saben cómo ofrecer gestos generosos... cuando hay negocio en ello.

A la hora del desayuno ocupé mi asiento habitual... elegido porque me permitía ver el rostro de papá Fuller, y estaba lo bastante cerca para escuchar la conversación que se llevaba a cabo en la mesa. Había en la sala setenta y cinco o cien personas, y todas discutían aquel artículo, y decían que esperaban que el buscador encontraría a aquel bribón y que eliminaría de la ciudad la contaminación de su presencia... con una barra, una bala, o algo así.

Cuando entró Fuller llevaba en una mano el Aviso para marcharse —doblado— y el periódico en la otra; y sentí un poco de remordimiento al verlo. Su jovialidad había desaparecido por completo; y parecía envejecido, demacrado y de color ceniciento. Además... ¡imagínate las cosas que tuve que escuchar! Mamá, oyó que sus propios

amigos que nada sospechaban lo describían con epítetos y caracterizaciones sacados de los mismos diccionarios y las propias ediciones autorizadas allá abajo de los repertorios de expresiones de Satanás. Y más que eso, tuvo que aprobar los veredictos y aplaudirlos. Sin embargo, su aprobación le dejó un sabor amargo en la boca; eso no pudo ocultármelo; y era perceptible que había perdido el apetito: se limitaba a mordisquear; no podía comer. Finalmente alguien dijo: «Es bastante probable que ese pariente esté en la sala y oiga lo que la ciudad piensa de ese incalificable canalla. Eso espero».

¡Ah, querida, daba lástima la manera en que torció el gesto Fuller y miró a su alrededor espantado! No pudo soportarlo más, y se levantó y se marchó.

Durante varios días anunció que había comprado una mina en México y quería liquidar y marcharse allí en cuanto pudiera para ocuparse personalmente de la propiedad. Jugó bien sus naipes; dijo que aceptaría cuarenta mil dólares... la cuarta parte en efectivo, el resto en pagarés; pero como tenía mucha necesidad de dinero debido a su nueva adquisición, bajaría el precio si le pagaban todo al contado. Liquidó todo por treinta mil dólares. Y entonces, ¿sabes qué hizo? Pidió papiros y los consiguió, afirmando que el vendedor de México era de Nueva Inglaterra, con la cabeza llena de manías, y prefería los papiros al oro o las letras de cambio. A la gente eso le pareció raro, ya que una letra de cambio librada en Nueva York podría proporcionar papiros mucho más adecuadamente. Se habló de ese hecho tan poco corriente, pero solo durante un día; es lo que dura cualquier tema en Denver.

Yo vigilaba todo el tiempo. En cuanto concluyó la venta y se pagó el dinero —que fue el día once—, empecé a seguir el rastro de Fuller sin dejarlo ni por un momento. Esa noche —no, el día doce, pues pasaba un poco de la medianoche— le seguí hasta su habitación, que estaba a cuatro puertas en el mismo pasillo; a continuación regresé a mi habitación y me puse mi sucio disfraz de jornalero, me tizné el cutis y me senté en mi habitación en penumbra, con una bolsa de viaje a mano, con una muda, y la puerta entreabierta. Porque sospechaba que el pájaro alzaría el vuelo. Al cabo de media hora pasó una anciana con un maletín; capté el olorcito familiar, y lo seguí con mi bolsa, pues era Fuller. Salió del hotel por una entrada lateral y en la esquina dobló a una calle poco frecuentada y anduvo tres manzanas bajo una fina lluvia y una gran oscuridad, se subió a un coche de alquiler de dos caballos que, por supuesto, lo esperaba según lo acordado. Tomé asiento (sin ser invitado) en la plataforma de atrás para el equipaje y partimos a buen paso. Recorrimos diez millas, y el coche de alquiler se detuvo en un apeadero y desembarcó a su ocupante. Fuller salió y tomó asiento en una carretilla debajo de la marquesina lo más lejos posible de la luz; entré y vigilé el despacho de billetes. Fuller no compró ningún billete; yo tampoco. Al cabo de un rato vino el tren, y él se subió a un vagón; yo entré en el mismo vagón por el otro extremo, recorrí el pasillo y me senté detrás de él. Cuando pagó al revisor y mencionó el lugar adonde se dirigía me

rezagué varios asientos detrás, mientras el revisor cambiaba un billete, y cuando llegó hasta mí le pagué hasta el mismo lugar... a unas cien millas hacia el oeste.

Durante toda una semana a partir de entonces me trajo al retortero. Viajé de aquí para allá y acullá —siempre en dirección al oeste por lo general—, pero después del primer día ya no era una mujer. Era un jornalero, como yo, y usaba espesas patillas postizas. Su ropa era perfecta y podía desempeñar aquel papel sin pensar en él, ya que había trabajado en el oficio como asalariado. Ni su amigo más íntimo lo habría reconocido. Por fin se estableció aquí, el más recóndito campamento de montaña en Montana; tiene una chabola, y sale a diario a hacer prospecciones; está fuera todo el día y elude la compañía. Yo vivo en una pensión para mineros, y es un sitio espantoso: las literas, la comida, la mugre... todo.

Hace cuatro semanas que estamos aquí y en todo ese tiempo no lo he visto más que una vez; pero todas las noches repaso su pista y me pongo al corriente. En cuanto alquiló aquí una chabola fui a una ciudad que está a cincuenta millas y telegrafíé al hotel de Denver que guardasen mi equipaje hasta que enviase por él. Aquí no necesito nada más que una muda de camisas del ejército y la traje conmigo.

Silver Gulch, 12 de junio

El episodio de Denver no ha llegado a saberse aquí, creo. Conozco a la mayoría de los hombres del campamento y nunca lo han mencionado, al menos en mi presencia. Fuller sin duda se siente seguro en estas circunstancias. Ha localizado una concesión en un lugar remoto en las montañas, a dos millas de aquí; ofrece muy buenas perspectivas y la está trabajando con esmero, diligencia y cuidado. ¡Ah, pero cómo ha cambiado! Nunca sonríe y vive bastante apartado, no tiene trato con nadie... con lo que le gustaba la compañía y lo alegre que era hace solo dos meses. Lo he visto pasar varias veces hace poco... abatido, melancólico, sus andares han perdido brío, una figura patética. Se hace llamar David Wilson.

Confío en que se quedará mientras no le molestemos. Ya que insistes, lo echaré de nuevo, pero no me imagino cómo podría ser más desdichado de lo que ya es. Regresaré a Denver y me tomaré una pequeña temporada de desahogo, de alimentos comestibles, de camas soportables y decoro corporal; después iré a buscar mis cosas, y notificaré al pobre papá Wilson que se marche.

Denver, 19 de junio

Aquí le echan de menos. Todos esperan que esté prosperando en México, y no lo dicen solo de boquilla, sino que les sale del corazón. Ya sabes que eso se nota siempre. Confieso que me estoy entreteniendo aquí más de lo conveniente. Pero si

estuvieras en mi lugar me comprenderías. Sí, sé lo que dirás, y tienes razón: si yo estuviese en tu lugar y albergara en el corazón tus recelosos recuerdos...

Mañana regresaré en el tren de la noche.

Denver, 20 de junio

¡Que Dios nos perdone, madre, en nuestra persecución nos estamos equivocando de hombre! No he dormido en toda la noche. Ahora, al amanecer, espero el tren de la mañana... ¡qué largos se hacen los minutos, qué largos!

Este Jacob Fuller es un primo del culpable. ¡Qué estúpidos hemos sido en no pensar que el culpable nunca volvería a usar su propio nombre después de aquel endemoniado acto! El Fuller de Denver tiene cuatro años menos que el otro; llegó aquí en 1879 siendo un joven de veintiún años viudo... un año antes de que te casaras, y los documentos que lo demuestran son innumerables. Anoche hablé con íntimos amigos suyos que lo conocen desde el día su llegada. No dije nada, pero dentro de unos cuantos días lo traeré de nuevo a esta ciudad, y le compensaré por la pérdida de su mina; y habrá un banquete, y un desfile con antorchas, y todos los gastos correrán de mi cuenta. ¿Llamas a esto «sentimentalismo»? No soy más que un muchacho, como bien sabes, estoy en mi derecho. Dentro de poco ya no lo seré.

Silver Gulch, 3 de julio

¡Madre, se ha ido! Se fue, sin dejar ningún rastro. Cuando llegué la pista había desaparecido. Hoy me levanto de la cama por primera vez desde entonces. Ojalá no fuese un muchacho; entonces podría resistir mejor las impresiones. Todos creen que se fue al oeste. Me pongo en marcha esta noche, en una carreta... dos o tres horas de viaje, luego tomaré un tren. No sé adónde voy, pero debo irme; tratar de quedarme quieto sería un tormento.

Por supuesto, ha conseguido pasar desapercibido con un nuevo nombre y un disfraz. Eso significa que quizás tenga que buscar por todo el globo para encontrarlo. Desde luego es lo que supongo. ¿Comprendes, madre? Soy yo el que se ha convertido en el Judío errante. ¡Qué ironía! Habíamos dispuesto eso para otro.

¡Piensa en las dificultades! Y no habría ninguna si pudiera buscarlo por medio de anuncios. Pero si hay algún modo de hacerlo que no le asustase, no he sabido encontrarlo, y lo he intentado hasta devanarme los sesos. «Si el caballero que compró hace poco una mina en México y vendió otra en Denver quiere enviar su dirección a... (¿a quién, madre?), se le explicará que todo fue una equivocación; se le pedirá perdón, y se le indemnizará plenamente por la pérdida sufrida en cierto asunto». ¿Comprendes? Creería que es una trampa. En fin, cualquiera lo creería. Si yo dijera:

«Se sabe ahora que él no era el hombre a quien buscaban, sino otro... un hombre que en tiempos usaba el mismo nombre, pero renunció a él por buenas razones»... ¿serviría eso? Pero la gente de Denver se espabilaría y diría «¡ajá!» y se acordaría de los sospechosos pápiros, y añadiría: «¿Por qué se escapó si no era el hombre buscado?... Eso es demasiado raro». Si yo no lograra encontrarlo, estaría arruinado allí... donde ahora no le atribuyen falta alguna. Tienes mejor cabeza que yo. Ayúdame.

Tengo una pista, solo una. Conozco su letra. Si pone su nuevo nombre falso en el registro de un hotel y no lo disimula demasiado, me será muy útil si alguna vez me topo con él.

San Francisco, 28 de junio de 1898

Ya sabes lo bien que he rastreado los estados desde Colorado hasta el Pacífico, y lo cerca que estuve de dar con él una vez. Pues bien, me ha vuelto a faltar bien poco. Fue aquí, ayer. Descubrí su pista, reciente, en la calle y la seguí a más correr hasta un hotel barato. Fue un caro error; un perro lo habría hecho de otra manera. Pero yo solo tengo una parte de perro y cuando me altero puedo llegar a ser muy humanamente estúpido. Se había alojado diez días en aquella casa; casi me doy cuenta, ahora, de que en los últimos seis u ocho meses no se ha quedado mucho tiempo en ninguna parte, sino que está inquieto y no deja de moverse. ¡Comprendo ese sentimiento! Y sé lo que es sentir eso. Todavía utiliza el nombre con el que se había registrado cuando estuve tan cerca de atraparlo hace nueve meses: «James Walker», sin duda el mismo que adoptó cuando huyó de Silver Gulch. No tiene pretensiones y le gustan poco los nombres extravagantes. Reconocí su letra sin dificultad, la había disimulado un poco. Es un hombre decente, y no le van las imposturas y las simulaciones.

Dijeron que acababa de irse de viaje; no dejó ninguna dirección; ni dijo adónde iba; parecía asustado cuando le pidieron que dejase su dirección; no tenía más equipaje que una maleta barata; se la llevó andando... Un «viejo roñoso, la casa no ha perdido mucho». «¡Viejo!». Supongo que ahora lo es. Apenas presté atención; no estuve más que un momento. Me apresuré a seguir su pista y eso me llevó a un embarcadero. ¡Madre, el humo del vapor que había tomado acababa de desaparecer en el horizonte! Podría haberme ahorrado media hora si hubiera ido en la dirección correcta en un primer momento. Podría haber tomado un remolcador rápido y habría tenido una posibilidad de alcanzar a aquel barco. Se dirige a Melbourne.

Hope Canyon (California), 3 de octubre de 1900

Tienes derecho a quejarte. «Una carta al año» no basta; lo reconozco francamente; pero ¿cómo se puede escribir cuando no se tiene nada que contar más que fracasos? Nadie puede aguantarlo; parte el corazón.

Te conté —ahora parece que hace siglos— cómo lo perdí en Melbourne, y luego lo perseguí por toda Australasia sin parar durante meses.

Pues, después de eso, lo seguí a la India; casi lo vi en Bombay; lo rastreeé por todas partes —Baroda^[98], Rawalpindi, Lucknow, Lahore, Cawnpore^[99], Allahabad^[100], Calcuta, Madrás—, oh, por todas partes; semana tras semana, mes tras mes, entre el polvo y el calor sofocante... siempre más o menos sobre su pista, a veces cerca de él, pero sin atraparlo nunca. Y llegué a Ceilán^[101] y luego a... Da lo mismo; dentro de poco lo escribiré todo.

De regreso a casa lo perseguí hasta California, y llegué a México, y volví de nuevo a California. Desde entonces lo he estado buscando por el estado desde el día uno del pasado enero hasta hace un mes. Estoy casi seguro de que no está lejos de Hope Canyon; le seguí la pista hasta un lugar a treinta millas de aquí, pero allí perdí el rastro; alguien le llevó en una carreta, supongo.

Ahora me estoy tomando un descanso... alterado por búsquedas del rastro perdido. Estaba muerto de cansancio, madre, y desanimado, y a veces inquietantemente a punto de perder la esperanza; pero los mineros de este pequeño campamento son buenas personas y me he acostumbrado a ellos durante todo este largo tiempo desde que regresé; y sus modales despreocupados le refrescan a uno y le hacen olvidar sus preocupaciones. He estado aquí un mes. Comparto cabaña con un joven llamado «Sammy» Hillyer, de unos veinticinco años, hijo único... como yo... que quiere mucho a su madre y le escribe todas las semanas... en parte como yo. Es un muchacho tímido, y en cuanto a inteligencia... verás, no puedes contar con que haga milagros; pero da lo mismo, es muy querido; es una excelente persona, y sentarse a hablar con él y tener de nuevo un camarada es como comer y beber y descansar a gusto. Ojalá «James Walker» lo tuviera. Él tenía amigos; le gustaba la compañía. Eso me devuelve aquella imagen suya, la última vez que lo vi. ¡Qué patética! Me sobreviene muy a menudo. ¡En aquel preciso momento, pobrecito, me disponía a obligarle a marcharse de nuevo!

Hillyer tiene mejor corazón que yo, mejor que el de cualquier otro de la comunidad, supongo, ya que es el único amigo de la oveja negra del campamento —Flint Buckner— y el único hombre con el que habla o al que permite que le hable. Afirma conocer la historia de Flint, y que son las preocupaciones las que lo han convertido en lo que es, así que deberíamos ser con él tan comprensivos como pudiéramos. Pues bien, solamente un corazón bastante grande podría disponer de espacio para dar cabida a un inquilino como Flint Buckner, por lo que he oído de él ahí fuera. Creo que este único detalle te dará una idea del carácter de Sammy más que cualquier descripción farragosa que pudiera darte de él. En una de nuestras conversaciones dijo algo así como esto: «Flint es pariente mío, y desahoga todas sus

preocupaciones conmigo... vacía su corazón de vez en cuando, en caso contrario, creo que le estallaría. No podría haber un hombre más desdichado, Archy Stillman; su vida está colmada de sufrimiento espiritual... no es tan mayor como parece. Ha perdido la sensación de sosiego y paz... ¡ay, hace muchos, muchos años! No sabe lo que es la buena suerte: nunca la ha tenido; a menudo dice que ojalá estuviera en el otro infierno, tan cansado está de este».

IV

Ningún verdadero caballero dirá la verdad desnuda en presencia de damas

Era una mañana fresca y fragante de principios de octubre. Las lilas y los codesos, iluminados por el esplendoroso flamear del otoño, pendían impetuosos y deslumbrantes en el aire, como un encantador puente provisto por la bondadosa naturaleza para las salvajes criaturas sin alas que tienen su hogar en las copas de los árboles y se visitarían de común acuerdo; el alerce y el granado lanzan sus llamas moradas y amarillas en brillantes y amplias manchas a lo largo de la sesgada extensión del bosque; la sensual fragancia de innumerables flores de hoja caduca ascendía en la decaída atmósfera; lejos, en el cielo sin nubes, un solitario esófago^[102] dormía inmóvil encima de su ala; por todas partes reinaba el silencio, la serenidad y la paz de Dios.

La época es octubre de 1900. Hope Canyon es el lugar, un campamento de minas de plata en la región de Esmeralda. Es un sitio apartado, elevado y remoto; descubierto recientemente; sus ocupantes creen que es rico en metal... Un año o dos de prospecciones resolverán el asunto en un sentido u otro. En cuanto a habitantes, el campamento tiene unos doscientos mineros, una mujer blanca y un niño, varios lavaderos chinos, cinco *squaws* y una docena de indios errabundos con vestimentas de piel de conejo, chisteras estropeadas y collares de hojalata. No hay aserraderos todavía; ni iglesia, ni periódico. El campamento solo tiene dos años de existencia; no se ha hecho ningún gran descubrimiento; el mundo ignora su nombre y emplazamiento.

A ambos lados del cañón las montañas se alzan como paredes, hasta tres mil pies, y la larga espiral de cabañas dispersas abajo en su angosto fondo solo consigue que el sol las bese una vez al día, cuando pasa por encima a mediodía. La aldea tiene una extensión de un par de millas; las cabañas están muy separadas unas de otras. La taberna es la única casa «de madera»... la única casa, podría decirse. Ocupa una posición central, y es el único lugar donde se reúne la población por las noches. Allí beben y juegan al *seven-up*^[103] y al dominó; también al billar, porque hay una mesa, cubierta de desgarrones remendados con tafetán inglés; hay algunos tacos, pero no son de suela; algunas bolas astilladas que suenan con estrépito al correr, y que no

aminoran la velocidad poco a poco, sino que se paran de repente y se inmovilizan; hay parte de un cubo de tiza, del que sobresale una punta de pedernal; y el hombre que consigue marcar seis bolas de una sola tacada puede invitar a beber a cuenta de la casa.

La cabaña de Flint Buckner era la última de la aldea, en dirección sur; su concesión de plata estaba al otro extremo de la aldea, hacia el norte, y un poco más allá de la última cabaña en aquella dirección. Era una persona amargada, insociable y no tenía compañeros. La gente que había intentado tener relaciones con él lo había lamentado y le había abandonado. Su historia no era conocida. Algunos creían que Sammy Hillyer la sabía; otros decían que no. Si le preguntaban Hillyer decía que no, que no la conocía. Flint tenía consigo un dócil joven inglés de dieciséis o diecisiete años, al que trataba con brusquedad, tanto en público como en privado, y como es lógico acudían a él en busca de información, pero sin éxito. Fetlock Jones —así se llamaba el joven— decía que Flint lo había recogido en una de sus prospecciones, y que como no tenía hogar ni amigos en América, le había parecido sensato quedarse y aguantar los malos tratos de Buckner a cambio del salario, que consistía en beicon y judías. No pudo ofrecer más que este testimonio.

Fetlock soportaba esa esclavitud desde hacía ya un mes, y bajo la docilidad que aparentaba se estaba consumiendo lentamente y de mala manera con los insultos y humillaciones que su amo le hacía padecer. Pues los sumisos sufren con amargura esas heridas; con más amargura, quizás, que los más valientes, que pueden estallar y obtener alivio con palabras o golpes cuando se ha rebasado el límite de la paciencia. La gente de buen corazón quería ayudarlo a salir de su engorro y trató de conseguir que abandonara a Buckner, pero al muchacho le asustaba la idea, y dijo que «no se atrevía». Pat Riley le instó y dijo:

—Deja al condenado avaro y vente conmigo; no tengas miedo. Yo me ocuparé de él.

El muchacho le dio las gracias con lágrimas en los ojos, pero se estremeció y dijo que «no se atrevía a arriesgarse»; que Flint lo cogería solo, dentro de poco, de noche, y entonces...

—¡Oh!, me pone malo pensarlo, *mister* Riley.

Otros dijeron:

—Huye de él; te vigilaremos; lárgate a la costa una noche.

Pero todas esas sugerencias fracasaron; dijo que Flint daría con él y lo traería, solo por maldad.

La gente no lo podía comprender. Los sufrimientos del chico prosiguieron sin parar, semana tras semana. Es bastante probable que la gente lo habría comprendido si hubieran sabido cómo empleaba su tiempo libre. Dormía en el exterior de una cabaña cercana a la de Flint; y allí por las noches curaba sus contusiones y sus humillaciones, y meditaba una y otra vez sobre un solo problema: cómo podía matar a Flint Buckner sin que lo descubrieran. Era la única alegría que tenía en la vida; esas

horas eran las únicas de las veinticuatro que esperaba con impaciencia y en las que era feliz.

Pensó en el veneno. No... eso no serviría; la investigación revelaría dónde se había conseguido y quién lo consiguió. Pensó en un disparo por la espalda en un lugar solitario cuando Flint volviera a su casa a medianoche: su invariable hora para el regreso. No... alguien podría estar cerca y sorprenderlo. Pensó en apuñalarlo mientras dormía. No... la puñalada podía no ser eficaz y Flint lo agarraría. Examinó cien medios distintos... ninguno era satisfactorio; pues incluso los más recónditos y secretos siempre tenían un defecto fatal: el riesgo, la casualidad, la posibilidad de que lo descubrieran. No haría nada de eso.

Pero era paciente, tenía una paciencia infinita. No había prisa, se decía a sí mismo. No abandonaría a Flint hasta no dejarlo cadáver; no había prisa... encontraría el medio. En alguna parte estaba, y soportaría la vergüenza, el dolor y la desdicha hasta encontrarlo. Sí, en alguna parte debía de haber un medio que no dejara rastro, ni siquiera la más leve pista que delatase al asesino... No había prisa... Encontraría ese medio, y entonces... ¡oh, solo entonces daría gusto estar vivo! Mientras tanto mantendría de manera diligente su reputación de docilidad; y además, como siempre hasta entonces, no permitiría que nadie le oyese decir una sola frase de rencor o de ofensa con respecto a su opresor.

Dos días antes de la mencionada mañana de octubre Flint había comprado algunas cosas, y él y Fetlock las habían llevado a la cabaña de Flint: una nueva caja de velas, que pusieron en el rincón, un barril de pólvora para voladuras, que colocaron debajo de la litera de Flint, y un enorme rollo de mecha, que colgaron de una percha. Fetlock imaginaba que las actividades mineras de Flint habían dejado atrás el pico y las voladuras estaban ya a punto de empezar. Había visto hacer voladuras, y tenía una idea del proceso, pero nunca había participado en ninguna. Su conjetura era correcta: había llegado el momento de las voladuras. Por la mañana, la pareja llevó mecha, barrenas y la lata de pólvora al pozo; tenía ya ocho pies de profundidad, y para entrar y salir se utilizaba una escala corta. Descendieron y, por orden, Fetlock sostuvo la barrena —sin ninguna instrucción sobre el modo correcto de hacerlo— y Flint se puso a taladrar. La almádena cayó; la barrena saltó de las manos de Fetlock, automáticamente.

—Asqueroso hijo de negra, ¿es esa la forma de sostener una barrena? ¡Levántala! ¡Enderézala! Así... sujeta fuerte. ¡Maldito seas! ¡Yo te enseñaré!

Al cabo de una hora se había acabado la perforación.

—Bien, ahora mete la carga.

El muchacho empezó a echar pólvora.

—¡Idiota!

Un golpe fuerte en la mandíbula puso al chico fuera de combate.

—¡Levántate! No te quedes ahí gimoteando. Vamos, pues, *primero* mete la mecha. *Ahora* pon la pólvora. ¡Espera, espera! ¿Vas a llenar el agujero hasta arriba?

De todos los memos con sangre de horchata con los que me he topado... ¡Pon un poco de tierra! ¡Pon algo de grava! ¡Atácalo! ¡Oh, Gran Scott!^[104], ¡quítate de en medio!

Flint le arrebató el hierro y atacó la carga él mismo, mientras maldecía y blasfemaba como un demonio. Acto seguido prendió la mecha, salió trepando del pozo y se fue corriendo hasta unas cincuenta yardas de distancia, seguido de Fetlock. Esperaron unos cuantos minutos, después estalló una estruendosa explosión y una gran cantidad de humo y rocas ascendió a gran altura; al cabo de un rato hubo una lluvia de piedras que caían; después todo volvió a quedar en calma.

—¡Ojalá hubieses estado ahí dentro!

Bajaron al pozo, lo vaciaron, barrenaron otro agujero y pusieron otra carga.

—¡Vamos a ver! ¿Cuánta mecha te propones desperdiciar? ¿No sabes cómo regular una mecha?

—Desde luego que no.

—¿Que *no* sabes? ¡Vaya, no he visto cosa igual!

Salió trepando del pozo y le habló desde arriba:

—Vamos a ver, idiota, ¿vas a quedarte ahí todo el día? ¡Corta la mecha y préndela!

La temblorosa criatura empezó a decir:

—Por favor, señor, yo...

—¿Me replicas? ¡Córtala y préndela!

El muchacho cortó la mecha y la prendió.

—¡Gr... an Scott!, ¡una mecha de un minuto! Ojalá estuvieras en...

En un ataque de ira, sacó la escala del pozo y echó a correr. El muchacho estaba horrorizado.

—¡Oh, Dios mío! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Sálvame! —le imploró—. ¡Oh!, ¿qué puedo hacer? ¿Qué *puedo* hacer?

Se apretó contra la pared todo lo que pudo; la chisporroteante mecha le asustó hasta dejarlo sin voz; se quedó sin respiración; siguió mirando, impotente; dentro de dos, tres, cuatro segundos estaría volando por los aires hecho pedazos. Entonces tuvo una inspiración. Se abalanzó sobre la mecha, cortó la pulgada que quedaba por encima del suelo, y se salvó. Se vino abajo falto de espíritu y medio muerto de miedo, sin fuerzas; pero murmuró con profunda alegría:

—¡Él me lo ha enseñado! Sabía que había un medio, con tal de que esperase.

Al cabo de unos cinco minutos, Buckner se acercó sigilosamente al pozo, con aspecto preocupado e inquieto, y echó una ojeada hacia abajo. Se dio cuenta de la situación; comprendió lo que había pasado. Bajó la escala y el muchacho subió arrastrándose por ella sin fuerzas. Estaba muy pálido. Su aspecto aumentó un poco la incómoda situación de Buckner, que le dijo, con una demostración de pesar y lástima que difícilmente le cuadraba por falta de práctica:

—Fue un accidente, ¿sabes? No digas nada a nadie; estaba nervioso y no me di cuenta de lo que hacía. No tienes buen aspecto; has trabajado bastante por hoy; vete a mi cabaña y come lo que quieras, y descansa. Fue solo un accidente, ¿sabes?, debido a que estaba nervioso.

—Me asusté —dijo el chico, a la vez que se marchaba—; pero aprendí algo, así que no me importa.

—¡Muy fácil de contentar! —murmuró Buckner, siguiéndole con la mirada—. Me pregunto si lo contará. Puede que no... Ojalá lo *hubiera* matado.

El muchacho no aprovechó su asueto en cuanto a descansar; lo utilizó para trabajar, un trabajo apremiante, febril y alegre. Un espeso chaparral se extendía desde la ladera de la montaña hasta la cabaña de Flint; Fetlock llevó a cabo la mayor parte de su trabajo en los intrincados recovecos de aquella ingrata vegetación; el resto lo hizo en su propia chabola. Por fin se terminó todo, y dijo:

—Si tiene alguna sospecha de que le voy a delatar, mañana no le durará mucho. Comprenderá que soy el mismo cagueta de siempre... todo el día y el siguiente. Y pasado mañana por la noche todo habrá terminado para él; nadie adivinará quién acabó con él ni cómo lo hizo. Él mismo me prestó la idea, y eso es poco corriente.

V

El día siguiente llegó y pasó

Es casi medianoche y dentro de cinco minutos comenzará la nueva mañana. La escena transcurre en la sala de billar de la taberna. Hombres toscos vestidos toscamente, con sombreros flexibles, pantalones metidos en la parte alta de las botas, algunos con chalecos, ninguno con chaqueta, se agrupan en torno a la estufa de hierro en planchas para la caldera, que tiene jambas rojizas y distribuye un agradable calor; las bolas de billar repiquetea; no hay ningún otro ruido... o sea, dentro; afuera el viento gime a rachas. Los hombres parecen aburridos; también expectantes. Un descomunal minero de anchas espaldas, de mediana edad, con patillas entrecanas y ojos hostiles encajados en un rostro insociable, se levanta, se pone bajo el brazo un rollo de mecha, recoge algunas otras pertenencias suyas y se marcha sin pronunciar palabra ni saludar a nadie. Es Flint Buckner. Al cerrarse la puerta a sus espaldas estalla un murmullo de conversaciones.

—El hombre más metódico donde los haya —dijo Jake Parker, el herrero—, cuando se marcha puedes decir que son las doce, sin necesidad de consultar tu Waterbury^[105].

—Y que yo sepa, es la única virtud que tiene —dijo Peter Hawes, el minero.

—Es un baldón para esta comunidad —dijo Ferguson, el hombre de la Wells-Fargo^[106]—. Si yo dirigiera esta tienda, le haría decir *algo*, en algún momento, o que

se largase de la casa^[107].

Dijo esto con una insinuante mirada al tabernero, que no quiso verla, ya que el hombre objeto de la discusión era un buen cliente y volvía a su casa todas las noches bien abastecido de bebidas que le suministraba el bar.

—Oigan —dijo Ham Sandwich, el minero—, ¿alguno de vosotros recuerda haber sido invitado por él a tomar una copa?

—¿Él? ¿Flint *Buckner*? ¡Oh, Laura!^[108]

Esta sarcástica respuesta surgió de un espontáneo arranque general del grupo expresado con palabras de una forma u otra. Después de un breve silencio, Pat Riley, el minero, dijo:

—Ese maldito es el puzle del quince^[109]. Y su chico, otro. No los acabo de entender.

—Ni nadie —dijo Ham Sandwich—, y si ellos son puzles del quince, ¿cómo vais a clasificar al otro? Si se trata de un continuo y completo misterio de primera, los deja atrás a los dos. Fácil... ¿verdad?

—¡Desde luego que sí!

Todos lo dijeron. Todos salvo uno. Fue el recién llegado... Peterson. Pidió bebidas para todos y preguntó quién podría ser el número tres. Todos contestaron de inmediato:

—¡Archie Stillman!

—¿Es él un misterio? —preguntó Peterson.

—¿Que si es un misterio? ¿Que si Archy Stillman es un misterio? —dijo Ferguson, el hombre de la Wells-Fargo—. Pues claro, la cuarta dimensión es una tontería para él.

Porque Ferguson era culto.

Peterson quería enterarse de todo acerca de él; todos querían contárselo; todos empezaron. Pero Billy Stevens, el tabernero, llamó al orden a la concurrencia y dijo que era mejor hablar de uno en uno. Sirvió las bebidas y designó a Ferguson en primer lugar. Ferguson dijo:

—Pues bien, es un chico. Y eso es poco más o menos lo que sabemos de él. Puedes sonsacarle hasta cansarte; no sirve de nada; no conseguirás nada. Al menos acerca de sus intenciones, su profesión, o de dónde viene, y cosas como esas. Y en cuanto a averiguar la naturaleza y alcance de su mayor y principal misterio, pues se limita a cambiar de tema, nada más. Puedes especular hasta que se te amorate el rostro —estás en tu derecho—, pero suponiendo que lo hagas, ¿adónde llegas? A ninguna parte, que yo sepa.

—¿Cuál es su principal misterio?

—La vista, quizás. El oído, quizás. El instinto, quizás. La magia, quizás. Escoged: adultos, veinticinco; niños y criadas, a mitad de precio. Ahora os diré lo que es capaz de hacer. Puedes salir de aquí y sencillamente desaparecer; puedes ir y esconderte

donde quieras, no importa dónde sea, ni lo lejos que esté... él irá derecho y te señalará con el dedo.

—¡No lo dirá usted en serio!

—Es lo que hago, sin embargo. El tiempo nada significa para él... las fuerzas naturales nada significan para él... ni siquiera hace caso de ellas.

—¡Venga ya! ¿La oscuridad? ¿La lluvia? ¿La nieve? ¿Eh?

—Le dan lo mismo. *Le* traen sin cuidado.

—Oh, digamos... ¿incluso la niebla, quizás?

—¡La *niebla*! Tiene una vista que puede traspasarla como una bala.

—Vamos, muchachos, a fe mía, ¿con qué me viene usted?

—¡Es un hecho! —exclamaron todos—. Sigue, Wells-Fargo.

—Pues verá usted, señor, puede dejarle aquí, charlando con los muchachos, puede escabullirse e ir a cualquier cabaña de este campamento y abrir un libro —sí señor, una docena de libros— y encomendar la página a la memoria, y él se pondrá en camino e irá derecho a esa cabaña y abrirá cada uno de esos libros por la página exacta, y lo dará por terminado sin cometer ni un error.

—¡Debe de ser el diablo!

—Más de uno lo ha pensado. Y ahora les contaré algo del todo maravilloso que hizo. La otra noche...

Fuera se oyó de pronto un gran barullo de ruidos, la puerta se abrió de par en par, e irrumpió una excitada multitud, encabezada por la única mujer blanca del campamento que gritaba.

—¡Mi niña! ¡Mi niña! ¡Se ha perdido y ha desaparecido! Por el amor de Dios, ayúdenme a encontrar a Archy Stillman; ¡hemos buscado por todas partes!

El tabernero dijo:

—Siéntese, siéntese, *mistress* Hogan, y no se preocupe. Pidió una cama hace tres horas, agotado de patear los caminos como hace siempre, y subió al piso de arriba. Ham Sandwich, sube corriendo y despiértalo. Está en la número catorce.

El joven no tardó en bajar y estar listo. Le pidió detalles a *mistress* Hogan.

—Dios te bendiga, amigo, no los hay; ojalá los hubiese. La acosté a las siete de la tarde y cuando entré hace una hora para acostarme, había desaparecido. Corrí a tu cabaña, amigo, y no estabas allí, y desde entonces he estado buscándote en todas las cabañas de la quebrada y ahora que he vuelto a subir estoy tan confundida, asustada y angustiada; pero, gracias a Dios, te he encontrado, querido amigo, y tú encontrarás a mi niña. ¡Vamos! ¡Date prisa!

—En marcha; la acompaño, señora. Vamos primero a su cabaña.

Todo el grupo salió en tropel para unirse a la búsqueda. Toda la mitad sur de la aldea, un centenar de hombres fornidos, estaba de pie y esperaba fuera, una imprecisa masa oscura salpicada de parpadeantes faroles. La masa se dividió en columnas de tres y de cuatro para adaptarse al estrecho camino, y se dirigió a buen paso y con brío

hacia el sur detrás de los que encabezaban la marcha. A los pocos minutos llegaron a la cabaña de Hogan.

—Aquí está la litera —dijo *mistress* Hogan—; aquí es donde estaba; aquí es donde la dejé a las siete; pero solo Dios sabe dónde estará ahora.

—Dadme un farol —dijo Archy. Lo puso en el duro suelo de tierra y se arrodilló al lado, aparentando que examinaba el terreno con atención—. Aquí está su huella —dijo, tocando la tierra con el dedo de aquí para allá—. ¿La veis?

Varios de los acompañantes cayeron de rodillas e hicieron todo lo que pudieron por ver. Uno o dos creyeron distinguir algo parecido a una huella; los demás movieron la cabeza con gesto incrédulo y confesaron que sus ojos no eran lo bastante agudos para poder descubrir señales en aquella superficie lisa y dura. Uno dijo:

—Quizás el pie de un niño pudiera dejar en ella alguna señal, pero no me imagino cómo.

El joven Stillman se adelantó, arrimó la luz al suelo, torció hacia la izquierda y avanzó tres pasos, examinando el suelo con gran atención; acto seguido dijo:

—Tengo la orientación... vamos, que alguien lleve el farol.

Se marchó rápidamente a grandes zancadas hacia el sur y los demás le siguieron balanceándose y ciñéndose a las pronunciadas curvas de la garganta. Recorrieron así una milla hasta llegar a la boca de la garganta; ante ellos se extendía la llanura de arbustos de salvia, difusa, inmensa, remota. Stillman mandó hacer alto, diciendo:

—A partir de ahora no debemos equivocarnos; tenemos que orientarnos de nuevo.

Cogió un farol y examinó el terreno en un trecho de unas veinte yardas; acto seguido dijo:

—Vamos, todo va bien.

Y dejó el farol. Avanzó un cuarto de milla, abriéndose paso entre los arbustos de salvia y dirigiéndose poco a poco hacia la derecha; a continuación tomó una nueva dirección y trazó otro gran semicírculo; luego volvió a cambiar y se desvió justo hacia el oeste casi media milla... y se detuvo.

—Aquí se dio por vencida, pobrecita. Sujeta el farol. Aquí puede verse dónde se sentó.

Pero se trataba de un resbaladizo llano alcalino que estaba pulido como el acero, y nadie del grupo fue lo bastante atrevido para atribuirse una vista capaz de descubrir el rastro de un almohadón en una chapa como aquella. La desconsolada madre cayó de rodillas y besó el sitio, lamentándose.

—Pero entonces, ¿dónde está? —dijo alguien—. No se quedó aquí. Al menos podemos ver eso.

Stillman describió un círculo alrededor del sitio, con el farol, simulando buscar huellas.

—¡Vaya! —dijo enseguida en un tono enfadado—. No lo entiendo.

Volvió a examinar el terreno.

—Es inútil. Ella estuvo aquí... eso es seguro; no llegó a marcharse de aquí... eso también es seguro. Esto es un puzle; no lo acabo de entender.

La madre se desanimó.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Virgen Santísima! Algún animal que vuela se la ha llevado. ¡Nunca volveré a verla!

—¡Ay, no se rinda! —dijo Archy—. La encontraremos... no se dé por vencida.

—¡Que Dios le bendiga por esas palabras, Archy Stillman! —dijo y, cogiéndole la mano, se la besó con fervor.

Paterson, el recién llegado, murmuró sarcásticamente al oído de Ferguson:

—Una estupenda actuación para encontrar este lugar, ¿no es cierto? Quizás no valía la pena venir tan lejos, sin embargo; cualquier otro lugar supositicio habría servido lo mismo... ¿no le parece?

A Ferguson no le gustó la indirecta. Dijo con cierta afabilidad:

—¿Pretende usted insinuar que la niña no ha estado aquí? ¡Le aseguro que la niña ha estado aquí! Ahora bien, si quiere meterse en un pequeño lío tan grande como...

—¡Ya está bien! —gritó Stillman—. ¡Vengan todos y miren esto!

Todos se arrojaron al suelo precipitadamente en el sitio en el que presuntamente había descansado la niña y muchos ojos se esforzaron con la esperanza de ver lo que señalaba el dedo de Archy. Hubo una pausa, luego variados suspiros de decepción. Pat Riley y Ham Sandwich dijeron al mismo tiempo:

—¿De qué se trata, Archy? Aquí no hay nada.

—¿Nada? ¿Llamáis a esto nada? —Y rápidamente trazó en el suelo una figura con el dedo—. Ahí... ¿no lo reconocéis ahora? Es la huella del Indio Billy. Él tiene a la niña.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó la madre.

—Llevaos el farol. Ya tengo la orientación. ¡Seguidme!

Empezó a correr, entrando y saliendo a toda velocidad entre los arbustos de salvia durante unas trescientas yardas, y desapareció al otro lado de un montículo de arena; los demás lo siguieron con dificultad, lo alcanzaron y lo encontraron esperándolos. Diez pasos más allá había una pequeña *wickiup*^[110], un oscuro e informe refugio de harapos y viejas mantas de caballo, del que salía una luz mortecina a través de sus rendijas.

—Vaya usted delante, *mistress* Hogan —dijo el chico—. Tiene derecho a ser la primera.

Todos la siguieron cuando se apresuró para llegar a la *wickiup* y vieron, con ella, el cuadro que ofrecía su interior. El Indio Billy estaba sentado en el suelo, la niña dormía a su lado. La madre la estrechó con un abrazo arrebatador, que incluyó a Archy Stillman, por el rostro le corrían lágrimas de agradecimiento, y con voz ahogada y entrecortada vertió un dorado torrente de esa profusión de adorables frases cariñosas que no puede albergar con toda riqueza más que un corazón irlandés.

—Yo encontrarla al poco de las diez —explicó Billy—. Ella dormir ahí fuera, muy cansada... cara mojada, haber llorado, supongo; traerla a casa, darle de comer, ella amontonar mucho hambre... volver a dormirse.

En su ilimitada gratitud la feliz madre dejó de lado el rango y le abrazó también, llamándolo «el ángel del Señor disfrazado». Y es probable que estuviera disfrazado si era esa la clase de funciones que desempeñaba. Iba vestido de acuerdo con el personaje.

A la una y media de la mañana el desfile irrumpió en la aldea, cantando *When Johnny Comes Marching Home*^[111], agitando los faroles y consumiendo las bebidas que fueron sacando a lo largo del trayecto. Se concentraron en la taberna y pasaron la noche de juerga durante el resto de la mañana.

SEGUNDA PARTE

I

Una inmensa sensación electrizó a la aldea la tarde siguiente. Un forastero serio y digno, de porte y aspecto distinguidos, había llegado a la taberna y se inscribió en el registro con este formidable nombre:

SHERLOCK HOLMES

La noticia circuló de cabaña en cabaña, de concesión en concesión; dejaron las herramientas y la población se arremolinó hacia el centro de interés. Un hombre que pasaba por el extremo norte de la aldea le gritó la noticia a Pat Riley, cuya concesión estaba al lado de la de Flint Buckner. En aquel momento Fetlock Jones pareció sentirse mal. Murmuró para sus adentros: «¡El tío Sherlock! ¡Qué mala suerte... que llegara precisamente cuando...!».

Se sumió en una especie de ensueño y al cabo de un rato dijo:

—¿A santo de qué he de *tenerle* miedo? Cualquiera que le conozca como yo sabe que no puede descubrir un crimen a menos que lo planee todo antes y disponga las pistas y contrate a algún individuo para que lo cometa según sus instrucciones... Pues bien, esta vez no va a haber ninguna pista... así que, ¿qué oportunidad ha tenido? Absolutamente ninguna. No, señor; todo está preparado. Si me arriesgase a aplazarlo... No, no correré ningún riesgo como ese. Flint Buckner desaparecerá de este mundo esta noche, a buen seguro.

Acto seguido se presentó otra dificultad.

—El tío Sherlock querrá hablar conmigo de asuntos domésticos esta noche, y ¿cómo voy a librarme de él?, pues tengo que estar en mi cabaña uno o dos minutos a eso de las ocho.

Era un asunto embarazoso, le dio mucho en qué pensar. Pero encontró un modo de vencer la dificultad.

—Iremos a dar un paseo y le dejaré un momento en el camino, para que no vea qué es lo que hago: en cualquier caso, la mejor forma de despistar a un detective es tenerlo al lado cuando estás preparando el asunto. Sí, es lo más seguro... le llevaré conmigo.

Mientras tanto el camino frente a la taberna lo habían bloqueado los aldeanos que esperaban, contando con vislumbrar al gran hombre. Pero él se quedó en su habitación y no apareció. Solamente Ferguson, el herrero Jake Parker y Ham Sandwich tuvieron suerte. Estos entusiastas admiradores del gran detective científico alquilaron el almacén donde se guardaban los equipajes retenidos, que daba a la habitación del detective a través de un pequeño callejón de unos diez o doce pies de ancho, se emboscaron en él y abrieron algunas mirillas en las persianas. Las persianas de la habitación de *mister* Holmes estaban bajadas; pero no tardó en levantarlas. Los espías experimentaron una espeluznante aunque grata emoción al encontrarse cara a cara con el Hombre Extraordinario que había colmado al mundo con la fama de sus ingeniosidades sobrehumanas. Ahí estaba sentado... no un mito, ni una sombra, sino un ser real, vivo, de carne y hueso, y casi al alcance de la mano.

—¡Mirad esa cabeza! —dijo Ferguson, con voz sobrecogida—. ¡Vive Dios!, ¡eso sí que es una cabeza!

—¡Ya lo creo! —dijo el herrero, con profundo respeto—. ¡Mirad su nariz! ¡Mirad sus ojos! ¿Inteligencia? ¡Todo un montón!

—¡Y esa palidez! —dijo Ham Sandwich—. Le viene de pensar... de ahí le viene. ¡Demonios!, los zoquetes como nosotros no sabemos de verdad lo que es pensar.

—Claro que no lo sabemos —dijo Ferguson—. Lo que tomamos por pensamiento es solo gimoteo y sensiblería.

—Tienes razón, Wells-Fargo. Y mira ese ceño... eso sí que es pensar a fondo... hasta abajo, más abajo, a cuarenta brazas en las entrañas de las cosas. Sigue la pista de algo.

—Pues sí, y no lo olvidéis. Vaya, mirad esa tremenda gravedad... mirad esa solemne palidez... no hay cadáver que pueda superarla.

—De ninguna manera, ni pagando. Y además no la tiene por derecho hereditario; ha muerto ya cuatro veces, ha hecho historia. Tres veces de muerte natural, una por accidente. He oído decir que huele a humedad y frío, como una tumba. Y que...

—¡Chitón! ¡Miradle! Ha puesto el pulgar cerca de la protuberancia frontal y el índice en el lado contrario. Su mecanismo pensante está ahora trabajando duramente, puedes apostarte la otra camisa.

—En efecto. Y ahora mira al cielo y se acaricia el bigote despacio, y...

—Ahora se ha puesto de pie y está juntando las pistas en los dedos de la mano izquierda con un dedo de la derecha. ¿Veis? Toca el índice... ahora el corazón... ahora el anular.

—¡Se detuvo!

—¡Mirad cómo frunce el entrecejo! Parece que no puede identificar esa pista. De modo que...

—¡Miradlo sonreír... como un tigre... y lleva la cuenta con los demás dedos como si nada! ¡Ya lo tiene, muchachos! ¡Seguro que lo tiene!

—¡Pues sí, eso diría yo! Lamentaría estar en el lugar del hombre que anda buscando.

Mister Holmes acercó una mesa a la ventana, se sentó de espaldas a los espías y se puso a escribir. Los espías dejaron de mirar por las mirillas, encendieron sus pipas y se arrellanaron para fumar y charlar cómodamente. Ferguson dijo con convicción:

—Muchachos, es inútil hablar, ¡ese hombre es un prodigio! Todo en él lo demuestra.

—Nunca has dicho nada más cierto, Wells-Fargo —dijo Jake Parker—. Escuchad, ¿no habría sido decepcionante si hubiese estado aquí anoche?

—¡Diantre, no lo habría sido! —dijo Ferguson—. En tal caso habríamos visto un trabajo científico. Intelecto... solo puro intelecto... elevándose hasta los niveles más altos, ¿comprendéis? Archy está bien y nadie va a empezar ahora a menospreciarlo, os lo aseguro. Pero el único don que tiene es su vista, aguda como la del búho, que yo sepa solo un gran talento natural propio de los animales, ni más ni menos, y de primera dentro de lo que cabe, pero sin ninguna inteligencia, y en cuanto a enormidad y singularidad en nada es comparable a lo que hace este hombre que... que... Vaya, dejadme que os diga lo que él habría hecho. Habría pasado por la cabaña de Hogan y habría echado un vistazo —solo un vistazo, nada más— al local, eso le habría bastado. ¿Para verlo todo? Sí, señor, hasta el último detalle; y sabría más sobre aquel lugar de lo que los Hogan podrían saber en siete años. A continuación se habría sentado en la litera, tan tranquilo, y le habría dicho a *mistress Hogan*... Oye, Ham, imagínate que eres *mistress Hogan*. Te haré preguntas y tú las contestas.

—De acuerdo; adelante.

—Señora, tenga la amabilidad... cuidado... no se distraiga. Vamos, pues... ¿sexo de la niña?

—Femenino, su señoría.

—Esto... femenino. Muy bien, muy bien. ¿Edad?

—Pasa de seis años, su señoría.

—Esto... joven, débil... dos millas. La sorprenderá el cansancio entonces. Se derrumbará y se dormirá. La encontraremos a unas dos millas, o menos. ¿Dientes?

—Cinco, su señoría, y otro a punto de salir.

—Muy bien, muy bien, por supuesto muy bien.

Ya lo veis, muchachos, reconoce una pista nada más verla, cuando no tendría maldita importancia para nadie más.

—¿Calcetines, señora? ¿Zapatos?

—Sí, su señoría... ambas cosas.

—¿De hilo, tal vez? ¿De tafilete?

—De hilo, su señoría. Y de piel de becerro.

—Esto... piel de becerro. Eso complica el asunto. Sin embargo, dejémoslo... nos las arreglaremos. ¿Religión?

—Católica, su señoría.

—Muy bien. Corte con unas tijeras un pedazo de manta, por favor. Ah, gracias. Lana, en parte... fabricación extranjera. Corte un trozo de alguna prenda de la niña, por favor. Gracias. Algodón. Se ve muy usado. Una excelente pista, excelente. Pásame una paletada de polvo del suelo, si es tan amable. Gracias, muchas gracias. ¡Ah, admirable, admirable! Ahora sabemos dónde estamos, creo.

—Ya lo veis, muchachos, ya tiene todas las pistas que necesita; no le hace falta ninguna más. Vamos allá, ¿qué hace este Hombre Extraordinario? Extiende sobre la mesa esos trozos y ese polvo y, apoyándose en los codos, se inclina sobre ellos y los junta uno al lado del otro y los estudia... Masculla para sí:

—Mujer.

Los cambia de posición... y masculla:

—De seis años de edad.

Los cambia de un lado a otro... y de nuevo masculla:

—Cinco dientes... y otro a punto de salir... católica... hilo... algodón... piel de becerro... maldita piel de becerro.

Acto seguido se endereza, mira fijamente al cielo y se remueve el cabello con las manos... remueve y remueve, murmurando:

—¡Maldita piel de becerro!

A continuación se levanta y frunce el ceño, y empieza a llevar la cuenta con los dedos... y se detiene en el anular. Pero solo un minuto... luego brilla en su rostro una sonrisa como una casa en llamas y se incorpora imponente y majestuoso, y dice a la multitud:

—Dos de ustedes cojan un farol y vayan a la tienda del Indio Billy a buscar a la niña... los demás váyanse a casa a dormir; buenas noches, señora; buenas noches, caballeros.

Y se inclina como el Matterhorn^[112] y se marcha a la taberna. Ese es su estilo, y el único... científico, intelectual... todo concluido en quince minutos... ¡sin andar husmeando por los arbustos de salvia una hora y media con una asamblea en masa... me oís, muchachos!

—¡Por Jackson^[113], esto es magnífico! —dijo Ham Sandwich—. Wells-Fargo, lo has puesto en su punto. Ni en los libros lo describen con mayor exactitud. Diantre, ahora mismo puedo verlo... ¿vosotros no, muchachos?

—¡Por supuesto que lo vemos! Es sencillamente una fotografía, eso es lo que es.

Ferguson estaba completamente encantado con su éxito, y agradecido. Permaneció en silencio disfrutando de su dicha un poco rato, luego murmuró con un tono de profundo respeto y temor:

—Me pregunto si le habrá hecho Dios.

No hubo respuesta de momento, luego Ham Sandwich dijo, respetuosamente:

—Todo de una vez no, supongo.

II

Aquella noche, a las ocho, dos personas pasaban a tientas por delante de la cabaña de Flint Buckner en la helada penumbra. Eran Sherlock Holmes y su sobrino.

—Deténgase un momento aquí en la carretera, tío —dijo Fetlock—, mientras voy corriendo a mi cabaña; no tardaré ni un minuto.

Pidió algo... el tío se lo proporcionó... acto seguido desapareció en la oscuridad, pero regresó pronto y reanudaron el paseo-charla. A las nueve habían vuelto sin prisas a la taberna. Se abrieron camino por la sala de billar, en la que se había reunido una muchedumbre con la esperanza de echarle un vistazo al Hombre Extraordinario. Le dieron una ovación regia. *Mister Holmes* agradeció el cumplido con una serie de inclinaciones corteses y, mientras salía, su sobrino dijo a los reunidos:

—Caballeros, Tío Sherlock tiene algún trabajo entre manos que le retendrá hasta las doce o la una, pero entonces bajará de nuevo, o antes si le es posible, y espera que queden algunos de ustedes para tomar algo con él.

—¡Diantre, es todo un duque, muchachos! ¡Tres hurras por Sherlock Holmes, el hombre más grande que jamás haya existido! —gritó Ferguson—. Hip, hip, hip...

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Tigre!

El alboroto estremeció el edificio, de tan sincero entusiasmo con que los muchachos lo acogieron. Una vez arriba, el tío reprochó al sobrino, diciendo:

—¿Por qué me has puesto en semejante compromiso?

—Supongo que no quieres ser impopular, ¿verdad, tío? Pues entonces no des muestras de exclusividad en un campamento minero, no es más que eso. Los muchachos te admiran; pero si vas a irte sin beber con ellos te tomarán por un esnob. Y, además, dijiste que tenías suficientes cosas de que hablar sobre este país para mantenerlos levantados al menos media noche.

El muchacho tenía razón, y era sensato... el tío lo reconoció. Demostró su sensatez en otro detalle que no mencionó... más que a sí mismo: «El tío y los demás me vendrán bien... para conseguir descubrir una coartada que no sea convincente».

Él y su tío hablaron de manera diligente durante tres horas. Luego, alrededor de la medianoche, Fetlock bajó y se apostó en la oscuridad a unos doce pasos de la taberna, y esperó. Cinco minutos más tarde, Flint Buckner salió bamboleándose de la sala de billar y casi le rozó al pasar.

—¡Ya le *tengo*! —murmuró el muchacho. Y, sin dejar de vigilar al bulto, siguió diciéndose a sí mismo—: Adiós, adiós para siempre, Flint Buckner; llamaste a mi

madre una... bueno, no importa qué; ahora no tiene importancia; estás dando tu último paseo, amigo.

Volvió a entrar en la taberna, pensativo.

—Desde ahora hasta la una queda una hora. La pasaremos con los muchachos; vale para la coartada.

Llevó a Sherlock Holmes a la sala de billar, que estaba atestada de impacientes y maravillados mineros; el invitado pidió que sirviesen de beber y empezó la diversión. Todos estaban contentos; todos se mostraban elogiosos; pronto se rompió el hielo; siguieron canciones, anécdotas y más bebidas, y los elocuentes minutos pasaron volando. Cuando faltaban seis minutos para la una y el jolgorio estaba en su punto culminante...

¡BUM!

Inmediatamente reinó el silencio. El intenso ruido tronó y retumbó por la garganta de una cumbre a la otra, luego se extinguió y cesó. Entonces se rompió el hechizo y los hombres se abalanzaron hacia la puerta, diciendo:

—¡Algo ha hecho explosión!

Fuera, una voz dijo en la oscuridad:

—Es allá abajo en la garganta; vi el destello.

La multitud bajó en tropel al cañón... Holmes, Fetlock, Archy Stillman, todos. Recorrieron la milla en unos cuantos minutos. A la luz de un farol encontraron el liso y duro suelo de tierra de la cabaña de Flint Buckner; de la cabaña misma no quedaba un solo vestigio, ni un andrajo ni una astilla. Ni ningún rastro de Flint. Equipos de salvamento buscaron acá, allá y acullá, y al cabo de un rato sonó un grito:

—¡Aquí está!

Era cierto. Le habían encontrado a cincuenta yardas barranco abajo... es decir, habían encontrado una masa aplastada y sin vida que lo representaba. Fetlock Jones se fue deprisa hasta allí con los demás a mirar.

La investigación fue cosa de quince minutos. Ham Sandwich, presidente del jurado, entregó el veredicto, redactado con cierta gracia literaria sin afectación, y que terminaba con este fallo, a saber: «El difunto murió por su mano o la de otra persona o personas desconocidas para este jurado, sin haber dejado familia alguna ni efectos similares salvo la cabaña que salió volando, y que Dios se apiade de su alma, amén».

Acto seguido, el impaciente jurado se reincorporó al grueso de la multitud, pues el foco del interés —Sherlock Holmes— estaba allí. Los mineros estaban callados y sumisos en semicírculo, abarcando un gran espacio vacío que incluía la parte delantera del solar donde estuvo el desaparecido edificio. En aquel considerable espacio iba y venía el Hombre Extraordinario, acompañado por su sobrino con un farol. Con una cinta métrica tomó medidas del solar de la cabaña; de la distancia desde la tapia del chaparral a la carretera; de la altura de los chaparros; también otras diversas medidas. Recogió un andrajo aquí, una astilla allí y una pizca de tierra más allá, los examinó en profundidad, y los guardó. Dedujo la «situación» del lugar con

una brújula de bolsillo, con un margen de dos segundos para compensar la desviación magnética. Dedujo la hora (del Pacífico) con su reloj, y la corrigió de acuerdo con la hora local. Midió a pasos la distancia desde el solar de la cabaña hasta el lugar en donde encontraron el cadáver, y la corrigió teniendo en cuenta el establecimiento de las mareas. Tomó la altitud con un barómetro aneroide de bolsillo, y la temperatura con un termómetro de bolsillo. Finalmente dijo, con una impresionante reverencia:

—Esto se acabó. ¿Regresamos, caballeros?

Tomó la dirección de la taberna y la multitud le siguió, discutiendo con gran interés y admirando al Hombre Extraordinario, entreverando opiniones sobre el origen de la tragedia y sobre quién podría ser el autor.

—Caramba, qué fenomenal suerte tenerle aquí, ¿verdad, muchachos? —dijo Ferguson.

—Es lo más importante que ha sucedido en el siglo —dijo Ham Sandwich—. Dará la vuelta al mundo, ya lo veréis.

—¡Ya lo creo! —dijo Jake Parker, el herrero—. Hará prosperar a este campamento. ¿No es así, Wells-Fargo?

—Pues bien, ya que queréis mi opinión... como prueba de lo que pienso, os puedo decir esto: ayer tenía la concesión de Escalera de Color a dos dólares el pie; me gustaría conocer al hombre que hoy es capaz de conseguirla a dieciséis.

—¡Tienes razón, Wells-Fargo! Es la mayor suerte que haya tenido nunca un nuevo campamento. Oye, le viste coger los andrajos, la tierra y lo demás. ¡Vaya vista! No se le escapa ni una sola pista... a él no le puede ocurrir.

—En efecto. Y para cualquier otro no significarían nada; pero para él, caramba, son como un libro... con letras grandes, además.

—¡Tan cierto como que has nacido! Esos retazos han tenido su pequeño secreto y creen que nadie puede arrancárselo; pero ¡mi madre!, cuando él les echa la garra tienen que ponerse a cantar, no lo olvides.

—Muchachos, ya no siento que él no estuviera aquí para buscar a la niña; este asunto es más importante, mucho más. Sí, señor, y más enmarañado, científico e intelectual.

—Supongo que todos nosotros estamos encantados de que haya resultado así. ¿Encantados? Diantre, esa no es la palabra. ¿Comprendéis? Archy podría haber *aprendido* algo si hubiera tenido el sentido común de estar atento y haber prestado atención al método que emplea este hombre. Pero no; se fue a husmear en el chaparral y precisamente se lo perdió todo.

—Verdad indiscutible como el Evangelio; lo vi con mis propios ojos. En fin, Archy es joven. Sabrá más cualquier día de estos.

—Oíd, muchachos, ¿quién creéis que lo hizo?

Era una pregunta difícil y sacó a relucir un mundo de conjeturas poco satisfactorias. Se mencionó a varios hombres como posibles autores, pero uno tras otro fueron descartados por inadecuados. Nadie más que el joven Hillyer había

intimidado con Flint Buckner; nadie se había peleado con él en realidad; había insultado a todos los que habían intentado congraciarse con él, aunque no de un modo lo bastante ofensivo para exigir derramamiento de sangre. Hubo un nombre que anduvo en boca de todos desde el principio, pero fue el último en pronunciarse: el de Fetlock Jones. Fue Pat Riley el que lo mencionó.

—Pues sí —dijeron los muchachos—, es cierto que todos hemos pensado en él, porque tenía un millón de motivos para matar a Flint Buckner, y francamente evidente derecho a hacerlo. Pero, de todos modos, hay dos cosas que no podemos soslayar: la primera, que no tiene agallas; y la otra, que no estaba cerca del lugar cuando sucedió.

—Lo sé —dijo Pat—. Estaba con nosotros en la sala de billar cuando sucedió.

—Así es. Y fue una suerte para él, además. Si no hubiera sido por eso, enseguida habrían sospechado de él.

III

Habían quitado todos los muebles del comedor de la taberna excepto una mesa de pino de seis pies de largo y una silla. La mesa se apoyaba contra un extremo de la habitación; la silla estaba encima de ella. Sherlock Holmes, majestuoso, imponente, impresionante, se sentaba en la silla. El público permanecía de pie. La habitación estaba llena. El humo del tabaco era espeso, el silencio profundo.

El Hombre Extraordinario levantó la mano para imponer silencio adicional; la mantuvo en alto durante unos instantes; luego, en términos breves y escuetos planteó una serie de preguntas y anotó las respuestas con sendos «ajá», gestos de asentimiento con la cabeza, etcétera. Mediante este procedimiento se enteró de todo lo que la gente pudo contarle acerca de Flint Buckner, su carácter, conducta y hábitos. Así se supo que el sobrino del Hombre Extraordinario fue la única persona del campamento que guardaba rencor mortal a Flint Buckner. *Mister* Holmes sonrió compasivamente ante ese testimonio y preguntó lánguidamente:

—¿Alguno de ustedes, caballeros, sabe por casualidad dónde se encontraba el chico Fetlock Jones en el momento de la explosión?

Siguió una estruendosa respuesta:

—¡En la sala de billar de esta casa!

—Ah, ¿y acababa de entrar?

—¡Estaba allí desde hacía una hora!

—Ah. Eso es aproximadamente... más o menos... pues bien, ¿a qué distancia podría hallarse del escenario de las explosiones?

—Toda una milla.

—Ah. No es gran cosa como coartada, es cierto, pero...

Una atronadora carcajada, mezclada con gritos de «¡Jesús, qué relampagueante es!» y «¿No lamentas haber hablado, Sandy?», cortó el resto de la frase, y el abrumado testigo inclinó su ruborizado rostro, avergonzado que daba pena. El investigador continuó:

—Habiendo echado por tierra la relación algo distante del chico Jones con el caso (risas), llamemos ahora a los testigos oculares de la tragedia, y oigamos lo que tienen que decir.

Sacó sus pistas fragmentarias y las dispuso sobre un cartón encima de su rodilla. El público contuvo la respiración y observó.

—Tenemos la longitud y la latitud, corregidas de acuerdo con la desviación magnética, y eso nos da la situación exacta de la tragedia. Tenemos la altitud, la temperatura y el grado de humedad predominante... de inestimable valor, ya que nos permite estimar con precisión el grado de influencia que podrían ejercer en el estado de ánimo y la predisposición del asesino a esa hora de la noche. (Murmullo de admiración; comentario musitado: «¡Diantre, qué profundo es!»).

Manosea las pistas.

—Y ahora pidamos a estos testigos mudos que nos hablen.

»Aquí tenemos una bolsa de lino gastada y vacía. ¿Qué es lo que nos dice? Esto: que el móvil fue el robo, no la venganza. ¿Qué más nos dice? Esto: que el asesino tenía una inteligencia inferior... ¿diremos chalado, o quizás algo parecido? ¿Cómo sabemos esto? Porque una persona de indudable inteligencia no se habría propuesto robar a Buckner, un hombre que nunca llevaba encima mucho dinero. Pero ¿el asesino podría haber sido un forastero? Dejemos que la bolsa hable de nuevo. Saco de ella este objeto. Es un trozo de cuarzo argentífero. Es raro. Examinenlo, por favor... usted... y usted... y usted. Ahora devuélvanmelo, por favor. No hay más que un solo filón en este término que produzca exactamente este tipo de cuarzo y de este color; y es un filón que aflora en una extensión de casi dos millas, y yo pienso que está destinado, en un día no lejano, a conferir fama mundial a su localidad, y a sus doscientos propietarios, riquezas que superan los sueños más codiciosos. Denme el nombre del filón, por favor.

—La Ciencia Cristiana y Mary Ann^[114] —fue la respuesta inmediata.

Siguió un exaltado estruendo de hurras y todos intentaron alcanzar la mano de su vecino para darle un apretón con lágrimas en los ojos; y Wells-Fargo Ferguson gritó:

—La Escalera de Color está en el filón y ahora su precio sube a ciento cincuenta dólares el pie, ¡ya me entendéis!

Cuando se restableció el silencio, *mister* Holmes continuó:

—Percibimos, pues, que han quedado establecidos tres hechos, a saber: el asesino estaba más o menos chalado; no era un forastero; su móvil era el robo, no la venganza. Sigamos. Tengo en la mano un pequeño fragmento de mecha, que todavía huele a quemado. ¿Qué nos atestigua? Si lo relacionamos con la evidencia confirmatoria del cuarzo, nos revela que el asesino era un minero. ¿Qué más nos

dice? Esto, caballeros: que el asesinato se consumó mediante un explosivo. ¿Qué otra cosa nos dice? Esto: que el explosivo lo colocaron justo al lado de la cabaña más próximo a la carretera —la parte delantera—, pues lo encontré a menos de seis pies de ese lugar.

»Tengo en mis dedos una cerilla sueca quemada... de esas que se encienden frotando contra el rascador. La encontré en la carretera a seiscientos veintidós pies de la cabaña suprimida. ¿Qué presupone eso? Esto: que el reguero de pólvora se prendió desde allí. ¿Qué más nos dice? Esto: que el asesino era zurdo. ¿Cómo lo sé? No podría explicarles, caballeros, cómo lo sé, ya que los indicios son tan sutiles que solo una larga experiencia y un profundo estudio pueden permitir descubrirlas. Pero los indicios están aquí y los refuerza el hecho que ustedes deben haber observado a menudo en los grandes relatos de detectives: que *todos* los asesinos son zurdos.

—¡Por Jackson, tiene razón! —dijo Ham Sandwich, dándose con su manaza una tremenda palmada en el muslo—, maldita sea, ¿por qué no se me ocurrió antes?

—¡Ni a mí! ¡Ni a mí! —gritaron varios—. Oh, no hay nada que se le pueda escapar... ¡os habéis fijado en la vista que tiene!

—Caballeros, aunque el asesino se encontraba lejos de su predestinada víctima, no se libró del daño por completo. Este fragmento de madera que ahora les muestro le golpeó. Le hizo sangrar. Dondequiera que esté, lleva el rastro delator. Lo recogí en donde estuvo cuando prendió el reguero fatal.

Miró al público desde su elevada posición y se le empezó a ensombrecer el semblante; levantó la mano despacio y señaló:

—¡Ahí está el asesino!

Por un momento el público se quedó paralizado de asombro; a continuación veinte voces prorrumpieron con:

—¡Sammy Hillyer! ¡Oh, ni soñarlo! ¿Él? ¡Eso es un puro disparate!

—Cuidado, caballeros... no se precipiten. Observen: tiene el rastro de sangre en la frente.

Hillyer palideció del susto. Estuvo a punto de echarse a llorar. Se volvió a un lado y a otro, rogando a todos los rostros ayuda y compasión, y tendió sus suplicantes manos hacia Holmes y empezó a implorar.

—¡No, no diga usted eso! Yo no lo hice; les doy mi palabra de que no lo hice. La herida en la frente me la hice...

—¡Arréstelo, agente! —exclamó Holmes—. Yo confirmaré la orden de detención. El agente de policía se adelantó a regañadientes... vaciló... se detuvo.

Hillyer prorrumpió con otra súplica.

—¡Oh, Archy, no dejes que lo hagan!; ¡eso mataría a mi madre! Tú sabes cómo me hice la herida; díselo a ellos y sálvame, Archy; ¡sálvame!

Stillman se abrió paso hacia la parte delantera y dijo:

—Sí, te salvaré. No temas.

Acto seguido dijo al público:

—No importa cómo se hizo la herida; eso no tiene nada que ver con este caso y carece por completo de trascendencia.

—¡Que Dios te bendiga, Archy, eres un verdadero amigo!

—¡Hurra por Archy! ¡Adelante, muchacho, échales un demoledor color a sus dos parejas con sota! —gritó el público, orgulloso de su talento local, y un patriótico sentimiento de lealtad hacia él surgió de pronto de sus corazones que cambió por completo el cariz de la situación.

El joven Stillman esperó a que el ruido cesara; luego dijo:

—Pediré a Tom Jeffries que se ponga en aquella puerta de allí y al agente Harris en esta otra de aquí, y no dejen que nadie abandone la sala.

—Dicho y hecho. ¡Continúe, amigo mío!

—El criminal está presente, creo. Os lo mostraré muy pronto en caso de que mi suposición sea correcta. Y ahora os contaré todo acerca de la tragedia, de principio a fin. El móvil *no fue* el robo; fue la venganza. El asesino *no estaba* chalado. *No se hallaba* a doscientos veintidós pies de distancia. *No le golpeó* ningún trozo de madera. No colocó el explosivo junto a la cabaña. No llevaba consigo una bolsa gastada, y no era zurdo. Salvo esos errores, la declaración del distinguido invitado es básicamente correcta.

Una dilatada risa se propagó por todo el público; cada uno asentía con la cabeza a su amigo, como diciendo: «Así se habla, sin rodeos. Buen chico, buen muchacho. ¡No ha arriado la bandera!».

La serenidad del invitado no se alteró. Stillman continuó:

—Yo también tengo algunos testigos; y en breve os diré dónde podéis encontrar algunos más. —Mostró un trozo de alambre grueso; la multitud estiró el cuello para verlo—. Tiene un fino revestimiento de sebo derretido. Y he aquí una vela que ha ardido a medias. La mitad restante tiene varias incisiones separadas por una pulgada. Enseguida os diré dónde encontré estas cosas. Ahora dejaré a un lado los razonamientos, las conjeturas, las impresionantes concordancias mutuas de los cabos sueltos de las pistas y las demás teatralidades aparatosas de la profesión detectivesca, y os diré de un modo claro y directo cómo ocurrió este lamentable hecho.

Se detuvo un momento, para impresionar... para permitir que el silencio y el suspense intensificaran y concentraran el interés del público; luego prosiguió:

—El asesino trazó su plan con mucho esmero. Era un buen plan, muy ingenioso, y revelaba una mente inteligente, no vacilante. Era un plan que estaba bien calculado para desviar cualquier sospecha de su inventor. En primer lugar, hizo varias marcas separadas una pulgada en una vela, la encendió y la cronometró. Descubrió que cuatro pulgadas tardaban tres horas en arder. Yo mismo hice la prueba durante media hora, hace un rato, en el piso de arriba, mientras se llevaba a cabo en esta sala la investigación sobre el carácter y los hábitos de Flint Buckner, y así logré la tasa de consunción de una vela cuando está al resguardo del viento. Una vez comprobada la

tasa de la vela de prueba, la apagó —ya os la he mostrado— y en otra hizo las marcas separadas una pulgada.

»Puso la nueva vela en una palmatoria de hojalata. Luego en la marca de las cinco horas perforó un agujero en la vela y la atravesó con un alambre al rojo vivo. Ya os he mostrado el alambre revestido con una fina capa de sebo... que ya se había derretido y enfriado.

»Con esfuerzo —un esfuerzo muy penoso, estoy por decir— ascendió con gran dificultad el espeso chaparral que cubre la empinada ladera a espaldas de la cabaña de Flint Buckner, arrastrando un barril de harina vacío. Lo colocó en aquel escondite completamente seguro, y en el fondo puso la palmatoria. Luego midió unos treinta y cinco pies de mecha... lo que distaba el barril de la parte posterior de la cabaña. Taladró un agujero en el costado del barril... aquí está la gran barrena de mano con la que lo hizo. Siguió adelante hasta terminar su trabajo; y cuando lo hubo hecho, un extremo de la mecha estaba en la cabaña de Buckner y el otro, con una muesca practicada para dejar al descubierto la pólvora, estaba en el agujero de la vela... cronometrado para volar el sitio esta mañana a la una, con tal de que se encendiera la vela ayer a las ocho de la noche... que apuesto a que se hizo... y siempre que hubiera un explosivo en la cabaña conectado con aquel extremo de la mecha... que también apuesto a que había, aunque no puedo probarlo. Muchachos, el barril está allí en el chaparral, lo que queda de la vela está en la palmatoria de hojalata; la mecha consumida está en el agujero de la barrena, el otro extremo está ladera abajo, donde se encontraba la antigua cabaña. Vi todo eso hace una o dos horas, cuando el Catedrático estaba aquí midiendo vacuidades que nada implicaban y recogiendo reliquias que nada tenían que ver con el caso.

Hizo una pausa. El público respiró hondo y cumplidamente, liberó sus tensas cuerdas vocales y músculos y prorrumpió en vivas.

—¡Maldita sea! —dijo Ham Sandwich—, por eso estaba husmeando por el chaparral, en vez de captar detalles del juego del Catedrático. Hay que ver... no tiene un pelo de tonto, muchachos.

—¡Desde luego! Toma, Gran Scott...

Pero Stillman prosiguió:

—Mientras estábamos allí hace una o dos horas, el dueño de la barrena y de la vela de prueba los cogió del lugar donde los había escondido —no era un buen sitio — y los llevó a otro que seguramente le pareció mejor, a doscientas yardas más arriba en el pinar, y los escondió allí cubriéndolos con pinochas. Fue allí donde los encontré. La barrena encaja exactamente en el agujero del barril. Y ahora...

El Hombre Extraordinario le interrumpió. Dijo sarcásticamente:

—Hemos oído un precioso cuento de hadas, caballeros... a decir verdad, muy precioso. Ahora me gustaría hacer a este joven una o dos preguntas.

Algunos de los muchachos torcieron el gesto, y Ferguson dijo:

—Me temo que Archy se la va a ganar ahora.

Los demás dejaron de sonreír y se serenaron. *Mister Holmes* dijo:

—Procedamos a analizar este cuento de hadas de un modo consecuente y ordenado —en progresión geométrica, por así decirlo—, relacionando un detalle con otro en un recorrido que avance a un ritmo constante inexorablemente consistente e irrefutable para abordar esa ostentosa fortaleza de juguete del error, urdimbre de sueños de una imaginación inmadura. Para empezar, joven caballero, deseo hacerle nada más que tres preguntas por ahora... *por ahora*. ¿Debo entender que usted dijo que en su opinión la supuesta vela se encendió a eso de las ocho de ayer tarde?

—Sí, señor... a eso de las ocho.

—¿Podría asegurar que fue exactamente a las ocho?

—Pues no, no podría ser tan preciso.

—Uf. ¿Cree usted que si una persona hubiese pasado por allí más o menos a esa hora se habría tropezado casi seguro con el asesino?

—Sí, supongo que sí.

—Gracias, eso es todo. De momento. Es decir, todo *de momento*.

—¡Maldito sea! La tiene tomada con Archy —dijo Ferguson.

—Así es —dijo Ham Sandwich—. No me gusta esto.

Stillman dijo, mirando al invitado:

—Yo mismo estuve por allí a las ocho y media... no, alrededor de las nueve.

—¿Ah, sí? Eso es interesante... es muy interesante. ¿Se tropezó tal vez con el asesino?

—No. No me tropecé con nadie.

—Ah. Entonces —si me permite la observación— no acabo de comprender la pertinencia de la información.

—No tiene ninguna. Por ahora. Es decir, no tiene ninguna... por ahora.

Hizo una pausa. Enseguida continuó:

—No me tropecé con el asesino, pero le sigo la pista, estoy seguro, porque creo que está en esta sala. Pediré a todos que pasen frente a mí de uno en uno —aquí, donde hay buena luz— para que pueda verles los pies.

Un murmullo de entusiasmo recorrió el lugar y empezó el desfile, que el invitado contempló haciendo un férreo esfuerzo por mantenerse circunspecto que no tuvo rotundo éxito. Stillman se agachó, se protegió los ojos con la mano y miró hacia abajo con la mayor atención cada par de pies a medida que pasaban. Cincuenta hombres desfilaron con paso pesado y de forma monótona... sin ningún resultado. Sesenta. Setenta. La cosa empezaba a parecer absurda. El invitado comentó con fina ironía:

—Los asesinos parecen escasear esta noche.

El público captó el humor de la frase y se dio un respiro con una risa cordial. Diez o doce candidatos más pasaron arrastrando los pies... no, *bailando*, con frívolas y ridículas cabriolas que hicieron desternillarse de risa a los espectadores... hasta que de pronto Stillman tendió la mano y dijo:

—¡Este es el asesino!

—¡Fetlock Jones, por el gran Sanedrín! —vociferó la multitud; y de inmediato soltó una explosión pirotécnica, ofuscada y desconcertada por los emocionantes comentarios inspirados por la situación.

En lo más recio del tumulto el invitado alargó la mano exigiendo paz. La autoridad de un gran nombre y una gran personalidad impuso su misteriosa coacción al público, y todos obedecieron. En la anhelante calma que siguió habló el invitado, diciendo, con dignidad y emoción:

—*Esto* es grave. Amenaza a una vida inocente. ¡Inocente por encima de toda sospecha! ¡Inocente sin ninguna posibilidad de error! Vean cómo lo *demuestro*; observen cómo un simple hecho puede borrar de la existencia esa necia mentira. Escuchen. ¡Amigos míos, a ese chico no le perdí de vista ayer por la tarde *en ningún* momento!

Aquello causó una profunda impresión. Los hombres volvieron la mirada hacia Stillman, que en todos ellos era muy inquisitiva. Se le iluminó el rostro y dijo:

—¡*Sabía* que había otro!

Dio un paso enérgico hacia la mesa y echó un vistazo a los pies del invitado, luego a su cara, y dijo:

—¡Usted estaba *con* él! ¡No estaba ni a cincuenta pasos de él cuando encendió la vela que poco después prendió fuego a la pólvora! (*Sensación*). Y lo que es más, ¡usted mismo le proporcionó las cerillas!

Sin duda el invitado acusó el golpe; eso le pareció al público. Abrió la boca para hablar; las palabras no le brotaban con fluidez.

—Eso... este... es un despropósito... eso...

Stillman aprovechó su evidente oportunidad para sacar partido. Mostró una cerilla calcinada.

—He aquí una de ellas. La encontré en el barril... y allí hay *otra*.

El invitado recuperó el habla al momento.

—*Sí*... ¡y usted mismo la puso allí!

Todos reconocieron que era una buena jugada. Stillman replicó:

—Es de *cera*... una variedad desconocida en este campamento. Estoy dispuesto a que me registren para ver si encuentran la caja. ¿Lo está usted?

Esta vez el invitado estaba anonadado... podían verlo hasta los ojos más ofuscados. Manoteó con torpeza; movió los labios un par de veces, pero no le brotaban las palabras. El público aguardaba y observaba en tenso suspense, y el silencio aumentaba lo impresionante de la situación. Enseguida Stillman dijo, discretamente:

—Estamos esperando que se decida.

De nuevo se hizo el silencio durante unos instantes; acto seguido el invitado contestó en voz baja:

—Me niego a que me registren.

No hubo ninguna manifestación bulliciosa, pero por todas partes una voz tras otra murmuró:

—¡Asunto concluido! Archy lo tiene en sus manos.

¿Qué hacer ahora? Nadie parecía saberlo. A primera vista era una situación embarazosa... tan solo, claro está, porque las cosas habían tomado un cariz tan repentino e imprevisto para el que no estaban preparadas aquellas mentes inexpertas, y se habían paralizado, como un reloj parado, por la conmoción. Pero al cabo de un rato la maquinaria se puso a trabajar de nuevo, cautelosamente, y en grupos de dos o tres aquellos hombres juntaron sus cabezas y en privado cuchichearon sobre estas y otras propuestas. Una de esas propuestas tuvo muy buena acogida; consistía en dar las gracias al asesino por deshacerse de Flint Buckner, y dejarlo marchar. Pero las cabezas con más aplomo se opusieron, advirtiendo que cerebros hueros de los estados del Este dictaminarían que era un escándalo y con tal motivo armarían un insensato e interminable revuelo. Por fin ganaron la partida las cabezas con más aplomo y obtuvieron consentimiento general para una de sus propuestas; entonces su líder llamó al orden al público y la expuso... con este fin: que Fetlock Jones fuera encarcelado y procesado.

La moción fue aprobada. Al parecer, no había nada más que hacer y la gente se alegró, pues, en su fuero interno, estaba impaciente por salir e irse corriendo al escenario de la tragedia para ver si el barril y todo lo demás de veras estaban allí o no.

Pero no... la desbandada se detuvo. Las sorpresas todavía no habían terminado. Durante algún tiempo Fetlock Jones había estado sollozando en silencio, sin que nadie reparase en él en medio de las fascinantes emociones que durante un buen rato se habían sucedido con tanta persistencia; pero cuando se decretó su arresto y procesamiento la desesperación le hizo estallar y dijo:

—¡No!, no hace falta. No necesito ninguna cárcel, ni ningún procesamiento; he tenido toda la mala suerte que me merezco, y todas las desgracias. ¡Ahórquenme ya y líbrenme de ellas! De todos modos, todo se descubriría... nada podía salvarme. Él lo ha contado todo, como si hubiese estado conmigo y lo hubiera visto... no sé cómo lo ha averiguado; encontrarán el barril y todo lo demás, y así ya no tendré ninguna oportunidad. Yo lo maté, y ustedes también lo habrían hecho si les hubiese tratado como a un perro, cuando solo eran niños, débiles y pobres, y sin ningún amigo que les ayudara.

—¡Y bien merecido se lo tuvo el condenado! —intervino Ham Sandwich—. Escuchadme, muchachos...

El agente de policía gritó:

—¡Orden! ¡Orden, caballeros!

Una voz preguntó:

—¿Sabía tu tío lo que pretendías hacer?

—No, no lo sabía.

—A buen seguro te dio él las cerillas, ¿no es así?

—Sí, es cierto; pero no sabía para qué las quería.

—Si estabas metido en semejante asunto, ¿cómo te atreviste a correr el riesgo de tenerlo a tu lado... siendo él *detective*? ¿Cómo es eso?

El chico vaciló, toqueteó sus botones sintiéndose incómodo, luego dijo tímidamente:

—Entiendo de detectives, debido a que los hay en mi familia; y si no se quiere que descubran algo, lo mejor es tenerlos al lado cuando se hace.

El torbellino de risas que acogió esta ingenua andanada de sabiduría no modificó apenas la turbación del pobrecito niño abandonado.

IV

De una carta a mistress Stillman, fechada un «martes»

Fetlock Jones fue encerrado con llave en una cabaña de troncos desocupada, y lo dejaron allí hasta ser procesado. El agente de policía Harris le proporcionó raciones para un par de días, le dio instrucciones para que se vigilara a sí mismo y le prometió visitarlo tan pronto como le correspondiera llevarle más provisiones.

A la mañana siguiente veinte de nosotros fuimos con Hillyer, por amistad, y le ayudamos a enterrar a su difunto pariente, el no llorado Buckner, yo hice de primer ayudante portador del féretro y Hillyer presidió el duelo. ¡Nada más acabar nuestra tarea un forastero andrajoso y deprimente, que llevaba una vieja bolsa de mano, pasó renqueando con la cabeza gacha y capté la pista que había estado persiguiendo por todo el globo! ¡Fue el aroma del paraíso para mi fenecida esperanza!

Enseguida estaba a su lado y le había puesto una discreta mano en el hombro. Se desplomó al suelo como si un rayo le hubiera fulminado en seco; y mientras los muchachos venían corriendo se arrodilló con dificultad, me tendió sus manos implorantes y a través de sus fauces que castañeteaban me suplicó que no le persiguiera más, y añadió:

—¡Me ha perseguido por todo el mundo, Sherlock Holmes, pero Dios es testigo de que jamás he hecho mal a nadie!

Una mirada a sus extraviados ojos nos dejó ver que estaba loco. ¡Eso fue obra mía, madre! La noticia de su muerte puede que algún día me haga volver a experimentar la pena que sentí en aquel momento, pero nada más podrá hacerlo nunca. Los muchachos lo levantaron, y se juntaron a su alrededor, y le compadecieron, y le dijeron las cosas más amables y más conmovedoras, que se animase y no se preocupara, que ahora estaba entre amigos, y que ellos se ocuparían de él y le protegerían, y ahorcarían a cualquiera que le pusiera la mano encima. Estos rudos muchachos del campamento minero son como tantas madres, cuando les despiertas la parte sureña de sus corazones; sí, y exactamente igual que tantos niños

temerarios e irrazonables cuando despiertas la parte contraria de ese músculo. Hicieron todo lo que se les ocurrió para consolarlo, pero nada se logró hasta que Wells-Fargo Ferguson, que es un hábil estratega, dijo:

—Si es solo Sherlock Holmes lo que te inquieta, ya no tiene por qué preocuparte más.

—¿Por qué? —preguntó el desesperado lunático con vehemencia.

—Porque ha muerto de nuevo.

—¡Que ha muerto! ¡Muerto! Oh, no juegue con un pobre echado a perder como yo. ¿Ha muerto? ¿Palabra de honor, muchachos, que es cierto lo que me dice?

—¡Tan cierto como que tú estás aquí! —dijo Ham Sandwich, y todos ellos confirmaron su afirmación en masa.

—Lo ahorcaron en San Bernardino la semana pasada —añadió Ferguson, cerrando el asunto—, mientras te buscaba. Lo confundieron con otro. Lo lamentan, pero ya no pueden remediarlo.

—Le están levantando un monumento —dijo Ham Sandwich, como si hubiera contribuido a ello, y estuviera al tanto.

James Walker exhaló un profundo suspiro —evidentemente un suspiro de alivio — y no dijo nada; pero sus ojos perdieron algo de su extravío, su semblante se despejó visiblemente y su aspecto cansado se relajó un poco. Todos nos fuimos a nuestra cabaña, y los muchachos le cocinaron la mejor cena que se pudo proporcionar con los ingredientes que había en el campamento, y mientras ellos estaban en ello Hillyer y yo lo equipamos desde el sombrero a los zapatos de cuero con ropas nuevas nuestras, y lo convertimos en un viejo caballero garboso y presentable. «Viejo» es la palabra exacta, y es una lástima, además; viejo por su encorvadura y la suma blancura de su cabello, y por las huellas que la pesadumbre y la aflicción habían dejado en su rostro, aunque por la edad que tiene se halla todavía en la plenitud de la vida. Mientras comía, nosotros fumamos y charlamos; y cuando estaba terminando recobró por fin la voz, y por iniciativa propia salió a relucir su historia personal. No puedo suplir sus palabras exactas, pero me acercaré todo lo que pueda.

HISTORIA DEL «HOMBRE QUE NO ERA CULPABLE»

Sucedió así: me encontraba en Denver; había vivido allí muchos años; algunas veces recuerdo cuántos, otras no... pero eso no tiene ninguna importancia. De pronto recibí un aviso de que debía marcharme, o me desenmascararían por un horrible crimen cometido mucho antes —muchísimos años antes— en el Este.

Conocía aquel crimen, pero yo no era el criminal; fue un primo mío con el mismo nombre. ¿Qué era lo mejor que podía hacer? No lo sabía, el miedo me había trastornado la cabeza. Me quedaba muy poco tiempo... solo un día, creo que era. Si se divulgaba sería mi ruina, y la gente me lincharía, y no creería lo que yo dijese. Siempre es así en los linchamientos: cuando descubren que fue un error lo lamentan,

pero es demasiado tarde... lo mismo ocurrió con *mister* Holmes, como pueden ver. De modo que dije que lo vendería todo, obtendría dinero con que vivir y huiría hasta que se olvidara y pudiera regresar con mis pruebas. Entonces escapé de noche y me fui muy lejos a alguna parte en las montañas, y viví disfrazado y con nombre falso.

Cada vez estaba más apurado y preocupado, y mi inquietud me hacía ver fantasmas y oír voces, y no podía pensar correcta y claramente sobre ningún tema, sino que me hacía un lío y me enredaba y tenía que darme por vencido, porque me dolía mucho la cabeza. Aquello fue de mal en peor; más fantasmas y más voces. Estaban a mi alrededor todo el tiempo; al principio solo de noche, después también de día. Susurraban sin parar alrededor de mi cama y conspiraban contra mí, y me interrumpían el sueño y me dejaban molido, porque no lograba descansar.

Y luego llegó lo peor. Una noche los susurros dijeron:

—Nunca lo conseguiremos, porque no podemos verlo, así que no podemos señalarlo a la gente.

Suspiraron; a continuación dijo uno:

—Debemos traer a Sherlock Holmes. Puede estar aquí dentro de doce días.

Todos aceptaron, y susurraron y farfullaron con alegría. Pero se me partió el alma; pues había leído sobre ese hombre y sabía lo que sería tenerlo sobre mi pista con su penetración sobrehumana y su incansable energía.

Los fantasmas se fueron a buscarlo, y yo me levanté enseguida en mitad de la noche y hui, llevándome únicamente la bolsa de mano en la que llevaba mi dinero... treinta mil dólares; dos tercios de esa suma están todavía ahí en la bolsa. Cuarenta días después aquel hombre localizó mi rastro. Escapé por muy poco. Por costumbre había escrito su verdadero nombre en el registro de una venta, lo había tachado y en su lugar había puesto «Dagget Barclay». Pero el miedo te agudiza la vista y te hace estar alerta, y leí el verdadero nombre a pesar de las tachaduras, y hui como un corzo^[115].

Durante tres años y medio me ha perseguido por todo el mundo... los estados del Pacífico, Australasia, India... por dondequiera que se pueda imaginar; luego de vuelta a México y de nuevo hasta California, sin darme apenas tregua; pero aquel nombre en los registros siempre me salvó, y lo que queda de mí todavía vive. ¡Y estoy tan cansado! Me ha dado un trato inhumano, pero os doy mi palabra de que jamás le hice daño a él ni a nadie.

Aquí acababa la historia, que conmovió a aquellos muchachos hasta hervirles la sangre, no lo duden. En cuanto a mí... cada palabra que me impactaba me quemaba.

Propusimos que el viejo se acostara con nosotros, y fuera mi huésped y de Hillyer. Yo me callé, por supuesto; pero en cuanto haya descansado y se haya alimentado bien, lo llevaré a Denver para que recobre sus bienes.

Los muchachos dieron al viejo el apretón de manos de camaradería de los mineros, que te tritura los huesos, y acto seguido se dispersaron para propagar la noticia.

Al amanecer del día siguiente Wells-Fargo Ferguson y Ham Sandwich nos llamaron en voz baja y nos dijeron en privado:

—La noticia sobre el modo en que ha sido tratado ese anciano forastero se ha propagado por todas partes y los campamentos están enardecidos. Llegan en tropel de todas partes y van a linchar al Catedrático. El agente de policía Harris está cagado de miedo y ha telefoneado al *sheriff*. ¡Deprisa!

Empezamos a correr. Los demás tenían derecho a pensar lo que quisieran, pero en lo más íntimo de mi corazón esperaba que el *sheriff* llegara a tiempo; pues no tenía el más mínimo deseo de que ahorcaran a Sherlock Holmes por mi culpa, como fácilmente pueden imaginar. Había oído un montón de cosas sobre el *sheriff*, pero para tranquilizarme pregunté:

—¿Es capaz de contener a una multitud?

—¿Que si es capaz? ¿Es capaz Jack Fairfax? ¡Vamos, no me hagan reír! Es un exforajido... con diecinueve cabelleras en su morral. ¡Que si puede! ¡Oh, ya lo creo!

Mientras llegábamos a toda velocidad a la garganta, oímos vagamente lamentos, gritos y alaridos lejanos cuya intensidad no dejaba de aumentar según corríamos. Bramido tras bramido, prorrumpían cada vez con más fuerza, y cada vez más cerca; y finalmente, cuando nos acercábamos a la multitud congregada en el espacio abierto frente a la venta, el estruendo era ensordecedor. Algunos matones brutales de la garganta de Daly tenían en su poder a Holmes, que era el hombre más tranquilo de los que se hallaban allí; sus labios dibujaban una sonrisa desdeñosa, y si su corazón británico albergaba algún temor a la muerte, su férrea personalidad lo dominaba y no permitía que apareciese ningún síntoma.

—¡Vamos a votar, amigos! —dijo uno de la banda de Daly, «Shadbelly»^[116] Higgins—. ¡Rápido! ¿Lo colgamos o lo fusilamos?

—¡Ni lo uno ni lo otro! —gritó uno de sus camaradas—. Dentro de una semana volvería a estar vivo; quemarlo es lo único definitivo.

Las bandas de todos los campamentos aislados prorrumpieron en una estruendosa aprobación y apiñados se esforzaron por abrirse camino hacia el prisionero, y lo rodearon gritando: «¡La hoguera!, ¡la hoguera, quedamos en eso!». Lo arrastraron hasta el poste de los caballos, lo apoyaron en él, lo encadenaron a él y amontonaron leña y piñas a su alrededor hasta la cintura. Sin embargo el duro rostro no pestañeaba, y sus labios seguían dibujando la desdeñosa sonrisa.

—¡Una cerilla! ¡Traed una cerilla!

«Shadbelly» la encendió, la resguardó del viento con la mano, se agachó y la puso debajo de una piña. Un profundo silencio se apoderó de la banda. La piña prendió y durante unos instantes vaciló una diminuta llama. Me pareció captar ruido de cascos lejanos..., cada vez más nítido..., cada vez más claro, pero la ensimismada muchedumbre pareció no advertirlo. La cerilla se apagó. El hombre encendió otra, se agachó y la llama surgió de nuevo; esta vez se afianzó y empezó a extenderse..., de vez en cuando los hombres volvían el rostro. El verdugo permanecía con la cerilla

calcinada entre los dedos, contemplando su obra. El golpeo de cascos dio la vuelta a un risco saliente y su estruendo bajaba ahora hacia nosotros. Casi al momento hubo un grito:

—¡El *sheriff*!

Y al instante irrumpió en medio de la multitud, mantuvo su caballo casi sobre las patas traseras y dijo:

—¡Atrás, granujas!

Le obedecieron. Todos menos su líder. No cedió y echó mano al revólver. El *sheriff* le apuntó de inmediato y dijo:

—Baja esa mano, forajido de salón. Apaga la hoguera a puntapiés. Ahora desencadena al forastero.

El forajido de salón obedeció. Acto seguido el *sheriff* pronunció un discurso; montado en su caballo con marcial soltura y sin poner en sus palabras la más mínima vehemencia, sino pronunciándolas de un modo mesurado y prudente, y en un tono que armonizaba con el carácter de ellos y las hacía extraordinariamente irrespetuosas.

—Menuda panda formáis..., ¿no es cierto? Más o menos adecuada para acompañar a este tramposo de Shadbelly Higgins..., este chivato fanfarrón que dispara a la gente por la espalda y se las da de forajido. Si hay algo que desprecio especialmente es un linchamiento de la chusma; no he visto ninguno en el que hubiese un solo hombre. Tienen que juntarse cien contra uno antes de poderse insuflar el valor suficiente para encararse con un sastre enfermo. Está compuesto por cobardes, y lo mismo ocurre con la comunidad que los engendra; y noventa y nueve veces de cada cien el *sheriff* lo es también. —Hizo una pausa, al parecer para dar vueltas en la cabeza a esa última idea y sacarle jugo..., luego prosiguió—: El *sheriff* que permite que una multitud le quite un prisionero es el cobarde más vil que puede haber. Según las estadísticas, el año pasado hubo en Estados Unidos ciento ochenta y dos de ellos que cobraron por chivarse. Al paso que van las cosas, muy pronto habrá una nueva enfermedad en los libros de medicina: la dolencia del *sheriff*. —Esa idea le agradó... cualquiera podía verlo—. La gente dirá: «¿Ha vuelto a enfermar el *sheriff*?». «Sí, tiene lo mismo de siempre». Y después tendrá otro calificativo. La gente no dirá: «Se presenta a *sheriff* del condado de Rapaho», por ejemplo; dirán: «Se presenta a Cobarde de Rapaho». ¡Señor, vaya idea que una persona adulta le tenga miedo a una multitud que quiere linchar a alguien!

Volvió la vista hacia el cautivo y dijo:

—Forastero, ¿quién eres y qué has hecho?

—Me llamo Sherlock Holmes y no he hecho nada.

Fue asombrosa la impresión que le causó al *sheriff* oír ese nombre, por más que al llegar debía de estar al tanto. Habló con emoción y dijo que era una mancha para el país que un hombre cuyas maravillosas proezas habían invadido el mundo con su fama y su ingenio, y cuyos relatos habían conquistado el corazón de todos los lectores por la brillantez y el encanto de su escenario literario, recibiese semejante ultraje en

el país de las Barras y Estrellas. Se disculpó en nombre de toda la nación y saludó a Holmes con la más generosa reverencia, y le dijo al agente de policía Harris que lo llevara a su alojamiento y que le consideraba personalmente responsable de que no volvieran a molestarlo. A continuación se volvió hacia la multitud y dijo:

—¡A vuestros cuchitriles, canallas! —cosa que hicieron, y luego añadió—: Sígueme, «Shadbelly»; me ocuparé personalmente de tu caso. No... guárdate tu pistola de juguete; el día que tenga miedo de tenerte detrás de mí con esa cosa, será el momento de unirme a los ciento ochenta y dos del año pasado.

Y se alejó cabalgando al paso, seguido por «Shadbelly».

Cuando íbamos de camino de vuelta a nuestra cabaña, sobre la hora del desayuno, nos encontramos con la noticia de que Fetlock Jones había escapado de su encierro durante la noche ¡y había desaparecido! Nadie lo lamenta. Que su tío lo encuentre si quiere; es lo suyo.

V

Diez días después

«James Walker» ya está bien físicamente y su mente también mejora. Mañana por la mañana salgo con él para Denver.

La noche siguiente. Breve nota enviada desde un apeadero:

Esta mañana, cuando partíamos, Hillyer me susurró:

—Ocúltale esta noticia a Walker hasta que consideres seguro y poco probable que vaya a perturbar su mente e impedir su mejoría: el antiguo crimen del que habló se cometió realmente... y, tal como dijo, el autor fue su primo. El otro día enterramos al verdadero criminal... el hombre más desdichado que ha vivido en este siglo... Flint Buckner. ¡Su verdadero nombre era Jacob Fuller! Allí, madre, con mi ayuda, involuntario doliente, yace en su tumba tu marido y padre mío. Que descanse.

AL CABO DE VEINTE AÑOS^[117]

O HENRY

El policía de ronda subía por la avenida de un modo majestuoso. La majestuosidad era habitual y no para impresionar, porque espectadores había pocos. Apenas eran las diez de la noche, pero las frías ráfagas de viento que anticipaban lluvia casi habían despoblado las calles.

Comprobando los cierres de las puertas en su recorrido, girando su porra con intrincados e ingeniosos movimientos y volviéndose de vez en cuando para echar una mirada vigilante hacia abajo a la pacífica calle, el agente, con su fornida figura y su ligero contoneo, componía una excelente imagen de un guardián del orden público. El vecindario era de los que se acuestan temprano. De vez en cuando se veían las luces de alguna expendeduría de tabaco o cafetería abierta toda la noche; pero la mayoría de las puertas pertenecían a locales comerciales que habían cerrado hacía mucho tiempo.

Cuando iba por la mitad de cierta manzana, de pronto el policía aminoró el paso. En la oscura entrada de una ferretería había un hombre apoyado, con un cigarro sin encender en la boca. Cuando el policía se acercó a él, el hombre al punto elevó la voz.

—No pasa nada, agente —dijo para tranquilizarlo—. Estoy esperando a un amigo. Es una cita que convinimos hace veinte años. Le parece un poco raro, ¿verdad? Pues bien, se lo explicaré por si le gustaría asegurarse de que todo está en orden. Hace aproximadamente ese tiempo había un restaurante donde ahora está esta tienda... el restaurante de Big Joe Brady.

—Hasta hace cinco años —dijo el policía—. Lo derribaron entonces.

El hombre apoyado en la entrada de la tienda prendió una cerilla y con ella encendió su cigarro. La luz mostró un rostro pálido, de mandíbula cuadrada y ojos penetrantes, con una pequeña cicatriz blanca cerca de la ceja derecha. Su alfiler de corbata era un diamante grande, engarzado de un modo extraño.

—Esta noche hace veinte años —dijo el hombre—, cené aquí en el restaurante de Big Joe Brady con Jimmy Wells, mi mejor compinche y el tipo más estupendo del mundo. Ambos nos criamos aquí en Nueva York, siempre juntos como dos hermanos. Yo tenía dieciocho años y Jimmy veinte. A la mañana siguiente iba a marcharme al Oeste para hacer fortuna. A Jimmy no había manera de sacarlo de Nueva York; pensaba que no había otro lugar en la tierra. Pues bien, aquella noche convinimos en encontrarnos aquí de nuevo, exactamente veinte años a partir de esa fecha y esa hora, no importa cuáles fueran nuestras circunstancias o de lo lejos que tuviéramos que venir. Supusimos que en veinte años cada uno de nosotros debía haber solucionado su destino y haber labrado su fortuna, cualesquiera que fuesen.

—Eso parece muy interesante —dijo el policía—. Aunque es mucho tiempo para una cita, me parece a mí. ¿No ha sabido de su amigo desde que se marchó?

—Bueno, sí, durante un tiempo nos escribimos —dijo el otro—. Pero al cabo de un año o dos perdimos la pista el uno del otro. Verá usted, el Oeste es una perspectiva bastante grande y yo lo recorrí con mucha prisa y bastante diligencia. Pero sé que Jimmy se reunirá conmigo aquí si está vivo, pues siempre fue el amigo más fiel, el más leal del mundo. No se va a olvidar. Recorrí unas mil millas para estar aquí esta noche ante esta puerta, y vale la pena si mi compañero aparece.

El hombre que esperaba sacó un magnífico reloj, con pequeños diamantes engastados en las tapas.

—Faltan tres minutos para las diez —anunció—. Eran exactamente las diez cuando nos separamos aquí en la puerta del restaurante.

—Le fue a usted bastante bien en el Oeste, ¿no es cierto? —preguntó el policía.

—¡Ya lo creo! Espero que a Jimmy le haya ido la mitad de bien. Aunque era un buen tipo, no era una lumbrera pero ponía mucho empeño. Yo he tenido que competir con algunas de las mentes más agudas para hacerme de oro. En Nueva York el hombre cae en la rutina. Hay que ir al Oeste para estar con el agua al cuello.

El policía balanceó la porra y dio unos pasos.

—Seguiré mi camino. Espero que su amigo llegue oportunamente. ¿Le va a reprochar con dureza si llega tarde?

—¡Por supuesto que no! —dijo el otro—. Le concederé media hora por lo menos. Si Jimmy sigue con vida, estará aquí a esa hora. Hasta pronto, agente.

—Buenas noches, señor —dijo el policía, y siguió con su ronda, comprobando los cierres de las puertas al pasar.

En aquellos momentos estaba cayendo una ligera y fría llovizna, y el viento había arreciado, las inconstantes ráfagas se habían convertido en un continuo vendaval. Los pocos peatones en movimiento en aquel barrio pasaban deprisa desalentados y en silencio con los cuellos de los abrigos vueltos hacia arriba y las manos en los bolsillos. Y en la puerta de la ferretería el hombre que había recorrido mil millas para acudir a una cita, dudosa hasta casi rayar en lo ridículo, con el amigo de su infancia, fumaba su cigarro y esperaba.

Esperó unos veinte minutos, y entonces un hombre de elevada estatura, con el cuello de su largo abrigo subido hasta las orejas, cruzó deprisa la calle desde el lado opuesto. Se dirigió directamente al hombre que esperaba.

—¿Eres tú, Bob? —preguntó dubitativo.

—¿Eres tú, Jimmy Wells? —exclamó el hombre que estaba en la puerta.

—¡Válgame Dios! —exclamó el recién llegado, dándole un apretón de manos—. Eres Bob, tan cierto como la muerte. Estaba seguro de que te encontraría aquí si todavía vivías. ¡Vaya, vaya, vaya!... Veinte años es mucho tiempo. El antiguo restaurante ha desaparecido, Bob; ojalá hubiese aguantado, así habríamos podido cenar aquí otra vez. ¿Cómo te ha tratado el Oeste, amigo mío?

—De primera; me ha dado todo lo que pedí. Tú has cambiado mucho, Jimmy. Te hacía dos o tres pulgadas más bajo.

—Pues verás, crecí un poco después de cumplir los veinte.

—¿Te va bien en Nueva York, Jimmy?

—Medianamente bien. Tengo un empleo en uno de los departamentos de la ciudad. Venga, Bob; iremos a un sitio que conozco y hablaremos largo y tendido sobre los viejos tiempos.

Los dos hombres empezaron a andar por la calle, cogidos del brazo. El hombre del Oeste, aumentado su egotismo por el éxito, empezó a resumir la historia de su carrera. El otro, sumergido en su abrigo, escuchaba con interés.

En la esquina brillaban las luces eléctricas de una farmacia. Cuando llegaron a aquel fulgor ambos se volvieron simultáneamente para mirarse a la cara.

El hombre del Oeste se detuvo de pronto y soltó el brazo.

—Tú no eres Jimmy Wells —le espetó—. Veinte años es mucho tiempo, pero no tanto para que le cambie a uno la nariz de aguileña a chata.

—A veces cambia a un hombre bueno en malo —dijo el hombre de elevada estatura—. Estás arrestado desde hace diez minutos, «Silky»^[118] Bob. Chicago pensó que podrías haberte dejado caer por aquí y nos telegrafió que deseaban tener una charla contigo. No te resistirás, ¿verdad? Es lo más sensato. Ahora bien, antes de ir a la comisaría tengo aquí una nota que me pidieron que te entregara. La puedes leer aquí ante el escaparate. Es del patrullero Wells.

El hombre del Oeste desdobló el trocito de papel que le dieron. Su mano era firme cuando empezó a leer, pero le temblaba un poco cuando hubo terminado. La nota era bastante breve.

Bob: Llegué a tiempo al lugar acordado. Cuando prendiste la cerilla para encender tu cigarro vi que tu rostro era el del hombre que buscaban en Chicago. Por alguna razón no pude hacerlo personalmente, de modo que me di una vuelta y encontré a un policía de paisano para que se hiciera cargo.

JIMMY

EL MARINERO DE ÁMSTERDAM^[119]

GUILLAUME APOLLINAIRE

El bergantín holandés Alkmaar regresaba de Java cargado de especias y otras materias preciosas.

Hizo escala en Southampton, y los marineros tuvieron permiso para bajar a tierra.

Uno de ellos, Hendrijk Wersteeg, llevaba un mono sobre el hombro derecho, un loro sobre el izquierdo, y en bandolera un fardo de telas indias que tenía intención de vender en la ciudad, así como los animales.

Era a principios de primavera, y la noche aún caía temprano. Hendrijk Wersteeg caminaba a buen paso por las calles algo brumosas que la luz de gas apenas iluminaba. El marinero pensaba en su próximo regreso a Ámsterdam, en su madre, a la que no había visto desde hacía dos años, en su novia, que lo esperaba en Monnikendam. Calculaba el dinero que sacaría de sus animales y de sus telas, y buscaba la tienda en la que podría vender aquellas exóticas mercancías.

En Above Bar Street, un señor muy correctamente vestido lo abordó preguntándole si buscaba comprador para su loro:

—Este pájaro —dijo— me vendría muy bien. Necesito alguien que me hable sin que yo tenga que responderle, pues vivo totalmente solo.

Como la mayoría de los marineros holandeses, Hendrijk Wersteeg hablaba inglés. Dijo un precio, que el desconocido aceptó.

—Sígame —dijo este último—. Vivo bastante lejos. Usted mismo meterá al loro en una jaula que tengo en casa. Si me muestra sus telas, tal vez encuentre alguna de mi gusto.

Encantado con la ocasión, Hendrijk Wersteeg se fue con el *gentleman*, al que, con la esperanza de vendérselo también, hizo durante el camino el elogio de su mono, que era, decía, de una raza muy rara, una de esas cuyos individuos resisten mejor el clima de Inglaterra y que más se encariñan con su amo.

Pero Hendrijk Wersteeg dejó pronto de hablar. Gastaba sus palabras para nada, porque el desconocido no le respondía e incluso parecía no escucharle.

Siguieron su camino en silencio, uno al lado del otro. Únicamente el mono, echando de menos sus bosques natales, en los trópicos, y asustado por la niebla, lanzaba a veces un gritito semejante al vagido de un recién nacido, mientras el loro batía las alas.

Al cabo de una hora de marcha, el desconocido dijo de repente:

—Ya estamos cerca de mi casa.

Habían salido de la ciudad. El camino estaba bordeado por grandes parques cerrados por verjas; de vez en cuando, a través de los árboles brillaban las ventanas

iluminadas de una casa de campo, y a intervalos se oía, a lo lejos, el grito siniestro de una sirena en el mar.

El desconocido se detuvo ante una verja, sacó de su bolsillo un manojo de llaves y abrió la puerta que volvió a cerrar en cuanto la hubo franqueado Hendrijk.

El marinero estaba impresionado, apenas distinguía, al fondo de un jardín, una pequeña villa de apariencia bastante buena, pero cuyas persianas cerradas no dejaban pasar ninguna luz.

El desconocido silencioso, la casa sin vida, todo aquello era bastante lúgubre. Pero Hendrijk se acordó de que el desconocido vivía solo:

«¡Es un extravagante!», pensó, y, como un marinero holandés no es lo bastante rico como para que lo atraigan con la idea de desvalijarlo, sintió vergüenza de su momento de ansiedad.



—Si tiene usted fósforos, alúmbreme —dijo el desconocido introduciendo una llave en la cerradura que cerraba la puerta del *cottage*.

El marinero obedeció, y, cuando estuvieron dentro, el desconocido trajo una lámpara, que pronto iluminó un salón amueblado con gusto.

Hendrijk Wersteeg se había tranquilizado por completo. Ya alimentaba la esperanza de que su extraño compañero le comprase una buena parte de sus telas.

El desconocido, que había salido del salón, volvió con una jaula:

—Meta ahí a su loro —dijo—, no lo colocaré sobre una percha hasta que no esté domesticado y sepa decir lo que quiero que diga.

Luego, tras cerrar la jaula donde el pájaro se asustaba, rogó al marinero que cogiera la lámpara y pasase a la habitación vecina, donde había, decía él, una mesa apropiada para exponer las telas.

Hendrijk Wersteeg obedeció y fue al cuarto que le había indicado. No tardó en oír que la puerta se cerraba a su espalda y giraban la llave. Estaba prisionero.

Desconcertado, dejó la lámpara sobre la mesa y quiso lanzarse contra la puerta para echarla abajo. Pero una voz lo detuvo:

—¡Un paso más y es hombre muerto, marinero!

Al levantar la cabeza, Hendrijk vio por una lucera en la que aún no había reparado el cañón de un revólver apuntándole. Aterrorizado, se detuvo.

No podía luchar, su cuchillo no le serviría en aquella circunstancia; ni siquiera un revólver le habría servido. El desconocido que lo tenía a su merced se refugiaba detrás de la pared, a un lado de la lucera desde donde vigilaba al marinero, y por donde solo pasaba la mano que apuntaba el revólver.

—Escúcheme bien —dijo el desconocido—, y obedezca. El favor obligado que va usted a prestarme será recompensado. Pero no tiene elección. Ha de obedecerme sin

vacilar, en caso contrario lo mataré como a un perro. Abra el cajón de la mesa... Hay un revólver de seis disparos, cargado con cinco balas... Cójalo.

El marinero holandés obedecía casi de manera inconsciente. Sobre su hombro, el mono lanzaba gritos de terror y temblaba. El desconocido continuó:

—Hay una cortina al fondo del cuarto. Córrala.

Una vez corrida la cortina, Hendrijk vio una alcoba en la que, sobre una cama, atada de pies y manos y amordazada, una mujer lo miraba con la desesperación en los ojos.

—Desate a esa mujer —dijo el desconocido—, y quítele la mordaza.

Una vez ejecutada la orden, la mujer, muy joven y de admirable belleza, se echó de rodillas en dirección a la lucera gritando:

—Harry, ¡esto es una emboscada infame! ¡Me ha traído usted a esta villa para asesinarme! Pretendía haberla alquilado para que pasásemos aquí los primeros tiempos de nuestra reconciliación. Yo creía haberlo convencido. ¡Pensaba que por fin estaba usted seguro de que nunca he sido culpable!... ¡Harry! ¡Harry!, ¡soy inocente!

—No la creo —dijo en tono seco el desconocido.

—¡Harry, soy inocente! —repitió la joven con un nudo en la garganta.

—Son sus últimas palabras, las registro con cuidado. Me las repetiré toda mi vida. —Y la voz del desconocido tembló un poco, pero enseguida se volvió firme—. Porque todavía la amo —añadió—. Si la amase menos, yo mismo la mataría. Pero no puedo hacerlo, porque la amo... Ahora, marinero, si, antes de que haya contado hasta diez, no ha metido usted una bala en la cabeza de esa mujer, caerá muerto a mis pies. Uno, dos, tres...

Y antes de que el desconocido tuviera tiempo de contar hasta cuatro, Hendrijk, fuera de sí, disparó contra la mujer que, siempre de rodillas, lo miraba fijamente. Ella cayó boca abajo. La bala le había dado en la frente. Al punto, un disparo salido de la lucera fue a herir al marinero en la sien derecha. Se derrumbó sobre la mesa, mientras el mono, lanzando agudos gritos de espanto, se escondía en su blusón.

*
* *

Al día siguiente, unos transeúntes que habían oído extraños gritos procedentes de una casa de campo de las afueras de Southampton avisaron a la policía, que no tardó en llegar y echar las puertas abajo.

Encontraron los cadáveres de la joven y del marinero.

El mono, que salió repentinamente del blusón de su amo, saltó a la nariz de uno de los policías. Asustó tanto a todos que, tras retroceder unos pasos, lo abatieron a tiros de revólver antes de osar acercarse a él de nuevo.

La justicia informó. Pareció claro que el marinero había matado a la joven y luego se había suicidado. No obstante, las circunstancias del drama parecían misteriosas. Los dos cadáveres fueron identificados sin esfuerzo, y entonces se preguntaron cómo

lady Finngal, esposa de un par de Inglaterra, se había encontrado a solas, en una aislada casa de campo, con un marinero llegado la víspera a Southampton.

El propietario de la villa no pudo aportar ninguna información que sirviera para esclarecer a la justicia. La casa de campo había sido alquilada, ocho días antes del drama, por un tal Collins, de Manchester, que por lo demás no fue encontrado. Este Collins usaba gafas, tenía una larga barba pelirroja que bien podía ser falsa.

El lord llegó de Londres a toda prisa. Adoraba a su mujer, y su dolor daba lástima. Igual que todo el mundo, no comprendía nada en aquel caso.

Desde estos sucesos, se retiró de la vida social. Vive en su casa de Kensington, sin más compañía que un criado mudo y un loro que sin cesar repite:

—¡Harry, soy inocente!

LA CANA^[120]

EMILIA PARDO BAZÁN

Mi tía Elodia me había escrito cariñosamente: «Vente a pasar la Navidad conmigo. Te daré golosinas de las que te gustan». Y obteniendo de mi padre el permiso, y algo más importante aún, el dinero para el corto viaje, me trasladé a Estela, por la diligencia, y, a boca de noche, me apeaba en la plazoleta rodeada de vetustos edificios, donde abre su irregular puerta cochera el parador. Al pronto, pensé en dirigirme a la morada de mi tía, en demanda de hospedaje; después, por uno de esos impulsos que nadie se toma el trabajo de razonar —tan insignificante creemos su causa—, decidí no aparecer hasta el día siguiente. A tales horas, la casa de mi tía se me representaba a modo de coracha oscura y aburrida. De antemano veía yo la escena. Saldría a abrir la única criada, chancleteando y amparando con la mano la luz de una candileja. Se pondría muy apurada, en vista de tener que aumentar a la cena un plato de carne: mi tía Elodia suponía que los muchachos solteros son animales carnívoros. Y me interpelaría: ¿por qué no he avisado, vamos a ver? Rechinarían y tintinearían las llaves: había que sacar sábanas para mí... Y, sobre todo, ¡era una noche libre! A un muchacho, por formal que sea, que viene del campo, de un pazo solariego, donde se ha pasado el otoño solo con sus papás, la libertad le atrae.

Dejé en el parador la maletilla, y envuelto en mi capa, porque apretaba el frío, me di a vagar por las calles, encontrando en ello especial placer. Bajo los primeros antiguos soportales, tropecé con un compañero de aula, uno de esos a quienes llamamos amigos porque anduvimos con ellos en jaranas y bromas, aunque se diferencien de nosotros en carácter y educación. La misma razón que me hacía encontrar divertido un paseo por calles heladas y solitarias, la larga temporada de vida rústica me movió a acoger a Laureano Cabrera con expansión realmente amistosa. Le referí el objeto de mi viaje, y le invité a cenar. Hecho ya el convenio, reparé, a la luz de un farol, en el mal aspecto y derrotadas trazas de mi amigo. El vicio había degradado su cuerpo, y la miseria se revelaba en su ropa desechable. Parecía un mendigo. Al moverse, exhalaba un olor pronunciado a tabaco frío, sudor y urea. Confirmando mi observación, me rogó en frases angustiosas que le prestase cierta suma. La necesitaba, urgentemente, aquella misma noche. Si no la tenía, era capaz de pegarse un tiro en los sesos.

—No puedo servirte —respondí—. Mi padre me ha dado tan poco...

—¿Por qué no vas a pedirselo a doña Elodia? —sugirió repentinamente—. Esa tiene gato.

Recuerdo que contesté tan solo:

—Me causaría vergüenza...

Cruzábamos en aquel instante por la zona de claridad de otro farol, y cual si brotase de las tinieblas, vivamente alumbrada, surgió la cara de Laureano. Gastada y envilecida por los excesos, conservaba, no obstante, sello de inteligencia, porque todos conveníamos, antaño, en que Laureano «valía». En el rápido momento en que pude verle bien noté un cambio que me sorprendió: el paso de un estado que debía de ser en él habitual —el cinismo pedigüeño, la comedia del sable—, a una repentina, íntima resolución, que endureció siniestramente sus facciones. Dijérase que acababa de ocurrírsele algo extraño.

«Este me atraca», pensé; y, en alto, le propuse que cenásemos, no en el tugurio equívoco, semiburdel que él indicaba, sino en el parador. Un recelo, viscoso y repulsivo, como un reptil, trepaba por mi espíritu conturbándolo. No quería estar solo con tal sujeto, aunque me pareciese feo desconvidarle.

—Allí te espero —añadí— a las nueve...

Y me separé bruscamente, dándole esquinazo. La vaga aprensión que se había apoderado de mí se disipó luego. A fin de evitar encuentros análogos, subí el embozo de la capa, calé el sombrero y, desviándome de las calles céntricas, me dirigí a casa de una mujer que había sido mi excelente amiga cuando yo estudiaba en Estela Derecho. No podré jurar que hubiese pensado en ella tres veces desde que no la veía; pero los lugares conocidos refrescan la memoria y reavivan la sensación, y aquel recoveco del callejón sombrío, aquel balcón herrumbroso, con tiestos de geranios «sardineros», me retrotraían a la época en que la piadosa Leocadia, con sigilo, me abría la puerta, descorriendo un cerrojo perfectamente aceitado. Porque Leocadia, a quien conocí en una novena, era en todo cauta y felina, y sus frecuentes devociones y su continente modesto la habían hecho estimable en su estrecho círculo. Contadas personas sospecharían algo de nuestra historia, desenlazada sencillamente por mi ausencia. Tenía Leocadia marido auténtico, allá en Filipinas, un mal hombre, un *perdis*, que no siempre enviaba los veinticinco duros mensuales con que se remediaba su mujer. Y ella me repetía incesantemente:

—No seas loco. Hay que tener prudencia... La gente es mala... Si le escriben de aquí cualquier chisme...

Reminiscencias de este estribillo me hicieron adoptar mil precauciones y procurar no ser visto cuando subí la escalera, angosta y temblante. Llamé al estilo convenido, antiguo, y la misma Leocadia me abrió. Por poco deja caer la bujía. La arrastré adentro y me informé. Nadie allí; la criada era asistenta y dormía en su casa. Pero más cuidado que nunca, porque «aquel» había vuelto, suspenso de empleo y sueldo a causa de unos líos con la Administración, y gracias a que hoy se encontraba en Marineda, gestionando arreglar su asunto... De todos modos, lo más temprano posible que me retirase y con el mayor sigilo, valdría más. ¡Nuestra Señora de la Soledad, si llegase a oídos de él la cosa más pequeña!...

Fiel a la consigna, a las nueve menos cuarto, recatadamente, me deslicé y enhebré por las callejas románticas, en dirección al parador. Al pasar ante la catedral, el reloj

dio la hora, con pausa y solemnidad fatídicas. Tal vez a la humedad, tal vez al estado de mis nervios se debiese el violento escalofrío que me sobrecogió. La perspectiva de la sopa de fideos, espesa y caliente, y el vino recio del parador, me hizo apretar el paso. Llevaba bastantes horas sin comer.

Contra lo que suponía, pues Laureano no solía ser exacto, me esperaba ya y había pedido su cubierto y encargado la cena. Me acogió con chanzas.

—¿Por dónde andarías? Buen punto eres tú... Sabe Dios...

A la luz amarillenta, pero fuerte, de las lámparas de petróleo colgadas del techo, me horripiló más, si cabe, la catadura de mi amigo. En medio de la alegría que afectaba, y de adelantarse a confesar que lo del tiro en los sesos era broma, que no estaba tan apurado, yo encontraba en su mirar tétrico y en su boca crispada algo infernal. No sabiendo cómo explicarme su gesto, supuse que, en efecto, le rondaba la impulsión suicida. No obstante, reparé que se había atusado y arreglado un poco. Traía las manos relativamente limpias, hecho el lazo de la corbata, alisadas las greñas. Frente a nosotros, un comisionista catalán, buen mozo, barbudo, despachado ya su café, libaba perezosamente copitas de Martel leyendo un diario. Como Laureano alzase la voz, el viajante acabó por fijarse, y hasta por sonreírnos picarescamente, asociándose a la insistente broma.

—Pero ¿en qué agujero te colarías? ¡Qué ficha! Tres horas no te las has pasado tú azotando calles... A otro con esas... ¿Te crees que somos bobos? Como si uno se fiase de estos que vuelven del campo...

Las súplicas de la precavida Leocadia me zumbaban aún en los oídos, y me creí en el deber de afirmar que sí, que callejeando y vagando había entretenido el tiempo.

—¿Y tú? —redargüí—. Rezando el Rosario, ¿eh?

—¡Yo, en mi domicilio!

—¿Domicilio y todo?

—Sí, hijo; no un palacio... Pero, en fin, allí se cobija uno... La fonda de la Braulia, ¿no sabes?

Sabía perfectamente. Muy cerca de la casa de mi tía Elodia: una infecta posaducha, de última fila. Y en el mismo segundo en que recordaba esta circunstancia, mis ojos distinguieron, colgando de un botón del derrotado chaqué de Laureano, un hilo que resplandecía. Era una larga cana brillante.

Me creerán o no. Mi impresión fue violenta, honda; difícilmente sabría definirla, porque creo que hay sobradas cosas fuera de todo análisis racional. Fascinado por el fulgor del hilo argentado sobre el paño sucio y viejo, no hice un movimiento, no solté palabra: callé. A veces pienso qué hubiese sucedido si se me ocurre bromear sobre el tema de la cana. Ello es que no dije esta boca es mía. Era como si me hubiesen embrujado. No podía apartar la mirada del blanco cabello.

Al final de la cena, el buen humor de Laureano se abatió, y a la hora del café estaba tétrico, agitado; se volvía frecuentemente hacia la puerta, y sus manos temblaban tanto, que rompió una copa de licor. Ya hacía rato que el viajante nos

había dejado solos en el comedor lúgubre, frente a los palilleros de loza que figuraban un tomate, y a los floreros azules con flores artificiales, polvorientas. El mozo, en busca de la propia cena, andaría por la cocina. Cabrera, más sombrío a cada paso, sobresaltado, oreja en acecho, apuraba copa tras copa de coñac, hablando aprisa cosas insignificantes o cayendo en acceso de mutismo. Hubo un momento en que debió de pensar: «Estoy cerca de la total borrachera», y se levantó, ya un poco titubeante de piernas y habla.

—Conque no vienes «allá», ¿eh?

Sabía yo de sobra lo que era «allá», y solo de imaginarlo, con semejante compañía y con la lluvia que había empezado a caer a torrentes... ¡No! Mi camita, dormir tranquilo hasta el día siguiente y no volver a ver a Laureano. Le eché por los hombros su capa, le di su grasiento sombrero y le despedí.

—¡Buenas noches... No hay de qué... Que te diviertas, chico!

Dormí sueño pesado que turbaron pesadillas informes, de esas que no se recuerdan al abrir los ojos. Y me despertó un estrépito en la puerta: el dueño del parador en persona, despavorido, seguido de un inspector y dos agentes.

—¡Eh! ¡Caballero! ¡Que vienen por usted!... ¡Que se vista!

No comprendí al pronto. Las frases broncas, deliberadamente ambiguas, del inspector me guiaron para arrancar parte de la verdad. Más tarde, horas después, ante el juez, supe cuanto había que saber. Mi tía Elodia había sido estrangulada y robada la noche anterior. Se me acusaba del crimen...

Y véase lo más singular... ¡El caso terrible no me sorprendía! Dijérase que lo esperaba. Algo así tenía que suceder. Me lo había avisado indirectamente «alguien», quién sabe si el mismo espíritu de la muerta... Solo que ahora era cuando lo entendía, cuando descifraba el presentimiento negro.

El juez, ceñudo y preocupado, me acogió con una mezcla de severidad y cortesía. Yo era una persona «tan decente», que no iban a tratarme como a un asesino vulgar. Se me explicaba lo que parecía acusarme, y se esperaban mis descargos antes de elevar la detención a prisión. Que me disculpase, porque si no, con la prensa y la batahola que se había armado en el pueblo, por muy buena voluntad que... Vamos a ver: los hechos por delante, sin aparato de interrogatorio, en plática confidencial... Yo debía venir a pasar la noche en casa de mi tía. Mi cama estaba preparada allí. ¿Por qué dormí en el parador?

—De esas cosas así... Por no molestar a mi tía a deshora...

¿No molestar? Cuidado: que me fijase bien. He aquí, según el juez, los hechos. Yo había ido a casa de doña Elodia a eso de las siete. La criada, sorda como una tapia, no quería abrir. Yo grité desde la mirilla: «Que soy su sobrino», y entonces la señora se asomó a la antesala y mandó que me dejaran pasar. Entré en la sala y la criada se fue a preparar la cena, pues tenía órdenes anteriores, por si yo llegase. Hasta las nueve o más no se sabe lo que pasó. Pronta ya la cena, la fámula entró a avisar, y vio que en la salita no había nadie: todo en tinieblas. Llamó varias veces y nadie

respondió. Asustada, encendió luz. La alcoba de la señora estaba cerrada con llave. Entonces, temblando, solo acertó a encerrarse en su cuarto también. Al amanecer bajó a la calle, consultó a las vecinas; subieron dos o tres a acompañarla, volvió a llamar a gritos... La autoridad, por último, forzó la cerradura. En el suelo yacía la víctima bajo un colchón. Por una esquina asomaba un pie rígido. El armario, forzado y revuelto, mostraba sus entrañas. Dos sillas se habían caído...

—Estoy tranquilo —exclamé—. La criada habrá visto la cara de ese hombre.

—Dice que no... Iba embozado, con el sombrero muy calado. No le vio. ¡Y es tan torpe, tan necia, tan apocada! Medio lela está.

—Entonces soy perdido —declaré.

—Calma... ¡Cierto que son muchas coincidencias! Ayer llegó usted a las seis. A las seis y cuarto habló con un amigo en la calle de los Bebederos. Luego, hasta las nueve, no se sabe de usted más. A las nueve cena usted en el parador con el mismo amigo, y un viajante que estaba allí declara que le molestaba a usted la pregunta de ¿dónde había pasado esas horas?, y que afirmaba usted haberlas pasado en la calle, lo cual no es verosímil. Llovió a cántaros de ocho a ocho y media, y usted no llevaba paraguas... También decía que estaba usted así... como preocupado... a veces, y el mozo añade que rompió usted una copa. ¡Es una fatalidad...!

—¿Ha declarado el que cenó conmigo?

—Sí por cierto... Declaró la calamidad de Cabrera... Nada, eso; que le vio a usted un rato antes; que, convidado, cenó con usted, y que se retiró a cosa de las once.

—¡Él es quien ha asesinado a mi tía! —lancé firmemente—. Él, y nadie más.

—Pero ¡si no es posible! ¡Si me ha explicado todo lo que hizo! ¡Si a esas horas estuvo en su posada!

—No, señor. Entraría, se haría ver y volvería a salir. En esa clase de bujíos no se cierra la puerta. No hay quien se ocupe de salir a abrirla. Él sabía que me esperaba la tía Elodia. Es listo. Lo arregló con arte. Está en la última miseria. Cuando me encontró, en los Bebederos, me pidió dinero, amenazándome con volarse los sesos si no se lo daba. Ahora todo es claro: lo veo como si estuviese sucediendo delante de mí.

—Ello merece pensarse... Sin embargo, no le oculto a usted que su situación es comprometida. Mientras no pueda explicar el empleo de ese tiempo, de seis a nueve...

Las sienes se me helaron. Debía de estar blanco, con orejas moradas. Me tropezaba con un juez de los de coartada y tente tieso... ¿Coartada? Sería una acción sucia, vil, nombrar a Leocadia —toda mujer tiene su honor correspondiente—, y además, inútil, porque la conozco. No es heroína de drama ni de novela y me desmentiría por toda mi boca... Y yo lo merecía. Yo no era asesino, ni ladrón, pero...

La contrición me apretó el corazón, estrujándolo con su mano de acero. Creía sentir que mi sangre rezumaba... Era una gota salada en los lagrimales. Y en el

mismo punto, ¡un chispazo!, me acordé del hilo brillante, enredado en el botón del raído chaqué.

—Señor juez...

Todavía estaba allí la cana cuando hicieron comparecer al criminal... El «gato» de la tía Elodia se halló oculto entre su jergón, con la llave de la alcoba... Sin embargo, no falta, aun hoy, quien diga que el asunto fue turbio, que yo entregué tal vez a mi cómplice... Honra, no me queda. Hay una sombra indisipable en mi vida. Me he encerrado en la aldea, y al acercarse la Navidad, en semanas enteras, no me levanto de la cama, por no ver gente.

LA POSADA DE LAS DOS BRUJAS. UN HALLAZGO^[121]

JOSEPH CONRAD

Esta historia, episodio, experiencia —llámenlo como quieran— la contó en la década de los cincuenta del siglo pasado^[122] un hombre que, según su propia confesión, tenía sesenta años en aquella época. Sesenta años no es una mala edad... al menos en perspectiva, cuando sin duda la mayoría de nosotros la contemplamos con sentimientos encontrados. Es una edad tranquila; para entonces la partida puede darse casi por terminada; y, manteniéndose al margen, empieza uno a recordar con cierta viveza lo buen mozo que era. He observado que, por una amable atención de la Providencia, la mayoría de la gente al cumplir sesenta años empieza a tener una visión romántica de sí misma. Hasta a sus propios fracasos les encuentran un peculiar atractivo. Lo cierto es que las esperanzas en el porvenir son una excelente compañía con la que se puede vivir, fórmulas exquisitas, fascinantes si se quiere, aunque —por así decirlo— inermes, desguarnecidas para una carrera. Las vestiduras glamurosas son afortunadamente propiedad del pasado inmutable que, sin ellas, permanecería, lo que es algo estremecedor, en una oscuridad cada vez mayor.

Supongo que fue el romanticismo de la edad avanzada lo que llevó a nuestro hombre a contar su experiencia para su propia satisfacción o para admiración de la posteridad. No podía haber sido para enorgullecerse, porque la experiencia fue realmente de un miedo abominable... terror, lo llama él. Ya habrán adivinado que el relato aludido en las primeras líneas estaba por escrito.

Este escrito constituye el Hallazgo manifestado en el subtítulo. El título mismo es una tretra mía (no puedo llamarlo invención) y tiene el mérito de la veracidad. Aquí nos ocuparemos de una posada. En cuanto a las brujas no es más que una expresión convencional, y debemos creer a nuestro hombre cuando dice que es adecuada al caso.

Hice el Hallazgo en una caja de libros comprada en Londres, en una calle que ya no existe, a una librería de lance en la última etapa de decadencia. En cuanto a los libros mismos habían pasado al menos por veinte manos, y al examinarlos resultó que no valían la escasa cantidad de dinero que desembolsé por ellos. Es posible que fuera una premonición lo que me hizo decir: «Permítame quedarme también con la caja». El librero venido a menos asintió con el trágico gesto indiferente del hombre predestinado a extinguirse.

Un revoltijo de páginas sueltas en el fondo de la caja despertó mi curiosidad, aunque vagamente. La letra apretada, prolija, uniforme, no era atractiva a primera vista. Pero la afirmación en una página de que en el año del Señor 1813 el autor tenía

veintidós años me llamó la atención. Veintidós años es una edad interesante en la que es fácil que uno sea imprudente y asustadizo; se reflexiona poco y la imaginación es pujante.

En otra página la frase «Por la noche volvimos a hacer rumbo» atrajo mi lánguida atención, porque era una expresión marinera. «Veamos de qué se trata», pensé, sin entusiasmo.

¡Ay!, pero qué aburrido era el aspecto de aquel manuscrito, cada renglón se parecía al anterior en su ordenación apretada y uniforme. Era como el murmullo de una voz monótona. Un tratado sobre el refinado del azúcar (el tema más aburrido que se me ocurre) podría haber tenido una apariencia más airosa. «En el año del Señor de 1813 yo tenía veintidós años», empieza en serio y continúa con todas las apariencias de una diligencia serena, enorme. No se vayan a creer, sin embargo, que hay algo anticuado en mi hallazgo. El ingenio diabólico en la invención, aunque tan antiguo como el mundo, no es ni mucho menos un arte desaparecido. Fíjense en los teléfonos que perturban la escasa paz de espíritu que se nos concede en este mundo, o en las ametralladoras que con celeridad nos arrancan la vida. Hoy en día cualquier vieja bruja legañosa, aunque con fuerza suficiente para hacer girar una insignificante palanquita, podría dejar fuera de combate a un centenar de jóvenes de veinte años en un abrir y cerrar de ojos.

¡Si esto no es progreso!... ¡Pues estupendo! Hemos avanzado, conque deben suponer que van a hallar aquí una cierta ingenuidad en la invención y una sencillez en la intención que corresponden a una época remota. Y ni que decir tiene, ningún turista motorizado puede encontrar actualmente una posada parecida en ninguna parte. Esta posada, la del título, estaba situada en España. Eso lo descubrí como quien dice como prueba íntima, porque faltaban muchas páginas del relato... quizás una desgracia no tan grande después de todo. El autor parecía haber entrado en minuciosos detalles acerca del cómo y el porqué de su presencia en aquella costa... es de suponer la costa septentrional de España. Aunque su experiencia nada tiene que ver con la mar. Por lo que he podido deducir, era oficial a bordo de una corbeta. Nada de particular hay en ello. En todas las etapas de la prolongada campaña peninsular^[123] muchos de nuestros más pequeños barcos de guerra navegaban frente a la costa septentrional de España... el lugar más peligroso y desagradable que se pueda imaginar.

Se diría que su barco había tenido que desempeñar algún servicio especial. Era de esperar de nuestro hombre una cuidadosa explicación de todas las circunstancias, pero, como ya he dicho, faltaban algunas páginas (papel bien resistente además): empleadas por la irreverente posteridad para cubrir tarros de mermelada o atacar escopetas. Es posible imaginar desde luego que la comunicación con la playa, e incluso el envío de mensajeros tierra adentro, formaba parte de su servicio, ya fuera para obtener información o para transmitir órdenes o noticias a los patriotas españoles, *guerrilleros o *juntas^[124] secretas de la provincia. Algo por el estilo. Todo eso puede deducirse al menos de los trozos que se conservan de su concienzudo escrito.

Luego encontramos el panegírico de un excelente marino, miembro de la tripulación del barco, que tenía el *rating*^[125] de timonel. A bordo se le conocía por Cuba Tom; no porque fuera cubano empero; en realidad era el mejor y más genuino espécimen de marinero británico de la época, y llevaba años sirviendo en buques de guerra. El apodo le vino a causa de algunas asombrosas aventuras que corrió en aquella isla en sus años mozos, aventuras que eran el tema favorito de las historias que tenía por costumbre contar a sus compañeros de tripulación al anochecer en la parte delantera del castillo de proa. Era inteligente, muy fuerte y de probado valor. De paso nos cuenta, tan preciso es nuestro narrador, que Tom tenía la coleta más hermosa por su grosor y longitud de toda la flota. Ese apéndice, que cuidaba mucho y estaba enfundado apretadamente en una piel de marsopa, le colgaba hasta la mitad de su ancha espalda y era muy admirado por todos los espectadores y muy envidiado por algunos.

Nuestro joven oficial se extiende en las cualidades viriles de Cuba Tom con más o menos afecto. Ese tipo de relación entre oficial y marinero no era entonces muy rara. Un jovenzuelo al alistarse en el servicio quedaba al cuidado de un marinero de confianza, que le colgaba su primer coy y a menudo se convertía más tarde en una especie de amigo sumiso del oficial subalterno. El autor, al alistarse en la goleta, había encontrado a ese marinero a bordo después de algunos años de separación. Hay algo conmovedor en el afectuoso placer con que recuerda y relata este encuentro con el mentor profesional de su adolescencia.

Descubrimos entonces que, como no cabía esperar que ningún español se presentara para el servicio, este marinero de confianza de incomparable coleta y muy buena reputación por su valor y sensatez había sido elegido como mensajero para una de esas misiones tierra adentro que se han mencionado. Sus preparativos no fueron complicados. Una sombría mañana otoñal la corbeta se acercó a una caleta de aguas poco profundas donde se podía desembarcar en aquella costa escabrosa. Arriaron un bote y bogaron hacia ella con Tom Corbin (Cuba Tom) encaramado en la proa y nuestro joven (*mister* Edgar Byrne se llamaba en esta tierra que ya nunca más lo verá) sentado en la cámara.

Unos cuantos habitantes de una aldea, cuyas casas de piedra gris podían verse a unas cien yardas o algo así en lo alto de un profundo barranco, habían bajado a la playa y observado la llegada del bote. Los dos ingleses saltaron a tierra. Ya fuera por negligencia o por asombro, los campesinos no los saludaron y se limitaron a retroceder en silencio.

Mister Byrne había decidido asegurarse de que Tom Corbin abiertamente se ponía en camino. Miró a su alrededor a aquellos tristes rostros sorprendidos.

—No hay mucho que se les pueda sacar —dijo—. Subamos a la aldea. A buen seguro habrá una taberna donde podremos encontrar a alguien más dispuesto a hablar y a darnos alguna información.

—Sí, señor —dijo Tom, empezando a andar detrás de su oficial—. Un poco de palabrería sobre rumbos y distancias no nos vendrá nada mal; atravesé la parte más extensa de Cuba con la ayuda de mi labia, aunque entonces sabía mucho menos español que ahora. Como ellos dicen, sabía «cuatro palabras nada más» cuando me dejó en tierra la fragata Blanche.

Quitó importancia a lo que le aguardaba, que no era más que una jornada en las montañas. Es cierto que había una jornada completa antes de dar con el sendero de la montaña, pero eso no era nada para un hombre que había atravesado la isla de Cuba andando y al principio no sabía más que cuatro palabras del idioma.

El oficial y el marinero caminaban ahora sobre un espeso y empapado lecho de hojas marchitas, que los campesinos de por allí acumulan en las calles de sus aldeas para que se pudran durante el invierno y sirvan de abono para el campo. Al volver la cabeza, *mister* Byrne se percató de que toda la población masculina de la aldea les seguía por aquella silenciosa alfombra mullida. Las mujeres no les perdían de vista desde las puertas de sus casas y los niños al parecer se habían escondido. Los aldeanos sabían del barco por haberlo visto en lontananza, pero ningún extranjero había desembarcado en aquel lugar en quizás cien años o más. El tricornio de *mister* Byrne, las tupidas patillas y la enorme coleta del marinero les llenaban de mudo asombro. Se apiñaron tras los dos ingleses, mirándolos de hito en hito como aquellos isleños descubiertos por el capitán Cook en los Mares del Sur.

Fue entonces cuando Byrne vislumbró por primera vez al hombrecito cubierto con una capa y un sombrero amarillo. Aunque descolorido y sucio, esa protección para la cabeza hacía que llamara la atención.

La entrada a la taberna parecía un burdo agujero en un muro de pedernal. El propietario era la única persona que no estaba en la calle, pues salió de las tinieblas del fondo, donde podían distinguirse vagamente las infladas siluetas de odres de vino colgados de clavos. Era un asturiano tuerto de elevada estatura con hirsutas y hundidas mejillas; la grave expresión de su rostro contrastaba enigmáticamente con la errática agitación de su único ojo. Al enterarse de que se trataba de indicar a aquel marinero inglés el camino para reunirse con un tal González en las montañas, cerró por un momento su ojo bueno como si meditara. Acto seguido lo abrió, vivamente de nuevo.

—Posiblemente, quizás. Podría hacerse.

Un murmullo favorable surgió del grupo que estaba en la puerta al oír el nombre de González, cabecilla local de la lucha contra los franceses. Tras preguntar por la seguridad del camino, Byrne se alegró al enterarse de que no se habían visto tropas de esa nación por aquellos parajes desde hacía meses. Ni el más mínimo destacamento de aquellos detestables *polizones. Mientras daba estas respuestas, el propietario de la taberna se ocupó de escanciar un poco de vino en una jarra de barro, que le puso delante al hereje inglés, guardándose en el bolsillo con seria distracción la monedita que el oficial echó encima de la mesa en reconocimiento de la ley no escrita según la

cual nadie debe entrar en una taberna sin tomarse un trago. Su ojo estaba en constante movimiento como si tratara de hacer el trabajo de los dos; pero cuando Byrne pidió información acerca de la posibilidad de alquilar una mula, se quedó inalterablemente fijo en dirección a la puerta, que estaba rodeada por una multitud de curiosos. Frente a ellos, exactamente en el umbral, se había apostado el hombrecito de la capa grande y sombrero amarillo. Era una persona diminuta, un simple homúnculo, lo describe Byrne, en una postura ridículamente misteriosa aunque perentoria, con una extremidad de la capa echada desdeñosamente sobre el hombro, tapándole barbilla y boca, al tiempo que el sombrero amarillo de ala ancha colgaba de un costado de su cabecita cuadrada. No dejaba de tomar rapé.

—Una mula —repitió el vinatero, clavando sus ojos en aquella pintoresca figura que olía a rapé—. ¡No, *señor^[126] oficial! Decididamente no es posible conseguir una mula en este lugar tan pobre.

El timonel, que mantenía el aire indiferente del auténtico marino en ambientes extraños, intervino discretamente.

—Si su señoría está dispuesto a creerme, el caballo de san Francisco^[127] es lo mejor para este trabajo. En cualquier caso, tendría que dejar la bestia en alguna parte, ya que el capitán ha dicho que la mitad del camino será por senderos adecuados únicamente a cabras.

El hombre diminuto dio un paso adelante y habló a través de los pliegues de la capa, que parecían amortiguar una intención sarcástica:

—Sí, *señor. En esta aldea son demasiados honrados y no tienen entre todos ni una sola mula para servir a vuestra merced. Eso puedo atestiguarlo. En estos tiempos, solo los granujas o los muy astutos pueden arreglárselas para tener mulas o cualquier otra bestia de cuatro patas y los medios para mantenerlas. Pero lo que este valiente marinero necesita es un guía; y aquí tiene, *señor, a mi cuñado, Bernardino, vinatero y *alcalde de esta aldea de lo más cristiana y hospitalaria, que le encontrará uno.

Eso, dice *mister* Byrne en su relato, era lo único que podía hacerse. Después de unas cuantas palabras más, se presentó un joven con una capa andrajosa y pantalones de piel de cabra. El oficial inglés invitó a todos los aldeanos y, mientras los campesinos bebían, él y Cuba Tom se marcharon en compañía del guía. El hombre diminuto de la capa había desaparecido.

Byrne acompañó al timonel hasta las afueras de la aldea. Quería verlo bien encaminado, y habría llegado más lejos si el marinero no le hubiera sugerido respetuosamente la conveniencia de que regresara para que el barco no permaneciera más tiempo del necesario tan cerca de la costa en una mañana de aspecto tan poco prometedor. Un cielo nublado y borrascoso pendía sobre sus cabezas cuando se despidieron y un inhóspito paisaje de exuberantes matorrales y campos pedregosos les rodeaba.

—Dentro de cuatro días —fueron las últimas palabras de Byrne— el barco hará rumbo y enviará un bote a la playa si el tiempo lo permite. De no ser así tendrá usted

que arreglárselas en tierra lo mejor que pueda hasta que vayamos a recogerlo.

—De acuerdo, sí señor —respondió Tom y siguió andando a grandes zancadas. Byrne le vio apretar el paso en un estrecho sendero. Con su grueso marsellés^[128], su par de pistolas al cinto, su sable de abordaje a un lado y un sólido garrote en la mano, ofrecía un aspecto de robustez y de ser bien capaz de cuidar de sí mismo. Se volvió un momento para despedirse con la mano, permitiendo que Byrne viera una vez más su honrado rostro bronceado de tupidas patillas. El muchacho de los pantalones de piel de cabra, que parecía, dice Byrne, un fauno o un joven sátiro que brincase delante de él, se detuvo para esperarlo, y luego se puso en marcha de pronto. Ambos desaparecieron.

Byrne regresó. La aldea se ocultaba en un pliegue del terreno, y el sitio parecía el rincón más solitario de la tierra y como si estuviera maldito en su despoblada y desolada aridez. Antes de que hubiera caminado muchas yardas, apareció muy repentinamente de detrás de un matorral el diminuto español embozado. Como es natural, Byrne se paró en seco.

El otro hizo un gesto misterioso con una de sus minúsculas manos que asomaba por debajo de la capa. Llevaba el sombrero muy inclinado hacia un lado de la cabeza.

—*Señor —dijo sin ningún preámbulo—. ¡Cuidado! Es un hecho evidente que el tuerto Bernardino, mi cuñado, tiene en este momento una mula en el establo. ¿Y por qué, no siendo astuto, tiene una mula en el establo? Porque es un granuja; un hombre sin conciencia. Porque tuve que cederle el *macho para asegurarme un techo bajo el que dormir y una migaja de *olla para mantener mi alma dentro de mi insignificante cuerpo. Sin embargo, *señor, contiene un corazón varias veces mayor que la pobre cosa que late en el pecho de ese bruto pariente mío, del que me avergüenzo, aunque me opuse a ese matrimonio con todas mis fuerzas. Pues bien, aquella mujer mal aconsejada sufrió bastante. Tuvo su purgatorio en esta tierra... que Dios la tenga en su gloria.

Byrne dice que le asombró tanto la súbita aparición de aquel ser parecido a un trasto, y la sardónica mordacidad de lo que decía, que era incapaz de esclarecer el hecho significativo de lo que parecía un fragmento de historia familiar que le había soltado sin ton ni son. Al principio no. Estaba desconcertado y al mismo tiempo impresionado por su manera de expresarse, rápida y contundente, completamente diferente de la vacía y acalorada locuacidad de un italiano. Así que abrió desmesuradamente los ojos mientras el homúnculo, dejando caer su capa a un lado, aspiraba una enorme cantidad de rapé que tenía en la palma de la mano.

—Una mula —exclamó Byrne, captando por fin el verdadero sentido de aquella conversación—. ¿Dice usted que tiene una mula? ¡Qué raro! ¿Por qué no quiso dejármela?

El diminuto español volvió a embozarse con gran dignidad.

—*Quién sabe —dijo con indiferencia, y un encogimiento de sus hombros cubiertos por la capa—. Es un gran *político en todo lo que hace. Pero de una cosa

puede estar seguro vuestra merced: sus intenciones son siempre pícaras. Este marido de mi *difunta hermana debería haberse casado hace bastante tiempo con la viuda de patas de palo^[129].

—Comprendo. Pero recuerdo esto: fueran cual fuesen sus motivos, vuestra merced aprobó su mentira.

Aquellos desventurados ojos vivarachos a cada lado de una nariz de ave de presa se enfrentaron a Byrne sin pestañear, mientras, con esa irritabilidad que tan a menudo está latente en el fondo de la dignidad de los españoles, le replicó:

—Sin duda, el *señor oficial no perdería ni una onza de sangre si me apuñalaran más abajo de la quinta costilla. Pero ¿qué sería de este pobre pecador aquí presente? —A continuación, cambiando de tono, añadió—: *Señor, las necesidades de estos tiempos me han obligado a vivir aquí exiliado, a mí, que soy castellano y cristiano viejo, subsistiendo miserablemente entre estos brutos asturianos y dependiendo del peor de todos ellos, que tiene menos conciencia y escrúpulos que un lobo. Y como soy hombre inteligente me rijo en consecuencia. Sin embargo, no puedo contener mi desprecio. Usted oyó la forma en que hablé. Un caballero de talento como vuestra merced debió suponer que ahí había gato encerrado.

—¿Qué gato? —dijo Byrne inquieto—. Ah, ya caigo. Algo sospechoso. No, *señor. No supuse nada. En mi país no tenemos pericia para suponer esa clase de cosas; y por eso le pregunto sin rodeos: ¿ha dicho la verdad el vinatero en los demás detalles?

—Ciertamente no hay franceses en ninguna parte de por aquí —dijo el hombrecito, adoptando de nuevo su actitud indiferente.

—¿Ni salteadores... *ladrones?

—¡*Ladrones en grande... no! De ninguna manera —fue la contestación en un frío tono filosófico—. ¿Qué les queda por hacer después de pasar los franceses? Y nadie viaja en estos tiempos. Pero ¡quién sabe! La ocasión hace al ladrón. De todos modos ese marinero suyo tiene un aspecto feroz, y las ratas no juegan con el hijo de un gato. Pero también hay un dicho, que adonde hay miel pronto habrá moscas.

Esa conversación sibilina exasperó a Byrne.

—En el nombre de Dios —gritó—, dígame sin rodeos si cree usted que mi marinero puede correr algún peligro en su viaje.

El homúnculo, experimentando otro de sus repentinos cambios, agarró el brazo del oficial. El apretón de su manita fue asombroso.

—¡*Señor! Bernardino se va a cuidar de él. ¿Qué más quiere usted? Y escuche: en esta carretera han desaparecido hombres... en cierta parte de esta carretera, cuando Bernardino tenía un *mesón, una posada, y yo, su cuñado, tenía carruajes y mulas para alquilar. Ya no hay viajeros, ni carruajes. Los franceses me han arruinado. Bernardino se ha retirado aquí por motivos que él sabrá tras la muerte de mi hermana. Fueron tres para atormentarla hasta quitarle la vida, él mismo y dos tías suyas, Herminia y Lucila... todos ellos asociados al diablo. Y ahora me ha robado mi último

mulo. Usted va armado. Reclámele el *macho, póngale una pistola en la sien, *señor... no es suyo, se lo aseguro... y cabalgue tras su marinero que tan inapreciable le es. Y entonces ambos estarán a salvo, pues no hay noticias de que jamás dos viajeros desaparecieran juntos en estos días. En cuanto al animal, yo, su propietario, lo confío a su señoría.

Se miraron fijamente el uno al otro y Byrne estuvo a punto de echarse a reír por el ingenio y la transparencia de la trama que había urdido para recuperar su mulo. Pero no le fue difícil contener la risa porque en su interior sentía unas extrañas ganas de hacer aquella cosa tan extraordinaria. No se rio, pero le temblaron los labios; por lo que el diminuto español, despegando sus fulgurantes ojos negros del rostro de Byrne, le volvió la espalda bruscamente con un gesto y un levantamiento de la capa que de alguna manera expresaba a la vez desprecio, encono y desánimo. Se volvió y se quedó quieto, con el sombrero sesgado, embozado hasta las orejas. Pero no estaba ofendido hasta el punto de rechazar el *duro de plata que le ofreció Byrne con palabras evasivas como si nada extraordinario hubiera pasado entre ellos.

—Ahora debo apresurarme a volver a bordo —dijo Byrne acto seguido.

—*Vaya usted con Dios —murmuró el gnomo. Y la entrevista acabó con un sarcástico gesto con el sombrero, que se volvió a colocar en el mismo ángulo peligroso que antes.

En cuanto se hubo izado el bote, pusieron en viento las velas del barco por la amura de mar afuera, y Byrne comunicó toda la historia a su capitán, que no era más que muy pocos años mayor que él. Eso provocó cierta indignación divertida... pero mientras se reían se miraron seriamente. Un enano español tratando de engatusar a un oficial de la armada de su majestad para que robara un mulo en beneficio propio: era demasiado gracioso, demasiado ridículo, demasiado increíble. Esas fueron las exclamaciones del capitán. No podía pasar por alto lo grotesco del asunto.

—Increíble. Eso es —murmuró Byrne por fin en un tono significativo.

Cruzaron sus miradas de manera prolija.

—Está más claro que el agua —afirmó el capitán con impaciencia, ya que en el fondo de su corazón no estaba seguro. Y Tom, el mejor hombre de mar del barco para uno de ellos, empezó a adquirir para el otro, el respetuoso amigo jovial de su adolescencia, una irresistible fascinación, como una figura simbólica de la lealtad que atrajera sus sentimientos y su conciencia, hasta el punto de que no podían apartar de sus pensamientos su seguridad. Varias veces subieron a cubierta, solo para mirar la costa, como si ella pudiera revelarles algo sobre su suerte. Se extendía, prolongándose en la distancia, muda, desolada y salvaje, velada de vez en cuando por frías y sesgadas trombas de agua. La marejada del oeste arrastraba sus interminables y enfurecidas hileras de espuma y grandes nubes grises sobrevolaban el barco en siniestro desfile.

—Ojalá hubiera hecho usted lo que su amiguito del sombrero amarillo quería que hiciese —dijo el capitán de la balandra ya avanzada la tarde con visible exasperación.

—¿De verdad, mi capitán? —contestó Byrne, resentido y verdaderamente angustiado—. Me pregunto qué habría dicho usted después. ¡Caramba! Podrían haberme echado a patadas de la marina por llevarme como botín un mulo de una nación aliada de Su Majestad. O podrían haberme hecho papilla con mayales y horcas —bonita historia para propalarse en el extranjero sobre uno de sus oficiales— al intentar robar el mulo. O perseguido ignominiosamente hasta el bote... pues no esperaría usted que iba a abatir a gente inofensiva por un asqueroso mulo... Y con todo —añadió en voz baja—, casi desearía haberlo hecho.

Antes de que oscureciera aquellos dos jóvenes habían conseguido dejarse llevar por un estado psicológico sumamente complejo de desdeñoso escepticismo y sobresaltada credulidad. Les atormentaba extremadamente; y no podían soportar la idea de que aquello tendría que durar seis días por lo menos, y quizás se prolongase más durante un tiempo indefinido. El barco, por lo tanto, se puso a hacer rumbo desde mar adentro ganando barlovento al caer la noche. Durante toda aquella oscura y borrascosa noche se dirigió hacia tierra en busca de su marinero, unas veces capeando las fuertes ráfagas de viento, otras balanceándose vanamente en el oleaje casi inmóvil, como si tuviera también una mente propia para decidir perpleja entre la fría razón y un tibio impulso.

Luego, nada más amanecer, un bote se hizo a la mar y avanzó dando bandazos hacia la caleta de aguas poco profundas donde, con considerable dificultad, un oficial con un grueso abrigo y un sombrero redondo se las arregló para desembarcar en una playa de guijarros.

—Era mi deseo —escribe *mister* Byrne—, un deseo que mi capitán aprobaba, desembarcar en secreto, si fuera posible. No quería que me vieran ni mi agraviado amigo del sombrero amarillo, cuyas intenciones no estaban claras, ni el vinatero tuerto, fuera o no aliado del diablo, ni desde luego ningún otro habitante de aquella primitiva aldea. Pero por desgracia, la caleta era el único posible desembarcadero en muchas millas; y por lo empinado del barranco no podía dar un rodeo para evitar las casas.

—Afortunadamente —prosigue—, toda la gente seguía acostada. Apenas había amanecido cuando acabé pisando aquella espesa capa de hojas empapadas que cubría la única calle. Fuera no se movía ni un alma, ni ladraba ningún perro. Había un profundo silencio y, cuando había decidido un poco asombrado que al parecer no tenían perros en la aldea, oí un débil gruñido y del asqueroso callejón entre dos casuchas salió un repugnante perro sin raza con el rabo entre las patas. Se escabulló en silencio, enseñándome los dientes mientras corría ante mí, y desapareció tan de improviso que bien podía haber sido la inmunda encarnación del Maligno. Hubo también algo tan sobrecogedor en su llegada y en su desaparición que mi ánimo, no muy bueno ya ni mucho menos, se deprimió todavía más ante la repelente visión de aquella criatura como si se tratase de un mal presagio.

Se alejó de la costa sin ser visto, que él supiera, luego bregó resueltamente hacia el oeste contra el viento y la lluvia, en una altiplanicie árida y sombría, bajo un cielo ceniciento. Lejos, se elevaban las escarpadas y peladas crestas de las escabrosas y desoladas montañas, que parecían aguardarle de modo amenazador. El atardecer le sorprendió bastante cerca de ellas, pero, en lenguaje marinerico, sin estar seguro de dónde se encontraba, hambriento, mojado y agotado por una jornada de marcha continua por un terreno desigual, durante la cual había visto a muy poca gente y no había podido obtener ni la menor noticia del paso de Tom Corbin. «¡Adelante, adelante! Debo seguir adelante», se había estado diciendo durante las horas de solitario esfuerzo, más espoleado por la incertidumbre que por cualquier temor o esperanza definidos.

La escasa luz del día desapareció rápidamente, dejándolo frente a un puente en ruinas. Descendió al barranco, vadeó un angosto arroyo gracias al último espejeo de la rápida corriente y cuando, tras subir gateando, salió al otro lado, se encontró con la noche, que le cayó sobre los ojos como una venda. El viento, que azotaba en la oscuridad el costado de la *sierra, atormentaba sus oídos con un bramido continuo como el del mar embravecido. Imaginó que se había extraviado. Incluso a la luz del día, entre las rodadas, los charcos de barro y las aristas de las piedras que afloraban, era difícil distinguir el camino del monótono erial de aquel páramo, salpicado de cantos rodados y matas de arbustos sin hojas. Pero, como él dice, «siguió su rumbo por la dirección del viento», con el sombrero calado hasta las cejas, la cabeza gacha. Deteniéndose de vez en cuando por puro cansancio, más de la mente que del cuerpo... como si no fuera su fuerza sino su resolución lo que ponía a prueba la tensión de un empeño que presentía vano y el desasosiego de sus sensaciones.

En una de esas pausas, traído por el viento débilmente como desde muy lejos, oyó un ruido de golpes, exactamente golpes sobre madera. De pronto se dio cuenta de que el viento se había calmado.

El corazón empezó a latirle aceleradamente porque todavía le impresionaban las soledades desiertas que había atravesado durante las últimas seis horas... la sensación opresiva de un mundo deshabitado. Cuando levantó la cabeza un rayo de luz, ilusorio como sucede a menudo en la densa oscuridad, brilló ante sus ojos. Mientras escudriñaba, el sonido de débil golpeteo se repitió... y de repente sintió más que vio la presencia de un imponente obstáculo en su camino. ¿Qué era? ¿El espolón de una colina? ¡O era una casa! Sí. Era una casa bien cerca, como si hubiera surgido del suelo o hubiera venido deslizándose para salir a su encuentro, muda y pálida, desde algún oscuro lugar apartado de la noche. Se alzaba con altivez. Había surgido al abrigo de los vientos; otros tres pasos y podría haber tocado el muro con la mano. Era sin duda una *posada y algún otro viajero estaba intentando entrar. Oyó de nuevo ruido de golpes cautelosos.

Un momento después se abrió paso en la noche una ancha franja de luz a través de la puerta abierta. Byrne puso el pie en ella con impaciencia, después de lo cual la

persona que se hallaba fuera dio un salto y con un grito ahogado desapareció en la noche. Se oyó también desde dentro una exclamación de sorpresa. Lanzándose contra aquella puerta entreabierta, Byrne consiguió entrar tras vencer una considerable resistencia.

Una miserable vela, una simple vela de junco, ardía en el extremo de una larga mesa de pino. Y alumbrado por ella Byrne vio a la chica, todavía tambaleante, que él había echado de la puerta. Llevaba una falda corta negra y un chal naranja, tenía la tez morena... y los pelos sueltos que escapaban de una mata oscura y espesa como un bosque, sujeta por una peineta, formaban un velo negro en torno a su estrecha frente. Un estridente y lastimero alarido de «*¡Misericordia!» llegó en dos voces desde el fondo de aquella larga habitación, en la que la lumbre de un hogar abierto se recreaba entre espesas sombras. La chica recobró la respiración y emitió un siseo entre dientes.

No hace falta repetir la larga serie de preguntas y respuestas con las que él aplacó los temores de las dos ancianas sentadas a cada lado del fuego, en el que bullía un gran puchero de barro. Byrne pensó inmediatamente en dos brujas vigilando la preparación de alguna poción mortal. Pero de todos modos, cuando una de ellas, alzando penosamente su quebrantada figura, levantó la tapa del puchero, el vapor que salió despedía un olor muy apetitoso. La otra no se movió, sino que permaneció sentada con el cuerpo encorvado y sin parar de temblarle la cabeza.

Eran horribles. Había algo grotesco en su decrepitud. Sus bocas desdentadas, sus narices ganchudas, la escualidez de la activa y las flácidas mejillas cetrinas de la otra (la inmóvil, cuya cabeza temblaqueaba) habrían dado risa si la visión de su espantosa degradación física no hubiera repugnado a los ojos, si no hubiera encogido el corazón con patético asombro la inenarrable miseria de la edad, la tremenda persistencia de la vida que termina por convertirse en motivo de asco y pavor.

Para sobreponerse, Byrne empezó a hablar, diciendo que era inglés y que buscaba a un compatriota suyo que debía haber pasado por allí. En cuanto se puso a hablar, el recuerdo de su despedida de Tom le vino a la memoria con asombrosa viveza: los aldeanos silenciosos, el gnomo enfadado, Bernardino, el vinatero tuerto. ¡Vaya! Aquellos dos incalificables espantajos debían de ser las tías de aquel hombre... asociadas al diablo.

Al margen de lo que hubieran sido antes, era imposible imaginar de qué podían servirle al diablo unas criaturas tan endebles ahora, en el mundo de los vivos. ¿Cuál era Lucila y cuál Herminia? Ahora eran cosas sin nombre. A las palabras de Byrne siguió un momento de suspense. La bruja del cucharón dejó de remover el rancho en el puchero de hierro y la temblorosa cabeza de la otra se detuvo durante el lapso de un suspiro. En esa fracción infinitesimal de segundo, Byrne tuvo la sensación de estar realmente cerca de lo que buscaba, de haber llegado al final del camino, casi al alcance de la voz de Tom.

«Ellas le han visto», pensó convencido. Por fin había allí alguien que lo había visto. Estaba seguro de que negarían saber nada del *inglés; pero por el contrario se

apresuraron a contarle que había comido y pasado la noche en aquella casa. Empezaron a hablar al mismo tiempo, describiendo su aspecto y su comportamiento. Una excitación bastante vehemente a pesar de su debilidad parecía poseerlas. La bruja corcovada blandió en alto su cucharón de madera, el monstruo entumecido se levantó de su taburete y chilló, pasando de un pie a otro, mientras el temblor de su cabeza se aceleraba hasta convertirse en una verdadera vibración. Aquel comportamiento nervioso desconcertó bastante a Byrne... ¡Sí! Aquel *inglés corpulento e impetuoso se marchó al amanecer, después de comer un pedazo de pan y beber un poco de vino. Y si el *caballero quería seguir el mismo camino nada sería más fácil... al amanecer.

—¿Me proporcionarán a alguien que me indique el camino? —dijo Byrne.

—Sí, *señor. Un joven apropiado. El hombre que el *caballero vio salir.

—Pero si estaba llamando a la puerta —objetó Byrne—. Nada más verme echó a correr. Iba a entrar.

—¡No! ¡No! —gritaron a la vez las dos horribles brujas—. Salía. ¡Salía!

Bien pensado quizás fuera cierto. El ruido de golpes había sido débil, fugaz, reflexionó Byrne. Solo producto de su imaginación tal vez.

—¿Quién es ese hombre?

—Su *novio —gritaron señalando a la chica—. Ha vuelto a su casa en una aldea lejos de aquí. Pero regresará al amanecer. ¡Es su *novio! Y ella es huérfana... hija de cristianos pobres. Vive con nosotras con la ayuda de Dios, con la ayuda de Dios.

Agachada en un rincón del hogar, la huérfana había estado mirando a Byrne, quien pensó que era más bien una hija de Satanás que aquellas dos misteriosas arpías mantenían allí por amor al diablo. Tenía los ojos algo rasgados, los labios más bien gruesos, pero admirablemente formados; su rostro moreno era de una belleza salvaje, voluptuosa e indómita. En cuanto a la índole de su mirada, fija en él con una atención sensual y rabiosa, «para saber cómo era —dice Byrne—, no tienen más que observar a un gato hambriento mirando a un pájaro enjaulado o a un ratón en una ratonera».

Fue ella quien sirvió la comida, de lo cual se alegró Byrne; aunque con aquellos grandes y rasgados ojos negros, que lo examinaban de cerca, como si llevara escrito en el rostro algo curioso, le causó una sensación incómoda. Pero cualquier cosa era mejor que la proximidad de aquellas legañas brujas de pesadilla. Sus temores hasta cierto punto se habían calmado; tal vez por la sensación de calor después de una severa exposición a la intemperie y el alivio de poder descansar tras el esfuerzo de luchar contra la tempestad palmo a palmo durante todo el camino. No tenía la menor duda de que Tom estaba a salvo. A estas alturas estaría durmiendo en algún campamento en las montañas tras haber encontrado a los hombres de González.

Byrne se levantó, llenó una copa de estaño con vino de un odre que colgaba en la pared, y volvió a sentarse. La bruja con cara de momia empezó a hablarle, divagando, de los viejos tiempos. Presumía de la fama de la posada en aquellos años mejores.

Gente importante con coche propio se habían detenido allí. Un arzobispo durmió una vez en la *casa hacía mucho, mucho tiempo.

La bruja del rostro entumecido parecía escuchar desde su taburete, inmóvil, si no fuera por el temblor de la cabeza. La chica (Byrne estaba convencido de que era una gitana de paso a quien habían admitido allí por una u otra razón) estaba sentada en la piedra del hogar a la luz difusa de las ascuas. Tarareaba una canción en voz baja, repicando suavemente unas castañuelas de vez en cuando. Al mencionar al arzobispo soltó una risita maliciosa y volvió la cabeza para mirar a Byrne, de modo que el relumbre rojo del fuego se reflejaba en sus ojos negros y en sus dientes blancos bajo el recóndito caballete del enorme manto de la chimenea. Y él le sonrió.

Ya no le preocupaba tanto la seguridad. Al haber llegado inesperadamente no podía existir ninguna conspiración contra él. Poco a poco la somnolencia fue apoderándose de sus sentidos. Le gustó, pero no había perdido del todo el control de la razón, o al menos eso creía él; pero debió de ir a más de lo que imaginaba, porque le asustó desmesuradamente un ruido infernal. Nunca en toda su vida había oído nada tan inhumanamente estridente. Las brujas habían empezado a pelearse por algo. Fuera cual fuese el motivo, se estaban ya insultando una a la otra violentamente, sin argumentos; sus gritos seniles no expresaban más que terrible enojo y feroz consternación. Los ojos negros de la gitana pasaban de la una a la otra. Nunca antes se había sentido Byrne tan distante de la solidaridad entre seres humanos. Antes de que hubiera tenido tiempo realmente de comprender el motivo de la disputa, la chica se levantó de golpe repicando estrepitosamente las castañuelas. Se hizo un silencio. Se acercó a la mesa y se inclinó, mirándole a los ojos.

—*Señor —dijo con determinación—, usted dormirá en la habitación del arzobispo.

Ninguna de las brujas se opuso. La marchita y encorvada se apoyaba en un bastón. La del rostro entumecido tenía ahora una muleta.

Byrne se levantó, anduvo hasta la puerta y dando la vuelta a la llave en la enorme cerradura se la guardó descaradamente en el bolsillo. Aquella era sin ningún género de dudas la única entrada, y no quería que le cogiera desprevenido ningún peligro que pudiera acechar fuera.

Cuando volvió de la puerta vio que las dos brujas «asociadas al diablo» y la chica satánica le miraban en silencio. Se preguntó si Tom Corbin habría tomado la misma precaución la noche anterior. Y al pensar en él tuvo de nuevo la rara impresión de su proximidad. Todos enmudecieron. Y en aquel silencio notó que la sangre se le subía a la cabeza al escuchar en los oídos un confuso zumbido apremiante en el que una voz pronunciaba las palabras «*Mister Byrne, tenga cuidado, señor*». La voz de Tom. Se estremeció; pues de todos los delirios los auditivos son los más vivos y por su misma naturaleza tienen un carácter imperioso.

Parecía imposible que Tom no estuviera allí. De nuevo una ligera sensación de frío, como de una sigilosa corriente de aire, penetró a través de su ropa y le recorrió

todo el cuerpo. Haciendo un esfuerzo se libró de aquella impresión.

Fue la chica la que le precedió a subir las escaleras llevando una lámpara de hierro de cuya llama sin protección ascendía un tenue hilo de humo. Sus sucias medias blancas estaban llenas de agujeros.

Con la misma decisión discreta con que había cerrado la puerta de abajo, Byrne fue abriendo de par en par las puertas del pasillo una por una. Todas las habitaciones estaban vacías, salvo algunos indescriptibles trastos viejos en una o dos. Y la chica, viendo lo que él hacía al pararse cada vez, levantaba pacientemente la humeante luz ante cada puerta. Mientras tanto le observaba con ininterrumpida atención. La última la abrió de par en par ella misma.

—Usted dormirá aquí, *señor —susurró con una voz débil como el aliento de un niño, ofreciéndole la lámpara.

—*Buenas noches, señorita —dijo él cortésmente, aceptándosela.

Ella no le devolvió el saludo de forma audible, aunque sus labios se movieron un poco, mientras su mirada, negra como una noche sin estrellas, ni por un momento se apartó de él. Entró y, mientras cerraba la puerta, permaneció allí inmóvil y turbadora, con sus voluptuosos labios y sus ojos rasgados, y la expresión de expectante ferocidad sensual de un gato frustrado. Él vaciló durante unos instantes, y en la silenciosa casa volvió a notar la lenta y pesada pulsación de la sangre en los oídos, mientras una vez más el delirio de la voz de Tom hablándole encarecidamente desde algún sitio próximo le resultaba especialmente espantoso, porque esta vez no podía distinguir las palabras. Finalmente le dio con la puerta en las narices a la chica, dejándola a oscuras; y la volvió a abrir casi inmediatamente. No había nadie. Ella había desaparecido sin hacer el menor ruido. Cerró la puerta rápidamente y echó dos pesados cerrojos.

Una profunda desconfianza le poseyó de repente. ¿Por qué se habían peleado las brujas acerca de si debían dejarle dormir en aquella habitación? ¿Y qué significaba la forma de mirarlo de la chica, como si quisiera grabar en su mente sus facciones para siempre? Su propio nerviosismo le alarmó. Le pareció que se había apartado mucho del género humano.

Examinó su habitación. No era muy alta, solo lo suficiente para permitir una cama con un enorme dosel, una especie de baldaquino, del que colgaban pesadas cortinas a los pies y a la cabecera; una cama sin duda alguna digna de un arzobispo. Había una voluminosa mesa labrada en los bordes, algunos sillones enormes que parecían formar parte del botín del palacio de algún *grande; un armario alto y poco profundo adosado a la pared y con puerta de doble hoja. Trató de abrirlas. Estaban cerradas. Le asaltó una sospecha y cogió la lámpara para examinarlas más de cerca. No, no era una entrada disimulada. Aquel mueble pesado y alto estaba separado de la pared por lo menos una pulgada. Echó un vistazo a los cerrojos de la puerta de la habitación. ¡No! Nadie podría llegar hasta él a traición mientras dormía. Pero ¿podría dormir?, se preguntó con preocupación. Si al menos estuviera allí Tom... el leal marinero que

había combatido a su derecha en uno o dos lances comprometidos y que siempre le había aconsejado que cuidara de sí mismo. «Pues de nada sirve —solía decir— dejar que te maten en una lucha muy reñida. Cualquiera tonto puede hacerlo. Lo verdaderamente divertido es luchar contra los franceses y sobrevivir para seguir luchando».

Byrne comprobó lo difícil que era no ponerse a escuchar el silencio. De alguna forma tenía la convicción de que nada lo rompería a no ser que oyera de nuevo el evocador sonido de la voz de Tom. La había oído ya dos veces. ¡Qué raro! Pero no era de extrañar, se persuadió a sí mismo de manera razonable, ya que llevaba más de treinta horas seguidas pensando en aquel hombre y, lo que es más, sin resultados concluyentes. Pues su preocupación por Tom nunca había adoptado una forma precisa. «Desaparecer» era la única palabra relacionada con la idea del peligro que Tom podía correr. Era muy imprecisa y horrible. «¡Desaparecer!». ¿Qué significaba eso?

Byrne se estremeció, y luego se dijo que debía de tener un poco de fiebre. Pero Tom no había desaparecido. Byrne acababa de oírle. Y el joven volvió a sentir que la sangre le latía en los oídos. Permaneció inmóvil, esperando a cada momento escuchar el sonido de la voz de Tom a través de los latidos de su sangre. Aguardó, aguzando el oído, pero nada pasó. De repente se le ocurrió una idea: «No ha desaparecido, pero no puede hacerse oír».

Se levantó de golpe del sillón. ¡Qué absurdo! Dejando en la mesa la pistola y el puñal, se quitó las botas y, sintiéndose de pronto demasiado cansado para estar de pie, se echó en la cama, que encontró más blanda y cómoda de lo que esperaba.

Le había parecido que estaba muy desvelado, pero a pesar de todo debió de echar una cabezada, pues cuando se quiso dar cuenta se había incorporado en la cama y trataba de recordar qué era lo que le había dicho la voz de Tom. ¡Ah! Ya se acordaba. Le había dicho: «¡*Mister* Byrne, tenga cuidado, señor!». Una advertencia. Pero ¿contra qué?

De un salto fue a parar al centro de la habitación, suspiró una vez, luego miró a su alrededor. La ventana tenía cerrados los postigos y atrancados con una barra de hierro. Sus ojos volvieron a recorrer lentamente las paredes desnudas, e incluso miró para arriba al techo, que era bastante alto. Después fue a la puerta para examinar los cerrojos. Consistían en dos enormes pestillos de hierro que se deslizaban en agujeros hechos en la pared; y como el pasillo de fuera era demasiado estrecho para permitir cualquier dispositivo para echarlos abajo ni siquiera blandir un hacha, nada podía derribar la puerta... salvo la pólvora. Pero mientras seguía asegurándose de que el pestillo inferior estaba bien corrido, tuvo la impresión de la presencia de alguien más en la habitación. Fue tan fuerte que se dio la vuelta más rápido que el rayo. No había nadie. ¿Quién podía haber? Y aun así...

Fue entonces cuando perdió la compostura y el dominio de sí mismo que un hombre mantiene por amor propio. Se puso a gatas y puso la lámpara en el suelo para

mirar debajo de la cama como una niña tonta. Vio mucho polvo y nada más. Se levantó, ardiéndole las mejillas, y paseó de un lado a otro disgustado por su comportamiento e injustificadamente enfadado con Tom por no dejarlo en paz. Las palabras «¡*Mister* Byrne, tenga cuidado, señor!» seguían repitiéndose en su cabeza a modo de advertencia.

«¿No habría sido mejor que me echase en la cama e intentara dormir?», se preguntó. Pero sus ojos se fijaron en el armario alto y fue hacia él, irritado consigo mismo pero incapaz de desistir. No tenía la menor idea de cómo podría explicar al día siguiente a las dos brujas el delito de robo con allanamiento de morada. No obstante introdujo la punta de su puñal entre las dos hojas de la puerta y trató de abrirlas haciendo palanca. Resistieron. Blasfemó, perseverando con vehemencia en su propósito. Murmuró: «Espero que estés satisfecho, maldito seas», dirigiéndose al ausente Tom. En aquel preciso momento cedió la puerta, abriéndose de golpe.

Él estaba allí.

Él... el leal, sagaz y valiente Tom estaba allí, misteriosamente erguido y rígido, en prudente silencio, que sus ojos abiertos de par en par con su fijo relampagueo parecían exigir a Byrne que lo respetara. Pero Byrne estaba demasiado asustado para emitir cualquier sonido. Asombrado, retrocedió un poco... y al momento el marinero se lanzó hacia adelante de bruces como si fuera a agarrar a su oficial por el cuello. Byrne alargó instintivamente sus titubeantes brazos; notó la horrible rigidez de aquel cuerpo y luego la frialdad de la muerte cuando chocaron sus cabezas y entraron en contacto sus rostros. Se tambalearon y Byrne lo estrechó contra su pecho para que no cayera estrepitosamente. Apenas tuvo la fuerza suficiente para depositar en el suelo con cuidado aquella espantosa carga... Acto seguido la cabeza le empezó a dar vueltas, le flaquearon las piernas y se hincó de rodillas, inclinándose sobre el cadáver con las manos apoyadas en el pecho de aquel hombre antes rebosante de vida y ahora tan insensible como una piedra.

«¡Muerto!, mi pobre Tom muerto», se repetía mentalmente. La luz de la lámpara, colocada cerca del borde de la mesa, caía directamente desde arriba sobre la mirada fija, fría, vacía, de aquellos ojos de por sí tan expresivos y alegres.

Byrne apartó la mirada de aquellos ojos. Tom no llevaba anudado al cuello su pañuelo negro de seda. Había desaparecido. Los asesinos se habían llevado también sus zapatos y sus medias. Y al observar aquel despojo, aquella garganta al descubierto, aquellos pies descalzos vueltos hacia arriba, Byrne notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Por lo demás, el marinero estaba completamente vestido; y no llevaba la ropa desarreglada como debiera haber estado después de una pelea violenta. Únicamente le habían levantado un poco la camisa a cuadros por encima de la pretina en un sitio solo lo necesario para comprobar si llevaba dinero sujeto al cinturón. Byrne sacó su pañuelo y empezó a sollozar.

Fue un estallido nervioso que se le pasó rápidamente. Hincado de rodillas todavía, contempló con tristeza el cuerpo atlético del mejor marinero que jamás hubiera

desenvainado un sable de abordaje, apuntado una pistola, o aguantado un temporal poniéndose a la capa, allí tendido, tieso y frío, privado de su alegre e intrépido espíritu... que tal vez volvía a él, su compinche, a su barco, que se balanceaba en las olas grises frente a una costa escabrosa, en el mismo momento de su huida.

Notó que habían cortado los seis botones de latón de la guerrera de Tom. Se estremeció ante la idea de aquellas dos miserables y repulsivas brujas ocupándose cual gules^[130] del indefenso cuerpo de su amigo. ¡Cortados! Quizás con el mismo cuchillo que... La cabeza de una de ellas temblaba; la otra estaba encorvada, y ambas tenían los ojos enrojecidos y legañosos, y sus odiosas garras poco firmes... Y además tuvo que haber sido en aquel mismo lugar, pues Tom no podía haber sido asesinado en campo abierto y llevado luego allí. De eso estaba seguro Byrne. Pero aquellas dos diabólicas arpías no podían haberlo asesinado solas ni siquiera cogiéndolo desprevenido. Y Tom no habría bajado nunca la guardia, por supuesto. Tom era un hombre muy avisado y precavido cuando le ocupaba algún servicio... ¿Y cómo le habían asesinado en realidad? ¿Quién lo hizo? ¿De qué modo?

Byrne se levantó de golpe, echó mano a la lámpara de la mesa y se inclinó rápidamente sobre el cadáver. La luz no reveló en la ropa ninguna mancha, ninguna huella, ninguna gota de sangre en ninguna parte. A Byrne le empezaron a temblar las manos hasta el punto de que tuvo que dejar la lámpara en el suelo y volver la cabeza para recuperarse de su nerviosismo.

Acto seguido empezó a examinar aquel cuerpo frío, inmóvil y rígido, buscando una puñalada, una herida de bala, algún indicio de un golpe mortal. Palpó ansiosamente todo el cráneo. Estaba intacto. Deslizó la mano por debajo del cuello. No estaba roto. Con ojos aterrados miró debajo de la barbilla y no vio ninguna huella de estrangulamiento en la garganta.

No había señales en ninguna parte. Sencillamente, estaba muerto.

Llevado por un impulso, Byrne se alejó del cadáver como si el misterio de una muerte incomprensible hubiera transformado su compasión en desconfianza y pavor. La lámpara en el suelo cerca del marinero dejaba ver que su rostro rígido e inmóvil miraba fijamente al techo como si estuviera desesperado. Gracias al círculo de luz que proyectaba la lámpara, Byrne dedujo por los intactos montones de polvo en el suelo que no había habido ninguna pelea en aquella habitación. «Lo mataron fuera», pensó. Sí, fuera, en aquel estrecho pasillo, donde apenas había espacio para dar la vuelta, había acontecido la misteriosa muerte del pobre Tom. De pronto Byrne tuvo el impulso de agarrar rápidamente sus pistolas y salir precipitadamente de la habitación, pero lo venció. Pues Tom también iba armado... con armas tan ineficaces como las que él llevaba: ¡pistolas, un sable de abordaje! Y Tom había tenido una muerte indecible, por medios incomprensibles.

Una nueva idea se le ocurrió a Byrne. Aquel desconocido que llamaba a la puerta y tan rápidamente había huido cuando él apareció había venido a deshacerse del cadáver. ¡Ajá! Ese era el guía que la bruja marchita le había prometido que mostraría

al oficial inglés el camino más corto para reunirse con su marinero. Una promesa, comprendió ahora, de terrible significado. El que había llamado a la puerta tendría que habérselas con dos cadáveres. Marinero y oficial saldrían juntos de la casa. Pues Byrne estaba ya convencido de que tendría que morir antes del amanecer... y del mismo modo misterioso, dejando un cadáver sin ningún rasguño.

Ver una cabeza aplastada, un cuello cortado, una herida abierta por un disparo, habría supuesto un alivio inefable. Habría disipado todos sus miedos. Su alma lloraba por aquel marinero muerto que nunca le había fallado ante el peligro. «¿Por qué no me dices lo que tengo que buscar, Tom? ¿Por qué no me lo dices?». Pero en su rígida inmovilidad, tendido de espaldas, Tom parecía guardar un austero silencio, como si, por la irrevocabilidad de su amargo secreto, no se dignara conversar con los vivos.

De pronto Byrne se arrodilló junto al cadáver y, ya sin lágrimas, furioso, le abrió la camisa dejando por completo al descubierto el tórax, como si fuera a arrancar el secreto por la fuerza a aquel corazón sin vida que tan leal le había sido cuando la tenía. ¡Nada! ¡Nada! Levantó la lámpara y el único signo que le concedió aquel rostro cuya expresión solía ser tan afable fue una pequeña magulladura en la frente... casi nada, una simple señal. Ni siquiera se había desgarrado la piel. La miró fijamente durante un buen rato, como sumido en un horrible sueño. Luego observó que Tom tenía las manos cerradas como si al caer estuviese enfrentándose a alguien a puñetazos. Los nudillos, en un examen más minucioso, parecían algo excoriados. En ambas manos.

El descubrimiento de aquellas insignificantes señales horrorizó más a Byrne de lo que habría hecho la total ausencia de cualquier indicio. Así que Tom había muerto atacando a algo que se podía golpear pero podía matar sin dejar ni una herida... de un soplo.

Un miedo intenso, intolerable, empezó a apoderarse del corazón de Byrne como una lengua de fuego que se acerca y se retira antes de reducir algo a cenizas. Se separó del cadáver lo más lejos que pudo, acto seguido avanzó sigilosamente, echando ojeadas aterradoras con las que volver a mirar a escondidas la frente magullada. Quizás él mismo tendría en su frente una leve magulladura semejante a aquella... antes de que amaneciera.

—No lo puedo soportar —se dijo a sí mismo en voz baja.

Tom era ahora para él un objeto de horror, un espectáculo al mismo tiempo atractivo y repulsivo para su miedo. No soportaba mirarlo.

Por fin, la desesperación se impuso a su creciente horror, desde la pared en la que se había apoyado dio un paso al frente, cogió el cadáver por las axilas y lo empezó a llevar a rastras hasta la cama. Los talones desnudos del marinero se arrastraron por el suelo sin hacer ruido. Pesaba, con el peso muerto de los objetos inanimados. Con un último esfuerzo Byrne lo dejó boca abajo en el borde de la cama, le dio la vuelta, y sacó de debajo de aquel ser tieso e inerte una sábana con la que lo cubrió. A

continuación corrió las cortinas de la cabecera y los pies, de manera que, juntándolas mientras estiraba sus pliegues, le ocultaban por completo la visión de la cama.

Fue dando traspiés hacia una silla y se dejó caer en ella. Por un momento el sudor fluyó por su rostro, y entonces durante algún tiempo por sus venas pareció correr un chorrito de sangre medio helada. El terror total se había apoderado de él, un terror indecible que había reducido su corazón a cenizas.

Permaneció erguido en aquella silla de respaldo recto, con la lámpara ardiendo a sus pies, sus pistolas y su sable de abordaje junto a su codo izquierdo en el extremo de la mesa, sin dejar de girar los ojos en sus cuencas para mirar las paredes, el techo, el suelo, a la espera de una misteriosa y horrorosa visión. Lo que podía dar muerte con un soplo se hallaba al otro lado de aquella puerta cerrada con el cerrojo echado. Pero en aquellos momentos Byrne no se fiaba ni de paredes ni de cerrojos. Un terror irracional sacaba provecho de todo, su antigua admiración de los años mozos por el atlético Tom, el intrépido Tom (que a él le parecía invencible), contribuía a paralizar sus facultades, aumentando su desesperación.

Ya no era Edgar Byrne. Era un alma torturada que sufría más angustia de la que el cuerpo de ningún pecador haya sufrido en el potro o la bota. La intensidad de su tormento podrá medirse si digo que aquel joven, tan valeroso al menos como cualquiera de sus compañeros de armas, estuvo pensando en coger una pistola y pegarse un tiro en la cabeza. Pero una languidez mortal estaba invadiendo sus miembros. Era como si su carne fuese yeso mojado y se estuviera endureciendo poco a poco en torno a sus costillas. Dentro de un momento, pensó, entrarían las dos brujas, con su muleta y su bastón... monstruos horribles, grotescos, asociados al diablo... para marcarle la frente, minúscula magulladura de la muerte. Y no podría hacer nada. Tom había golpeado a algo, pero él no era como Tom. Tenía ya los miembros entumecidos. Permanecía inmóvil, sintiendo una y otra vez que se moría; la única parte de su cuerpo que podía mover eran los ojos, girando sin cesar en sus cuencas, echando un vistazo a las paredes, el suelo, el techo, una y otra vez hasta que de pronto se quedaron inmóviles, petrificados... mirando fijamente hacia la cama como desorbitados.

Había visto mover y agitarse las pesadas cortinas como si el cadáver que ocultaban se hubiera dado la vuelta e incorporado. Byrne, que pensaba que el mundo ya no podía reservarle más terrores, sintió que el cabello se le erizaba hasta la raíz. Se aferró a los brazos de la silla, se quedó boquiabierto y el sudor le cubrió la frente mientras la lengua reseca se le pegaba al paladar. De nuevo se movieron las cortinas, pero no se abrieron. Byrne hizo un esfuerzo para gritar «¡No, Tom!», pero lo único que oyó fue un débil gemido como el que pueda hacer alguien que duerme y tiene un sueño agitado. Presintió que estaba perdiendo la razón, pues, en aquel preciso instante, le pareció que el techo por encima de la cama se había movido, se había inclinado y vuelto a nivelar... y una vez más las cortinas se movieron ligeramente como si estuvieran a punto de separarse.

Byrne cerró los ojos para no ver la espantosa aparición del cadáver del marinero empezando a cobrar vida gracias a un espíritu maligno. En el profundo silencio de la habitación soportó un momento de tremenda angustia, acto seguido abrió de nuevo los ojos. Vio enseguida que las cortinas estaban todavía cerradas, pero que el techo por encima de la cama se había elevado exactamente un pie. Con el último resquicio de sensatez que le quedaba comprendió que lo que bajaba era el enorme baldaquino de encima de la cama, mientras que las cortinas que formaban parte de él se movían lentamente al caer poco a poco al suelo. Cerró de golpe su mandíbula caída... y medio levantado de la silla observó sin decir nada el silencioso descenso del monstruoso dosel. Bajó con breves y suaves sacudidas hasta medio camino más o menos, y entonces tuvo una caída y rápidamente posó su figura de caparazón de tortuga encajando exactamente sus anchos rebordes en las esquinas del armazón de la cama. Se oyeron uno o dos crujidos de la madera y el abrumador silencio volvió a imperar en la habitación.

Byrne se levantó, respiró con dificultad y soltó un grito de rabia y consternación, el primer sonido que está completamente seguro de que salió de sus labios en aquella noche de terrores. Así pues, ¡esa era la muerte de la que había escapado! Ese era el diabólico artefacto asesino contra el que el alma del pobre Tom había tratado tal vez de prevenirle desde el más allá. Pues así fue como él había muerto. Byrne estaba seguro de haber oído la voz del marinero, débilmente pero con claridad, en su frase de siempre «*Mister Byrne, tenga cuidado, señor*», y pronunciar además palabras que no pudo distinguir. ¡Pero es tan grande la distancia que separa a los vivos de los muertos! El pobre Tom lo había intentado. Byrne corrió hasta la cama y trató de levantar, de quitar, la horrible tapa que cubría el cadáver. Se le resistió, era pesada como el plomo, inamovible como una lápida sepulcral. El afán de venganza le hizo desistir; en la cabeza le zumbaban caóticas ideas de exterminio, dio vueltas por la habitación como si no pudiera encontrar sus armas ni el camino de salida; y no paraba de balbucear tremendas amenazas...

Unos violentos golpes en la puerta de la posada le hicieron recobrar la serenidad. Se fue corriendo hacia la ventana, abrió los postigos y miró afuera. A la tenue luz de la aurora vio debajo una multitud de hombres. ¡Ajá! Iría enseguida a enfrentarse a aquella pandilla de asesinos reunidos sin duda para su perdición. Después de luchar contra terrores indecibles ansiaba un combate abierto con enemigos armados. Pero todavía no debía de haber recuperado por completo el juicio, ya que, olvidando sus armas, bajó deprisa las escaleras gritando desaforadamente, desatrancó la puerta mientras seguían lloviendo golpes en el exterior y, abriéndola de una vez, se lanzó con las manos desnudas a la garganta del primer hombre que vio. Ambos rodaron por tierra. La vaga intención de Byrne era abrirse paso, huir subiendo por el sendero de la montaña y regresar luego con los hombres de González para exigir una venganza ejemplar. Luchó frenéticamente hasta que un árbol, una casa o una montaña, pareció caerle en la cabeza con gran estrépito... y no supo más.

A partir de aquí *mister* Byrne describe con todo detalle el modo tan hábil como encontró que le habían vendado la descalabrada cabeza, nos informa de que había perdido mucha sangre, y atribuye a esa circunstancia la conservación de su cordura. Relata también por extenso las abundantes disculpas de González. Pues fue González quien, cansado de esperar noticias de los ingleses, había bajado hasta la posada con la mitad de su partida, de camino hacia el mar.

—Su Excelencia —explicó— salió precipitadamente con furibunda impetuosidad y, además, no sabíamos que era amigo nuestro, así que nosotros... etc., etc.

Cuando Byrne preguntó qué había sido de las brujas, González se limitó a señalar el suelo con el dedo sin decir nada, luego expresó tranquilamente una reflexión moral:

—La pasión por el oro es implacable desde muy antiguo, *señor —dijo—. Sin duda en tiempos pasados han puesto a dormir a más de un viajero solitario en la cama del arzobispo.

—Había también allí una chica gitana —dijo Byrne sin convicción desde la improvisada parihuela en la que le llevaban a la costa un pelotón de guerrilleros.

—Era ella la que levantaba esa máquina infernal, y fue ella también la que la bajó anoche —fue la contestación.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —exclamó Byrne—. ¿Por qué deseaba mi muerte?

—Sin duda por los botones de la guerrera de su excelencia —dijo cortésmente el saturnino González—. Encontramos los del marinero muerto ocultos en su persona. Pero su excelencia puede tener la seguridad de que se ha hecho todo lo que era conveniente en esta ocasión.

Byrne no hizo más preguntas. Había todavía otra muerte que González consideraba «conveniente en esta ocasión». Al tuerto Bernardino lo pusieron contra la pared de su taberna y recibió en el pecho la descarga de seis *escopetas. Mientras se oían los disparos pasaron las toscas andas con el cadáver de Tom encima llevadas por una pandilla de patriotas españoles con aspecto de bandidos, que lo bajaron por el barranco hasta la playa, donde dos botes del barco esperaban los restos mortales de su mejor marinero.

Mister Byrne, muy pálido y débil, entró en el bote que llevaba el cadáver de su sumiso amigo. Pues se decidió que Tom Corbin yaciera mar adentro en el golfo de Vizcaya. El oficial tomó la caña del timón y, volviendo la cabeza para mirar por última vez aquella costa, vio en la ladera gris algo que se movía, y llegó a la conclusión de que se trataba del hombrecito del sombrero amarillo montado en un mulo... ese mulo sin el que la muerte de Tom Corbin habría permanecido para siempre en el misterio.

EL PUNTO FLACO^[131]

SAKI

—Acabas de volver del funeral de Adelaide, ¿no es así? —dijo *sir* Lulworth a su sobrino—; supongo que sería como la mayoría de los funerales.

—Te hablaré de él durante el almuerzo —dijo Egbert.

—No harás nada de eso. No sería respetuoso ni con la memoria de tu tía abuela ni con el almuerzo. Empezamos con aceitunas españolas, después con *borsch*^[132], luego más aceitunas y algún tipo de ave, y un vino del Rin bastante tentador, no tan caro como los vinos de este país, pero a pesar de eso bastante laudable a su manera. Pues bien, en ese menú no hay nada en absoluto que armonice de ningún modo con el tema de tu tía abuela ni con su funeral. Fue una mujer encantadora, y todo lo inteligente que necesitaba ser, pero por alguna razón siempre me recordaba la idea que se hace un cocinero inglés del *curry* de Madrás.

—Ella solía decir que eras bastante frívolo —dijo Egbert. Algo en su tono sugería que aceptaba bastante el veredicto.

—Creo que una vez la escandalicé considerablemente al afirmar que la sopa clara era un factor más importante para la vida que una conciencia clara. Tenía muy poco sentido de la medida. Por cierto, te nombró su principal heredero, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Egbert—, y albacea también. A propósito de eso precisamente quería hablar contigo.

—Los negocios no son mi punto fuerte por sistema —dijo *sir* Lulworth—, de ninguna manera cuando nos encontramos a las puertas del inmediato almuerzo.

—No se trata exactamente de negocios —explicó Egbert mientras seguía a su tío hasta el comedor—. Es algo bastante serio. Muy serio.

—Entonces no podemos hablar de ello ahora —dijo *sir* Lulworth—, nadie puede hablar en serio mientras toma un *borsch*. Un *borsch* perfectamente elaborado, como el que vas a probar enseguida, no solo debe prohibir la conversación sino que casi aniquila el pensamiento. Más tarde, cuando lleguemos a la segunda tanda de aceitunas, estaré completamente a tu disposición para discutir el nuevo libro sobre Borrow, o, si lo prefieres, sobre la situación actual en el Gran Ducado de Luxemburgo. Pero me niego por completo a hablar de nada parecido a los negocios hasta que hayas acabado con el ave.

Durante la mayor parte de la comida Egbert permaneció abstraído y en silencio, el silencio de un hombre cuya mente se concentra en un solo tema. Cuando llegó el turno del café, se lanzó de pronto contra lo que recordaba su tío sobre la corte de Luxemburgo.

—Creo haberte dicho que la tía abuela Adelaide me había nombrado su albacea. No había mucho que hacer en lo relativo a cuestiones legales, pero tuve que examinar

a fondo sus papeles.

—Sería una tarea bastante pesada. Imagino que habría resmas de cartas familiares.

—A montones, y la mayoría sin el menor interés. Había un paquete, sin embargo, que pensé podría compensar leer atentamente. Era un fajo de cartas de su hermano Peter.

—El canónigo de trágico recuerdo —dijo Lulworth.

—En efecto, de trágico recuerdo, como dices; una tragedia que nunca ha sido desentrañada.

—Seguramente la explicación más sencilla fue la correcta —dijo *sir* Lulworth—, resbaló en la escalera de piedra y se fracturó el cráneo al caer.

Egbert negó con la cabeza.

—Todas las pruebas médicas permiten demostrar que el golpe en la cabeza se lo dio con algo que surgió detrás de él. Una herida causada por contacto violento con los escalones no podría haberse producido en aquel ángulo del cráneo. Experimentaron con un maniquí al que dejaron caer en todas las posturas posibles.

—Pero ¿y el móvil? —exclamó *sir* Lulworth—; nadie tenía ningún interés en acabar con él, y el número de personas que matan canónigos solo porque les divierte el asesinato debe de ser sumamente limitado. Es cierto que hay individuos débiles de mente desequilibrada que hacen eso, pero casi nunca ocultan su autoría; por lo general se inclinan más por alardear.

—Se sospechó de su cocinero —dijo Egbert escuetamente.

—Lo sé —dijo *sir* Lulworth—, simplemente porque era la única persona que había en el edificio cuando se produjo la tragedia. ¿Puede ser alguien tan estúpido como para tratar de achacar una acusación de asesinato a Sebastien? No tenía nada que ganar, en realidad mucho que perder, con la muerte de su patrono. El canónigo le pagaba un sueldo tan bueno como el que yo pude ofrecerle cuando lo tomé a mi servicio. Posteriormente se lo he subido un poco más de acuerdo con su verdadera valía, pero en aquel momento se alegró de encontrar un nuevo empleo sin preocuparse por un aumento salarial. La gente le evitaba bastante y no tenía amigos en este país. No; si alguien en este mundo estaba interesado en que el canónigo tuviera una larga vida y una digestión en perfectas condiciones, no te quepa la menor duda de que era Sebastien.

—La gente no siempre sopesa las consecuencias de sus actos precipitados —dijo Egbert—, de no ser así se cometerían muy pocos asesinatos. Sebastien es un hombre de mal genio.

—Es meridional —admitió *sir* Lulworth—; para ser geográficamente exacto, creo que procede de la vertiente francesa de los Pirineos. Tomé en consideración ese hecho cuando casi mató al chico del jardinero el otro día por llevarle un sucedáneo aparente de acedera. Siempre hay que tener en cuenta el origen, la situación y el

ambiente de los primeros años. «Dígame su longitud y sabré qué latitud asignarle», es mi lema.

—Pero ya ves —dijo Egbert—, casi mató al chico del jardinero.

—Mi querido Egbert, entre casi matar al chico del jardinero y matar del todo a un canónigo hay una gran diferencia. Sin duda habrás sentido a menudo el deseo pasajero de matar al chico de un jardinero, pero nunca le has dado rienda suelta, y te respeto por tu dominio de ti mismo. Pero no imagino que hayas querido matar alguna vez a un canónigo octogenario. Además, por lo que sabemos, nunca hubo ninguna disputa o altercado entre los dos hombres. Las pruebas de la investigación lo pusieron de manifiesto de modo bien claro.

—¡Ah! —dijo Egbert, dando la impresión de que había llegado por fin al momento importante y diferido de la conversación—, de eso precisamente quería hablar contigo.

Apartó su taza de café y sacó una cartera del bolsillo interior de la chaqueta. De dentro de la cartera sacó un sobre y del sobre extrajo una carta, escrita a mano con letra apretada, pequeña y clara.

—Una de las numerosas cartas del canónigo a la tía Adelaide —explicó—, escrita unos pocos días antes de su muerte. A ella le fallaba ya la memoria cuando la recibió y me imagino que olvidó el contenido nada más leerla; de no ser así, en vista de lo que sucedió posteriormente, habríamos oído hablar de esta carta hace ya tiempo. Si se hubiera presentado en la investigación supongo que habría sido algo diferente el curso de los acontecimientos. Las pruebas, como acabas de comentar, cortaron por lo sano las sospechas en contra de Sebastien porque revelaron una ausencia total de nada que pudiera considerarse un móvil o una incitación al crimen, si es que fue un crimen.

—Vamos, lee la carta —dijo *sir* Lulworth con impaciencia.

—Está llena de divagaciones, como la mayoría de sus cartas en los últimos años —dijo Egbert—. Leeré la parte que se refiere directamente al misterio.

«Mucho me temo que tendré que librarme de Sebastien. Cocina divinamente, pero tiene el genio de un demonio o un mono antropoide, y realmente le tengo verdadero miedo. El otro día tuvimos una disputa acerca del almuerzo correcto que habría que servir el Miércoles de Ceniza, y me irrité y enfadé tanto por su engreimiento y obstinación que acabé arrojándole al rostro una taza llena de café al mismo tiempo que le llamaba mequetrefe insolente. La verdad es que le llegó al rostro muy poco café, pero nunca he visto a un ser humano mostrar tan deplorable carencia de dominio de sí mismo. Me reí de la amenaza de muerte que farfulló indignado, y pensé que todo el asunto se olvidaría, pero desde entonces le he sorprendido varias veces frunciendo el entrecejo y murmurando de un modo sumamente desagradable, y últimamente he tenido la impresión de que me seguía los pasos por los jardines, sobre todo cuando paseo por la tarde por el Parque Italiano».

—Fue en los escalones del Parque Italiano donde encontraron el cadáver — comentó Egbert y siguió leyendo.

«Me imagino que el peligro es imaginario; pero me sentiré más tranquilo cuando haya dejado de estar a mi servicio».

Egbert se detuvo un momento al concluir el extracto; acto seguido, como su tío no hizo ningún comentario, añadió:

—Si la ausencia de móvil fue el único factor que impidió su procesamiento, creo que esta carta da otro cariz al asunto.

—¿Se la has enseñado a alguien más? —preguntó *sir* Lulworth, alargando la mano para coger el trozo de papel incriminatorio.

—No —dijo Egbert, entregándoselo por encima de la mesa—, pensé que antes debía hablar contigo. ¡Dios mío!, ¿qué haces?

La voz de Egbert se elevó hasta casi un grito. *Sir* Lulworth de verdad había arrojado el papel al centro incandescente de la chimenea. La pequeña y clara escritura se quemó hasta convertirse en una desmenuzada insignificancia negra.

—¿Se puede saber por qué hiciste eso? —gritó Egbert—. Esa carta era nuestra única prueba para relacionar a Sebastien con el crimen.

—Por eso la he destruido —dijo *sir* Lulworth.

—Pero ¿por qué quieres protegerlo? —exclamó Egbert—. Ese hombre es un vulgar asesino.

—Es posible que sea un vulgar asesino, pero como cocinero es extraordinario.

UN FRATRICIDIO^[133]

FRANZ KAFKA

Se ha demostrado que el asesinato fue cometido de la siguiente manera:

Aquella noche de luna clara y en torno a las nueve, Schmar, el asesino, se apostó en la esquina por la que Wese, la víctima, habría de doblar, viniendo desde la callejuela en donde tenía su oficina, para tomar la de su casa.

Era noche de viento frío y penetrante. Pero Schmar vestía un ligero traje azul y sobre este una levita abierta. No sentía frío; lo cierto es que no paraba de moverse. Sin cuidarse en ocultarla, empuñaba con fuerza su arma mortífera, mitad bayoneta, mitad cuchillo de cocina. Observó el cuchillo a la luz de la luna; la hoja destellaba, pero no le pareció suficiente; la restregó con brusquedad contra los adoquines del suelo hasta que saltaron chispas; tal vez se arrepintió de ello y, a fin de reparar el destrozo, pasó el cuchillo por la suela de su bota cual virtuoso arco de violín, mientras se inclinaba hacia delante apoyado en un solo pie, atento a la vez al sonido del cuchillo en su bota y al de la fatídica calle.

¿Por qué hizo la vista gorda el rentista Pallas, que observaba todo aquello desde su ventana en el segundo piso muy cerca de allí? ¿Vete tú a penetrar en la naturaleza humana! Bien anudado el batín alrededor de su voluminoso talle y alzado el cuello, miraba hacia abajo mientras sacudía la cabeza.

Y en la acera de enfrente, cinco casas más allá, *Frau Wese*, con su piel de zorro sobre el camisón, se asomaba impaciente a la ventana a la espera de su marido, que aquel día se demoraba demasiado.

Por fin suena la campanilla de la puerta de la oficina, demasiado fuerte para ser una simple campanilla de portal, y el sonido recorre la ciudad elevándose por encima de ella hacia el cielo, y Wese, diligente trabajador nocturno, sale de la casa a la calle, todavía invisible, únicamente anunciado por el tintineo de la campanilla; el empedrado registra enseguida sus pausados pasos.

Pallas se inclina más hacia delante; no debe perderse detalle. *Frau Wese* cierra la ventana de golpe ya tranquilizada al oír la campanilla. Sin embargo Schmar se hince de rodillas tocando el suelo con las manos y la cara, pues es lo único que tiene al desnudo; allí donde todo se hiela, Schmar arde.

Justo donde se termina la callejuela, Wese se detiene; únicamente el bastón se adentra, apoyándose, en la otra calle.

Un deseo repentino. El cielo de la noche le ha seducido, el azul oscuro, el dorado. Inconscientemente alza la mirada al cielo, inconscientemente se lleva la mano a la cabeza bajo el sombrero. Allí arriba no se produce ninguna conjunción astral que le señale su inmediato futuro; todo permanece inalterable en su inescrutable lugar. Es

por tanto muy razonable que Wese continúe su camino, pero su camino le lleva al cuchillo de Schmar.

—¡Wese! —grita Schmar, poniéndose de puntillas, listo el brazo, el cuchillo en ristre—. ¡Wese, Julia te espera en vano!

Y le clava el arma en el cuello por la izquierda y otra vez por la derecha y una tercera vez en lo más hondo del vientre. Las ratas de agua al despachurrarlas emiten un sonido parecido al que sale de Wese.

—Hecho —dice Schmar, arrojando aquel ya innecesario lastre manchado de sangre contra el frente de la casa más cercana.

¡La dicha del asesinato! ¡Qué alivio! ¡El fluir de la sangre ajena nos da alas!

—¡Wese, vieja sombra nocturna, amigo, compañero de barra, te desangras entre las piedras de un oscuro callejón! ¿Por qué no serás una simple ampolla de sangre sobre la que poder sentarme y hacerte desaparecer definitivamente? No todo se cumple, no todos los sueños en flor maduran; tu pesado cuerpo yace aquí, ya inaccesible a cualquier ofensa. ¿A qué viene ahora esa muda pregunta que pareces hacerme?

Pallas, con todo un revoltijo de ponzoña en la barriga, aparece abriendo las dos batientes del portal de su casa.

—¡Schmar, Schmar, todo lo vi, nada se me ha escapado!

Pallas y Schmar se examinan el uno al otro: Pallas se da por satisfecho, Schmar no parece querer culminar.

Frau Wese llega corriendo flanqueada por una multitud, la cara desencajada por el horror. Su capa de piel se abre; ella se arroja sobre Wese; el cuerpo bajo el camisón le pertenecía a él; la capa de piel que cubre a la pareja como la yerba de una tumba pertenecía al gentío.

A duras penas reprime Schmar la última náusea, la boca apretada contra el hombro del agente, que rápidamente se lo lleva de allí.

VENENO^[134]

KATHERINE MANSFIELD

El correo tardaba mucho. Cuando volvimos de nuestro paseo después del almuerzo todavía no había llegado.

—*Pas encore, madame*^[135] —cantó Annette, mientras se apresuraba a regresar a la cocina.

Llevamos nuestros paquetes al comedor. La mesa estaba puesta. Como siempre, la vista de la mesa puesta para dos —solamente dos personas— pero tan acabada, tan perfecta, que no quedaba sitio para una tercera, me produjo una rara sensación fugaz como si me hubiesen impresionado la luz plateada que reverberaba en el mantel blanco, las copas brillantes, el bol poco profundo de las fresas.

—¡Al cuerno el cartero! ¿Qué puede haberle ocurrido? —dijo Beatrice—. Deja esas cosas, querido.

—¿Dónde las quieres...?

Levantó la cabeza; sonrió con esa encantadora sonrisa burlona tan propia de ella.

—En cualquier parte... bobo.

Pero yo sabía perfectamente que tal lugar no existía para ella, y habría permanecido sosteniendo la rechoncha botella de licor y los dulces durante meses, durante años, antes que arriesgarme a proporcionar otro minúsculo sobresalto a su exquisito sentido del orden.

—Aquí... dámelos. —Los soltó bruscamente encima de la mesa con sus guantes largos y un cesto de higos—. «La mesa del almuerzo», novela corta por... por... —Me cogió del brazo—. Vamos a la terraza —y sentí que temblaba—. *Ça sent* —dijo por lo bajo— *de la cuisine*^[136]...

Me había dado cuenta últimamente —hacía dos años que vivíamos en el sur— de que cuando quería hablar de comida, o del clima, o en broma de su amor por mí, siempre se pasaba al francés.

Nos encaramamos a la barandilla bajo la marquesina. Beatrice inclinada y mirando hacia abajo... hacia la blanca carretera con sus centinelas de cactus espinosos. La belleza de su oreja, nada más que su oreja, era tan maravillosa que habría podido dejar de mirarla para contemplar toda aquella extensión de mar rutilante que teníamos debajo y farfullar:

—Ya saben... ¡su oreja! Tiene orejas que sencillamente son lo más...

Iba vestida de blanco, con perlas alrededor de la garganta y lirios del valle prendidos en el cinturón. En el dedo corazón de la mano izquierda llevaba un anillo con una perla... no llevaba alianza.

—¿Por qué la tendría que llevar, *mon ami*^[137]? ¿Para qué fingir? ¿A quién podría importarle?

Y desde luego yo estaba de acuerdo, aunque en mi fuero interno; en lo más profundo de mi corazón habría dado la vida por verme a su lado en una gran, sí, una iglesia grande y elegante, abarrotada de gente, ante un venerable pastor protestante, con «The Voice that Breathed o'er Eden»^[138], con palmas y aroma de perfume, sabiendo que fuera había una alfombra roja y confetis, y en alguna parte un pastel de boda y champán y un zapato de raso para arrojar por detrás del carruaje... si hubiese podido ponerle en el dedo nuestra alianza.

No es que me gustaran esos horribles espectáculos, sino que tenía la impresión de que eso quizás podría atenuar aquella espantosa sensación de libertad absoluta, libertad absoluta de ella, por supuesto.

¡Oh, Dios! ¡Qué tormento era la felicidad... qué angustia! Alcé los ojos hacia la villa, hacia las ventanas de nuestra habitación oculta tras las persianas verdes de bambú. ¿Era posible que ella llegara siempre moviéndose a través de la luz verde y sonriendo, con aquella sonrisa sigilosa, aquella lánguida y brillante sonrisa que era solo para mí? Me pasaba el brazo alrededor del cuello; con la otra mano me echaba el cabello hacia atrás, despacio, de manera excesiva.

«¿Quién eres?». ¿Quién era ella? Era... la mujer.

La primera tarde calurosa de primavera, cuando las luces brillaban como perlas en el aire perfumado de lilas y las voces murmuraban en los jardines recién florecidos, fue ella la que cantó en la casa grande con cortinas de tul. Como cuando uno recorre una ciudad desconocida a la luz de la luna, suya era la sombra que caía sobre el oro tembloroso de los postigos. Cuando se encendió la lámpara, eran sus pasos los que pasaron ante tu puerta en la quietud recién nacida. Y se asomó al crepúsculo otoñal, nimia en sus pieles, mientras el automóvil pasaba rápidamente...

En realidad, para abreviar, entonces yo tenía veinticuatro años. Y cuando ella se puso boca arriba, con las perlas escurriéndose en la barbilla, y dijo suspirando «Tengo sed, querido. *Donne-moi un orange*»^[139], con mucho gusto, de buena gana, me habría tirado de cabeza a las fauces de un cocodrilo para arrebatarse una naranja... si los cocodrilos comieran naranjas.

Beatrice cantaba:

*Si tuviera un par de alitas cubiertas de plumas
Y fuera un pajarito ligero como una pluma...*^[140]

La cogí de la mano:

—¿Emprenderías el vuelo?

—No lejos, no más allá del final de la carretera.

—¿Por qué demonios allí?

Ella citó:

—«Él no llega, dijo ella...»^[141].

—¿Quién? El tonto del cartero.

—No, pero es exactamente igual de desesperante. ¡Ah! —De pronto se echó a reír y se apoyó en mí—. Ahí está... mira... parece un escarabajo azul.

Y juntando nuestras mejillas, observamos al escarabajo azul que empezaba a subir la cuesta.

—Querido —susurró Beatrice. Y la palabra pareció quedarse suspendida en el aire, vibrar en el aire como la nota de un violín.

—¿Qué quieres?

—No lo sé —sonrió con dulzura—. Una muestra... una muestra de afecto, supongo.

La rodeé con el brazo.

—Entonces, ¿no emprenderás el vuelo?

Y ella dijo rápida y dulcemente:

—¡No! ¡No! Por nada del mundo. De veras, me gusta este lugar. Me ha encantado estar aquí, podría quedarme durante años, creo. Nunca había sido tan feliz como en estos dos últimos meses, y tú has sido tan perfecto para mí, querido, en todos los aspectos.

Era tan maravilloso... tan extraordinario, tan inaudito, oírla hablar de ese modo que tuve que intentar tomármelo a risa.

—¡No hables así! Parece que te estuvieras despidiendo.

—¡Tonterías! ¡Puras tonterías! ¡No debes decir esas cosas ni en broma! —Deslizó su manecita por debajo de mi chaqueta blanca y asió mi hombro—. Has sido feliz, ¿verdad?

—¿Feliz? ¿Que si he sido feliz? ¡Dios mío!, si supieras lo que siento en este momento... ¡Feliz! ¡Tesoro mío! ¡Vida mía!

Dejé la barandilla y la abracé, alzándola en mis brazos. Y mientras la mantenía en alto, apreté el rostro contra su pecho y murmuré:

—¿Eres mía?

Y por primera vez en todos aquellos meses desesperantes desde que la conocí... incluso contando el último mes... sin duda... paradisíaco... creí firmemente en ella cuando me contestó:

—Sí, soy tuya.

El chirrido de la verja y los pasos del cartero sobre la grava nos distanció. Por lo pronto me sentía mareado. Simplemente me quedé allí sonriendo, y me sentí un poco idiota. Beatrice se acercó a las sillas de mimbre.

—¿Vas tú... vas a ver si hay cartas? —me dijo.

Yo... en fin... salí casi tambaleándome. Pero era demasiado tarde. Annette llegó corriendo.

—*Pas de lettres*^[142] —dijo.

Mi imprudente sonrisa cuando me tendió el periódico debió de sorprenderla. Mi júbilo era desmedido. Lancé el periódico al aire y, mientras llegaba a donde la mujer amada estaba tendida en una tumbona, grité:

—¡No hay cartas, querida!

De momento no contestó. Luego dijo lentamente mientras arrancaba el envoltorio del periódico:

—El mundo olvida a los que se olvidan de él.

Hay ocasiones en que un cigarrillo es lo único que puede posponer el momento. Es más que un cómplice, incluso; es un pequeño amigo, perfecto y reservado, que lo sabe todo y lo comprende por completo. Mientras fumas, lo miras... sonríes o frunces el ceño... según lo pida la ocasión; aspiras profundamente y expulsas el humo soplando lentamente. Aquel era uno de esos momentos. Me acerqué al magnolio y aspiré hasta saciarme de su perfume. Acto seguido volví a su lado y me recosté sobre su hombro. Pero ella rápidamente tiró el periódico muy cerca.

—No hay nada en él —me dijo—. Nada. Solo una causa por envenenamiento. Alguien ha matado a su esposa, y veinte mil personas han acudido a diario al tribunal y dos millones de palabras se han teleografiado a todo el mundo después de cada sesión.

—¡Qué mundo más estúpido! —dije, dejándome caer de golpe en otra tumbona. Quería olvidarme del periódico para regresar, con cautela por supuesto, al momento que precedió a la llegada del cartero. Pero cuando ella respondió supe por su voz que aquel momento se había acabado por ahora. No importaba. Me contentaba con esperar —quinientos años si hiciera falta— ahora que lo sabía.

—No tan estúpido —dijo Beatrice—. Después de todo, no es solo curiosidad morbosa lo que atrae a esas veinte mil personas.

—¿De qué se trata, querida?

Bien sabe Dios que no me importaba.

—¡La culpabilidad! —exclamó ella—. ¡La culpabilidad! ¿No te das cuenta? Se sienten fascinados lo mismo que se sienten los enfermos por cualquier cosa... cualquier recorte de noticias sobre su propio caso. El hombre en el banquillo de los acusados puede ser inocente, pero la mayoría de las personas que asisten al juicio son envenenadores. ¿Nunca pensaste —estaba pálida por la emoción— en la cantidad de envenenadores que andan sueltos? Es excepcional encontrar una pareja en la que el uno al otro no traten de envenenarse... parejas casadas y amantes. Cuántas tazas de té, de café, vasos de vino, estarán contaminados. Cuántos me habrán dado y me he bebido, sabiéndolo o sin saberlo... y arriesgándome. La única razón por la que muchas parejas —se echó a reír— sobreviven es porque uno teme darle al otro la dosis fatal. ¡Para dar esa dosis se requiere valor! Pero seguramente vendrá más pronto o más tarde. No hay vuelta atrás una vez que se ha administrado la primera dosis pequeña. Es el principio del fin, a decir verdad... ¿No estás de acuerdo? ¿Comprendes lo que quiero decir?

No esperó a que le contestase. Se desprendió de los lirios del valle y se echó hacia atrás, pasándoselos por delante de los ojos.

—Mis dos maridos me envenenaron —dijo Beatrice—. Mi primer marido me dio una enorme dosis casi inmediatamente, pero el segundo fue un verdadero artista a su manera. Solo una pizca de vez en cuando, hábilmente disimuladas... ah, con tanta habilidad... hasta que una mañana me desperté y todo mi cuerpo, de la cabeza a los pies, estaba cubierto de diminutos granos. Llegué justo a tiempo...

Detestaba oírla mencionar a sus maridos sin perder la calma, sobre todo en aquel momento. Me dolía. Me disponía a hablar, pero ella de pronto gritó con voz lastimera:

—¿Por qué? ¿Por qué tenía que pasarme a mí? ¿Qué he hecho? ¿Por qué toda mi vida ha estado marcada por...? Es una conspiración.

Traté de explicarle que se debía a que era demasiado perfecta para este mundo horrible... demasiado exquisita, demasiado refinada. Eso asustaba a la gente. Me lo tomé a broma.

—Pero... yo no he tratado de envenenarte.

Beatrice se rio de un modo extraño y mordisqueó el extremo de un tallo de lirio.

—¡Tú! —dijo ella—. ¡No matarías ni a una mosca!

No me lo esperaba. Sin embargo me dolió. Terriblemente.

En aquel preciso momento Annette llegó corriendo con nuestros *aperitivos*. Beatrice se inclinó hacia delante y tomó una copa de la bandeja y me la dio. Reparé en el brillo de la perla en lo que yo llamaba su dedo perlado. ¿Cómo podía dolerme lo que decía?

—Y tú —le dije, tomando la copa—, tú nunca has envenenado a nadie.

Eso me dio una idea. Traté de explicársela.

—Tú... tú haces lo contrario. ¿Cómo llamarías a alguien como tú que en vez de envenenar a la gente... a todos, el cartero, nuestro chófer, nuestro barquero, el vendedor de flores... los llenas de una nueva vida con algo de tu resplandor, de tu belleza, de tu...?

Sonrió como ausente y como tal me miró.

—¿En qué estás pensando... adorable amor mío?

—Me preguntaba —me dijo— si, después del almuerzo, bajarías a la oficina de correos y pedirías las cartas de la tarde. ¿Te importaría, cariño? No es que espere ninguna... pero... se me acaba de ocurrir que quizás es absurdo no tenerlas si están allí. ¿No te parece? Es absurdo esperar hasta mañana.

Hizo girar entre los dedos el pie de la copa. Había inclinado su hermosa cabeza. Pero yo levanté mi copa y bebí bastantes sorbos... despacio, a propósito, mirando aquella cabeza morena y pensando en... carteros, escarabajos azules y despedidas que no eran tales y...

¡Dios mío! ¿Era mi imaginación? No, no era mi imaginación. La bebida tenía un sabor amargo, raro, estremecedor.

UNA BOTELLA DE PERRIER^[143]

EDITH WHARTON

1

Dos días de forcejeo por caminos peligrosos en un «cacharro» cabal pero corto de resuello y dos más de cabalgada en una montura alquilada de temperamento poco amable habían llevado al joven Medford, de la American School of Archaeology de Atenas, a preguntarse por qué su raro amigo inglés, Henry Almodham, había elegido vivir en el desierto.

Ya lo comprendía.

Estaba apoyado en el antepecho del tejado de la antigua edificación, mitad fortaleza cristiana, mitad palacio árabe, que había sido el pretexto de Almodham; o uno de ellos. Abajo, en un patio interior, a medida que el sol se ponía, se levantaba un vientecito y por entre un grupo de palmeras enviaba como un refrescante repiqueteo de lluvia a los peregrinos del desierto. Una antigua higuera, enorme, exuberante, se retorció encima de los bordes de un pozo encalado, succionando vida a lo que parecía ser la única fuente de humedad entre aquellos muros. Más allá, por todos los lados, se extendía el misterio de las arenas, doradas como promesas, lívidas como amenazas, según las rozase el sol o las abandonase.

El joven Medford, algo cansado del viaje desde la costa, y sobrecogido por su primera sensación personal de la omnipresencia del desierto, se estremeció y retrocedió. Indudablemente, para un erudito y un misógino era un refugio estupendo; pero tendría que ser uno ambas cosas, sin remedio.

«Echemos un vistazo a la casa», se dijo a sí mismo Medford, como si necesitase un rápido contacto con algo realizado por la mano del hombre para su tranquilidad.

La casa, ya lo sabía, estaba vacía, salvo aquel listo criado cosmopolita que hablaba una especie de palimpsesto *cockney* mezclado con lenguas mediterráneas y dialectos del desierto... ¿qué era, inglés, italiano o griego?... y dos o tres subordinados ataviados con *burnus*^[144] que, tras llevar el equipaje de Medford a su habitación, habían liberado el palacio de sus fluidas presencias. *Mister* Almodham, le dijo el criado, se había marchado; de repente, convocado por un jefe amigo para visitar unas ruinas inexploradas en el sur, había partido al amanecer, con demasiada prisa para escribir, pero le había encargado que le dijera que lo lamentaba y se disculpaba. Podía estar de vuelta a última hora de aquella misma noche o a la mañana siguiente. Mientras tanto *mister* Medford iba a sentirse como en su casa.

Almodham, como sabía el joven Medford, estaba siempre haciendo esas exploraciones arqueológicas; habían sido la razón aparente para instalarse en aquel

remoto lugar, y su búsqueda poco metódica ya había conducido al descubrimiento de varias ruinas cristianas primitivas de gran interés.

Medford se alegró de que su anfitrión se hubiese dejado de ceremonias, y se sintió bastante aliviado, en suma, de disponer de unas cuantas horas para sí mismo. El verano anterior había contraído el paludismo, y a pesar de su salacot probablemente había cogido una ligera insolación; se sentía singularmente, inútilmente cansado, pero profundamente contento.

¡Y qué mejor lugar para descansar! ¡El silencio, el alejamiento, el aire ilimitado! Y en pleno desierto, verde follaje, agua, comodidades... ya había echado la vista encima a amplios sillones de mimbre bajo las palmeras... una morada hospitalaria y acogedora. Sí, empezaba a comprender a Almodham. Para cualquiera harto del febril ajeteo de Occidente las auténticas murallas de aquella fortaleza en el desierto rezumaban paz.

Cuando puso el pie en la escalera de mano que descendía desde el tejado, Medford vio alzarse hacia él la cabeza del criado. Lo hizo lentamente y Medford tuvo tiempo de observar que era cetrina, calva en la coronilla, marcada diagonalmente con una larga cicatriz blanca y rodeada de espeso cabello de color rubio ceniza. Hasta entonces Medford solo había reparado en el rostro del hombre —juvenil pero también cetrino— y sobre todo le había sorprendido su peculiar expresión, que más bien podría definirse como de sorpresa.

El criado, echándose a un lado, miró hacia arriba y Medford percibió que su aire de sorpresa se debía al hecho de que sus ojos intensamente azules estaban bastante más abiertos de lo habitual, y bordeados por espesas pestañas de color rubio ceniza; aparte de eso no había en él nada digno de atención.

—Solo por preguntar... ¿qué vino le sirvo para la cena, señor? ¿Champán o...?

—Vino no, gracias.

Los disciplinados labios del hombre dibujaron un vago atisbo de desaprobación o de ironía, o de ambas cosas.

—¿De ningún tipo, señor?

Medford volvió a sonreír.

—No es por la Prohibición.

Estaba seguro de que aquel hombre, cualquiera que fuese su nacionalidad, lo entendería; y así ocurrió.

—Ya lo supuse, señor...

—Pues no; pero he estado bastante pachucho y me han prohibido el vino.

El criado seguía sin creerle.

—¿Un poco de Moselle^[145] ligero, siquiera para colorear el agua, señor?

—Nada de vino —dijo Medford, que empezaba a hartarse. Se encontraba todavía en la fase de la convalecencia en la que es irritante que le lleven a uno la contraria en lo referente al régimen alimenticio—. A propósito, ¿cómo se llama usted? —añadió, para suavizar el laconismo de su negativa.

—Gosling —dijo el otro de improviso, aunque Medford ni mucho menos habría podido decir cómo esperaba que se llamase.

—¿Es usted inglés, entonces?

—Oh, sí, señor.

—Aunque lleva muchos años en estos parajes, ¿no es cierto?

Sí era cierto que llevaba, le dijo Gosling, demasiado tiempo para su gusto; y añadió que había nacido en Malta.

—Pero también conozco bien Inglaterra. —De nuevo la mirada de desaprobación—. Le confesaré, señor, que me gustaría haber visto Wembley. (La famosa exposición en Wembley, cerca de Londres, tuvo lugar en 1924^[146]). *Mister Almodham* me había prometido... pero en eso...

Como si quisiera minimizar el desenfado de su confianza, siguió con una petición ceremoniosa de las llaves de la habitación de Medford, y una pregunta respecto a cuándo le gustaría cenar. Aun habiendo recibido una respuesta tardó en marcharse, más sorprendido que nunca al parecer.

—Entonces, ¿solo agua mineral, señor?

—Pues sí... cualquiera.

—¿Qué le parece una botella de Perrier?

¡Perrier^[147] en el desierto! Medford sonrió mostrando su asentimiento, entregó las llaves de su habitación y se marchó a dar un paseo.

La casa, o al menos la parte habitable, resultó ser más pequeña de lo que había imaginado; por encima de ella se elevaban imponentes murallas derruidas de piedra amarilla y en sus hendiduras se apreciaban aposentos enlucidos, uno encima del otro, con vigas de cedro y postigos carmesí, pero desmoronados. Entre aquella mescolanza de mampostería y estuco, cristiana y musulmana, el último inquilino había elegido un grupo de habitaciones agrupadas en un ángulo de la antigua torre del homenaje. Esas habitaciones daban al patio más alto, donde las palmeras murmuraban y la higuera se enroscaba encima del pozo. Sobre el destrozado pavimento de mármol había un grupo de sillas y una mesa baja, y unos cuantos geranios y dondiegos de día azules habían logrado crecer entre las losas.

Un muchacho con una falda blanca y ojos atentos estaba regando las plantas; pero al acercarse Medford desapareció como una voluta de vapor.

En todo aquel lugar había algo vaporoso e insustancial; incluso en la larga habitación con arcos, que daba al patio, amueblada con almohadones alforja, divanes de piel de gacela y toscas alfombras indígenas; incluso en la mesa en la que amontonaban los antiguos *Times* y las ultramodernas revistas francesas e inglesas... en aquel irrisorio aire claro todo parecía fruto de la alucinación de algún caminante del desierto.

Un asiento debajo de la higuera invitó a Medford a dormir, y cuando despertó la inflexible cúpula azul encima de él estaba tachonada de estrellas y la brisa nocturna charlaba con las palmeras.

2

¡Qué sensato, Almodham! Una vez realizada... con resultados un tanto decepcionantes... la excavación que una sociedad arqueológica le había encargado hacía veinticinco años, se había quedado tomando posesión de aquella plaza fuerte de las Cruzadas y había virado su interés por las ruinas antiguas a las medievales. Pero incluso esas investigaciones, sospechaba Medford, las proseguía solo de vez en cuando, cuando el embeleso de su tiempo libre no le duraba demasiado.

El joven estadounidense había conocido a Henry Almodham en Luxor el invierno anterior; había cenado con él en casa del coronel Swordsley, en su perfumada terraza sobre el Nilo iluminada por las estrellas, y habiendo despertado hasta cierto punto el interés del arqueólogo, este le había invitado a visitarlo en el desierto el año siguiente.

Solo habían pasado juntos esa noche, con el viejo Swordsley entornando ligeramente sus evocadores párpados y dos o tres encantadoras mujeres del Palacio de Invierno que hablaban por los codos y gritaban; pero ambos cabalgaron juntos de regreso a Luxor a la luz de la luna, y durante aquel paseo a caballo Medford creyó haber descifrado los rasgos esenciales del carácter de Henry Almodham. Temperamento saturnino aunque sentimental; indolencia crónica alternando con arrebatos de actividad sumamente inteligente; persistente inseguridad aliviada por una profunda autoestima; ansia de completa soledad unida a la incapacidad de soportarla durante mucho tiempo.

Había algo más, también, sospechaba Medford; un poco de romanticismo victoriano derivado del entorno, la lejanía e inaccesibilidad de su refugio, y del hecho de que le conocieran como Henry Almodham —el que vive en un castillo de las Cruzadas, ya me entiendes— y de su progresivo encierro, una postura tomada cuando era joven que se había reforzado poco a poco en la madurez; y algo más profundo, también más sombrío tal vez, aunque el joven lo dudaba; probablemente solo el hecho de vivir de aquel modo tan particular había acabado por cicatrizar alguna antigua herida, alguna mortificación del pasado, algo que hace años le había afectado a una parte vital dejándolo angustiado. Sobre todo, en los ademanes indecisos de Almodham y en el aspecto despistado de su rostro, largo, bronceado, de rasgos muy bellos, con su melena de pelo gris, detectaba Medford cierta inercia mental y moral, que la vida en aquel castillo romántico debía haber favorecido y excusado.

«Una vez aquí, ¡qué fácil es quedarse!», pensaba, arrellanándose todavía más en su amplio sillón.

—La cena, señor —anunció Gosling.

La mesa estaba puesta en una bóveda abierta de la sala de estar; al atardecer la luz tamizada de las velas formaba un charco de color rosa. Cada vez que salía a la luz, el criado, con chaqueta blanca y zapatos de terciopelo, parecía más adecuado y más sorprendido que nunca. Además, vaya menú... ¿era también maltés el cocinero? Claro, ¡estos malteses son geniales! Gosling se refrenó, sonrió agradecido y empezó a llenar de Chablis^[148] el vaso del invitado.

—No quiero vino —dijo Medford pacientemente.

—Lo siento, señor. Pero lo cierto es que...

—¿No dijo usted que había Perrier?

—Sí, señor; pero he comprobado que no queda ninguna botella. Ha hecho mucho calor y *mister* Almodham se las ha bebido todas. La nueva remesa no debe llegar hasta la semana próxima. Dependemos de las caravanas que se dirigen al sur.

—No importa. Agua corriente, entonces. Lo prefiero de veras.

La sorpresa de Gosling aumentó hasta convertirse en asombro.

—¿Agua, señor? ¿Agua... en estos parajes?

La irritabilidad de Medford se avivó de nuevo.

—¿Le pasa algo al agua? Hiérvala, entonces, ¿es que no lo sabe? No tomaré...

Apartó el vaso de vino a medio llenar.

—Ah, ¿hervirla? Cómo no, señor.

El criado bajó la voz hasta casi un susurro. Puso en la mesa una succulenta ración de arroz con cordero y desapareció.

Medford se reclinó en su asiento y se entregó a la noche, el frescor, el murmullo del viento en las palmeras.

A un plato deleitoso le sucedía otro. Cuando apareció el último, el comensal empezó a sentir el tormento de la sed y al mismo tiempo pusieron una copa de agua al alcance de su mano.

—Hervida, señor, y le he exprimido un limón.

—Bien. Supongo que a finales de verano el agua de por aquí se enturbia un poco, ¿no es cierto?

—Eso es, señor. Pero esta la encontrará buena, señor.

Medford la probó. «Mejor que la Perrier», pensó. Vacío el vaso, se reclinó y buscó a tientas en el bolsillo. De inmediato tenía al alcance de la mano una bandeja con cigarros y cigarrillos.

—¿No... fuma usted, señor?

Por toda respuesta, Medford levantó su cigarro al fuego que le ofrecía el criado.

—¿Cómo llama usted a esto?

—Ah, en efecto. Me refería a otro tipo.

Gosling echó discretamente una ojeada a las pipas de jade y ámbar expuestas en una mesa baja.

Medford declinó la invitación encogiéndose de hombros... y pensó. ¿Era aquel tal vez otro secreto de Almodham... o uno de ellos? Pues empezaba a creer que podría

haber muchos; y todos, estaba seguro, guardados cuidadosamente tras el semblante vigilante de Gosling.

—¿Todavía no hay noticias de *mister* Almodham?

Gosling estaba recogiendo los platos con hábiles ademanes. Por un momento pareció no haberle oído. Luego... desde más allá de donde brillaban las velas dijo:

—¿Noticias, señor? Difícilmente podría haberlas aquí, ¿no es cierto? No hay telégrafo en el desierto, señor; no es como Londres. —Su tono respetuoso suavizaba la leve ironía—. Pero mañana por la tarde deberíamos verlo entrar a caballo. —Gosling se detuvo, se acercó más, pasó rápidamente una de sus manos por la mesa en busca de las últimas migajas y añadió tímidamente—: Seguramente podrá usted quedarse hasta entonces, ¿verdad?

Medford se echó a reír. La noche era enormemente saludable; se colaba en su ánimo como para darle alas. El tiempo se esfumaba, ya no había preocupaciones ni engorros.

—¿Quedarme? ¡Me quedaré un año si fuera preciso!

—¡Ah!... ¿un año? —repitió Gosling en broma, recogió los platos del postre y se marchó.

3

Medford había dicho que esperaría a Almodham durante un año; pero a la mañana siguiente comprobó que tales términos arbitrarios no tenían razón de ser. En un sitio como aquel no valían medidas de tiempo. La absurda esfera de su reloj reducía a la vacuidad su cómputo diario. La rotación de las constelaciones en torno a aquellas murallas en ruinas señalaba únicamente el giro de la tierra; los espasmódicos movimientos del hombre no significaban nada.

El simple hecho de estar hambriento, esa campanada del reloj interno, lo minimizaba la insignificancia de la sensación... solo un amago de punzada, que podría calmarse con frutos secos y miel. La vida tenía la liviana y monótona fluidez de la eternidad.

Poco antes de la puesta del sol Medford se quitó de encima aquella rara sensación de encontrarse en otra parte y subió al tejado. Por si conseguía ver a Almodham a través del desierto. Hacia el sur las Montañas de Alabastro flotaban como un velo azul flanqueado de luz.

Por el oeste se elevaba una gran columna de fuego, que se esparcía en nubecillas plumosas que convirtieron el cielo en un surtidor de pétalos de rosas, y en oro las arenas que se extendían a sus pies.

Ni un punto las salpicaba que denotara jinete alguno. Medford esperó en vano a su ausente anfitrión hasta que se hizo de noche, y el puntual Gosling le invitó una vez

más a la mesa.

Por la tarde Medford manoseó distraídamente las revistas ultramodernas... tres meses de antigüedad y ya tan gastadas al tacto... después las echó a un lado, luego se dejó caer en un diván y pensó. Almodham debía de pasar mucho tiempo en las nubes; ahí estaba la cosa. Entonces, justo cuando sintiera que empezaba a sumirse en el letargo, se marcharía a una de sus incursiones por el desierto en busca de ruinas ignotas. No era una vida tan mala.

Gosling apareció con un café turco en una taza revestida de filigranas.

—¿Hay algún caballo en el establo? —preguntó Medford de improviso.

—¿Caballos? Solo lo que usted llamaría caballos de carga, señor. *Mister* Almodham se llevó los dos mejores caballos de silla.

—Estaba pensando que podría salir a caballo a su encuentro.

Gosling lo consideró.

—Podría hacer eso, señor.

—¿Sabe qué ruta tomó?

—No exactamente, señor. El criado del cadí iba a guiarles.

—¿Guiarles? ¿Quién iba con él?

—Precisamente uno de los nuestros, señor. Se llevaron los dos pura sangres. Hay un tercero, pero está lisiado —Gosling se detuvo—. ¿Conoce usted los senderos, señor? Discúlpeme, pero no creo haberle visto por aquí antes.

—No —asintió Medford—. Nunca he estado aquí antes.

—Ah, entonces... —Gosling añadió, haciendo un gesto—: En tal caso, ni siquiera el mejor purasangre le serviría.

—Supongo que todavía podría aparecer esta noche, ¿no es cierto?

—Ah, es fácil, señor. Espero verles a los dos desayunando juntos mañana por la mañana —dijo Gosling jovialmente.

Medford sorbió su café.

—Dijo usted que nunca me había visto aquí antes. ¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

Gosling respondió de inmediato, como si nunca se olvidara de las cifras:

—Once años y siete meses en total, señor.

—¡Casi doce años! Eso es bastante tiempo.

—Sí, lo es.

—Y supongo que no se ausenta a menudo, ¿verdad?

Gosling se alejaba con la bandeja. Se paró, se volvió y dijo con repentino énfasis:

—No me he ausentado ni una sola vez. Desde que *mister* Almodham me trajo aquí por vez primera.

—¡Dios mío! ¿Ni unas vacaciones?

—Ni una, señor.

—Pero *mister* Almodham se marcha de vez en cuando. Le conocí en Luxor el año pasado.

—En efecto, señor. Pero cuando está aquí me necesita a su entera disposición, y cuando se marcha me necesita para vigilar a los demás. Así que ya ve usted...

—Sí, ya veo. Pero debe de parecerle sumamente largo.

—Se me hace largo, señor.

—Pero ¿y los demás? ¿Quiere usted decir que no son... completamente de fiar?

—Verá usted, señor, es que son árabes —dijo Gosling con despreocupado desdén.

—Comprendo. ¿Y no hay entre ellos ninguno que sea de confianza?

—Esa palabra no figura en su vocabulario, señor.

Medford se entretuvo encendiendo un cigarro. Cuando levantó la vista comprobó que Gosling todavía estaba a unos pocos pies de distancia.

—No fue porque no me hubiera hecho una promesa, me entiende, señor —dijo, casi con vehemencia.

—¿Una promesa?

—Dejar que me tomara unas vacaciones. Una promesa... una y otra vez.

—¿Y nunca se presentó la ocasión?

—No, señor, los días fueron pasando...

—Ah, aquí no es de extrañar. No se quede levantado por mí —añadió Medford—. Creo que me quedaré despierto... esperaré a *mister* Almodham.

Gosling abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Aquí, señor? ¿En el patio?

El joven asintió con la cabeza, y el criado permaneció inmóvil mirándolo, transformado por el claro de luna en una espectral figura blanca, el inquieto fantasma de un paciente mayordomo que pudo haber muerto sin tomarse nunca vacaciones.

—¿Aquí abajo en el patio toda la noche, señor? Es un lugar aislado. No podría oírle si quisiera llamarme. Sería mejor que se acostara, señor. El aire es malo. Podría volver a darle fiebre.

Medford se echó a reír y se tendió en su tumbona.

«Indudablemente —pensó—, este tipo necesita un cambio de aires».

Y advirtió en voz alta:

—Yo estoy bien. Es usted el que está nervioso, Gosling. En cuanto regrese *mister* Almodham me propongo recomendarle. Tendrá usted sus vacaciones.

Gosling permaneció inmóvil. Durante un minuto no habló.

—¿Lo haría, señor, lo haría?

Lo dijo con voz entrecortada en un tono muy cascado y la última palabra desembocó en risa... una breve carcajada aguda, como si llevara demasiado tiempo sin emplear tales excesos.

—Gracias, señor. Buenas noches, señor.

Y se marchó.

—¿Hierve usted siempre el agua que bebo? —preguntó Medford, agarrando el vaso sin levantarlo.

El tono era cordial, casi confidencial; Medford tenía la sensación de que desde su precipitada promesa de conseguirle unas vacaciones a Gosling su relación con él era verdaderamente amistosa.

—¿Hervirla? Siempre, señor. Por descontado.

Gosling lo dijo con un ligero tono de reproche, como si la pregunta de Medford implicase una afrenta... inconsciente, esperaba... en su recién establecida relación. Escudriñó a Medford con ojos atónitos, en los que a través del barniz de indiferencia profesional se adivinaba una sincera preocupación.

—Porque, sabe usted, mi baño esta mañana...

En aquel momento Gosling recibía de manos de un sigiloso árabe un fragante plato de cuscús. Siseó en voz baja al nativo:

—Condenado aborígen, ¿ni siquiera puedes mantener un plato en equilibrio? ¡Uf!

El nativo desapareció tras aquella imprecación y Gosling, manteniendo prudentemente la firmeza en la mano, puso el plato delante de Medford.

—Todos son iguales.

Meticulosamente limpió un rastro de grasa de la manga de su ropa.

—Porque, sabe usted, esta mañana mi baño olía mal —dijo Medford, metiendo en el plato tenedor y cuchara.

—¿Su baño, señor? —Gosling recalcó la palabra. Mientras fijaba la mirada en Medford, en sus ojos volvió a rebosar el asombro con exclusión de cualquier otra emoción—. Bueno, por nada del mundo consentiría yo que ocurriera eso —dijo en un tono como si se lo reprochara a sí mismo.

—El pozo del patio es el único que hay aquí, ¿no es cierto?

Gosling despertó de la profunda reflexión acerca de la queja del invitado.

—Sí, señor; es el único.

—¿Qué clase de pozo es? ¿De dónde viene el agua?

—No es más que una cisterna, señor. Agua de lluvia. Nunca ha habido ningún otro. Que yo sepa nunca se ha acabado; pero en esta estación a veces funciona mal. Pregunte a cualquiera de los árabes, señor; ellos se lo dirán. Aunque son embusteros, no se van a tomar la molestia de mentir sobre eso.

Medford saboreaba con cautela el agua de su vaso.

—Parece estar bien —declaró.

En el semblante de Gosling se dibujó sincera satisfacción.

—Yo mismo me aseguré de que la hirvieran, señor. Siempre lo hago. Espero que Perrier venga mañana, señor.

—¡Ah, mañana! —Medford se encogió de hombros y tomó un segundo sorbo—. Es posible que mañana yo no esté aquí para beberla.

—¿Qué? ¿Se marcha, señor? —exclamó Gosling.

Al darse media vuelta repentinamente, Medford captó una expresión nueva e incomprensible en los ojos de Gosling. El criado parecía sentir por él una especie de afecto perruno; Medford habría jurado que Gosling hubiese querido que se quedara, convencerlo de que tuviera paciencia y se demorase; no obstante podría haber jurado igualmente que había alivio y casi satisfacción en su mirada, en su voz.

—¿Tan pronto, señor?

—Verá usted, llevo aquí cinco días. Y como todavía no hay noticias de *mister* Almodham, y usted afirma que muy bien podría haberse olvidado por completo de mi llegada...

—Oh, yo no digo eso, señor; ¡no lo ha olvidado! Solo que cuando uno de esos montones de piedras antiguas se apodera de él, se olvida hasta del tiempo, señor. Eso es lo que quise decir. Los días pasan... y él sigue soñando. Lo más probable es que crea que usted acaba de llegar, señor.

Una sonrisa apenas perceptible acentuó la deslustrada gravedad de los rasgos de Gosling. Era la primera vez que Medford le había visto sonreír.

—Ah, comprendo. Pero aun así... —Medford se detuvo. Su instinto de vigilancia volvía a combatir la apatía que le había producido aquel lugar soporífico con sus tranquilas comodidades—. Es extraño...

—¿Qué es extraño? —repitió de improviso Gosling, mientras ponía sobre la mesa dátiles e higos secos.

—Todo —dijo Medford.

Se reclinó en su silla y miró hacia arriba, a través del arco, el alto cielo desde el que el mediodía se precipitaba en cascadas de azul y oro. Almodham tal vez estaba allí afuera en algún lugar bajo aquel dosel de fuego, como dijo el criado, absorto en su sueño. La tierra estaba llena de encantos.

—¿Café, señor? —le recordó Gosling. Medford lo tomó.

—Es raro que usted diga que no confía en ninguno de estos tipos... estos árabes... y sin embargo, no parece sentirse preocupado porque *mister* Almodham se haya marchado Dios sabe adónde, completamente solo con ellos.

Gosling acogió este comentario con atención y cuidado, con imparcialidad; le encontró sentido.

—En fin, señor, no; usted no lo entendería. Es algo que no se puede enseñar, cuándo confiar en ellos, y cuándo no. Eso depende, por supuesto, de sus intereses, señor; y de su religión, como ellos la llaman. —Su desprecio no conocía límites—. Pero incluso para empezar a comprender por qué no me preocupa *mister* Almodham, tendría usted que haber vivido entre ellos, señor, y tendría que haber hablado su idioma.

—Pero yo... —empezó a decir Medford. Se paró en seco y se inclinó sobre su café.

—Sí, señor.

—Pero yo he viajado entre ellos más o menos.

—¡Ah, ha viajado!

La entonación de Gosling difícilmente pudo conciliar el respeto con la irrisión que le había provocado la recepción de ese alarde.

—Sin embargo, llevo cinco días aquí —continuó Medford con su argumentación. El calor de mediodía agobiaba en exceso incluso en la zona sombreada del patio, y los recursos de su voluntad se debilitaban.

—Lo entiendo, señor, un caballero como usted tiene otros compromisos... anda escaso de tiempo, por decirlo así —admitió Gosling de manera razonable.

Recogió la mesa, confió su transporte a un par de brazos árabes que nada más dejarse ver desaparecieron, y finalmente se fue mientras Medford se dejaba caer en el diván. Una tierra de ensueño...

La tarde pendía sobre aquel lugar como un gran *velarium*^[149] de tisú de oro tendido sobre las almenas que se dejaba caer en flácidos pliegues sobre las frondosas palmeras. Cuando por fin el oro se convirtió en violeta y el poniente en un arco cristalino que abrazaba las arenas del desierto, Medford se deshizo de la somnolencia y salió a pasear. Pero esta vez, en vez de subir al tejado, tomó otra dirección.

Le sorprendió comprobar lo poco que sabía de aquel lugar después de cinco días merodeando y esperando. Tal vez iba a ser la última noche que pasaría solo. Salió del patio por un abovedado pasadizo de piedra que conducía a otro recinto amurallado. Al acercarse, dos o tres árabes que habían estado allí en cuclillas se levantaron y desaparecieron de la vista. Era como si la sólida mampostería se los hubiese tragado.

Medford oyó, allá a lo lejos, ruido de cascos, el movimiento de un establo al caer la noche. Atravesó otro soportal y se encontró rodeado de caballos y mulas. Estaba oscureciendo y un árabe almohazaba a uno de los caballos, un alazán joven y fornido. También él parecía a punto de desaparecer; pero Medford lo cogió por la manga.

—Siga con su trabajo —le dijo en árabe.

El hombre, que era joven y musculoso, de enjuto rostro beduino, se detuvo y le miró.

—No sabía que su excelencia hablara nuestro idioma.

—Pues sí —dijo Medford.

El hombre se calló, con una mano en el intranquilo cuello del caballo y la otra metida en su cinturón de lana. Él y Medford se examinaron mutuamente bajo la tenue luz.

—¿Es este el caballo que está lisiado? —preguntó Medford.

—¿Lisiado? —Los ojos del árabe miraron deprisa las patas del animal—. Pues sí; lisiado —contestó distraídamente.

Medford se agachó y palpó las rodillas y los menudillos del caballo.

—Parece bastante en forma. ¿No podría llevarme esta noche a medio galope si me apeteciese?

El árabe pensó; obviamente le había dejado perplejo la carga de responsabilidad que la pregunta le echaba encima.

—¿A su excelencia le gustaría dar un paseo esta noche?

—Ah, no es más que un capricho. Puede que sí, o puede que no.

Medford encendió un cigarrillo y le ofreció otro al mozo de cuadra, cuya blanca dentadura reflejaba su satisfacción. Para compartir la cerilla se acercaron y la timidez del árabe pareció disminuir.

—¿Es esta una de las monturas de *mister* Almodham? —preguntó Medford.

—Sí, señor; es su preferida —dijo el mozo de cuadra, acariciando con orgullo el brillante hombro del caballo.

—¿Su preferida? Sin embargo no se la ha llevado en esta larga expedición.

El árabe se quedó callado y miró fijamente al suelo.

—¿No le sorprendió? —preguntó Medford.

El gesto del árabe anunció que no era de su incumbencia sorprenderse.

Los dos siguieron sin hablar mientras la genuina noche caía con rapidez.

Finalmente Medford dijo despreocupadamente:

—¿Dónde cree usted que está su amo en este momento?

La luna, inadvertida durante el radiante declinar del día, se había adueñado del mundo de repente, y un extenso rayo blanco cayó de pleno sobre la blusa blanca del árabe, su rostro bronceado y el turbante de pelo de camello anudado en la parte superior. Sus alterados glóbulos oculares relucían como joyas.

—¡Si Alá se dignase que lo supiéramos!

—Pero cree usted que está bastante seguro, ¿no es cierto? ¿No le parece necesario enviar todavía un grupo que salga a buscarlo?

El árabe pareció meditar sagazmente. La pregunta debió de haberle cogido desprevenido. Le echó uno de sus brazos bronceados al cuello del caballo y continuó escudriñando las piedras del patio.

—Cuando el amo está fuera *mister* Gosling es nuestro amo.

—¿Y él no lo considera necesario?

El árabe indicó:

—Todavía no.

—Pero si *mister* Almodham estuviera demasiado tiempo fuera...

El hombre se calló de nuevo, y Medford continuó:

—Usted es el jefe de los mozos de cuadra, imagino.

—Sí, excelencia.

Hubo otra pausa. Medford casi se volvió; entonces añadió por encima de su hombro:

—Supongo que usted sabe la dirección que tomó *mister* Almodham. El lugar al que ha ido.

—Oh, sin duda, excelencia.

—Entonces usted y yo vamos a salir a caballo en su busca. Esté preparado una hora antes de que despunte el día. No le diga nada a nadie... ni a *mister* Gosling ni a nadie más. Ambos deberíamos ser capaces de encontrarlo sin ninguna otra ayuda.

El rostro del árabe dio muestras de conformidad mediante toda una pertinente ostentación de ojos y dientes.

—Ay, señor, le prometo que usted y mi amo se verán antes de mañana por la noche. Y nadie lo sabrá.

«Está tan preocupado por Almodham como yo», pensó Medford; y un ligero escalofrío le recorrió la espalda.

—De acuerdo. Esté preparado —repitió.

Regresó al patio dando un paseo y lo encontró desierto, aunque increíblemente poblado por palmeras de plata batida y una higuera de mármol blanco.

«A fin de cuentas —pensó sin que viniera al caso—, me alegro de no haberle dicho a Gosling que hablo árabe».

Se sentó y esperó hasta que Gosling, que venía del salón, anunciase con ceremoniosidad por quinta vez que la cena estaba servida.

5

Medford se incorporó de golpe en la cama con un sobresalto que no se parecía a ningún otro. Había alguien en la habitación. No comprobó el hecho mediante la vista o el oído... pues la luna se había ocultado y el silencio de la noche era total... sino por una peculiar perturbación casi imperceptible de las corrientes invisibles que nos rodean.

Se despertó de manera instantánea, alcanzó su linterna eléctrica y la enfocó sobre un par de ojos atónitos. Gosling estaba de pie y le miraba por encima de la cama.

—¿Ha regresado *mister* Almodham? —exclamó Medford.

—No, señor; no ha regresado —dijo Gosling en un tono de voz controlado. Su extrema serenidad le dio a Medford una sensación de peligro... no sabría decir por qué, o de qué índole. Se sentó muy erguido, mirándolo con dureza.

—¿Qué ocurre entonces?

—Pues verá usted, señor, podría haberme dicho que habla árabe —el tono de voz de Gosling era ahora ansioso y reprobador— antes de ponerse a alternar con ese Selim, juergueándose con él de noche en el desierto.

Medford alcanzó sus cerillas y encendió la vela que había junto a la cama. No sabía si echar a Gosling de la habitación a patadas o escuchar lo que el hombre tenía que decir; pero un vivo impulso de curiosidad le hizo decidirse por la segunda opción.

—¡Menuda insensatez! Lo primero que pensé fue encerrarle a usted. Podría haberlo hecho. —Gosling sacó una llave del bolsillo y la sostuvo en alto—. O también podría haberle dejado marchar. Habría sido lo más fácil. Pero estaba lo de Wembley.

—¿Wembley? —repitió Medford. Empezaba a creer que aquel hombre se estaba volviendo loco. ¡No era tan inconcebible en aquel lugar de aplazamientos y encantamientos! Se preguntó si Almodham no habría enloquecido un poco... si, en verdad, Almodham estaba todavía en un mundo en el que tal destino es posible.

—Wembley. Usted me prometió que conseguiría que *mister* Almodham me diera unas vacaciones... me dejara volver a Inglaterra a tiempo de echar una ojeada a Wembley. Todos tenemos nuestros antojos, ¿no es cierto, señor? Y este es el mío. Se lo he dicho una y otra vez a *mister* Almodham. Nunca me ha escuchado o solo fingía; decía: «Ya veremos, Gosling, ya veremos»; y no se habló más de eso. Pero con usted fue distinto, señor. Usted lo dijo y sé que lo dijo en serio... lo de mis vacaciones. De modo que voy a encerrarlo.

Gosling hablaba con serenidad, aunque con un soterrado temblor de emoción en su extraña voz mitad mediterránea, mitad *cockney*.

—¿Encerrarme?

—Para impedir que de un modo u otro usted se marche con ese asesino. No creará que habría vuelto con vida de ese paseo a caballo, ¿eh!

Un escalofrío recorrió la espalda de Medford, como el de la noche anterior cuando se dijo a sí mismo que el árabe estaba tan preocupado por Almodham como él. Soltó una risita.

—No sé de qué me está usted hablando. Pero no va a encerrarme.

Sus palabras tuvieron un efecto inesperado. El rostro de Gosling se contrajo en una mueca convulsiva y de sus pálidas pestañas le saltaron dos lágrimas que le corrieron por las mejillas.

—No confía usted en mí, en definitiva —dijo en tono lastimero.

Medford se apoyó en la almohada y consideró el asunto. Nada tan raro le había sucedido nunca antes. El tipo casi parecía tan ridículo que daba risa; sin embargo sus lágrimas seguro que no eran fingidas. ¿Lloraba por Almodham, muerto ya, o por Medford, a punto de ser arrojado a la misma tumba?

—Confiaría en usted de inmediato —dijo Medford— si me dijera dónde está su amo.

El rostro de Gosling recuperó su habitual expresión de cautela, aunque en él todavía relucía el rastro de las lágrimas.

—No puedo hacer eso, señor.

—¡Ay, me lo imaginaba!

—Porque... ¿cómo voy a saberlo?

Medford sacó una pierna de la cama. Una mano, debajo de la manta, sostenía su revólver.

—Bueno, ya puede usted irse. Primero deje esa llave encima de la mesa. Y no intente hacer nada que interfiera con mis planes. Si lo hace, le dispararé —añadió sucintamente.

—Nada de eso, usted no dispararía a un súbdito británico; daría mucho que hablar. No es que me importe... a menudo yo mismo he pensado pegarme un tiro. A veces, durante la estación del siroco. Eso no me asusta. Pero usted no se irá.

Medford ya se había puesto de pie con el revólver a la vista. Gosling lo miró con indiferencia.

—¿Así que usted sabe dónde está *mister* Almodham y ha decidido que yo no lo averigüe? —le puso a prueba Medford.

—Selim lo ha decidido —dijo Gosling—, y todos los demás. Todos ellos quieren que usted se quite de en medio. Por eso no les dejo salir de sus habitaciones y yo mismo me he ocupado de todo el servicio. ¿Querrá ahora quedarse aquí? ¡Por lo que más quiera, señor! Pasado mañana pasa la caravana que se dirige a la costa. Únase a ella, señor... ¡es el único camino seguro! No me atrevo a dejar que se vaya con ninguno de nuestros hombres, aunque usted me jure que cabalgará directamente hacia la costa y dejará en paz este asunto.

—¿Este asunto? ¿Qué asunto?

—La preocupación por el paradero de *mister* Almodham, señor. No hay nada de que preocuparse. Todos los hombres lo saben. Pero la pura verdad es que, en cuanto él se fue, han robado algún dinero de la caja, y si yo no hubiera hecho la vista gorda me habrían matado; y lo único que quieren es que salga usted a caballo y le dé alcance y lo liquide y lo entierre bajo un montón de arena lejos de las rutas de las caravanas. Un trabajo fácil. Eso es todo, señor. Palabra.

Hubo un prolongado silencio. A la débil luz de la vela los dos hombres se examinaron el uno al otro.

Medford empezó a asentar el juicio a medida que la sensación de peligro le cercaba. Su mente intentaba por todos los medios comprender aquel enigma envolvente, pero era impenetrable por doquier. Lo extraño era que, aunque no creía ni la mitad de lo que Gosling le había contado, aquel hombre todavía le inspiraba una rara sensación de confianza en lo que se refería a su relación mutua.

«Puede estar mintiendo acerca de Almodham, para ocultar Dios sabe qué; pero no creo que mienta acerca de Selim», pensó.

Medford dejó su revólver encima de la mesa.

—Muy bien —dijo—. No saldré a caballo en busca de *mister* Almodham, puesto que me aconseja que no lo haga. Pero no me iré con la caravana. Esperaré aquí hasta que él regrese.

Vio que Gosling palidecía bajo la amarillez verdosa de su piel.

—No haga usted eso, señor; no podría responder por ellos si usted se empeña en esperarlo. La caravana le llevará a la costa pasado mañana tan fácilmente como si cabalgase por Rotten Row^[150].

—Ah, entonces usted sabe que *mister* Almodham no habrá vuelto pasado mañana. Medford le enredó.

—Yo no sé nada, señor.

—¿Ni siquiera dónde está ahora?

Gosling reflexionó.

—Ha estado fuera demasiado tiempo, señor, para que yo lo sepa —dijo desde el umbral.

La puerta se cerró tras él.

Medford ya no pudo conciliar el sueño. Asomado a la ventana vio desaparecer gradualmente las estrellas y rayar el alba en toda su plenitud. Mientras volvía la vida entre aquellas antiguas murallas le maravilló el contraste entre aquella fuente de pureza que manaba en los cielos y los ominosos secretos aferrados cual vampiros al nido de mampostería de abajo.

Ya no sabía qué creer ni a quién. ¿Algún enemigo de Almodham había conseguido con artimañas que fuera al desierto y había comprado la connivencia de su gente? ¿O tenían los criados algún motivo personal para hacerlo desaparecer, y Gosling posiblemente decía la verdad cuando afirmaba que el mismo destino le acontecería a Medford si se negaba a marcharse?

A medida que aumentaba la luz, Medford sentía que recuperaba el vigor. Hasta la impenetrabilidad de aquel misterio le estimulaba. Se quedaría y averiguaría la verdad.

6

Siempre era el propio Gosling el que le llevaba a Medford el agua para el baño; pero aquella mañana dejó de aparecer con ella, y cuando llegó fue para traerle la bandeja del desayuno. Medford advirtió la extrema palidez de su rostro y que tenía los párpados enrojecidos como si hubiese llorado. El contraste resultaba desagradable y una antipatía por Gosling empezó a tomar forma en el pecho del joven.

—¿Y mi baño?

—Verá usted, señor, como ayer se quejó del agua...

—¿No puede hervirla?

—Lo he hecho, señor.

—Pues entonces...

Gosling se marchó de mal humor y regresó enseguida con una jarra de latón.

—En esta época del año... nos morimos de ganas de que llueva —refunfuñó, mientras vertía una escasa cantidad de agua en el baño.

«Sí, el pozo debe de estar bastante bajo», pensó Medford. Incluso hervida, el agua despedía el desagradable olor que había notado el día anterior, aunque en menor

grado. Pero un baño era necesario en aquel clima. Se echó encima lo mejor que pudo unas cuantas tazas.

Pasó el día pensando bastante infructuosamente en su situación. Había esperado que la mañana de alguna manera le aconsejaría, pero solo le proporcionó coraje y resolución, muy poco útiles sin esclarecimiento.

De pronto recordó que la caravana que se dirigía al sur desde la costa pasaría cerca del castillo aquella misma tarde. Gosling había insistido en la fecha infinita de veces, pues era la caravana que iba a traer la caja de agua Perrier.

«Bueno, no es que lo lamente», reflexionó Medford con un ligero encogimiento. Algo repulsivo y viscoso, mitad olor, mitad sustancia, parecía habérsele pegado a la piel desde que se bañó por la mañana, y la idea de tener que beber esa agua de nuevo le resultaba nauseabunda.

Pero el principal motivo para alegrarse por la caravana era la esperanza de encontrar en ella algún europeo, o por lo menos algún oficial nativo procedente de la costa, a quien poder confiarle su inquietud. Merodeó, escuchando y esperando noticias, y luego subió al tejado a contemplar la ruta que se dirigía al norte. Pero a la luz difusa del atardecer solo vio tres beduinos que guiaban unas cuantas mulas cargadas y se dirigían al castillo.

A medida que ascendían el empinado sendero reconoció a alguno de los hombres de Almodham, conjeturando enseguida que la ruta hacia el sur de la caravana no pasaba exactamente junto a las murallas, y que los hombres habían salido a su encuentro, probablemente en un pequeño oasis detrás de alguna plegadura de las dunas. Irritado por su propio descuido al no haber previsto tal posibilidad, Medford bajó precipitadamente al patio, con la esperanza de que los hombres pudieran traerle algunas noticias de Almodham, aunque, como este había cabalgado hacia el sur, en el mejor de los casos solo podía haberse cruzado con la ruta por la que había venido la caravana. Sin embargo, aun así, alguno de los hombres podría saber algo, podría haber oído algún rumor... ya que en el desierto todo acaba por saberse.

Cuando Medford llegó al patio, vociferaciones airadas y réplicas igual de vehementes salieron de las caballerizas. Se apoyó en la muralla y escuchó. Gosling debía de tener mucha mano para calmar las voces chillonas de sus subalternos. Ahora todos ellos se habían callado y era la voz del propio Gosling —normalmente tan discreta y comedida— la que les dominaba.

Gosling, dominador de todos los dialectos del desierto, maldecía a sus subordinados en media docena de ellos.

—No lo trajisteis... y me decís que no estaba allí, y que lo sabíais, y que o bien lo dejasteis en algún montón de arena mientras charlabais con esos tipos rastreros de la costa, o si no, lo sujetasteis al caballo tan a la ligera que se cayó por el camino... y estabais demasiado adormilados para daros cuenta. ¡Ay, hijos de mala madre, no me ensuciaré los labios mentándoos! En fin, volved a buscarlo, eso es todo.

—Por Alá y la tumba de su profeta, eres injusto con nosotros de manera inexcusable. No dejamos nada en el oasis, ni tampoco se nos cayó por el camino. No estaba allí y esa es la pura verdad.

—¡Verdad! ¡Pureza! Miserable pandilla de gandules y mentirosos... y el caballero invitado no bebe más que agua... como vosotros aseguráis hacer... ¡farsantes bebedores de licor!

Medford se retiró del antepecho con una sonrisa de alivio. ¡Fue tan solo una caja de Perrier... la caja perdida... lo que había provocado el enojo de esos hombres adultos hasta el extremo del delirio furioso! El anticlímax le quitó un peso de encima. Si el tranquilo y sereno Gosling podía permitirse descargar su ira por una insignificante dificultad en el funcionamiento del comisariado, él al menos debía tener la mente desocupada. ¡Qué absurdas parecían las especulaciones de Medford a propósito de este incidente doméstico!

De inmediato le conmovieron las atenciones de Gosling y se enojó consigo mismo por dejarse embaucar por las alucinantes fantasías orientales.

Almodham se había marchado para ocuparse de sus asuntos; lo más probable es que sus hombres supieran adónde se había ido y en qué consistía tales asuntos; e incluso si le hubieran robado durante su ausencia, y se hubieran peleado por el botín, Medford no veía qué podía hacer él. Incluso podría ser que su excéntrico anfitrión — al que, al fin y al cabo, no había tratado más que una noche—, arrepentido de una invitación hecha demasiado precipitadamente, se hubiese ido para eludir el fastidio de recibirlo. Cuando se le ocurrió esa alternativa, le pareció tan plausible que empezó a preguntarse si Almodham no se habría retirado a alguna *suite* secreta de aquella intrincada mansión y estaba allí esperando que su invitado se marchara.

Eso explicaría tan bien el afán de Gosling de que el visitante se marchara... y justificaría tan por completo su comportamiento nervioso y contradictorio... que Medford, sonriendo por su propia torpeza, decidió a toda prisa marcharse a la mañana siguiente.

Tranquilizado por esa decisión, se quedó en el patio hasta que anocheció, y luego, como de costumbre, subió al tejado. Pero en esta ocasión, sus ojos en vez de abarcar el horizonte, se fijaron en el edificio superpuesto del que, después de seis días de estancia, sabía tan poco. Las cámaras elevadas, que sobresalían en caprichosos ángulos, le desconcertaban con sus ventanas de postigos cerrados, o por todas partes con el enigma de sus cristales pintados. ¿Detrás de qué ventana podría estar oculto su anfitrión, espiando en ese mismo momento los movimientos de su persistente invitado?

La idea de que aquel extraño hombre taciturno, de alargado rostro bronceado y greñas de cabello cano, con su presumible egoísmo y tiranía, y su morboso ensimismamiento, pudiera estar en realidad a tiro de piedra le causó a Medford por primera vez una intensa sensación de aislamiento. Se sintió excluido, superfluo... ya

que imaginaba que alguien podía estar viviendo allí sin que él lo supiera, el lugar le resultaba solitario, inhóspito, peligroso.

«Mira que soy idiota... Probablemente Almodham esperaba que yo hubiese hecho las maletas y me hubiese ido nada más comprobar que él estaba fuera», pensaba el joven. Sí, definitivamente, se marcharía a la mañana siguiente.

Gosling no se había dejado ver en toda la tarde. Cuando por fin, con retraso, llegó para poner la mesa, mostraba una mirada de hosca, casi malhumorada, reserva que Medford no había visto antes en su rostro. Apenas respondió al cordial «Hola, ¿está la cena?» del joven, y cuando Medford se hubo sentado le alargó el primer plato sin pronunciar palabra. El vaso de Medford permaneció vacío hasta que él señaló el borde.

—Ay, no hay nada para beber, señor. Los hombres perdieron la caja de Perrier... o la dejaron caer y las botellas se rompieron. Ellos dicen que nunca llegó. ¿Cómo va uno a saber cuando ellos no abren sus impíos labios más que para mentir? —estalló Gosling con repentina violencia.

Dejó el plato que le alargaba y Medford comprobó que se había visto obligado a hacerlo porque todo su cuerpo temblaba como si tuviera fiebre.

—Pero ¡hombre!, ¿qué más da? Va usted a enfermar —exclamó Medford, poniendo una mano en el brazo del criado. Pero este, musitando: «Ay, Dios, ojalá hubiera ido yo mismo», se quitó la mano de encima de un tirón y desapareció de la habitación.

Medford siguió meditando; parecía desde luego que el pobre Gosling estaba al borde de una crisis nerviosa. No era de extrañar, cuando a él mismo le había oprimido tanto lo pavoroso de aquel lugar. Gosling reapareció al cabo de un rato, correcto, reservado, con el postre y una botella de vino blanco.

—Disculpe, señor.

Para tranquilizarlo, Medford probó el vino y acto seguido apartó la silla y regresó al patio. Se dirigió a la higuera junto al pozo cuando Gosling, corriendo a adelantarse, trasladó su silla y la mesa de mimbre hasta el otro extremo del patio.

—Aquí estará usted mejor... enseguida se levantará una brisa —dijo—. Le traeré su café.

Volvió a desaparecer y Medford siguió mirando para arriba la mole de mampostería y yeso, y preguntándose si no le habrían apartado de su rincón favorito para quitarlo del ángulo de visión del observador invisible (¿o ponerlo?). Después de llevarle el café, Gosling se marchó y Medford permaneció allí sentado.

Por último, se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro mientras fumaba. La luna no había salido todavía y la oscuridad caía solemnemente sobre aquellas antiguas murallas. Al cabo de un rato se levantó una brisa y comenzó su trato secreto con las palmeras.

Medford regresó a su silla; pero en cuanto volvió a sentarse tuvo la impresión de que el observador oculto clavaba sus ojos celosamente en la brasa roja de su cigarro.

La sensación llegó a ser cada vez más desagradable; casi podía notar que Almodham alargaba sus largos brazos fantasmales desde algún lugar por encima de él, envuelto en la oscuridad. Volvió al salón, donde colgaba del techo una lámpara con pantalla; pero la habitación estaba mal ventilada y salió de nuevo y arrastró su silla hasta el sitio de siempre bajo la higuera. Desde allí las ventanas desde las que sospechaba que le vigilaban no podían verlo, y se sintió más tranquilo, aunque la brisa no llegaba a aquel rincón y el denso aire parecía contaminado de las emanaciones del pozo contiguo.

«El agua debe de estar muy baja», meditó Medford. El olor, aunque casi imperceptible, era desagradable; mancillaba la pureza de la noche. Pero allí se sentía más seguro, hasta cierto punto, lejos de aquellos ojos invisibles que parecían haberse convertido misteriosamente en sus enemigos.

«Si uno de aquellos hombres me hubiera apuñalado en el desierto, no me extrañaría que hubiese sido obedeciendo órdenes de Almodham», pensó Medford.

Dormitó.

Cuando despertó la luna levantaba su imponente disco anaranjado por encima de las murallas, y la oscuridad en el patio era menos confusa. Debía de haber dormido durante una hora o más. La noche era deliciosa, o lo habría sido en cualquier otra parte menos allí. Medford sintió un temblor como consecuencia de su pasada fiebre y recordó que Gosling le había advertido de que el patio era poco saludable de noche.

«Por culpa del pozo, supongo. Me he sentado demasiado cerca de él», reflexionó.

Le dolía la cabeza y le pareció que el hediondo olor dulzón se adhería a su rostro como había sucedido después del baño. Se puso de pie y se acercó al pozo para comprobar cuánta agua quedaba. Pero la luna no estaba todavía lo bastante alta para iluminar aquellas profundidades, y al mirar dentro no vio más que oscuridad.

De pronto notó que le agarraban de los hombros por detrás y lo empujaban con fuerza hacia adelante, como si alguien quisiera hacerle caer por el borde. Un momento después, casi coincidiendo con su rápida resistencia refleja, el empujón se convirtió en enérgico tirón hacia atrás, y al darse media vuelta se encontró cara a cara con Gosling, cuyas manos soltaron inmediatamente sus hombros.

—Creí que tenía fiebre, señor... me pareció ver que se caía dentro —farfulló el hombre.

Medford recuperó el juicio.

—Nos ha debido de pasar a los dos, pues tuve la impresión de que usted me estaba tirando —dijo riéndose.

—¿Yo, señor? —exclamó Gosling—. Si le he echado para atrás con todas mis fuerzas...

—Por supuesto. Lo sé.

—En cualquier caso, ¿qué estaba usted haciendo aquí, señor? Le advertí que de noche era poco saludable —prosiguió Gosling malhumorado.

Medford se apoyó en los bordes del pozo y le contempló.

—Yo creo que todo el lugar es poco saludable.

Gosling se calló. Por fin preguntó:

—¿No se va usted a acostar, señor?

—No —dijo Medford—. Prefiero quedarme aquí.

El rostro de Gosling adoptó una expresión de obstinado enfado.

—Si es así, yo prefiero que no lo haga.

Medford volvió a reírse.

—¿Por qué? ¿Porque es la hora en la que *mister* Almodham sale a tomar el aire?

El efecto de aquella pregunta fue imprevisto. Gosling retrocedió un par de pasos y se llevó las manos a los labios, presionándolos como para reprimir una grosera protesta.

—¿Qué inconveniente hay? —preguntó Medford. Las bufonadas de aquel hombre estaban empezando a crisparle los nervios.

—¿Inconveniente?

Gosling siguió apartándose de él, fuera del alcance de la creciente inclinación del claro de luna.

—¡Venga! Reconozca usted que él está aquí y acabemos con esto —exclamó Medford con impaciencia.

—¿Aquí? ¿A qué se refiere usted al decir «aquí»? Usted no lo ha visto, ¿no es cierto?

Antes de que las palabras salieran de sus labios levantó de nuevo los brazos, avanzó dando traspiés y cayó hecho un guiñapo a los pies de Medford.

Apoyado todavía en los bordes del pozo, Medford sonrió despectivamente a aquel afligido bribón. Su conjetura había sido correcta, pues; Gosling no le había engañado después de todo.

—Levántese, hombre. ¡No sea tonto! No tiene usted la culpa si yo he adivinado que *mister* Almodham sale a pasear de noche por aquí...

—¿Pasear por aquí? —se lamentó el otro, todavía acobardado.

—Pues sí, ¿no es cierto? No le matará por confesarlo, ¿verdad?

—¿Matarme? ¿Matarme? ¡Ojalá le hubiese matado yo a USTED! —Gosling se puso de pie a medias, con la cabeza echada hacia atrás, lívido de terror—. ¡Y podría haberlo hecho, además tan fácilmente! A usted le pareció que yo le empujaba, ¿no es verdad? Mira que venir aquí a espiar y husmear...

Su angustia parecía asfixiarlo.

Medford no había cambiado de sitio. Lo indigno de la criatura a sus pies le proporcionó una cómoda sensación de poder. Pero el grito final de Gosling había desviado de pronto el curso de sus especulaciones. Almodham estaba allí, pues; eso era seguro; pero ¿dónde y cuál era su aspecto? Un nuevo temor corrió por la espina dorsal de Medford.

—¿De modo que quería hacerme caer? —le dijo—. ¿Por qué? ¿Como la forma más rápida de reunirme con su amo?

El efecto fue más inmediato de lo que había previsto.

Puesto de pie, Gosling se quedó allí cabizbajo y encogido bajo el delator claro de luna.

—Ay, Dios... ¡Tenía que hacerle caer! ¡Usted sabe que lo hice! Y luego... fue por lo que usted me dijo sobre Wembley. Se lo juro, señor, me pareció que hablaba en serio, eso me retuvo.

El rostro del hombre de nuevo se inundó de lágrimas, pero esta vez Medford las rechazó como si fuesen gotas salpicadas por la caída de un cuerpo a las sucias aguas del fondo del pozo.

Medford se calló. No sabía si Gosling estaba armado o no, pero ya no estaba asustado; solo pasmado, y sin embargo espantosamente lúcido.

Gosling siguió divagando de manera delirante:

—Si al menos hubiera llegado esa Perrier. No creo que a usted se le hubiera ocurrido, si al menos hubiera tenido su Perrier habitual, ¿verdad que no? Pero usted dice que él se pasea por aquí... ¡y yo sabía que lo haría! Pero... ¿qué le iba yo a hacer, si usted se presenta así el mismo día?

Medford seguía sin moverse.

—Y esa misma mañana él me estaba volviendo loco, señor, completamente loco. ¿No se lo cree? La semana antes de que usted llegara me iba a embarcar para Inglaterra y tomarme mis vacaciones, todo un mes, señor... y tenía derecho a seis meses, si es que hay justicia... un mes entero en Hammersmith, señor, en casa de un primo, y la oportunidad de ver Wembley a fondo; y entonces él se enteró de que usted venía, señor, y aquí se aburría y estaba muy solo, ya me entiende... necesitaba nuevas emociones o se marcharía de buenas a primeras... y cuando se enteró de que usted venía, se le quitó el mal humor en un abrir y cerrar de ojos y estaba loco de placer, y dijo: «Lo retendré aquí durante todo el invierno... es un hombre extraordinario, Gosling... es de los míos». Y cuando le digo: «¿Qué pasa con mis vacaciones?», me mira fijamente con esos ojos fríos que tiene y dice: «¿Vacaciones? Oh, por supuesto; bueno, el año que viene... veremos qué se puede hacer el año que viene». ¡El año que viene, señor, como si me estuviera haciendo un favor! Y eso es lo que pasaba: así ha sido durante casi doce años.

»Pero esta vez, si usted no hubiera venido, creo que me habría ido, porque él se había acostumbrado a tener a Selim a su servicio y nunca estuvo mejor de salud... pues bien, le dije eso, y que al fin y al cabo uno tiene sus derechos, y se me estaba pasando la juventud, y yo que le había servido tan bien encadenado aquí como su perro guardián, y siempre me decía el año que viene... y verá usted, señor, él se rio sarcásticamente y encendió su cigarrillo, y me dice: “Ay, Gosling, ¡basta ya!”.

»Estaba de pie en el mismo sitio donde usted está ahora, señor; y volvió a entrar en la casa. Y fue entonces cuando le golpeé. Pesaba mucho y cayó contra el brocal del pozo. Y precisamente cuando se esperaba que usted llegara de un momento a otro... ¡Ay, Dios mío!

La voz de Gosling se fue apagando en un murmullo ahogado.

Ante sus últimas palabras, Medford se había echado atrás unos cuantos pasos involuntariamente. Ambos hombres permanecieron de pie en mitad del patio, mirándose el uno al otro sin decir palabra. La luna, colgada por encima de las almenas, envió una escrutadora pizca de luz sobre la culpable oscuridad del pozo.

EL MISTERIO DE ISLINGTON^[151]

ARTHUR MACHEN

I

La afición del público a los asesinatos es a menudo errática, y a veces, pienso, bastante falible. Tomemos, por ejemplo, el caso Crippen^[152]. Sucedió hace diecisiete años y recientemente todavía se recordaba y discutía con interés. Sin embargo, no fue ni mucho menos un asesinato de primer orden. ¿Qué había en él? El resumen es bastante vulgar; sencillo, fácil y repulsivo, como el doctor Johnson dijo de otra obra de arte^[153]. Crippen tenía que soportar a una esposa regañona de hábitos desagradables; y abrigó una pasión por su mecanógrafa. Con lo cual envenenó a *Mrs.* Crippen, la despedazó y enterró los trozos en la carbonera. Eso estuvo bastante bien, aunque era obvio; y si el insensato hombrecito se hubiese contentado con quedarse callado y no hacer nada, podría haber vivido y muerto en paz. Pero no tuvo más remedio que desaparecer de su casa —una locura— y cruzar el Atlántico con su mecanógrafa, disfrazada absurda y burdamente de grumete; una absoluta y torpe imbecilidad. En eso, sin duda, no hay el menor vestigio de maestría; y aun así, como digo, el Crimen de Crippen está considerado como una de las obras maestras. Pasa lo mismo en todas las artes: el mal cómico siempre estaba seguro de que se reirían si no tenía inconveniente en caerse de cualquier manera; y el asesino más endeble está seguro de que le prestarán cierta atención respetuosa si se toma la molestia de desmembrar a su víctima. Por lo tanto, con respecto a Crippen: lo atraparon por medio de la radiotelegrafía, entonces en su fase inicial. Eso, por supuesto, fue completamente irrelevante para la verdadera cuestión; pero el público se regodea en la irrelevancia. Un gran crítico de arte puede alabar un gran cuadro, y hacer que su crítica sea una obra maestra por sí sola. Lo leerán poco; pero basta que algún estúpido gacetillero diga que el pintor siempre canta «Tom Bowling»^[154] mientras prepara su paleta, y cena pollo cocido con salsa de albaricoque tres veces a la semana... entonces el mundo proclamará al gran artista.

II

El éxito del mediocre es deplorable de por sí, pero es más deplorable porque a menudo oculta la verdadera obra maestra. Si el vulgo anda detrás de lo falso, debe despreciar lo verdadero. Se ensalza la inadmisible *Romola*^[155]; la admirable *Cloister*

and the Hearth^[156] se deja de lado. Así, mientras la desmañada y muy insignificante actuación de Crippen llenó los periódicos, el extraordinario Asesinato de Battersea fue despachado con uno o dos escasos párrafos en recónditos rincones de la prensa. A decir verdad, fuimos tan vergonzosamente privados de detalles que solo retengo en la memoria un exiguo bosquejo de aquel magnífico crimen; pero, en líneas generales, el caso se desarrolló como sigue: En el primer piso de uno de los más pequeños bloques de apartamentos de Battersea un joven (de entre 18 y 20 años) hablaba con una actriz, una actriz «itinerante» de escasa fama, cuya edad, si mal no recuerdo, estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Un disparo, un disparo próximo, interrumpió de pronto su conversación. El joven salió precipitadamente del apartamento, bajó las escaleras, y en el vestíbulo del bloque encontró a su propio padre, muerto a tiros. El padre, habría que advertir, era un actor ambulante, y antiguo amigo de la mujer de arriba. Pero ahora viene el ingrediente magistral de ese asesinato. Junto al muerto, en su mano o en el bolsillo de su chaqueta (no estoy seguro de cómo fue) se encontró un arma hecha con alambre grueso: un artilugio vil y de lo más mortífero, forjado con curiosa y malvada ingenuidad. Era de noche, pero brillaba la radiante luz de una luna nueva de ocho días, y el joven dijo que vio a alguien corriendo y saltando por encima de las tapias.

Pero observen el detalle: el actor muerto se ocultaba debajo del apartamento de su amiga, se ocultaba y estaba al acecho, con su infame arma en la mano. Esperaba encontrarse con algún enemigo, al cual había decidido hacer por lo menos alguna maldad enorme, si no asesinarlo.

¿Quién era ese enemigo, cuya bala fue más rápida que el cruel y premeditado deseo del muerto?

Probablemente nunca lo sabremos. Un asesinato que podría haber figurado verdaderamente en la máxima categoría, que podría haber rivalizado con el caso de Madeleine Smith^[157] (había ciertos indicios que hacían que eso pareciese posible), se dejó que cayera en el olvido, mientras la necia multitud sobrevaloró de repente al elemental Crippen y sus chapuceras imbecilidades. Así en tiempos hubo gente que consideró que *Robert Elsmere*^[158] era una obra literaria de importancia palmaria.

III

Por descontado, y con cierta razón, la guerra fue responsable de gran parte de esa especie de negligencia. En aquellos años atroces no hubo en las cabezas de la gente más que una cosa; todo lo demás se borró. De modo que se prestó poca atención al caso de una mujer, cuyo cadáver se encontró, envuelto cuidadosamente en tela de saco, en Regent's Square, junto a Gray's Inn Road. Un hombre fue ahorcado sin cláusulas, pero hubo en el caso uno o dos detalles curiosos.

Hubo también el Asesinato de Wimbledon, un caso extraño. Una familia acaudalada acababa de instalarse en una casa grande frente a la Cámara de los Comunes, tan recientemente que muchos de sus muebles y enseres estaban todavía en las cajas de embalaje. El dueño de la casa fue asesinado una noche por un hombre que se llevó su botín. Fue un curioso botín, consistente en una gabardina, que valía, quizás, un par de libras, y un reloj que habría costado unos diez chelines. El asesino, además, fue colgado sin más comentarios; aunque, a simple vista, su conducta parece necesitar una explicación. Pero el caso más singular de todos los que padecieron las preocupaciones de la guerra fue, no cabe la menor duda, el Misterio de Islington, como lo llamó la prensa. Fue un titular llamativo, pero el mundo estaba demasiado ocupado para prestarle atención. El asunto se divulgó, hasta cierto punto, en la época en que empezaron a usarse los carros de combate; y la gente trataba de no creer a los corresponsales de guerra, de no percatarse de que los fandangos y *corroborees*^[159] de tinta de esos caballeros ocultaban una sensación de fracaso y decepción.

IV

Pero en lo que se refiere al Misterio de Islington... así es como resultó. Hay una calle extraña, no lejos de la zona que en tiempos se llamaba Spa Fields, muy cerca de Pentonville o Islington Fields, donde antaño el *clown* Grimaldi fue acusado de incitar al populacho a perseguir a un buey agotado^[160]. El animal sube una colina escarpada, y el raro aventurero que de vez en cuando penetra en aquel barrio desconocido de Londres se asombra y desconcierta desde el primer momento, ya que no hay colinas escarpadas en el Londres que él conoce, y los contornos de aquel escenario le recuerdan la zona de casas de huéspedes de precio reducido en la parte de atrás de los lugares de veraneo con empinadas cuestas. Pero si el lugar es extraño, son mucho más extraños los edificios que hay en él. Sin duda fueron construidos durante el apogeo del neogótico de *sir* Walter Scott, que ha dejado tras él tan extraños monumentos conmemorativos. Las casas de Lloyd Street están emparejadas, y el arquitecto, al combinar las dos en un diseño, quería crear la ilusión de una serie de iglesias, en el estilo Perpendicular o con arco de ojiva de tercio punto^[161], que trepan por la colina. El detalle es magnífico, hay florones para alegrar el corazón, y gárgolas de primorosa fantasía, todo realizado en el más puro estuco. En la casa más humilde del lado derecho vivían *mister* Harold Boale y su esposa, y una placa de latón en la puerta gótica decía «Taxidermista. Esqueletos articulados». Por casualidad, esta casa, la más humilde de Lloyd Street, tenía un jardín más grande que los de sus colegas, que daba al patio de un contratista, y al final del jardín *mister* Boale había instalado el equipo de su oficio en un cobertizo, para que sus vecinos no pudieran meter las narices.

En la medida en que puede deducirse, el disecador y componedor de esqueletos era un tipo pacífico, inofensivo. Sus vecinos lo querían, y él y el ebanista especializado en marquetería Boulle^[162] de la puerta de al lado, el fabricante de cajas de concha de enfrente, el grabador de sellos y el armero de Baker Square en lo alto de la colina, y el anciano capitán de la marina mercante que vivía a la vuelta de la esquina en Manchester Street, en la casa con el junco de marfil en la ventana, solían pasar más de una velada cordial en el salón de los Quill en los días anteriores a que la guerra lo echara todo a perder.

Ninguno de ellos bebía ni hablaba mucho; pero disfrutaban de sus comedidas copas y de la acogedora comodidad del lugar, y miraban fijamente con gesto adusto las viejas estampas de coches que había en las paredes, y el gran cuadro que representa el desembarco de la agraviada reina de Inglaterra^[163], que cuelga encima de la repisa de la chimenea, entre dos perros de color rosa con collares dorados. *Mister* Boale pasaba por ser un hombre muy amable en aquel círculo y todos lo compadecían. *Mistress* Boale era una persona intratable y una gruñona. Los hombres del barrio evitaban encontrarse con ella; las mujeres la temían. Al pobre Boale le hacía llevar una vida de mil demonios. Su voz, bastante a menudo, se oía en la puerta de los Quill, vomitando veneno contra su marido; y el pobre hombre temblaba y se marchaba, por miedo a que pudiera pasar algo peor. *Mistress* Boale era una mujer morena de baja estatura. Su cabello era negro como el tizón, su rostro tenía una expresión de malignidad mordaz, y andaba rápidamente aunque con una marcada cojera. Rebosaba de energía y daba la lata al vecindario, y a su marido más que la lata.

La guerra, con sus escaseces y su riguroso horario de cierre, hizo que las reuniones en casa de los Quill fueran más raras que antes, y les privó de buena parte de su comodidad. Sin embargo, el círculo no se disolvió por completo, y una tarde Boale anunció que su esposa se había ido a visitar a sus parientes en Lancashire y seguramente estaría fuera bastante tiempo.

—Bueno, no hay nada mejor que un cambio de aires, eso afirman —dijo el capitán—, aunque yo he tenido más que de sobra de eso.

Los demás no dijeron nada, pero en el fondo felicitaron a Boale. Uno de ellos comentó después que el único cambio que le sentaría bien a *mistress* Boale sería el cambio al otro mundo, y todos asintieron. No eran conscientes de que *mistress* Boale estaba disfrutando de las ventajas del tratamiento recomendado.

V

Recuerdo que los problemas de *mister* Boale empezaron con la aparición de la hermana de *mistress* Boale, Mary Aspinall, una mujer de casi tan mal genio y

malignidad como la propia *mistress* Boale. Había sido durante algunos años nodriza de una familia en Ciudad del Cabo, y había vuelto a su país con su señora. En un principio, la mujer había escrito dos o tres cartas a su hermana, y no había tenido ninguna contestación. Le pareció extraño, pues a *mistress* Boale le gustaba escribir cartas, que llenaba de «cosas desagradables» acerca de su marido. Así que, la primera tarde después de su regreso, Mary Aspinall llamó a la casa de Lloyd Street para conocer la verdad de boca de su propia hermana. Tenía muchas sospechas de que Boale hubiese ocultado sus cartas. «Ese maldito tunante me las pagará», se dijo. De modo que *miss* Aspinall llegó a Lloyd Street y sacó a Boale de su taller. Y cuando él la vio se le cayó el alma a los pies. Había leído sus cartas. Pero la decisión de regresar a Inglaterra se había tomado de pronto; por tanto, *miss* Aspinall no había dicho ni una palabra de ello. Boale había imaginado que la hermana de su esposa se quedaría en el otro extremo del mundo los próximos veinte años, quizás treinta; y tenía la intención de marcharse y perderse en uno o dos años con un nuevo nombre. Conque cuando vio a la mujer se le cayó el alma a los pies.

Mary Aspinall fue derecha al asunto.

—¿Dónde está Elizabeth? —le preguntó—. ¿En el piso de arriba? Me extraña que no bajara cuando oyó el timbre.

—No —dijo Boale. Se sentía tranquilo pensando en el extraño laberinto que había elaborado alrededor de su secreto; se sentía seguro en el centro del mismo.

—No, no está en el piso de arriba. No está en casa.

—¿De veras no está en casa? Supongo que habrá ido a ver a algunos amigos. ¿Cuándo esperas que vuelva?

—La verdad, Mary, es que no espero que vuelva. Me abandonó... hace tres meses, es eso.

—¡Lo dices en serio! ¡Te abandonó! Demostró sentido común, supongo. ¿Adónde se ha ido?

—A fe mía, Mary, no lo sé. Una tarde tuvimos una pelea, aunque no creo que le dijese mucho. Pero ella me dijo que estaba harta, y metió unas cuantas cosas en una bolsa y se largó. Corrí tras ella y le grité que regresara, pero ni siquiera volvió la cabeza, y se marchó en dirección a King's Cross. Y desde aquel día no la he vuelto a ver, ni he sabido una palabra de ella. He tenido que devolver todas sus cartas a la oficina de correos.

Mary Aspinall miró fijamente a su cuñado y meditó. Aparte de decirle que él se lo había buscado, no parecía haber más que decir. De modo que de acuerdo con eso lo trató bien, y salió indignada del salón. Él volvió a disecar pavos reales, que yo sepa. Volvió a sentirse tranquilo. Durante unos pocos segundos había tenido una sensación muy desagradable en el estómago, un miedo horrible cuando se había abierto una brecha en uno de los muros externos de aquel laberinto suyo, pero ya todo iba bien de nuevo.

Y todo habría ido bien de forma permanente si *miss Aspinall* no se hubiese tropezado casualmente con *mistress Horridge* en la calle principal, cerca del final de Lloyd Street. *Mistress Horridge* era la esposa del fabricante de cajas de concha, y ambas habían tomado el té una o dos veces hacía mucho tiempo en casa de *mistress Boale*. Se reconocieron y, tras unos cuantos comentarios sin sentido, *mistress Horridge* preguntó a *miss Aspinall* si había visto a su hermana desde que volvió a Inglaterra.

—¿Cómo iba a verla si no sé dónde está? —respondió *miss Aspinall* con cierta ferocidad.

—No me diga, ¿no ha visto, entonces, a *mister Boale*?

—Vengo de su casa en este preciso momento.

—Pero, sin duda, no puede haber perdido la dirección de Lancashire.

Y así una cosa llevó a la otra, y Mary Aspinall dedujo con toda claridad que Boale había contado a sus amigos que su esposa estaba haciendo una larga visita a sus parientes en Lancashire. En primer lugar, los Aspinall no tenían ningún pariente en Lancashire... ellos procedían de Suffolk... y en segundo lugar, Boale le había puesto al corriente de que Elizabeth se había marchado enfurecida, no sabía adónde. No le volvió a visitar inmediatamente, como al principio había pretendido. Se estaba haciendo tarde, y tomó en consideración regresar a Wimbledon, decidida a examinar el asunto.

La semana siguiente volvió a pasarse por Lloyd Street. Acusó a Boale de mentirle deliberadamente, y le expuso francamente las dos historias que le habían contado. De nuevo notó Boale aquella horrorosa sensación de que todo se acababa. Pero tenía recursos.

—Lo cierto es —le dijo— que no te he contado ninguna mentira, Mary. Todo sucedió como te dije. Pero me inventé ese cuento sobre Lancashire por la gente de por aquí. No quería que hablaran de mis problemas, sobre todo porque Elizabeth no tiene más remedio que regresar en algún momento, y espero que será pronto.

Miss Aspinall le miró por un momento de un modo indeciso y amenazador, y luego subió de prisa al piso de arriba. Poco después bajó.

—He examinado a fondo los cajones de Elizabeth —dijo en tono desafiante—. Han desaparecido muchas cosas. No veo esas tiras de encaje que tenía de la abuela, y el aderezo de azabache ha desaparecido, y lo mismo el collar de granate, y el broche de coral. Tampoco pude encontrar el abanico de marfil.

—Después de que se fuera encontré todos los cajones completamente abiertos —dijo *mister Boale* suspirando—. Supongo que se llevó las cosas.

No queda más remedio que confesar que *mister Boale*, adiestrado, quizás, por la sutileza de su oficio, había prestado la debida atención a todos los detalles. Se había dado cuenta de que sería inútil contar el cuento de la marcha de su esposa si se olvidaba de sus tesoros. Así que los tesoros habían desaparecido.

En realidad, la arpía Aspinall no sabía qué decir. Tenía que reconocer que Boale había explicado el problema de sus dos historias de forma completamente plausible. Así que le dijo que más que un hombre era un ser despreciable y cerró de golpe la puerta del vestíbulo. Boale volvió de nuevo a su taller con entusiasmo en el corazón. Su laberinto todavía estaba seguro, su secreto a salvo. Al principio, cuando se enfrentó de nuevo a la acusación de Aspinall, había pensado en cerrar la puerta con cerrojo en cuanto la mujer saliera de la casa; pero eso era pánico irracional. Estaba en peligro. Y recordó, como el resto de nosotros, el caso Crippen. Fue la huida lo que perdió a Crippen; si se hubiera cruzado de brazos habría permanecido seguro, y el secreto del sótano nunca se habría conocido. Sin embargo, como reflexionó *mister* Boale, nadie estaba dispuesto a buscar en su sótano, a buscar por todas partes y donde sea en su local, desde la puerta del vestíbulo de delante hasta el taller en el fondo. Y procedió a dedicar su atención, tranquila, sin reservas, a un hermoso cuervo que le habían enviado por la mañana.

Al volver a Wimbledon *miss* Aspinall examinó detenidamente la extraordinaria desaparición de su hermana. Pensó en ella una y otra vez, y no pudo sacar nada en limpio. No sabía que la gente desaparece constantemente por todo tipo de motivos; que nadie oye nada sobre esos casos a menos que algún periódico con iniciativa imagine que hay materia para una «noticia sensacional» y solivianta a toda Inglaterra a buscar a John Jones o a *mistress* Carraway. Para *miss* Aspinall la desaparición de Elizabeth Boale parecía un portento y un prodigio, un acontecimiento único y terrible; y se devanaba los sesos, y no encontraba ninguna salida de aquel laberinto... una estructura distinta del laberinto mantenido por el sereno Boale. La Aspinall no tenía ninguna sospecha de su cuñado; tanto su comportamiento como su quehacer eran diáfanos, claros y honrados. Era un ser despreciable, como ella le había llamado, pero sin duda decía la verdad. Sin embargo la mujer le tenía cariño a su hermana, y quería saber adónde se había ido y lo que le había sucedido; así que puso el asunto en manos de la policía.

VI

Proporcionó la mejor descripción de la mujer desaparecida de que fue capaz, pero el policía encargado del caso le advirtió que no había visto a su hermana en muchos años, y que *mister* Boale era por supuesto la persona a consultar en aquel asunto. Así que el taxidermista una vez más fue apartado de sus labores científicas. Confirmó la información que dio *miss* Aspinall y la descripción que ella facilitó. Contó otra vez su sencilla historia, mencionó el incidente de la mentira a sus vecinos para evitar un desagradable cotilleo, y añadió varios detalles al retrato de su esposa que hizo *miss*

Aspinall. Proporcionó al agente de policía dos fotografías, señalando la que más se parecía de las dos, y vio marcharse de su local a su visitante con jovial tranquilidad.

A su debido tiempo pegaron en las comisarías de policía de todo el país el cartel de la «desaparecida», aderezado con una reproducción de la fotografía seleccionada por *mister* Boale, con minuciosos detalles descriptivos, incluso la «marcada cojera», y de vez en cuando unos cuantos transeúntes le echaron un vistazo de pasada. El cartel no tenía nada de particular y la afirmación «vista últimamente andando en dirección a King's Cross» no era una pista muy prometedora para el detective aficionado. No apareció en la prensa ninguna indicación sobre el asunto; como he señalado, apenas un uno por ciento de estos casos de «desaparición» salen en la prensa. Y justo en aquel momento todos nos dedicábamos a leer los panegíricos de los corresponsales de guerra, que demostraban que el avance de una milla y media en un frente de nueve millas constituía una victoria que eclipsaba a Waterloo. No había espacio para discutir el paradero de una mujer desconocida de la que no se sabía nada en Islington.

Fue un verdadero accidente lo que provocó la catástrofe. James Curry, un estudiante de Medicina que se alojaba en Percy Street, esquina con Tottenham Court Road, merodeaba una tarde por su barrio de un modo impreciso y vago, mirando los escaparates de las tiendas y pensando en las musarañas en las esquinas. Sabía que nunca le haría falta una caja registradora, pero examinó el surtido con la mayor atención y eligió un elegante modelo que costaba setenta y cinco libras. Además, invirtió mucho en costosas alfombras orientales, y amuebló una mansión urbana al estilo Sheraton^[164] con un gasto muy considerable. Así que su gira de inspección le llevó hasta la comisaría de policía; y allí procedió a leer los carteles pegados en el exterior, que incluían el relativo a Elizabeth Boale.

«Anda con una marcada cojera».

James Curry sintió que se quedaba sin aliento y dio un rápido grito ahogado. Alargó una mano hacia la barandilla para recuperar el equilibrio mientras leía de nuevo aquella asombrosa frase. Y entonces entró directamente en la comisaría de policía.

Lo cierto es que él había comprado a Harold Boale, tres semanas después de la fecha en que fue vista Elizabeth Boale por última vez, un esqueleto de mujer. Lo había conseguido relativamente barato a causa de la malformación de uno de los fémures. Por eso le pareció que el difunto propietario de aquel fémur debió de haber andado con una marcada cojera.

VII

M'Aulay adquirió fama en el juicio. Defendió a Harold Boale con magnífica audacia. Yo estuve en la audiencia (en aquella época una parte considerable de mi ocupación consistía en frecuentar Old Bailey^[165]) y nunca olvidaré las frases iniciales de su alegato a favor del preso. Se levantó poco a poco y dejó vagar la mirada despacio alrededor del tribunal. Sus ojos se detuvieron por fin con severa solemnidad en el jurado. Por último habló en voz baja, clara, pausada, recalcando, según pareció, cada frase que pronunciaba.

—Caballeros —empezó diciendo—, un hombre muy eminente, y muy sabio, y muy amable dijo en una ocasión que la probabilidad es la guía de la vida. Creo que convendrán conmigo en que se trata de una expresión de peso. En cuanto dejamos el ámbito de la matemática pura, hay muy poco que sea cierto. Supongamos que tenemos dinero para invertir: sopesamos el pro y el contra de esa idea sin más, y al final decidimos por motivos probables. O puede ser nuestro destino concertar una cita; tenemos que elegir un hombre para ocupar un cargo de responsabilidad en el que tanto la honradez como la sagacidad son de importancia básica. De nuevo la probabilidad debe guiarnos en nuestra decisión. Nadie puede formarse una opinión cierta e infalible de otra persona. Y lo mismo en todos los asuntos de la vida: debemos contentarnos con la probabilidad, y una y otra vez con la probabilidad. El obispo Butler^[166] tenía razón.

»Pero todas las reglas tienen su excepción. La regla que acabamos de formular tiene su excepción. En este preciso momento se enfrentan ustedes a esa excepción del modo más espantoso, más tremendo. Pueden ustedes creer... no digo que lo crean... pero pueden creer que Harold Boale, el acusado, es muy probable que asesinara a su esposa Elizabeth Boale.

Al llegar a este punto hubo un prolongado silencio. A continuación:

—Si ustedes creen eso, entonces es su deber imperioso absolver al acusado. El único veredicto que se atreverían a dar es el veredicto de «inocencia».

Hasta aquel momento, el abogado había mantenido en su elocución la voz baja, pausada, con que había empezado su alegato, deteniéndose de vez en cuando y pareciendo tener en cuenta el valor de cada palabra que acudía a sus labios. De pronto su voz se oyó resonante, aguda. Una palabra seguida rápidamente de otra:

—Este no es, recuérdelo, un tribunal de probabilidades. La máxima del obispo Butler no se puede aplicar aquí. La probabilidad está aquí de más. Este es un tribunal de certezas. Y a menos que tengan ustedes la certeza de que mi cliente es culpable, a menos que estén tan seguros de su culpabilidad como de que dos y dos son cuatro, deben ustedes absolverlo.

»De nuevo, y una vez más... este es un tribunal de certezas. En los asuntos corrientes de la vida, como hemos visto, nos guiamos por la probabilidad. A veces nos equivocamos; en la mayoría de los casos esos errores se pueden rectificar. Una inversión desastrosa puede compensarse mediante otra inversión propicia; un mal criado puede sustituirse por otro bueno. Pero en este lugar, donde la vida y la muerte

penden de un hilo que está en manos de ustedes, no caben los errores, ya que son irreparables. Ustedes no pueden devolver la vida a un hombre muerto. No deben decir: “Este hombre probablemente es un asesino, y por tanto es culpable”. Antes de pronunciar tal veredicto, ustedes deben poder decir: “Este hombre con toda seguridad es un asesino”. Y eso no pueden decirlo, y les diré por qué.

M’Aulay examinó los datos uno a uno. Los testimonios científicos habían declarado que la malformación del fémur del esqueleto exhibido produciría exactamente el tipo de cojera que había caracterizado a Elizabeth Boale. El abogado defensor había atacado a los médicos, les había hecho admitir que semejante malformación no era ni mucho menos única. Era poco frecuente, sí. Pero ¿era muy poco frecuente? Puede que no. Finalmente, un médico admitió que en el transcurso de treinta años de ejercicio en hospitales y de forma privada había visto cinco casos semejantes de malformación del fémur. M’Aulay dio un suspiro inaudible de alivio; le pareció haber logrado su veredicto.

Explicó todo eso al jurado con absoluta claridad. Insistió en el principio de que nadie puede ser condenado a menos que se pueda presentar el *corpus delicti*, el cadáver, o alguna parte identificable del cuerpo de la persona asesinada. Les contó la historia del Asombro de Campden^[167]; cómo el hombre «asesinado» entró en su pueblo dos años después de que tres personas fueran colgadas por haberlo asesinado.

—Caballeros —dijo—, por lo que yo sé, y por lo que ustedes saben, Elizabeth Boale podría entrar en este tribunal en cualquier momento. Me atrevo a decir que no tenemos ningún derecho a asumir que haya muerto.

Sin duda la defensa de Boale fue muy sencilla. El esqueleto que vendió a *mister* Curry lo había armado él poco a poco durante los últimos tres años. Señaló que las dos manos no hacían juego; y sin embargo, ese fue un detalle que había pasado por alto.

El jurado tardó media hora en considerar su veredicto. Harold Boale fue declarado «inocente».

Un antiguo amigo lo vio un par de años más tarde. Había emigrado a Estados Unidos, y trabajaba prósperamente en su antiguo oficio en una ciudad grande del Medio Oeste. Se había casado con una simpática chica de origen sueco.

—Ya ves —le explicó—, los abogados me dijeron que debería estar seguro al suponer que la pobre Elizabeth había muerto.

Sonrió amablemente.

Y por último, me permito afirmar que lo que les he contado es una historia sumamente parcial. Por lo que a mí se me alcanza, asumiendo por un momento las severas normas de M’Aulay, Boale era inocente. Es posible que su historia sea cierta. Elizabeth Boale, después de todo, podía estar viva; podría regresar a imitación del hombre «asesinado» del Asombro de Campden. Todos los pensamientos, estrategias, meditaciones que he metido dentro del corazón y la cabeza de Boale

podrían ser malévolas invenciones mías sin una pizca de verdadera sustancia que las apoye.

En teoría, pues, el Misterio de Islington está todavía sin resolver. Desde luego; pero ¿de hecho?

Notas

[1] «Somos para los dioses como las moscas para los niños traviesos; / nos matan por divertirse». *La tragedia del rey Lear* (Acto IV, Escena 1, 41-42). <<

[2] *El cuerpo del delito. Antología de relatos policíacos clásicos*, edición y traducción de Juan Antonio Molina Foix (Madrid, Siruela, 2015, págs. 9-38). <<

[3] «¿Qué es el género policial?», en Jorge Lafforgue y Jorge B. Rivera, *Asesinos de papel: ensayos sobre narrativa policial* (Buenos Aires, Ediciones Colihue, 1995, págs. 249-250). <<

[4] *Historia de las literaturas de vanguardia* (Madrid, Guadarrama, 1965, pág. 137).
<<

[5] «Guy de Maupassant 1904», en *Notes on Life and Letters* (Londres y Toronto, J. M. Dent, 1921, pág. 25). <<

[6] Prólogo a *The Essential Tales of Chekhov* (Nueva York, HarperCollins, 1998). <<

[7] Denah Lida atribuye la motivación de Galdós a la posible influencia de Balzac, Dickens y Dostoievski (véase «Galdós entre la crónica y la novela», *Anales Galdosianos*, 7, 1973, págs. 63-77). <<

[8] Galdós describe perfectamente el ambiente que se respiraba en la cercana plaza de las Salesas en las distintas sesiones del juicio, que fue el primero en España en el que se ejerció la acción popular. <<

[9] Aunque nunca llegó a ejercer la profesión, Galdós había culminado la carrera de Derecho en 1869. <<

[10] Estas mismas crónicas sirvieron de base a Galdós para dos de sus novelas: *La incógnita* (redactada entre 1888 y 1889 y considerada por muchos la primera novela policiaca española) y *Realidad* (1889), que acabó siendo una función teatral en cinco actos estrenada en Madrid el 15 de marzo de 1892 en el Teatro de la Comedia. <<

[11] Véase «Reader's Guide to Crime», incluido en Howard Haycraft (ed.), *The Art of the Mystery Story* (Nueva York, Simon & Schuster, 1946, pág. 507). <<

[12] Véase María Esther Gilio *et al.*, *Borges* (Buenos Aires, El Mangrullo, 1976, pág. 121). <<

[13] Introducción a *Life's Handicap: Being Stories of Mine Own People* (Nueva York, United States Book Company, 1891). <<

[14] George Orwell le llamaba el «Profeta del imperialismo británico» (véase «Essay on Kipling», en *New English Weekly*, 23 de enero de 1936). <<

[15] Los cipayos eran tropas nativas al servicio de la Compañía de las Indias Orientales. El motín, conocido ahora como el Levantamiento Nacional, tuvo como detonante la negativa de los indígenas, por imperativos de su religión, a utilizar el armamento lubricado con grasa de cerdo que les imponían los colonizadores. Comenzó el 9 de mayo de 1857 con una matanza nocturna de oficiales en Meerut y desembocó en un intento de restauración de regímenes anteriores, ocasionando levantamientos populares en algunos lugares, como Delhi o Lucknow, que cayeron en poder de los insurrectos, cuyo número superaba con creces al de soldados británicos. La revuelta fue aplastada con gran violencia y derramamiento de sangre en julio de 1858, y fue seguida de una durísima represión. <<

[16] Véase la biografía de Andrew Lycett *Rudyard Kipling* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1999, pág. 163). <<

[17] R. Thurston Hopkins, *Rudyard Kipling's World* (Londres, Robert Holde, 1916, pág. 62). <<

[18] El *Times* del 27 de enero de 1914 reseñó, nada favorablemente, el estreno en el Royal Court Theatre de Londres de una dramatización de este relato llevada a cabo por el actor, director y dramaturgo inglés Roland Pertwee. <<

[19] Citado en John Berryman, *Stephen Crane* (Cleveland, Meridian, 1962, pág. 54).
<<

[20] Thomas Beer, *Stephen Crane: A Study in American Letters* (Nueva York, Alfred Knopf, 1923). <<

[21] Don Honig, *Stephen Crane* (Nueva York, Avon Books, 1962). <<

[22] Prólogo a *Aventura* (traducción de A. Nadal, Madrid, Nostromo, 1974, pág. 1). <<

[23] En el habla de los marineros del Misisipi, que surcó de joven como piloto de barcos fluviales, «Mark Twain» («Marca dos») significaba la profundidad mínima (dos brazas) para poder navegar. <<

[²⁴] Prólogo a *El corruptor de Hadleyburg. Cuento policial de doble fondo* (Madrid, La Fontana Literaria, 1972, pág. 13). <<

[25] Prólogo a *El corruptor de Hadleyburg. Cuento policial de doble fondo* (Madrid, La Fontana Literaria, 1972, pág. 14). <<

[26] Incluido en *El cuerpo del delito*, págs. 105-125. <<

[27] La agencia de detectives Pinkerton, que se hizo famosa por *impedir un atentado criminal contra el presidente Lincoln*, tenía por insignia un ojo abierto de par en par con el lema: «We Never Sleep» (Nunca dormimos), imagen indeleble que dio origen al término «ojo privado» como sinónimo de «detective». Dashiell Hammett aprendió en ella su oficio. <<

[28] En enero y febrero de 1913, *La España moderna* sacó en dos entregas *Más hábil que Sherlock Holmes*, versión de «A Double-Barrelled Detective Story» por Marck (sic) Twain, traducida por E. M. <<

[29] Luego lo acortó a O. Henry o simplemente O Henry. Le parecía que el nombre daba bien impreso y era fácil de pronunciar y recordar. <<

[30] Tenorios, donjuanes. <<

[31] Sede de los principales editores musicales, en la calle Veintiocho entre la Quinta Avenida y Broadway (más tarde alrededor de Broadway y la calle Treinta y Dos). La frase «tin pan» se refiere al «sonido de pianos aporreados con furia». Era música comercial compuesta sobre todo de baladas, bailables y vodeviles, pero se convirtió en todo el mundo en sinónimo de la música popular. <<

[32] Aunque pretendía ser hijo de un cardenal italiano, en realidad su madre era una camarera papal polaca y su padre un guarda suizo del Vaticano. <<

[33] En 1913 publicó su imprescindible *Méditations esthétiques. Les peintres cubistes* y en 1917 acuñó el término «surrealismo» que André Breton rescató en 1924 para fundar su famoso manifiesto. <<

[34] Fascinado por las infinitas posibilidades abiertas por el cine, en su cuento «Un beau film» (1907) y en un artículo de *L'Intransigeant* (1910) evoca, de un modo irónico, ciertos desarrollos inesperados del arte cinematográfico, al que otorga un carácter popular a diferencia de los futuristas italianos. <<

[35] Publicada al año siguiente en forma de libro con prólogo de Clarín. <<

[36] Donald L. Shaw, *Historia de la literatura española*, vol. 5: *El siglo XIX* (traducción de Helena Calsamiglia, Barcelona, Ariel, 1973, pág. 223). <<

[37] En «Como en las cavernas», septiembre de 1901, núm. 1029 de la revista *La Ilustración Española*, formando parte de una serie de artículos publicados en la sección «La vida contemporánea». <<

[38] Obviando los precedentes ya citados *El clavo* de Alarcón (1853) y *La incógnita* (1889) de Galdós. <<

[39] Véase Ruth Noya Taboada, *La violencia en los cuentos de Emilia Pardo Bazán*, Universidad de Santiago de Compostela, 2016, pág. 145. <<

[40] Se vio obligado a dejar Francia y buscar refugio en Inglaterra por una adversa y fugaz experiencia amorosa seguida de un duelo. <<

[41] «La verdad del caso es que mi habilidad para escribir en inglés me es tan natural como cualquier otra de las facultades de que dispongo desde mi nacimiento. [...] El inglés no fue producto de una elección ni de una adopción. Jamás pasó por mi cabeza la más remota idea de plantearme una elección. En cuanto a la adopción..., qué duda cabe, hubo adopción, pero conste que fui yo el adoptado por el genio de la lengua, que tan pronto superé la etapa de los balbuceos se apropió de mí de forma tan cabal que hasta sus propios giros idiomáticos incidieron de forma directa en mi temperamento y modelaron mi todavía maleable carácter». Véase «Nota del autor», en *Crónica personal [Remembranzas]* (traducción de Miguel Martínez-Lage, Madrid, Trieste, 1990, pág. 23). <<

[42] A él siempre le llamaron Konrad por el héroe del poema narrativo polaco *Konrad Wallenrod* (1828), de Adam Mickiewicz, que en el siglo XIV intenta liberar Lituania de la tiranía rusa. <<

[43] Juan Benet, prólogo a *El espejo del mar* (traducción de Javier Marías, Madrid, Hiperión, 1981, pág. 9). <<

[44] Jules Cashford, «Joseph Conrad: Homo Duplex», epílogo a *El copartícipe secreto* (traducción de Francisco Torres Oliver, Mas Pou. Vilaür, Atalanta, 2005, págs. 91 y 92). <<

[45] Javier Marías, «Nota sobre el texto», en *El espejo del mar* (ob. cit., pág. 14). <<

[46] Juan Benet, prólogo a *El espejo del mar* (traducción de Javier Marías, Madrid, Hiperión, 1981, págs. 8 y 9). <<

[47] Al final de su vida volvería a intentar dicho género en la novela *The Nature of a Crime* (1924), escrita a medias con su amigo Ford Madox Ford, con el que ya había colaborado en *The Inheritors* (1901) y *Romance* (1903). <<

[48] Según su hermana Ethel, lo eligió por el «copero del brebaje oscuro» mencionado en las *Rubáiyát* de Omar Jayyam. <<

[49] Su padre fue inspector general de la misma. <<

[50] De la época de Eduardo VII: 1901-1910. <<

[51] *Diarios* (1914-1923), traducción de Feliu Formosa, Barcelona, Lumen, 1975, pág. 97. <<

[52] *Diarios* (1914-1923), traducción de Feliu Formosa, Barcelona, Lumen, 1975, pág. 203. <<

[53] Vladimir Nabókov, *Lectures on Literature*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1980, pág. 321. <<

[54] José Rafael Hernández Arias, prólogo a *Cuentos completos de Kafka (Textos originales)*, Madrid, Valdemar, 2000, págs. 31 y 33. <<

[55] Traducido por Maria Rosa Oliver, Buenos Aires, noviembre de 1936, con prólogo de Macedonio Fernández y textos de Silvina Ocampo. <<

[56] Los personajes de Gudrun y Gerald en su novela *Women in Love* están basados en Katherine Mansfield y su segundo marido, John Middleton Murry. <<

[57] Lo escribió en Menton en 1920, aunque se publicó póstumamente. <<

[58] En 1878 publicó privadamente su libro de poemas *Verses*, y en 1909 *Artemis to Actaeon and Other Verses*. Póstumamente sus amigos Robert Norton y Gaillard Lapsley editaron su antología de poemas amorosos *Eternal Passion in English Poetry* (Nueva York y Londres, Appleton-Century, 1839). <<

[59] Su primer relato, «Mrs. Manstey's View», lo publicó en 1891 *Scribner's Magazine*, que en los siguientes siete años le aceptó otros y le propuso editar una colección, que finalmente saldría a la luz en 1899. <<

[60] Véase *A Backward Glance* (Nueva York, D. Appleton, 1934, capítulo VI, «Life and Letters», pág. 86). <<

[61] Eligió el apellido de soltera de su madre, que rima con «blacken». <<

[62] Hoy en día todavía es recordada y buscada su traducción del *Heptamerón* de Margarita de Navarra o sobre todo la muy celebrada versión de las memorias de Casanova. <<

[63] Aparte de sus reseñas de libros para la revista *Literature* (antecedente del actual *Times Literary Supplement*), de la que llegó a ser subdirector, se estiman en más de mil quinientas sus colaboraciones para las revistas *The Academy* y *T. P.'s Weekly* o el periódico *Evening News* sobre los más diversos temas: sucesos cotidianos, antigüedades, folclore, crímenes históricos, literatura o vida local. <<

[64] Título original: «One Wicked Impulse!». Publicado por primera vez en julio y agosto de 1845 en la *Democratic Review* con el título «Revenge and Requital: A Tale of a Murderer Escaped» («Venganza y desquite: Historia de un asesino huido»). Reimpreso en versión revisada en septiembre de 1846 en el *Brooklyn Daily Eagle* con el título «One Wicked Impulse! A Tale of a Murderer Escaped» e incluido posteriormente en su antología de relatos *Specimen Days and Collect* (Filadelfia, Rees Welsh and Company, 1882) con el título definitivo «One Wicked Impulse!». Recogido en el número de enero de 1954 de la *Ellery Queen Magazine* y en el volumen colectivo *In the Queen's Parlor: And Other Leaves from the Editor's Notebook* (Nueva York, Biblo and Tannen, 1969). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[65] En la publicación del *Brooklyn Daily Eagle*, a este apartado, que iniciaba la segunda entrega, le precedían dos poemas: «The White Dove (A Hymn for Children)» y «The Quadroon Girl», atribuidos a Fredrika Bremer (escritora sueca que Whitman apreciaba) y a Henry Wadsworth Longfellow, respectivamente. <<

[66] Estas tres últimas frases no aparecen en la edición de 1882. <<

[67] Esta frase, que en el *Brooklyn Daily Eagle* ocupa un párrafo aparte, no aparece en la edición de 1882. <<

[68] En la edición de 1882 termina aquí el relato, con la adición del siguiente párrafo: «En contra de todas las reglas de la escritura de ficción, no prolongaremos más nuestra narración de esos incidentes en su mayor parte ciertos (pues lo son). Solo añadiremos que el asesino pronto partió para una nueva esfera de acción, que todavía vive, y que este no es más que un caso entre mil de crimen sin aclarar, impune, para los tribunales de los hombres, pero no para un poder y un juicio más amplios». <<

[69] En la publicación del *Brooklyn Daily Eagle*, a este apartado, que constituía la última entrega del relato, le precedía el poema titulado «The Grave», traducción del anglosajón atribuida a Longfellow. <<

[70] Título original: «The Thieves Who Couldn't Stop Sneezing». Cuento navideño publicado en 1877 en la revista *Father Christmas Annual*. Incluido en Kristin Brady (ed.), *The Short Stories of Thomas Hardy: Tales of Past and Present* (Nueva York, St. Martin's Press, 1982), y posteriormente en Juliette Berning Schaefer y Siobhan Craft Brownson (eds.), *Thomas Hardy's Short Stories: New Perspectives. The Nineteenth Century* (Londres y Nueva York, Routledge, 2017). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[71] Título nobiliario británico de carácter hereditario de más bajo rango, inmediatamente inferior al barón. Creado en 1611 por Jacobo I para financiar la colonización del Úlster, no daba derecho a ocupar plaza en la Cámara de los Lores, pero su beneficiario (solo varones) podía anteponer el *sir* a su nombre. <<

[72] Título original: «La main». Publicado por primera vez el 23 de diciembre de 1883 en el periódico francés *Le Gaulois*. Recogido en la colección *Contes du jour et de la nuit* (París, Marpon-Flammarion, 1885). Incluido posteriormente en la edición de René Dumesnil de *Œuvres complètes illustrées de Guy de Maupassant* en 15 vols. (París, Librairie de France, vol. IV, 1938). Traducción: Mauro Armiño. <<

[73] No se han encontrado rastros de un crimen semejante en Saint-Cloud. El crítico Georges Forestier localizó en Saint-Ouen un crimen parecido, cuyo culpable nunca fue encontrado. <<

[74] Maupassant visitó esta ciudad de Córcega y la isla de Beauté en 1880, como corresponsal de *Le Gaulois*. <<

[75] Título original: «Шведская спичка». Publicado por primera vez en enero de 1884 en el *Almanaque de La Libélula*. Recogido en la primera edición de la colección *Пестрые рассказы* (San Petersburgo, Editorial Fragmentos, 1886), y aunque lo retiró en la segunda edición, lo mantuvo en las sucesivas. Incluido posteriormente en el segundo volumen de sus *Obras completas* en 10 tomos *Полное собрание сочинений* (San Petersburgo, Editorial A. F. Marx, 1899-1903). Traductor: Víctor Gallego Ballesteros, 2004. Traducción cedida por Alba Editorial, s. l. u. <<

[76] Se refiere al personaje de la novela homónima de Zola. <<

[77] Antiguos creyentes, secta rusa formada en la segunda mitad del siglo xvii por aquellos que se negaban a aceptar las reformas del patriarca Nikon. <<

[78] Émile Gaboriau (1835-1873), escritor francés, creador de novelas policiacas y detectivescas. <<

[79] Sopa de col típica de Rusia. <<

[80] William Ewart Gladstone (1809-1898), político inglés. Fue primer ministro en cuatro ocasiones. <<

[81] Título original: «El crimen de la calle Fuencarral». Publicado por vez primera en el diario argentino *La Prensa* en seis crónicas, entre el 19 de julio de 1888 y el 30 de mayo del año siguiente. Editado posteriormente por Alberto Ghirardo en el volumen VII de *Cronicón (1886-1890). Obras inéditas de Benito Pérez Galdós* (Madrid, Renacimiento, 1928) y por Rafael Reig (ed.), *El crimen de la calle de Fuencarral* (Madrid, Lengua de Trapo, 2002). <<

[82] Pierre Alexis, vizconde de Ponson du Terrail (1829-1871), fue un prolífico novelista francés creador del personaje de Rocambole. Xavier Henri Aymon Perrin, conde de Montépin (1823-1902), fue un popular folletinista también francés, autor del mayor *best seller* del siglo XIX, *La porteuse de pain* (1884-1887). <<

[83] Título original: «Was that a murder?», extracto del capítulo IX de *The Master of Ballantrae* (1889). Incluido en la antología de Dorothy Sayers *Tales of Detection: A New Anthology*, Londres, Dent, 1936. Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[84] Título original: «The Return of Imray». Publicado como «The Recrudescence of Imray» en *Mine Own People* (Lovell, Coryell & Company, Nueva York, 1891) y como «The Return of Imray» en *Life's Handicap: Being Stories of Mine Own People* (Macmillan, Londres, 1891). Incluido en la revista *Ellery Queen's Mystery Magazine* (septiembre de 1958, págs. 107-115). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[85] Carruaje ligero y descubierto de dos ruedas, tirado por un solo caballo, con dos asientos unidos por el respaldo y, debajo de ellos, espacio para perros, de donde le viene el nombre. <<

[86] Véase el relato «Miss Youghal's Sais», publicado en la *Civil and Military Gazette* el 25 de abril de 1887 e incluido posteriormente en la colección *Plain Tales from the Hill* (1888). Es la primera aparición del personaje de Strickland. <<

[87] Especie de carpa (de la familia *Cyprinidae*) típica de los ríos y lagos de la India, que los ingleses llamaban equivocadamente «salmón indio». <<

[88] Se refiere sin duda a la Great Paul, que pesa dieciséis toneladas y media y sonaba tradicionalmente a la una todos los días. Situada en la torre gemela del sudoeste, era la campana más grande en las Islas Británicas hasta la llegada de la campana Olímpica para los Juegos Olímpicos de 2012. <<

[89] Título original: «An Illusion in Red and White». Publicado por primera vez en *New York World* el 20 de mayo de 1900. Incluido posteriormente en *The Monster and Other Stories* (Londres: Harper & Brothers, 1901). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[90] Park Row es una calle situada en el distrito financiero de Manhattan en donde se asentaban la mayoría de periódicos de Nueva York. <<

[91] Título original: «The Minions of Midas». Publicado por primera vez en mayo de 1901 en la revista literaria *Pearson's Magazine* (vol. XI, núm. 65). Incluido posteriormente en *Moon-Face, and Other Stories* (Nueva York, Macmillan, 1906). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[92] Los hermanos Graco, Tiberio Sempronio y Cayo Sempronio, fueron dos tribunos romanos que, entre los años 133 y 121 a.C., intentaron cambiar las cosas en la República Romana y lucharon por los derechos de los plebeyos frente a los privilegios de los patricios. Entre otras cosas pretendían una distribución gratuita de las tierras entre los ciudadanos más pobres y los soldados veteranos licenciados, además de otras reformas para favorecer a las clases más bajas y la supresión del monopolio del Senado. <<

[93] La agencia de detectives Pinkerton, que se hizo famosa por *impedir un atentado criminal contra el presidente Lincoln*, tenía por insignia un ojo abierto de par en par con el lema: «We Never Sleep» (Nunca dormimos), imagen indeleble que dio origen al término «ojo privado» como sinónimo de «detective». Dashiell Hammett aprendió en ella su oficio. <<

[94] Título original: «A Double-Barrelled Detective Story». Publicado por primera vez en los meses de enero y febrero de 1902 en la revista *Harper's Magazine*, y ese mismo año en forma de libro, *A Double-Barrelled Detective Story* (Londres y Nueva York, Harper and Brothers), ilustrado por Lucius Hitchcock. Incluido posteriormente en Charles Neider (ed.), *The Complete Short Stories of Mark Twain* (Garden City, Nueva York, Hanover House, 1957, págs. 423-469). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[95] Se refiere a James II (1633-1701), rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda (1685-1688), contra el que se rebeló el duque de Monmouth, hijo ilegítimo del rey inglés Charles II, en 1685. La rebelión fue abortada en la batalla de Sedgemoor. <<

[96] Los que escaparon de la batalla de Sedgemoor fueron considerados traidores: de ahí lo de la «marca de Sedgemoor». <<

[97] Antes de que los uniformes fueran identificables, un distintivo en la manga era una forma de mostrar a qué ejército se pertenecía. No se sabe a ciencia cierta si los secuaces de Monmouth llevaban algún distintivo. Seguramente es una invención de Twain. <<

[98] Actualmente Vadodara. <<

[99] En la actualidad Kanpur. <<

[100] Actualmente Prayagraj. <<

[101] En la actualidad Sri Lanka. <<

[102] Del periódico de Springfield *The Republican*, 12 de abril de 1902: Al director de *The Republican*: Uno de sus conciudadanos me ha hecho una pregunta acerca del «esófago» y quiero contestarle por medio de usted. Espero que la respuesta se divulgará y no tendré que volver a escribir, porque ya he contestado muchas veces a la misma pregunta, y no consigo disfrutar de las vacaciones que me corresponden.

No hace mucho publiqué un relato y fue ahí donde mencioné el esófago. Confidencialmente le confesaré que esperaba que alguien se molestara —de hecho, esa era mi intención—, pero la cosecha ha sido mayor de lo que yo calculé. El esófago ha sorprendido por igual a culpables e inocentes, aunque yo solo quería pillar a los inocentes... a los inocentes y a los confiados. Sabía que algunos de ellos me escribirían para preguntarme por la palabreja; eso me daría poco trabajo. Pero no esperaba que los sabios y los eruditos me pidieran ayuda. Eso es, sin embargo, lo que ha ocurrido, y ya es hora de que me pronuncie y ponga fin a esas averiguaciones, si es que puedo, porque escribir cartas me cansa y no me divierte tanto como suponía. Para que pueda comprender la situación, insertaré como muestra un par de preguntas. La primera procede de un maestro de Filipinas:

Santa Cruz, Ilocos, Sur, Islas Filipinas, 13 de febrero de 1902

Estimado señor: acabo de leer la primera parte de su relato, titulado «Cuento detectivesco por partida doble», que me ha encantado. En la parte IV, página 264 del número de enero de la *Harper's Magazine*, aparece el siguiente pasaje: «lejos, en el cielo sin nubes, un solitario “esófago” dormía inmóvil encima de su ala; por todas partes reinaba el silencio, la serenidad y la paz de Dios». Pues bien, hay una palabra que no comprendo, me refiero a «esófago». El único libro de consulta del que dispongo, el *Standard Dictionary*, no explica su significado. Si dispusiera de tiempo, me gustaría que me aclarase dicho sentido, pues considero el pasaje muy hermoso y conmovedor. Quizás le parezca una tontería, pero tenga en cuenta mi falta de medios aquí en la zona norte de Luzón. Atentamente suyo.

¿Se da usted cuenta? Lo único que le desconcertó en todo el párrafo fue esa palabra. Eso demuestra que estaba construido muy hábilmente para el engaño del que se pretendía hacer víctima al lector. Mi propósito fue que resultase creíble, y es evidente que lo parece, quería que fuese emotivo y conmovedor, y como usted mismo puede ver, le ha llegado al alma a ese maestro. ¡Ay, si hubiese prescindido de esa traicionera

palabra, habría triunfado por completo! Y el párrafo se habría deslizado como el aceite por las sensibilidades de los lectores, sin dejar tras de sí una sola sospecha.

La otra muestra procede de un catedrático de una universidad de Nueva Inglaterra. Contiene una fea expresión (que no me resigno a suprimir), pero como él no pertenece al departamento de Teología, da lo mismo.

Estimado *mister* Clemens: «Lejos, en el cielo sin nubes, un solitario “esófago” dormía inmóvil encima de su ala; por todas partes reinaba el silencio, la serenidad y la paz de Dios». No dispongo de muchas oportunidades de leer literatura en revistas, pero acabo de ponerme al día leyendo, con gran placer y aprovechamiento, su «Cuento detectivesco por partida doble». Pero ¿qué diablos es un esófago? Yo tengo uno, pero no duerme en el aire ni en ninguna otra parte. Mi profesión consiste en el manejo de palabras, y «esófago» me interesó nada más descubrirla. Pero, como solía decir un compañero de mi juventud, «maldito sea eternamente o coeternamente si la entiendo». ¿Es una broma o soy un ignorante?

Entre usted y yo, casi me avergoncé de haber engañado a aquel hombre, pero tuve que decirlo por orgullo. Le escribí que se trataba de una broma... y es lo que le digo ahora al que me lo pregunta desde Springfield. Y le dije que si leyera con cuidado todo el párrafo, no encontraría ni un vestigio de sentido en ninguno de sus detalles. También se lo recomiendo al que me pregunta desde Springfield.

Ya lo he confesado. Lo siento... en parte. No lo volveré a hacer... por ahora. No me haga más preguntas. Dejemos descansar al esófago... en su misma ala inmóvil. (Nota de Mark Twain).

Nueva York, 10 de abril de 1902

El «Cuento detectivesco por partida doble», que apareció en la *Harper's Magazine* en los meses de enero y febrero, constituye la más consumada parodia de la ficción detectivesca, con impresionantes pasajes melodramáticos, en los que resulta difícil percibir el engaño por la habilidad de su factura. Pero la ilusión no debería sobrepasar ni siquiera el primer incidente del número de febrero. En cuanto al párrafo que tan admirablemente ilustra a un tiempo la maestría de *mister* Clemens y la negligencia de los lectores, helo aquí:

«Era una mañana fresca y fragante de principios de octubre. Las lilas y los codesos, iluminados por el esplendoroso flamear del otoño, pendían impetuosos y deslumbrantes en el aire, como un encantador puente provisto por la bondadosa naturaleza para las salvajes criaturas sin alas que tienen su hogar en las copas de los

árboles y se hacían visitas de común acuerdo; el alerce y el granado lanzan sus llamas moradas y amarillas en brillantes y amplias manchas a lo largo de la sesgada extensión del bosque; la sensual fragancia de innumerables flores de hoja caduca ascendía en la decaída atmósfera; lejos, en el cielo sin nubes, un solitario esófago dormía inmóvil encima de su ala; por todas partes reinaba el silencio, la serenidad y la paz de Dios».

El éxito de la broma de Mark Twain nos trae a la memoria su historia del hombre petrificado en una caverna [«The Petrified Man», 1862], a quien describe con todo detalle, primero pintando el escenario, su impresionante soledad y todo lo demás; luego pasando a detallar su majestuosa figura, mencionando de paso que el pulgar de su mano derecha se apoyaba en un flanco de la nariz. Después de otras descripciones, observa que tenía separados los dedos de su mano diestra en forma radial, y volviendo a la actitud digna y a la postura de aquel hombre, hace notar de manera incidental que el pulgar de su mano izquierda sujetaba parcialmente la barbilla y estaba en contacto con el meñique de la derecha... y así sucesivamente. Pero estaba escrito de forma tan ingeniosa que Mark, al contar la historia años más tarde en un artículo en aquella excelente revista ya desaparecida, *Galaxy*, declaró que nadie había descubierto la broma y, si no recordamos mal, que aquella sorprendente guasa fue, de hecho, buscada en la región en la que él, como director de un periódico de Nevada, la había situado. Es seguro que la rana saltarina de Mark Twain tiene mucho más «salero» que cualquier otra rana. (Nota del director de Harper's Magazine). <<

[103] Nombre con que se conoce en Estados Unidos el juego de naipes *all-fours*, llamado en España los cuatro palos. <<

[104] En inglés «Great Scott!», exclamación de sorpresa, asombro, admiración o indignación, posiblemente un eufemismo del término *Great God*, en el que la inicial de la palabra alemana *Gott* se ha convertido en *Sc*. Al parecer se originó en Estados Unidos en memoria del general Winfield Scott (1786-1866), candidato frustrado a la Presidencia en 1852 y famoso por lo remilgado que era, aunque pronto fue incorporada a Gran Bretaña, donde la popularizó Dickens y a veces, con sentido del humor, se convirtió en «Great Scotland Yard!». <<

[105] Esa ciudad al oeste de Connecticut, conocida como la Suiza de Estados Unidos, fue famosa en el siglo XIX por sus relojes, que siguen vendiéndose en nuestros días.
<<

[106] Compañía fundada en 1852 por Henry Wells y William G. Fargo para transportar por correo (primero a caballo, luego por ferrocarril y más tarde con furgones blindados) los lingotes y otros bienes de los buscadores de oro. Hoy en día es uno de los «cuatro grandes» bancos de los Estados Unidos. <<

[107] En el original: «vamos the ranch», expresión muy utilizada en el siglo XIX en la frontera y el sur de Estados Unidos, que mezcla castellano e inglés, en una curiosa perversión gramatical, con el significado de «dejar la casa, abandonar el lugar, largarse». <<

[108] Probablemente se trata de otra provocación de Mark Twain para despistar al lector. <<

[109] En el original: «15-puzzle», un rompecabezas que enloqueció a toda una generación un siglo antes del cubo de Rubik. Consistía en un cuadrado de 16 casillas que contenían los quince primeros números naturales (pues la casilla que debía ocupar el número 16 estaba vacía). El objetivo del juego era lograr que las piezas quedaran colocadas en algún orden predeterminado. <<

[110] Improvisadas chozas hechas con broza o renuevos propias de los indios de Colorado y California. <<

[111] Popular canción de la guerra civil estadounidense similar a otras del folclore irlandés, en la que se ofrece a las familias de ambos lados de la línea Mason-Dixon (división de norte a sur entre Maryland y Delaware, y de oeste a este entre Pensilvania y Maryland) la esperanza de que sus padres, hijos y hermanos volverán sanos y salvos. <<

[112] Montaña de los Alpes suizos, última en escalarse por su enorme dificultad. Conocida en España como monte Cervino, inspiró el logo del famoso estudio hollywoodense Paramount. <<

[113] Exclamación admirativa en honor del general confederado Thomas Jonathan «Stonewall» Jackson (1824-1863), que adquirió ese apodo («muro de piedra») durante la guerra de secesión estadounidense por la firmeza con que su brigada resistió en la segunda batalla de Bull Run (1862) el ataque de los unionistas, a los que obligó a retirarse. <<

[114] Alusión sarcástica a la Iglesia de la Ciencia Cristiana, una religión sin sacerdocio de la cual existen actualmente ramas en casi todo el mundo, fundada en 1879 por Mary Ann Baker Eddy (1821-1910), lectora devota de la Biblia desde su niñez, a la que Mark Twain criticó bastante en sus obras. <<

[115] Referencia bíblica: «Ponte a salvo como de la mano del cazador el corzo...»
(Proverbios 6, 5). <<

[116] Jinete que lleva determinada ropa de montar (*shad-bellied*) que se usa para la caza del zorro y algunas pruebas hípicas. <<

[117] Título original: «After Twenty Years». Publicado por primera vez en la edición dominical del periódico *The New York World* el 6 de diciembre de 1905. Incluido en la antología *The Four Million* (Nueva York, Doubleday, Page & Company, 1906), y posteriormente en Harry Hansen (ed.), *The Complete Works of O. Henry* (Nueva York, Doubleday & Company, 1953, págs. 88-91). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[118] «Untuoso» en *slang* estadounidense. <<

[119] Título original: «Le matelot d'Amsterdam». Publicado por primera vez el 11 de octubre de 1907 en la revista *Messidor*. Incluido en la antología *L'hérésiarque & Cie* (París, P.-V. Stock, 1910). Recogido en abril de 1954 en el núm. 75 de la revista mensual *Mystère Magazine*, versión francesa de la *Ellery Queen's Mystery Magazine*, y posteriormente en el tomo I de la edición de *Œuvres en prose complètes* (París, Gallimard, 1977, págs. 176-180). Traducción: Mauro Armiño. <<

[120] Título original: «La cana». Publicado por vez primera en la revista semanal *Los Contemporáneos*, publicación seriada de novelas cortas fundada por Eduardo Zamacois (núm. 106, Madrid, enero de 1911). Recogido posteriormente en *Cuentos trágicos* (Madrid, Renacimiento, 1912). Incluido en el volumen X de la edición de Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, *Obras completas* (Madrid, Biblioteca Castro, 2005). <<

[121] Título original: «The Inn of the Two Witches». Publicado por primera vez de forma simultánea en las revistas *The Pall Mall Magazine* (marzo de 1913, Londres, vol. 51, págs. 288-441) y *The Metropolitan Magazine* (mayo de 1913, Nueva York, ilustrado por H. J. Mowat). Incluido en la antología *Within the Tides* (Londres y Toronto, J. M. Dent & Sons, 1915, con el título «The Inn of the Two Witches. A Find» y las ilustraciones de H. J. Mowat) y posteriormente recogido en la revista *The Saint Mystery Magazine* (Nueva York, vol. 11, núm. 1, enero de 1959, págs. 30-53). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[122] Se refiere evidentemente al siglo XIX. <<

[123] Cuando Napoleón invadió Portugal en 1807 y España en 1808, y puso a su hermano José en el trono español, los ingleses enviaron una fuerza expedicionaria al mando de *sir* Arthur Wellesley, duque de Wellington, para ayudar a la resistencia de portugueses y españoles. Es lo que ellos llaman Peninsular War. Las victorias de Vimeiro (1808), Talavera (1809), Salamanca (1812) y Vitoria (1813) permitieron que Wellington invadiera Francia y la guerra terminó con la abdicación de Napoleón (1814). <<

[124] En castellano en el original. En adelante todas las palabras en castellano irán señaladas con un asterisco. <<

[125] Denominación genérica en la marina británica para marineros y suboficiales. <<

[126] Conrad omite la tilde, error que reiterará a lo largo del relato. Igualmente he corregido otras palabras incorrectamente escritas así como algunos nombres propios, como Gonzales. <<

[127] «Shank's pony», en el original, expresión popular inglesa de origen escocés (*shanks* = piernas) equivalente al dicho castellano, recogido por Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana* (1611), «ir en el caballo (o la mula) de san Francisco», que por analogía he preferido al más conocido «ir en el coche (tren) de san Fernando, un ratito a pie y el otro andando». <<

[128] Chaquetón de paño burdo, con adornos sobrepuestos de pana o pañete, que llevan los marineros en tiempo borrascoso. <<

[129] La horca, supuesta «viuda» del último ejecutado a la espera del siguiente. (*N. del A.*). <<

[130] En el original, *ghoul*. Los *ghouls*, procedentes de mitologías orientales, son cadáveres que se dedican a devorar a otros cadáveres. Blasco Ibáñez, en su versión de *Las mil y una noches*, tradujo este término por «gul», denominación que he conservado por considerarla más ajustada que la de «vampiro», que es por la que se suele traducir. <<

[131] Título original: «The Blind Spot». Publicado por vez primera en Londres en el diario conservador *Morning Post* el 21 de diciembre de 1913. Incluido posteriormente en las antologías *Beasts and Super-Beasts* (Londres y Nueva York, John Lane, 1914) y *The Complete Short Stories of Saki (H. H. Munro)* (Nueva York, Halcyon House, 1939). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[132] Sopa agria de remolacha, típica de Europa del Este. <<

[133] Título original: «Ein Brudermord». Publicado por vez primera en la revista bimestral berlinesa *Marsyas* (vol. 1, núm. 1, julio y agosto de 1917). Incluido posteriormente con el título «Der mord» en la colección de relatos *Ein Landarzt. Kleine Erzählungen* (Múnich y Leipzig, Kurt Wolff Verlag, 1919), así como en el tomo 7, *Tagebücher 1910-1923*, de la edición de Max Brod, *Franz Kafka: Gesammelte Werke* (Fráncfort y Nueva York, S. Fischer Verlag, 1950-1974) y en el tomo 3, *Briefe 1914-1917*, de la edición crítica de Jürgen Born, Gerhard Neumann, Malcolm Pasley y Jost Schillemeit, *Franz Kafka: Schriften, Tagebücher, Briefe, Kritische Ausgabe* (Fráncfort, S. Fischer Verlag, 1982-1993). Traducción: Aurora Nolla Fernández. <<

[134] Título original: «Poison». Publicado por vez primera en la revista estadounidense *Collier's* el 24 de noviembre de 1923, casi un año después de haber muerto la autora. Incluido en la colección póstuma editada por su segundo marido John Middleton Murry, *Something Childish and Other Stories* (Londres, Constable and Company Limited, 1924) y recogido posteriormente en el núm. 85 de la revista *Ellery Queen Magazine* (vol. 16, diciembre de 1950). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[135] En francés en el original: «Aún no, señora». <<

[136] En francés en el original: «Esto huele a cocina». <<

[137] En francés en el original: «querido». <<

[138] Himno protestante para cantar en las bodas, escrito en 1857 por el teólogo anglicano John Keble (1792-1866), conocido en Oxford como el «santo Keble». Traducido al latín en 1866 por Lord Lyttelton como «Elle Edenaeas qui Patris Deus».

<<

[139] En francés en el original: «Dame una naranja». <<

[140] Primeros versos del poema de Samuel Taylor Coleridge, «Something Childish, but Very Natural. Written in Germany», publicado en *The Annual Anthology*, vol. II (1800), e incluido posteriormente en *Sibylline Letters* (1817). En realidad, sin título ni encabezamiento, proceden de una carta de Coleridge a su esposa, fechada en Gotinga el 23 de abril de 1799, y son una imitación de la canción folclórica alemana «Wenn ich ein Vöglein wär». <<

[¹⁴¹] Cita del poema de Alfred Lord Tennyson, «Mariana» (primera estrofa, verso 10), escrito en 1830 a partir del personaje homónimo de la comedia de Shakespeare *Measure for Measure* (1623) e incluido en su segunda colección *Poems, Chiefly Lyrical* (1830). <<

[142] En francés en el original: «No hay cartas». <<

[143] Título original: «A Bottle of Perrier». Publicado por vez primera el 27 de marzo de 1926 en la revista estadounidense *The Saturday Evening Post* (vol. 9, núm. 61) como «A Bottle of Evian». Incluido en su colección de relatos *Certain People* (Nueva York, D. Appleton, 1930). Posteriormente apareció en la revista británica *The Argosy* (vol. 9, núm. 61, junio de 1931), en la revista estadounidense *Ellery Queen Magazine* (vol. 11, núm. 61, diciembre de 1948) y en la colección *Ellery Queen's Anthology* (núm. 9, 1965). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[144] Palabra árabe que se suele traducir por albornoz y designa una especie de capa de lana con capucha y sin mangas que utilizan los bereberes en el norte de África. <<

[145] Nombre popular del vino alemán de la región de Mosel-Saar-Ruwer, cuyo nombre genérico es Tafelwein. <<

[146] La Exposición del Imperio Británico tuvo lugar de 1924 a 1925 y dio mucha celebridad a Wembley. <<

[147] El médico francés Louis-Eugène Perrier adquirió en 1898 el manantial de Bouillens, en Vergèze, pequeña localidad francesa cercana a Nîmes, descubierto en tiempos de Julio César. A partir de 1903 pasó a manos de un aristócrata inglés, Saint John Harmsworth, quien creó **la famosa botella verde** y empezó a comercializarla con éxito en todo el mundo. Curiosamente, cuando se publicó el cuento por vez primera cambiaron la marca del agua mineral por Evian, otra marca francesa procedente de los Alpes que, a diferencia de Perrier, no es gaseosa, seguramente porque en aquella época en Estados Unidos era muy popular entre la clase alta, celebridades de Hollywood, modelos, artistas y políticos. <<

[148] Vino blanco de Borgoña. <<

[149] Cobertura desplegable de tela compuesta de varias hojas (o velos) de cáñamo u otro tejido, utilizada en los teatros y anfiteatros de la antigua Roma para protegerse del mal tiempo. <<

[150] Larga pista ecuestre que constituye uno de los lugares más conocidos de Hyde Park. En la época victoriana era, junto con los palcos de los teatros, el lugar preferido en donde se exhibían a caballo celebridades y cortesanas. <<

[151] Título original: «The Islington Mystery». Publicado por primera vez en la antología de Lady Cynthia Asquith *The Black Cap* (Londres, Hutchinson, 1927) y recogido posteriormente en la antología de Machen, *The Cosy Room and Other Stories* (Londres, Rich & Cowan, 1936). Traducción: Juan Antonio Molina Foix. <<

[152] Hawley Crippen fue un médico estadounidense afincado en Londres desde 1900. Casado con Cora Turner, una actriz de gran renombre en los escenarios británicos, decidió rehacer su vida, matando a su esposa y huyendo a Estados Unidos con su amante Ethel Le Neve. <<

[153] Se refiere al poema de Milton «Lycidas» (1637), elegía en forma de pastoral a la muerte de Edward King, un compañero de estudios del poeta en el Christ's College de Cambridge. Véase «Johnson versus Milton», en *The Student: A Magazine of Theology, Literature and Science*, vol. I (Londres, James Gilbert, 1844, págs. 348-349). <<

[154] Canción inglesa, conocida también como «Sailor's Epitaph», compuesta por Thomas Dibdin (1740-1814) al morir en alta mar su hermano mayor, que era capitán de un mercante dedicado al comercio en la India. Escrita en 1789, formaba parte de la serie de canciones propuestas por el Gobierno británico para «mantener vivos los sentimientos patrióticos contra los franceses», que se consideraron responsables del alistamiento de miles de marineros. <<

[155] Novela histórica de George Eliot (Mary Ann Cross, 1819-1880), publicada por entregas en la *Cornhill Magazine* en 1863, que describe la vida en Florencia a finales del siglo xv. <<

[156] Novela de Charles Reade (1814-1884), publicada en 1861, que narra la vida de los padres de Erasmo de Róterdam y está considerada la más importante novela histórica inglesa del siglo XIX. <<

[157] Proceso que apasionó a la Inglaterra victoriana en 1857. Madeleine Smith, hija mayor de una familia acomodada de Glasgow, que mantenía una relación clandestina con un ambicioso empleado de comercio francés, fue acusada de haberlo envenenado con arsénico para eliminar cualquier rastro y evitar un incipiente chantaje. La defensa adujo que el francés se habría envenenado a sí mismo para culparla de su muerte por venganza. Madeleine fue absuelta por falta de pruebas y poco después emigró a Estados Unidos. En 1950 David Lean realizó una adaptación cinematográfica titulada *Madeleine*, protagonizada por Ann Todd e Ivan Desny. <<

[158] Novela de Mary Augusta Ward (1851-1920), publicada en 1888, que abogaba por revitalizar el cristianismo acentuando su misión social y renunciando a su ingrediente milagroso. <<

[159] Danza ritual nocturna de los aborígenes de Australia para celebrar victorias tribales o acontecimientos similares. <<

[160] Joseph Grimaldi (1778-1837) fue un actor y bailarín londinense muy popular durante la Regencia (entre 1811 y 1820, cuando el príncipe de Gales, futuro Jorge IV, gobernaba Gran Bretaña por inhabilitación permanente de su padre Jorge III), que fusionó el bufón y la comedia del arte en su personaje del *clown*, con el rostro pintado de blanco, aditamento que todavía se utiliza en todo el mundo, así como en su país se le sigue llamando por su apodo «Joey». La anécdota la cuenta el propio Machen en «The Man with the Silver Staff», incluido en *Dreads and Drolls* (Londres, Martin Secker, 1926). <<

[161] Perpendicular es una fase del gótico inglés, desde mediados del siglo XIV al XVI, que se caracteriza por el predominio absoluto del vano, concebido lineal y perpendicularmente. La ojiva de tercio punto es un arco apuntado en el que los centros de las porciones de circunferencia que lo forman se encuentran en los arranques. <<

[162] Técnica popular de taracea de los siglos xvii y xviii, aunque en Italia ya se hacía en el siglo x. El nombre le viene por el ebanista francés André Charles Boulle (1642-1732), cuyos muebles combinaban piezas de bronce dorado y burilado con piezas de tortuga e incluso materiales preciosos como el marfil, las piedras preciosas, la madreperla y los bronce de exquisita factura. <<

[163] Machen se refiere a la poco agraciada noble alemana Carolina de Brunswick, duquesa de Brunswick-Wolfenbüttel (1768-1821), cuyo matrimonio con el príncipe de Gales, futuro rey Jorge IV, fue un desastre desde el principio, pese a la enorme popularidad y simpatía que ella despertó entre el pueblo británico. Su azarosa vida sentimental le granjeó el vacío de la alta sociedad británica, que la forzó a abandonar la isla. Cuando estaban a punto de divorciarse, murió el rey Jorge III y le sucedió su hijo Jorge IV, pero Carolina, que había regresado a Londres para su coronación, no pudo asistir porque le negaron la entrada a la abadía de Westminster. Diecinueve días después falleció y fue enterrada en su ciudad natal. En su lápida se puede leer: «Carolina, la agraviada reina de Inglaterra». <<

[164] Al ebanista y diseñador inglés Thomas Sheraton (1751-1806) se le atribuye un estilo propio de carácter neoclásico, muy importante para la evolución del llamado estilo Regency. Sencillo y sobrio, prescinde de los adornos, introduce el mimbre y permite una fabricación más racional de los muebles. <<

[165] Así se conoce popularmente a la Audiencia Nacional de Londres (Central Criminal Court) por el nombre de la calle en que se construyó, precisamente en el solar en el que estaba situada la antigua cárcel de Newgate, demolida en 1902. <<

[166] Joseph Butler (1692-1752), teólogo anglicano que fue obispo de Bristol y después de Durham. Autor de *Analogy of Religion, Natural and Revealed, to the Constitution and Course of Nature* (1736), en la que defiende al cristianismo contra los ataques de los deístas. <<

[167] En 1660 William Harrison, que vivía en Chipping Campden, fue a Charingworth, a unas dos millas de distancia, para cobrar el alquiler a su patrona. Como no regresó esa noche su mujer envió a un criado, John Perry, pero no encontró ni rastro de su amo. Tras un intenso interrogatorio Perry confesó que su madre y su hermano lo habían estrangulado para robarle y habían arrojado el cadáver a un pozo negro, pero que él era inocente. Los ahorcaron a los tres. Un par de años más tarde Harrison apareció en Chipping Campden y contó una increíble historia de robo y secuestro que terminó en Turquía, donde lo vendieron como esclavo a un anciano médico en Esmirna. Finalmente pudo escapar y regresar a Inglaterra. <<